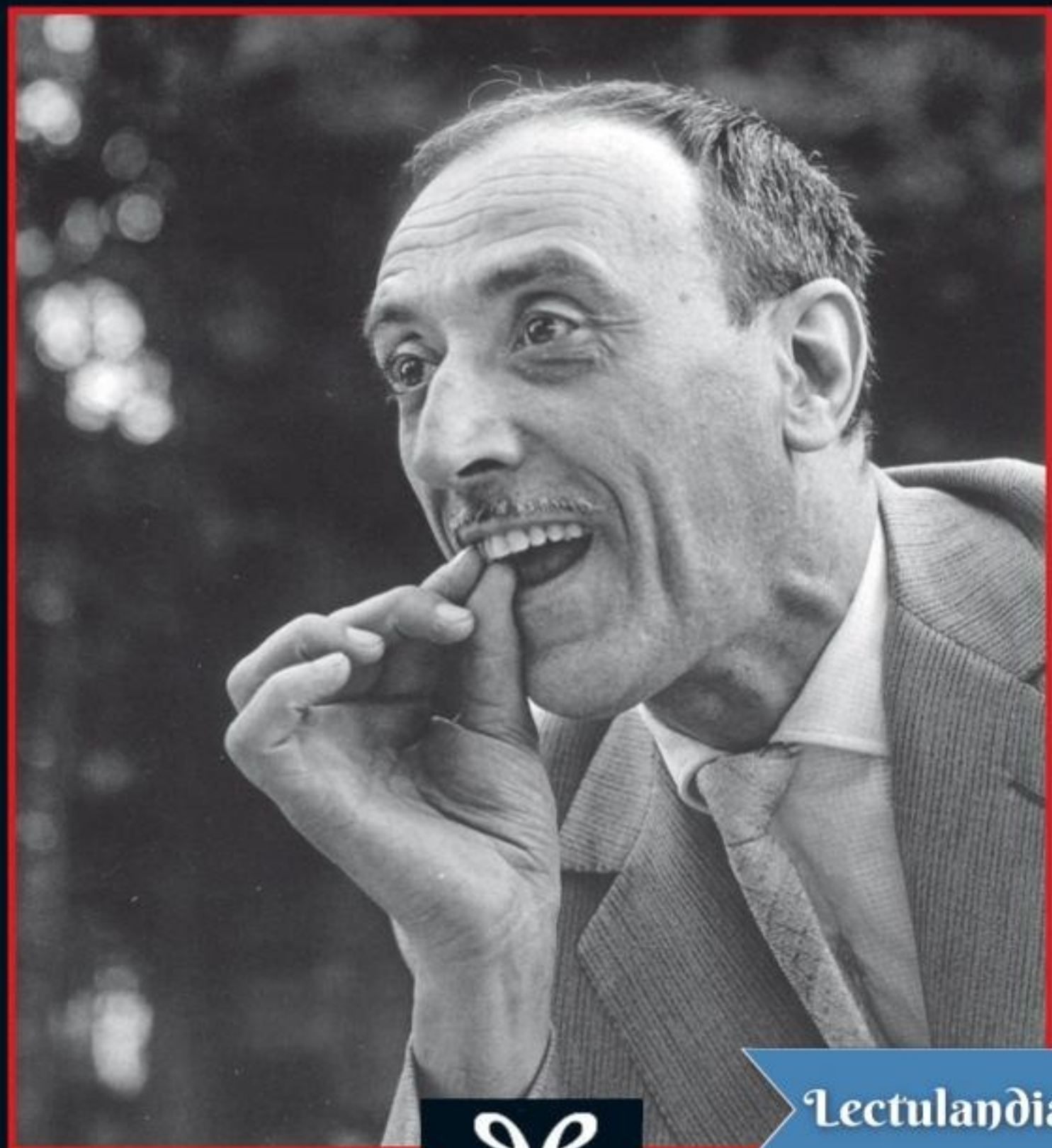


Javier Pérez Andújar

CATALANES TODOS



Lectulandia

El miserable Juanito Oliva, el siniestro Santiago Salvatierra, el cura Leopoldo Roca, la médium Ramona Codolls, el pragmático José Batiste, el sórdido Jaime Casellas, el novillero Alfonso Matagalls..., y otros más, forman un heterogéneo grupo de catalanes que se conocen en el ejército de Franco durante la guerra civil. Al volver a Barcelona, tras la caída de la ciudad, las peripecias de cada uno se cruzan en una trama agria y sarcástica a través de la cual se muestra cómo cambia la sociedad a lo largo de los últimos 75 años. También evolucionan los protagonistas del libro, y algunos se verán convertidos en símbolos universales.

Catalanes todos recorre varios momentos de la dictadura en Barcelona, de la transición y de las manifestaciones históricas reclamando el Estatut o la independencia. Pero lo hace empleando el humor más mordaz y los tipos más representativos, las escenas más descacharrantes, pero con certeras cargas críticas de profundidad. Las crónicas de alta sociedad, las visitas de Franco, los negocios de unos y las penurias de otros, desfilan en la novela para entender la vida real de una ciudad muy distinta a como algunos quisieran recordar.

Lectulandia

Javier Pérez Andújar

Catalanes todos

seguido de La dimisión (vodevil)

ePub r1.0

Titivillus 25-03-2018

Título original: *Catalanes todos*
Javier Pérez Andújar, 2014

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Una carcajada, con perdón

Prólogo a la nueva edición

Caro lector... Vaya, siempre que he leído esta expresión he pensado que lo caro es el libro y no el lector. Así que en primer lugar te agradezco el tiempo, es decir el verdadero oro, que le has dedicado a abrir este volumen donde conviven como alfa y omega la primera obra que publiqué y la última que he escrito, y que hasta ahora permanecía inédita.

Y sin embargo, de *Catalanes todos*, que así se titula la primera, he de decirte que también es ahora una obra nueva, pues no me resigné a dejarla como una reedición corriente y moliente. Como un cortar y pegar de una editorial a otra. Aquí quisiera agradecer a Josep Maria Orteu, que editó por primera vez este libro, en el año 2002, la confianza y el ánimo con que lo hizo. Pero han pasado doce años desde entonces, y todos somos otros. Hasta los otros son otros. Incluso los que son siempre los mismos pretenden parecer distintos. El caso es que al revisar aquellas páginas para su nueva puesta en circulación (el libro tenía ganas de marcha y pedía salir otra vez a las librerías), me di cuenta de que ahora las hubiera escrito de otra manera, con otro gusto, con otro orden de importancia en las cosas, es decir, que hoy siento la escritura de otra forma. Por tanto me puse a reescribirlo de arriba abajo. Como dijo un clásico, no hay frase que no haya crecido o no haya disminuido. No hay párrafos en este libro que sean los mismos que los del otro. Al final, esta versión ha resultado mucho más larga que la anterior (que los árboles del cementerio no me lo tengan en cuenta cuando vaya a besar sus raíces). Si la primera vez que escribí *Catalanes todos. Las 15 visitas de Franco a Cataluña*, me fascinaban por encima de cualquier otro asunto las escenas, las situaciones, el entorno social y sobre todo político en que ocurría la historia (es decir, las quince visitas de Franco a Cataluña, y por eso añadí aquel subtítulo), en esta ocasión me he cargado el subtítulo y he preferido volcarme en los personajes ficticios, que van a enredarse en una trama íntima. La del paso por la vida. Me he sumergido en sus sentimientos, sus diálogos, sus descripciones, su manera de estar viviendo todos aquellos años, esta vez desde el 36 hasta el cercano año 13 del siglo XXI. He trabajado a conciencia ese aspecto para convertir el libro en una novela o algo por el estilo (pues siempre será más importante el estilo que la novela). Esta vez ha mandado el temperamento de los personajes, eso que los hace actuar de una manera dramática, porque creo que la novela habla con mayor profundidad de la realidad que el ensayo, que es más claro y preciso, y por tanto más superficial. ¡Menuda barbaridad!, dirá alguien con barba o sin ella, pero con toda la razón. Y no

obstante, insisto. Prefiero las aguas turbias de las profundidades a la transparencia de las superficies. Las novelas son turbias como los sueños, pues en realidad las novelas son sueños que tiene el mundo. Las novelas y los sueños son acontecimientos que no acontecen pero que perturban a quien los siente, y que hablan de lo más interno de la persona, en el caso del sueño, y de la sociedad en el caso de la novela. La literatura es nuestro sueño colectivo.

También quiero dejar bien claro que *Catalanes todos* no pretende ser otra cosa que una carcajada general. ¡Qué digo, general! ¡Generalísima! Por eso empieza de forma tan trágica. Porque, al igual que la vida, se hace con llanto y dolor y se termina como un auténtico disparate. Pero, que no haya confusión, *Catalanes todos* es en el más explícito de los sentidos un libro de humor. Y porque creo que en momentos como los actuales no hay que desesperarse, ni mucho menos amilanarse, sino atreverse a reír a mandíbula batiente, reavivo este libro en medio de toda esta pomposidad de gabinete y de pasillo, de toda esta transcendencia (empleada aviesamente por algunos para coaccionar a las almas dubitativas y contradictorias, entre las que me encuentro), y en medio de tanta tensión creada, también intencionadamente, con el ánimo de violentar algo tan humano y tan frágil como es el exponer lo que uno piensa (y, como de nuevo me ocurre a mí, en el caso de no saber lo que uno piensa, por lo menos de explicar lo que se siente). Eso es lo que hay dentro de este libro: una risa feliz y descreída (quiero decir, descreída del poder), y por tanto terriblemente humana. Agradezco aquí a Juan Cerezo, mi editor en esta mi casa, Tusquets, la oportunidad que me ha brindado de compartir de nuevo, y con muchas páginas más, unas risas con los lectores (y más, con los lectores caros).

A *Catalanes todos*, que es un vodevil en forma de novela, le sigue en este volumen *La dimisión*, que es un vodevil en forma de Estudio Uno. Y que, por encima de todo, se trata también de otra obra de humor. Otro libro de risa, este de intención descacharrante. Es cierto que a simple vista *La dimisión* puede parecer una obra de teatro, y si el lector se pone severo, hasta lo es. Pero como decía el cineasta, Dante no es solo severo, y yo, que no me fío de los géneros (a no ser del epiceno), prefiero defender, ya digo, que *La dimisión* es una obra de Estudio Uno, o sea de teatro televisado. De hecho, la pieza trata de una de las retransmisiones más famosas de toda la historia de nuestra televisión: el discurso de dimisión del presidente de Gobierno Adolfo Suárez. Hoy, que ya nadie sabe dimitir ni dimite, no está de más explicar cómo lo supo hacer delante de una cámara de televisión el presidente de todos los españoles.

El viejo espíritu del vodevil se manifiesta en esta obra de un modo ortodoxo. Y empleo esta palabra como de cura ruso ya que, en realidad, he seguido de principio a final la liturgia del vodevil en su estado más salvaje. Me refiero a ese legendario tipo de espectáculo popular que se ha representado siempre en los teatros más humildes (desde los corrales de comedias de nuestro Siglo de Oro hasta los garitos de inmigrantes en el Bowery de Nueva York) o incluso en lugares de peor fama (hasta

hace poco los había, no como ahora, que en la calle solo se ven centros de manicura, como si la gente tuviera que coger sobres a todas horas; salones de rayos uva, como si siempre fuera fin de año; panaderías degustación, como si llegara uno muerto de hambre a comprar el pan, y tiendas de jamón envasado al vacío, como la vida misma). Por eso, porque es un vodevil en toda regla, se suceden en esta obra canciones pegadizas, números de baile, *gags* cómicos, trucos de mentalismo, coros de barbería, enanos provocadores, danzarinas de *burlesque*, juegos de magia...; y por la misma razón están tan presentes los diálogos absurdos y repletos de juegos de palabras a lo Hermanos Marx y a lo Abbott y Costello. Sí, es un homenaje a ese teatro de las clases populares, plagado de *sketchs*, *gags* visuales y diálogos veloces, que luego recogió el gran cine cuando cobró la facultad del sonido (y que culminará con el género de las *screwball* según dicen los entendidos).

Si para escribir *Catalanes todos* me documenté principalmente en las notas de sociedad barcelonesas publicadas por la revista *¡Hola!* durante todos aquellos años que duró el franquismo con la aquiescencia de tantos de cuyo nombre no conviene olvidarse, en *La dimisión* he recurrido, pasándomelo bomba, a antiguas grabaciones del cautivador Jimmy Durante, para cogerle el gesto de artista, la actitud, el estilo..., de Eddie Cantor, de Al Jolson, de W. C. Fields, de Fanny Brice, de Burns y Allen, de Wheeler y Woolsey o de Gallagher y Shean (este último era tío de los Hermanos Marx)..., junto a los citados Hermanos Marx y Abbott y Costello. Y desde luego, he repasado una y otra vez los números de los payasos Pompoft, Thedy y Emig (legendaria *troupe* de la familia Aragón, y padre y tíos de los Payasos de la Tele), así como los del no menos proverbial Señor Wences (un ventrílocuo español que hizo una gran carrera en Las Vegas, y tío del archifamoso ventrílocuo José Luis Moreno). Y por supuesto las desternillantes presentaciones que el mago Juan Tamariz hace de sus rutinas. Y siempre las del prestidigitador Pepe Carroll, a quien nunca se podrá olvidar. Parte del trabajo de todos es tos artistas puede disfrutarse ahora en YouTube. Y lo cierto es que se pasan ratos muy buenos con ellos. Durante todo el tiempo que me he dedicado a ver estos números, mi mujer no se creía que estuviese trabajando, documentándome para escribir la obra. Y lo más grave es que yo no podía parar de documentarme. Pero asimismo he tenido muy presente a la hora de componer esta pieza la amplia bibliografía que sobre Suárez y UCD se publicó en los mismos años en que todo aquello ocurría, y especialmente los dos magníficos estudios que el periodista Gregorio Morán le ha dedicado a Adolfo Suárez, y el fascinante libro sobre la caída de UCD de Josep Melià, en aquellos días hombre de confianza y autor de los discursos del presidente, incluido el de su dimisión.

Me resta por fin invocar tu benevolencia, caro lector. Mi mayor ilusión sería que te divirtieras de lo lindo con estas dos piezas de humor, que juntas componen el díptico al que en este mismo momento voy a bautizar con el nombre de *La clase media estuvo aquí*. ¡Caramba! ¿Que por qué le he puesto ese título? La verdad es que no lo sé. Ha sido como un presentimiento. Lo cierto es que uno siempre se hace un lío

intentando comprender las cosas que pasan, porque sobre todo pasan por sitios por donde uno no pasaría nunca.

En el piso de mi madre, Sant Adrià de Besòs, enero de 2014

Catalanes todos

Pero mejor será, catalanes, que me toquéis una sardana.

KAREL ČAPEK, *Viaje a España*

Juego de patriotas

Introducción

Franco hizo quince visitas a Cataluña en cerca de cuarenta años, lo que sale a una visita cada 2,666666667 años. Hay quien ve menos a su familia. La cifra tiene algo de diabólica; pero no lo digo ahora para insinuar que Franco fuese un embajador de Satanás, ni siquiera que tuviese cuernos, ¡con esa mujer!, o rabo. Por cierto, algunos aseguran que, al igual que a Hitler, al Caudillo le faltaba un testículo. El huevo de Franco, el huevo de Colón, los huevos en las torres del Museo Dalí en Figueres, los huevos mandados de Trillo desde la presidencia del Congreso, los huevos pasados por agua de las piscinas Picornell... España es un país donde se usa mucho los huevos. ¡Si hasta la comida favorita de nuestro rey Juan Carlos I son los huevos!

Cuando Franco venía a Barcelona, o iba a cualquier otro sitio (tampoco mucho más lejos), las masas salían a recibirle con visible alborozo y algarabía. Muchos acudían porque los enviaban desde el trabajo: la oficina, la fábrica, el ministerio, la diputación, el ayuntamiento... Valga como ejemplo este ladillo de *La Vanguardia Española* del jueves 18 de junio de 1970, fecha en que tuvo lugar la última, y no por ello menos aplaudida, visita del Caudillo a Cataluña:

A PARTIR DE LAS CUATRO DE LA
tarde, festivo, abonable y
sin recuperar

Lo mismo hacían en las escuelas con los niños. Les daban fiesta para que llenasen las calles por donde iba a discurrir la comitiva. Pero a ciertos particulares, sospechándose de ellos que con mucho gusto hubieran asistido al evento para pegarle un tiro o cuando menos maldecir y escupir a Franco y a su séquito, iba la policía a buscarles a sus casas y les metía en la cárcel mientras duraba la visita. Hubo ocasiones en que Franco permaneció más de un mes en Barcelona.

Y sin embargo..., existió asimismo un gran número de buenos catalanes que de todo corazón salieron a las calles en mangas de camisa y con pancartas para vitorear al Caudillo que les había llevado a la victoria en la Cruzada contra el comunismo, el judaísmo, el liberalismo, el separatismo, el ateísmo, el volterianismo, el urbanismo, el botulismo, el aeromodelismo, el onanismo..., y contra toda esa España que no dejaba a los españoles serlo como Dios manda. Sobre el franquismo en Cataluña, y los catalanes franquistas, y sobre la admirable conversión de un notable segmento de

estos en demócratas y catalanistas de toda la vida, trata el presente libro (dicho sea lo de *presente* sin connotaciones nacionalsindicalistas).

Los catalanes franquistas que salieron con vida del frente, o de los paseos, o de las checas, o del dulce exilio en la zona sublevada o en la Europa asombrada (de sombra, no de asombro) por el nazismo, serían acabada la guerra los dirigentes de la reconstrucción nacional en Cataluña. Muchos eran ricos de antes, pero otros hicieron su fortuna mediante la especulación, las influencias, la estafa, el desfalco..., aprovechándose de los privilegios que les brindaron cuarenta años de una dictadura militar llena de cárceles, torturas, exilios, fusilamientos, garrotes viles... Tales personas, tales familias son, sobre todo, las que han inspirado este libro. Y por eso salen en él.

Se ha vuelto lugar común decir que los estudiantes de hoy apenas conocen que en España hubo una guerra civil declarada y ganada bajo la bandera del fascismo. ¡Pues menuda barbaridad! No resulta muy bonito enterrar la Historia en la fosa común de la ignorancia. Me parece que no hay herencias recibidas sino memorias históricas (las herencias son cosas de los ricos). Cada generación reescribe la historia como le toca, y cada gobierno la subvenciona a su manera. Ha cobrado auge la interpretación histórica que presenta la contienda del 36 como una guerra de España contra Cataluña. Contra esto también está escrito este libro. Por la misma razón que el Tercio Nuestra Señora de Montserrat no era Cataluña, Franco nunca fue España. Cataluña y España tuvieron que hacer el mismo viaje hacia el exilio, hacia la nada; eran Carles Riba (este con su mujer, la poeta Clementina Arderiu) y Antonio Machado (este con su madre y su hermano José, el pintor) andando juntos, hombro con hombro, dedicándose versos voz con voz, el mismo camino del éxodo, rumbo a Francia. Me da rabia que los vivos quieran saber más que los muertos. El victimismo es la usurpación del dolor de las víctimas. En Cataluña, muchos catalanes llevaron al paredón a otros muchos catalanes y persiguieron enconadamente (algunos, encoñadamente) el uso público de su propia lengua. El victimismo es el otro lado del espejo del tan rastrero «y tú más» de la política actual. Es el «y yo más». ¿A qué nos ha llevado en Cataluña este «y yo más»? Pues a eso, a yo y a Mas.

Permítanme una última nota, esta sobre la confección de los capítulos que componen el libro (caramba, ahora escribo a la manera de Federico Carlos Sainz de Robles). Bueno, aquí va la nota. Durante los cuarenta años de dictadura franquista, permaneció en Cataluña un grupo social que vivió a cuerpo de rey (o de general). Era nuestra alta sociedad, incapaz de ponerle punto final a la guerra del mismo modo que se veía incapaz de acabar la Sagrada Familia. Para recrear muchas de las escenas aquí pintadas en las que esta gente aparece, me he documentado en los ecos de sociedad que en aquellos años publicaba la revista *¡Hola!* Las puestas de largo en el Liceo de las niñas pertenecientes a familias bien, las peticiones de mano de las más rimbombantes dinastías catalanas, los torneos y las competiciones del exclusivo Real Club de Polo, la junta de damas de la obra Mejoramiento Moral y Material de la

Clase Obrera, las magníficas cenas y bailes en los salones del Ritz... Así era el estilo de vida de los que apoyaron a Franco cuando se sublevó y durante los cuarenta años en que gobernó con mano incorrupta y brazo de hierro, y ninguno de ellos estaba dispuesto a perderlo, ni antes ni durante ni ahora. Al fallecer el Caudillo, muchas de estas personas siguieron con vida (pues tampoco era plan de inmolarsse como la corte del faraón); pero tuvieron que asumir los cambios que traía el nuevo régimen político. (Sirva como metáfora de dichos cambios el anuncio de cera abrillantadora de la época: «¿Qué, Manolo, coche nuevo? ¡No, hombre, no, Rally!»). El caso es que una gran parte de los antiguos franquistas encontró un camino de salida respetable (no como el doloroso camino pirenaico de los poetas Riba y Machado) en el nuevo catalanismo democrático. Lo defendieron, eso sí, con las mismas palabras que siempre habían utilizado: *honor, dignidad, sentimiento, patriota, nación, patrimonio...* Y lo hicieron desde los ayuntamientos en los que nunca habían dejado de mandar, desde las diputaciones donde jamás habían dejado de intrigar, desde los liceos y los palacios que tenían como exclusivamente suyos, y también desde los puestos de responsabilidad que acapararon en las nuevas instituciones, tanto creadas como recuperadas. En todos esos sitios han seguido hasta el final de sus vidas, y algunos todavía siguen.

Y ahora sí, para poner punto final a esta introducción, solo me resta precisar que buena parte de los acontecimientos que dan pie a las escenas narradas es verídica. El baile de los Italianos, la encuesta de las Camitas Blancas, la corrida de toros en el Ensanche, el baile de disfraces infantil, el tributo a Juanita Reina..., todo eso sucedía en la Barcelona franquista, por lo menos, una vez al año. Y se trata tan solo de una pequeña porción entre todo lo que se podría contar. Lo que sí me he sacado de la manga ha sido el motor dramático, es decir, las aventuras y los diálogos. A lo mejor he acertado en algo; pero eso debe atribuirse a la casualidad. Pura chiripa.

Quiero advertir, también, que los nombres y apellidos que aparecen en estas páginas pertenecen, en su mayoría, a personas de carne y hueso, aunque de muchas de ellas hoy solo queden los huesos. Y un poco de polvo, mas no enamorado. Para saber cuándo uno de los nombres citados ha sido tomado de la realidad basta con hojear un periódico actual o leer algunas listas electorales. Si están ahí, es que existieron. Si no aparecen, también existieron. De la historia no hay manera de zafarse. Sin embargo, otros solo han existido en estas páginas. Y en mi imaginación. Y espero que, a partir de ahora, en la de ustedes.

Cuando ruge la marabunta

Primero oyó la detonación. Luego vio salir el humo de la pistola. Y al final le cegó el resplandor. Pero si el jefe de los tradicionalistas de Badalona, Luis Humet, hubiese sobrevivido a ese disparo, habría dicho que fue al revés de como lo contaba el patrullero. Luis Humet hubiera asegurado que antes de todo vio un resplandor, que luego se quedó envuelto en un humo blanco y que finalmente oyó el estruendo. A Luis Humet ya habían querido matarlo en otra ocasión, cuando las elecciones del 16 de febrero, pero entonces le salvaron el pellejo la Guardia Civil y unos militantes de la Lliga Regionalista.

A quien pasearon fue al industrial Salvador Ribó Arabia. Lo llevaron engañado desde su casa de veraneo del Masnou hasta la misma puerta de su fábrica. Y allí, al bajar del coche, se le echaron encima como lobos y se lo cargaron a tiros. La patrulla revolucionaria que lo asesinó estaba formada por el comité de empresa de la fábrica. De José Doménech Silvestre nunca encontraron el cadáver, y por eso se cree que lo incineraron en el horno crematorio de la checa de Sant Elies, en la parte alta de Barcelona. Algunos piensan que lo echaron vivo. Lo que sí apareció, sin embargo, fue el cuerpo de su hermano Santiago. Y también el del capellán del cementerio, José Riera Codina. Este tenía un disparo en cada ojo. A los curas les echaban unas monedas en las ingles: si cruzaban las piernas es que eran hombres, si las abrían eran mujeres. Esa era la broma. Al marqués de Barberá le saquearon la torre y luego le metieron fuego al edificio. Pero a él no le pillaron.

—A mí lo que me asusta es el coche fantasma —le dijo Conxita Fabregat a su marido Joan Oliva, dueño de una taberna en Badalona a la que iban muchos pescadores de los que dejaban las barcas en la playa. Un negocio de poca monta. Cuatro mesas, un porrón en cada una y el dominó sonando siempre. Joan y Conxita tenían un solo hijo, Juanito Oliva Fabregat. Se había escapado a Burgos para unirse a los nacionales. Eso, claro, procuraron que no se supiera. Cuando ya estaba muy avanzada la guerra, el tabernero Joan Oliva convenció a unos cuantos amigos falangistas para organizar el Socorro Blanco local. A aquellas alturas, ya no quedaba nada que esconder.

Por Badalona circulaban varios coches fantasma. El más conocido era el que conducía el Pauet, que llevaba a los facciosos desde el juzgado municipal hasta el cruce de la carretera de Pomar con la de la Conrería. Allí les pegaban cuatro tiros y los dejaban fiambres sin enterrarlos. Como el lugar no era de ningún modo un secreto, la gente, si no los veía por ninguna otra parte, iba acongojada a este sitio para

buscar a sus familiares desaparecidos. Otras veces los mataban antes, a mitad de camino, y abandonaban los cuerpos en las lindes de Santa Coloma o, también, por Sant Fost de Campcentelles. El capitán de carabineros Jesús Torralba, que también se había pasado a los nacionales, fue encontrado muerto un poco más lejos, ya casi en Montcada i Reixac. Lo más probable es que se les quedara en la checa.

Badalona no estaba entonces muy poblada, por lo que les era suficiente con una sola checa. Estaba en la casa Tapias, junto con la sede del Comité de Salud Pública. Fue allí donde recuperó su olvidada fama pugilística el boxeador retirado Grillo, ex campeón de Cataluña, ahora vuelto a la celebridad por los puñetazos que les arreaba a los detenidos.

—Así verán que el puño no lo tenemos solo para levantarlo. Con las ganas que les tenía yo a estos...

Eran muchos los que se tenían esas ganas desde hacía tiempo. Por ejemplo, Juanito Oliva Fabregat estaba deseando entrar con el ejército en Badalona para abrazar, claro está, a sus padres y a sus amigos de toda la vida. Pero, sobre todo, para ajustarle las cuentas a más de uno. En Burgos, siempre que podía formaba parte de un pelotón de fusilamiento, y ahora deseaba exhibir ante sus paisanos la práctica adquirida. Sin ir más lejos, le encantaría pillar por banda a Joan Deulofeu, el hijo de los de Ca la Quima Llaunera, una *lampistería* y hojalatería muy conocida. Joan Deulofeu estuvo entre los que proclamaron la república el 14 de abril, y había sido dos veces alcalde con Esquerra Republicana de Catalunya. No una sino dos. No es que Juanito tuviera una razón personal para querer matar a ese ingeniero con tanta afición por la política; pero el odio nunca es algo personal. El falangista Juanito Oliva se aburría mucho en compañía de sus paisanos catalanes en Burgos. Se pasaban el día haciendo revistillas y escribiéndole poesías a Franco. Pero esos eran todos de Barcelona, y la gente de Barcelona ya se sabe lo señorita que es. Él había ido a Burgos para cortar el mal de raíz. Y el mal estaba en Cataluña. En su propia tierra. Se moría de ganas de entrar de una vez para liberarla. Eran muchos a quienes se la había guardado. Por ejemplo, a Frederic Xifré, el alcalde de Badalona cuando estalló la guerra. Otro traidor afiliado a Esquerra Republicana. No lo conocía personalmente; pero eso no era motivo para que figurase en su lista particular. Por pesado. A los separatistas lo que les gustaba era el separatismo, no la independencia. Eran como esas mujeres que todo el rato le dicen al novio que lo van a dejar y luego no hay manera de que se vayan. Juanito Oliva se había echado una novia en Burgos, una panadera, que se llamaba Constanza, tan devota del santísimo crucifijo como apasionada. Cuando salían a pasear solos, él le recitaba al oído una copla que había arreglado para la chavala: «Constanza, sangre de godos; defensa de los cristianos, espanto de los paganos». Pero aquella relación no significaba para Juanito Oliva nada formal sino una manera de pasar la guerra. A primera vista, Juanito Oliva parecía poca cosa; muy bajito y reseco. Pero estaba labrado en mármol como los clásicos; con las venas del cuello y de los brazos hinchadas, a punto de reventar. Y siempre, la

fiebre de sus ojos azules, penetrantes, visionarios. Juanito Oliva tenía la irresistible mirada del fanático. A sus treinta años recién cumplidos, sin saber todavía cómo iba a ganarse la vida, hubiera dado un brazo por ganar ya la guerra. Y al final resultó que, mientras se cortaba las uñas con una bayoneta, a orillas del río Llobregat, se hizo una herida y lo que tuvo que dar fue un pie. Se quedó cojo cuando la partida ya estaba ganada. A las puertas de Barcelona. Franquista, lo que se dice muy franquista, no se sentía Juanito al principio. Él era más de José Antonio, de cantar canciones con los amigos y pasearse arremangado enseñando músculo. Pero a medida que avanzaba la guerra le fue tomando apego al Caudillo. El entusiasmo de la victoria no se le marchitó mientras vivió, y eso que viviría muchísimos años, como aquí se verá. Y también se verá que consumidos el orgullo y la ilusión, fueron abriéndose paso en Juanito Oliva la melancolía y la resignación. Por ese orden constitucional.

Días antes de que entraran las tropas de Franco en Barcelona, los republicanos badaloneses más significados ya habían abandonado su ciudad. Se fueron como una riada, en dirección a Francia. Un río de hombres y mujeres humillados que inundó la calle Real sin saber qué iba a ser de ellos. Marcharon en camiones y en algunos automóviles, incluidos los coches fantasma. Pero la mayoría se fue a pie. Durante kilómetros. A lo largo de centenares de kilómetros. Los que se quedaron se encerraron a cal y canto en sus casas. Nadie se atrevía, en aquellas circunstancias, a asomarse a las ventanas. Menos, a salir a la calle. Ahora las calles de Badalona pertenecían a los requetés y a los antiguos militantes de la Lliga Regionalista pasados al franquismo, que empezaron a patrullar con las armas y los camiones requisados. Los aficionados a las enseñanzas de la Historia dicen que, siglos atrás, los griegos se vieron en la fúnebre necesidad de acuñar la expresión «venganza catalana». Juanito Oliva no había oído hablar más griego que el del camarada Eugenio d'Ors con sus uniformes de fantasía falangista, pero lo sentía dentro. Lo de la venganza.

La liberación de Barcelona

Existen dos tipos de oruga: la de campo y la de tanque. Las que entraron en Barcelona la tarde del 25 de enero de 1939 venían del campo, pero del campo de batalla. Hasta aquel día, el payés Alfons Bovill Matagalls estuvo muy ocupado con las orugas hortelanas, obstinadas en devorar sus árboles frutales. El resto de las energías tuvo que emplearlo en convencer a las autoridades para que no le mandaran al frente. Se puede afirmar que tuvo buena suerte, puesto que a esa edad de veinticuatro años era pura carne de cañón y aun así se libró. Le salvó de las trincheras el haberse convertido en el último payés que trabajaba por aquellos contornos del río Besós. La masía donde vivía con su madre (el padre murió al principio de la guerra de una apendicitis) era la única que abastecía de frutas y legumbres a la zona de La Florida y La Llagosta y a toda esa parte del Vallés. También le costó algún dinero librarse del frente.

La tarde del 25 de enero, Alfons Bovill se encontraba en los cuarteles de Pedralbes, donde intentaba explicar a los pocos militares republicanos que quedaban en la ciudad que su alcalde le había declarado persona de utilidad pública, por lo cual estaba exento de pegar tiros. Fue entonces cuando anunciaron que aquel cuartel se había rendido a Franco. Poco después, las orugas del primer tanque que entró en Barcelona asomaron por la Diagonal. Encaramada a la torreta del blindado, una mujer hacía el saludo fascista ante la multitud, que se reunía para recibir con júbilo a sus libertadores. Se trataba de una judía alemana, rescatada del castillo de Montjuïc por las tropas nacionales. Pero eso, en aquel momento, casi nadie lo sabía. Como tampoco se dijo que fue encerrada por la Generalitat acusada de ser una agente trotskista.

Sin saber por qué lo hacía, pero viendo que lo hacía todo el mundo, Alfons Bovill levantó el brazo ostentosamente para responder al saludo y gritó tres veces el nombre de Franco; luego, nueve; luego, doce, y así prosiguió durante años y años. Las ocasiones en que llegaría a vitorear ese nombre superaron con creces las que Alfons había soñado con escuchar el suyo en boca del respetable. Desde niño, Alfons Bovill Matagalls tuvo el sueño de ser matador de toros. Pero el destino (el universal, no la revista) no le concedería más espadas que las de la baraja.

Lágrimas de desesperación de los que se veían obligados a irse, esconderse, desaparecer o quedarse sabiendo que tenían las horas contadas, y el clamor desesperado de quienes estaban saliendo en masa a la calle para recibir a las tropas triunfales. El miedo a la guerra se había convertido en miedo a la derrota. Lo

importante era ganar fuese con quien fuese para que la guerra perdiera. Con sus viejas banderas catalanas, la gente se había fabricado banderas españolas para recibir a las tropas, y así muchas familias inauguraron un nuevo sistema político basado en los recortes. La entrada del ejército de Franco en Barcelona fue una locura de vivas gritados por una ciudad de muertos de miedo, de muertos de hambre y de muertos de muerte en las trincheras y bajo los bombardeos del fascismo italiano. Entraban los soldados del ejército de Franco llevando comida para sus padres y familiares, que traían fresca, apetitosa, de la zona liberada. ¡Qué alegría, esa muchachada regresando a su propia tierra para proveerla de pan y libertad! Por las calles corría una marabunta de barceloneses que habían resultado asequibles al desaliento y lo que ahora querían era comida. Como la libertad era la comida, asaltaron en masa los almacenes de provisiones abandonados por la Generalitat. Las calles se llenaron de mujeres cargando con fardos de garbanzos y hombres arrastrando sacos de harina por el pavimento, mientras los soldados de la liberación desfilaban jubilosos y media ciudad gritaba ¡Franco! ¡Franco! ¡Franco! con el brazo en alto.

Una mano enguantada en cuero negro agarró por la espalda el hombro de Alfons. Volvió la cabeza para ver quién le sujetaba y le pareció que aquel hombre se estaba apoyando en él en un gesto de camaradería. Era un civil de bigote galante, sombrero flexible y gabardina tipo trinchera, con doble hilera de botones. Gritaba emocionado con voz bien templada y diáfana, radiofónica.

—¡Franco, Franco, Franco! ¡Ya era hora! ¡No sabéis cómo os estábamos esperando! —y clavó una mirada amenazadora en Alfons—. ¿Verdad, amigo, verdad que ya era hora?

—Uy, ¡los recibimos con alegría!

Cuando el guante negro le soltó, Alfons se deslizó entre unas vecinas de la calle Mayor de Sarriá, que también daban vivas exaltadas. Volvió la cabeza para ver si aquel tipo le seguía y lo encontró en el mismo sitio, brazo en alto solitario, contemplando el desfile con mirada de acero. Pero es que Santiago Salvatierra Masmolets no tenía otra forma de mirar. Demasiado tiempo en las sombras, en callejones oscuros, en habitaciones nocturnas, en coches que apenas se detenían, observándolo todo en silencio para recordarlo todo hilo por randa.

Santiago Salvatierra Masmolets había sido el hombre de confianza del coronel Ungría en Cataluña (un barcelonés que fue llamado «el *master spy* de la España nacional»), y eso lo situaba como uno de los peces gordos del Servicio de Información y Policía Militar de los sublevados. Es decir, de la quinta columna. Buena parte de la red de espionaje y contraespionaje catalán que había organizado Santiago Salvatierra también se encontraba ahora vitoreando a las tropas nacionales. Igual que durante la guerra, su gente continuaba diluida entre la masa. Aristócratas y notables burgueses, pequeños comerciantes y menestrales, oficinistas y obreros... Catalanes todos, cuya alegría justificaba el odio con que habían vivido en los tres últimos años.

—¡Franco! ¡Franco! ¡Franco!

Del castillo de Montjuïc, las tropas nacionales liberaron a cerca de mil doscientos facciosos. También llegaron a tiempo para rescatar a unos cuantos supervivientes de las checas del Círculo Ecuestre, del Banco de España y del Hotel Colón. Poco tardarían en exigir estos una satisfacción de sangre.

Una hoja de papel de fumar, eso le bastó a Jaime Casellas Garriga para contener su sangre. Quería ir bien afeitado a ver el desfile, pero en las penumbras de su diminuto piso de la calle San Ramón, en el barrio chino, no pudo evitar hacer un pequeño gesto violento con la navaja para ver qué pasaba. Se cortó y le gustó. Jaime Casellas Garriga, natural de Barcelona y nacido en 1918, el día del armisticio alemán, era uno de los que salieron vivos de las checas. Lo primero que hizo al recobrar la libertad fue beber un vaso de vino, ponerse en la solapa el Sagrado Corazón de Nuestro Redentor y presentarse ante las autoridades franquistas. Allí besó el primer pedazo de pan que tenía en las manos en mucho tiempo. El pan y la libertad han ido siempre de la mano. Aquel mendrugo se lo había dado el teniente José Batiste Riuvíu, hombre fino y cortés, de uniforme siempre recién planchado como un niño que va a hacer la primera comunión. Tiempo atrás, teniendo José Batiste diez años, también dio pan; pero esa vez a unos anarquistas que habían asistido al congreso de la CNT en Sants. Fue el congreso donde se fundó el sindicato único, cuatro meses antes de que los alemanes firmaran el armisticio y de que naciera Jaime Casellas. Cuando uno viene a comerse el mundo, ya hay quien está cansado de repartir panecillos.

Al poco de estallar la guerra civil, los anarquistas incendiaron la parroquia de Sants próxima a la casa de Batiste. Ahora era a él a quien le faltaba el pan. Se lo quitaban los rojos. Vio su reflejo en el fuego de aquella iglesia y comprendió que las llamas eran una llamada. Así que hizo la maleta y no paró hasta llegar a Zaragoza, donde le habían dicho que no escaseaban los alimentos. En zona nacional se hizo ver y al medio año era teniente en una compañía de automóviles y se casaba en Salamanca con una guapa muchacha de Matadepera, Ramona Codolls Formiguera, a la cual también la furia de los rojos la había conducido a la España liberada como él la conduciría por cines, modistas y teatros durante el resto de su vida.

—José, ¿crees que volveremos pronto a Barcelona?

—Ni lo dudes, Ramoneta. Esa tierra es tu tierra y esa tierra es mi tierra, de Miravet hasta Avinyonet de Puigventós.

La Falange de Barcelona había salido en bloque para recibir al ejército Triunfal de Franco. No eran muchos, pero a partir de ahora serían todos. Entre los mejores hombres y dirigentes de la Falange catalana se encontraban Carlos Trías Bertrán (que ese mismo año fue concejal del ayuntamiento), José Ribas Seva (uno de los fundadores de Falange en la ciudad), Ignacio Agustí (periodista y hasta entonces poeta en lengua catalana), José María Fontana Tarrats (fundador de Falange en Tarragona), Luis de Caralt (nombrado sin esperar un minuto inspector provincial de excombatientes), José Vergés (en su irremplazable uniforme azul y negro), Martín

de Riquer (aclamado autor del libro *L'humanisme català*), Mariano Calviño (manresano y jefe provincial de FET y de las JONS), Carlos Sentís Anfruns (antiguo redactor de *La Publicitat* y de *L'Instant*) y su hermano Luis (condecorado con la cruz del águila alemana). También los carlistas, como el jefe requeté José Bru Jardí, se echaron a la calle para lucir ante todo el mundo sus boinas rojas. Lo rojo volvía a ser español.

El padre cura Leopoldo Roca Pallejá frotó con un pañuelo blanco sus gafas redondas de montura dorada. Al echar el vaho a los cristales pensó que con un solo golpe de aliento había insuflado el Creador la vida a la nación española. Menuda sangría le acababan de hacer a España durante estos tres años de guerra; pero las sangrías son lo mejor para fortalecer a los enfermos. Se adornó la pechera de la sotana con toda clase de medallas de santos y condecoraciones de batalla y se caló la boina roja. De lo que más orgulloso se sentía era del correa que le había acompañado a lo largo de la contienda. No se lo quitó ni un solo día, desde el 19 de julio en que abandonó su parroquia de Manresa para presentarse ataviado con las trinchas en el episcopado de Barcelona, hasta este momento, ya con Barcelona liberada y las tropas nacionales agrupadas todas en la lucha final contra Madrid, a las puertas de la victoria. El padre Leopoldo había nacido con el siglo, lo que le inspiraba la ambiciosa idea de que también moriría con él. Y de hecho había estado a punto de ser de tal modo, pues se escapó por los pelos del colosal incendio de los almacenes El Siglo, en las Ramblas, el día de Navidad de 1932.

En la noche del 25 de enero de 1939, el padre Leopoldo Roca y el que fue jefe de espías Santiago Salvatierra organizaron las primeras cuadrillas de falangistas que escribieron con alquitrán en los muros de la ciudad la leyenda: «¡Habla en cristiano!».

—¡Nosotros tenemos que ser los primeros en poner orden en nuestra casa!

Santiago era hombre de mando y no estaba dispuesto a hacer nada para lo que hubiera que quitarse los guantes; pero el cura se consideraba un enviado de la Fe, así que agarró la brocha y repartió estopa por todas partes. En aquella ronda, trabaron amistad con el teniente de automóviles José Batiste, que se había presentado voluntario a la partida, animado tanto por la euforia patriótica, como por el coñac y su joven esposa Ramoneta.

—Permíteme una pregunta, páter.

—Las que quieras, teniente. Hoy ya se puede preguntar lo que uno quiera.

—¿Hostia se escribe con hache?

Amaneció en Barcelona con esas pintadas y con pancartas por el estilo en las que se leía: «¡Habla en la lengua del Imperio!». Y esto solo fue el primer día. Semanas después, el ejército nacional quemaba libros en piras callejeras solo por estar impresos en lengua catalana. Detrás de las Ramblas, en la calle Xuclá, ardieron en un

auto de fe militar los escritos historiográficos de Antoni Rovira i Virgili, un reconocido político de Esquerra Republicana, ahora en el exilio, que había sido vicepresidente primero del Parlamento catalán durante la guerra. Y en Badalona, entraron en la vivienda de Pompeu Fabra (el filólogo que había fundado la moderna gramática catalana), saquearon su biblioteca y la quemaron en medio de la calle, enfrente de la puerta de su casa. Al poco, se promulgó el decreto por el cual quedaba «prohibido el uso del catalán en calidad de segundo idioma».

Pero aquel nuevo día del 26 de enero de 1939 traía, además de esas, otras novedades en favor de la reconciliación nacional y la restitución de la justicia. El diario *La Vanguardia* fue devuelto a su legítimo propietario, el conde de Godó, el cual, para manifestar su agradecimiento a los libertadores, cambió la cabecera y le dio el nombre de *La Vanguardia Española*, con el subtítulo de «Diario al servicio de España y del Generalísimo Franco». Fue nombrado su director Manuel Aznar, un celebrado cronista de las hazañas bélicas facciosas, que en su juventud había pertenecido al ala extremista del Partido Nacionalista Vasco. Y fue nombrado subdirector el también cronista José Pla. Desde Herodoto hasta *Crónicas de un pueblo*, la crónica, la voz narrada, la historia contada, ha estado al servicio de los vencedores.

El 10 de febrero de 1939, José Pla publicó la crónica «Retorno sentimental de un catalán a Gerona», donde relataba el regreso a su Ampurdán liberado por «nuestras tropas»: «Un simpático matrimonio, en misión de Auxilio Social, ha tenido la amabilidad de devolver, por unas horas, a un catalán a su país, y así me ha sido posible llegar a mi Ampurdán nativo, pocas horas después de ser liberado por las tropas del Generalísimo Franco. [...] Pasamos el Tordera en el puente de barcas y nos encontramos, en la otra parte, con un rebaño de dos o tres mil prisioneros que, conducidos por una pareja de la Guardia Civil, marchan a pie, hacia Barcelona. El contraste con nuestras tropas es indescriptible. Primero, sorprende la mezcla de viejos y de jóvenes, de hombres de pelo cano y de niños. Todos van arrastrando los pies y los harapos, con una tremenda actitud de desaliento y de melancolía. ¿Por quién ha luchado esta gente? ¿Dónde está la mirada altiva y soberbia del vencido auténtico? Todos fueron vencidos de antemano e hicieron la guerra a la fuerza y de cualquier manera». La eterna mirada ausente del español vencido y encadenado igual que se describe en la aventura de los galeotes de Don Quijote. Si hay una línea para trazar la biografía de España, seguro que está hecha con cadenas. Pero las cadenas se enroscan sobre sí mismas como una cobra en el cesto de la historia. El 15 de febrero de 1939, el antiguo diputado de la Lliga Catalana Fernando Valls Taberner publicó, también en *La Vanguardia Española*, el artículo «La falsa ruta»: «Cataluña ha seguido una falsa ruta y ha llegado en gran parte a ser víctima de su propio extravío. Esta falsa ruta ha sido el nacionalismo catalanista».

Fue el día 21 de febrero cuando por primera vez Franco visitó Barcelona en calidad de Jefe de Estado. La primera visita del Generalísimo a Cataluña. Le

acompañaba el ministro de Defensa Nacional, Fidel Dávila Arrondo, que así regresaba a la ciudad donde nació, después de haber luchado en la guerra de Cuba, en las de Marruecos y de conspirar en Burgos contra la República. Más tarde, Franco le otorgaría el marquesado de Dávila y la grandeza de España.

—Españoles de Cataluña —con estas palabras empezó la alocución leída por el Caudillo a los catalanes desde Radio Nacional de España en Barcelona—. El grandioso desfile de nuestro invicto ejército por la capital de Barcelona, después de liberar hasta el último rincón de las tierras catalanas, es el acontecimiento más grandioso de nuestro renacer. Son los soldados de España, que, curtidos por dos años y medio de duro pelear, sorprenden de nuevo al mundo con su pujanza, demostrándole que la España imperial que un día le imprimió su fe y su carácter está viva en su juventud gloriosa, que supera las marcas y rebasa los cálculos para la conquista de la gloria.

«Brazo en alto, Barcelona saluda a su salvador», con este titular *El Correo Catalán* daba la noticia al día siguiente. En el ayuntamiento, el alcalde provisional, el capitán legionario Víctor Felipe, dobló el *Correo* con sonrisa socarrona y se lo dio a un cabo de infantería que encontró en un pasillo.

—Oye, chaval, ¿te gustan los arenques?

—Con delirio, mi capitán.

—Pues toma este periódico para envolverlos.

Al salir al cuadrado de la plaza de la República, aunque poco le quedaba de llamarse así a aquel sitio, contempló frente a su nariz afilada, pómulos salientes, la fachada renacentista del viejo Palacio de la Generalitat. En el balcón, la hornacina con San Jorge matando al dragón le recordó que volvía el tiempo de los soldados. Franco había derogado el Estatut de Catalunya en 1938. Eso estuvo entre lo primerísimo que hizo al formar su Gobierno, ya antes de ganar la guerra, y nombrarse a sí mismo Jefe del Estado en Burgos. Esas eran sus reglas del juego y de quienes le apoyaban y aceptaban. Al día siguiente de la liberación de Barcelona, sus soldados entraban en el Pati dels Tarongers del Palacio de la Generalitat, ataban con una cuerda el busto de Prat de la Riba (padre del catalanismo conservador) y con tres mulos lo arrancaban y se lo llevaban arrastrándolo por el suelo.

Danzó la borla de su chapiri sobre los ojos chispeantes del capitán legionario Víctor Felipe y marchó a los tanques, después de haber ocupado la alcaldía por tan solo 24 horas. Le relevaba en el cargo un amigo personal de Franco, el hijo de los fundadores de la factoría automovilística Hispano-Suiza y propietarios del castillo de Peralada, Miguel Mateu Pla, llamado popularmente Mateu el de los hierros. Al principio de la guerra, la Generalitat le había ayudado a salir de España por miedo a los anarquistas, pero, ya que estaba fuera de casa y nadie le veía, aprovechó para pasarse al bando nacional. Entró en Barcelona con las tropas franquistas y solo se salió de la Diagonal para tomar el camino del ayuntamiento.

—Mire, Capdevila, lo primero que vamos a hacer es cambiarle el nombre a todas

las calles. Los rótulos de Barcelona apestan a rojo. Tome nota: a partir de hoy, la calle Aragón, que es un cochambroso poeta comunista francés, pasará a llamarse Nobleza Baturra.

—Tampoco hay que pasarse, señor alcalde. Yo le pondría algo más nuestro. O si no quiere complicaciones, el nombre de un pintor. En nuestra ciudad no existen muchas calles dedicadas a los pintores. Pintura española o también francesa. En Barcelona, lo francés aún nos lo podemos permitir.

—Tiene usted razón... ¿Ha estado en París? ¿Le gusta Millet?

—No se me ocurre otro nombre más adecuado, alcalde.

Y de este modo Barcelona empezó a recobrar su eterna idiosincrasia.

Solicitud de un estanco

Solicitud del tabernero de Badalona Juan Oliva Siurana para la concesión de un estanco.

Ilte. Sr.

JUAN OLIVA SIURANA, mayor de edad, y con domicilio en Badalona, calle del Mar, núm. 22, ante V. S. acude y atentamente expone:

Que deseando la concesión de la licencia para abrir un comercio ESTANCO dedicado a la expendeduría de tabacos, sellos, impresos y timbres, cumple para obtener esta gracia el mérito de haber pertenecido al llamado Socorro Blanco durante la Cruzada y el sacrificio de haber quedado inválido su hijo en los combates por la liberación de Barcelona, además de hallarse el susodicho solicitante en posesión del carnet de Falange núm. 230.

Acompañan para ser admitida esta solicitud a trámite los documentos que se expresan:

Certificado del acta de nacimiento.

Certificado de antecedentes penales.

Información suscrita por dos jefes locales de Falange, que avalan la conducta del suscrito y ser afecto al Régimen.

Información suscrita por el alcalde de la localidad de Badalona, que avala la heroica pertenencia del suscrito al llamado Socorro Blanco.

Parte médico de la invalidez para trabajos que requieran desplazamiento de su hijo Juan Oliva Fabregat, caballero mutilado.

Declaración jurada de no percibir haberes del Estado, Provincia, ni Municipio.

Resguardo de haber constituido en la Caja General de Depósitos la suma de 1500 ptas. como primer plazo de la fianza reglamentaria.

Por todo lo cual a V. S.

SUPLICA: Que previa la admisión de este escrito, con los documentos que se acompañan, se acuerde conceder al solicitante la licencia para poner un negocio de ESTANCO en el punto de la población de Badalona que las

autoridades locales considerasen más indicado.

Gracia que se promete alcanzar de V. S.

Badalona, 11 de septiembre de 1939.

¡Viva Franco! ¡Arriba España!

Lleva impreso el sello de «Denegado» con fecha del 12 de octubre de 1940.

Los hombres de Pekín

—Pero ¿cuándo se ha visto a un cojo fusilando?

—Bien apuntalado, para aguantar el retroceso, yo creo que podría hacerlo, mi teniente.

—Mira, Juanito, la guerra ya ha terminado y tú no has quedado para estos trotes. Vale más que vayas buscándote una faena... ¿No dices que tus padres tienen una taberna en Badalona?

—Mi teniente, ¿me ve usted limpiando mesas después de haber ganado una guerra?

—Está bien. Miraré cómo se te puede ayudar.

—Había pensado escribirle una carta a Franco, mi teniente, solicitándole una pierna buena, de esas de pino.

El teniente de automóviles José Batiste Riuvíu le había cobrado mucho afecto a Juanito Oliva en sus andanzas por Burgos y Salamanca. Entonces quiso tomarlo bajo su protección; pero Juanito tenía un alma aventurera y prefirió las noches al raso a la tranquilidad de un destino burocrático. Ahora, de vuelta en Barcelona, cuando apenas hacía un año que los sublevados habían vencido a la República, se le presentaba por sorpresa Juanito Oliva Fabregat vestido como en los mejores tiempos y pidiéndole un máuser para formar parte de los pelotones de ejecución.

—Vamos, mi teniente, aunque sea un par de tiros.

—Te he dicho que no.

—Ir a ver ¿se puede?

—¿Las ejecuciones?

—Es claro.

—Si es por darte el gusto...

En el Campo de la Bota existían de antiguo unos muros donde los militares, los veraneantes barceloneses y los amigos del rifle en general hacían sus prácticas de tiro. Se conocía a esos muros como el Parapeto y dieron este mismo nombre a la playa en la que estaban levantados. El Campo de la Bota era una árida franja de terreno situada entre el mar Mediterráneo y el primer ferrocarril de España, el que enlazó Barcelona con Mataró. Comprendía las playas de Pekín (que pertenecía a la capital catalana) y del Parapeto (que era de San Adrián del Besós). La principal edificación de la zona la constituía el castillo de las Cuatro Torres, propiedad del ejército desde antes de la guerra, así como los abandonados terrenos que lo rodeaban. Aquel era el lugar donde ahora los nacionales fusilaban en Barcelona a cuantos

consideraban desafectos al Régimen.

—Juanito... Ven esta madrugada a eso de las cuatro o las cinco.

A los fusilados del Campo de la Bota los tiraban luego al agua para que se los llevara el mar bien lejos. A otros los dejaban en la arena si sabían que había familia a la espera del cadáver. Llegaban de madrugada en un camión, los bajaban, los ponían contra el parapeto, y, pim, pam, pum, los fusilaban.

—¿Me dejas un tiro? —le pidió Juanito Oliva al requeté Jaime Casellas Garriga, natural del barrio chino.

A Jaime la guerra le había sorprendido con dieciocho años, como se dice, en la flor de la vida, cuando ya empezaba a conocer el modo de insinuarse a los hombres sin comprometerse. Pero las cosas cambiaron de golpe y porrazo, y sin pensárselo dos veces se alistó en las milicias del requeté. Para cuando se quiso dar cuenta, le habían encerrado en la delirante decoración de una checa.

Jaime Casellas hizo ver que no había oído a ese desgraciado que se arrastraba sobre una muleta. Pero Juanito le conminaba ahora poniendo cara de pena y sin apartar un segundo su mirada del antiguo alcalde de Badalona y miembro del Comité de Salud Pública local, Frederic Xifré Masferrer, sentado sobre una piedra, con las manos atadas, sin chaqueta y cabizbajo. Le habían detenido en el pueblo de Alella, donde se refugió durante la guerra, pues la FAI le perseguía por salvar de las sacas a religiosos y a facciosos. Hacía tiempo que había renegado de la República, pero ya era demasiado tarde. Detrás de él, con las manos atadas a la espalda y un cigarrillo encendido en los labios, su amigo Antoni Pujadas, el alcalde de Alella, militante del PSUC, miraba al mar nocturno y contaba las olas antes de morir.

—¡Hay que levantarles un monumento! —dijo el alcalde de Barcelona Miguel Mateu Pla—. A los caídos por Dios y por la patria, hay que hacerles un monumento.

Y no paró de repetirlo hasta que se levantó a los caídos por España un monumento en el castillo de Montjuich, obra de los escultores catalanes Miguel y Luciano Oslé, y de los arquitectos Solá Morales, José Soteras, Manuel Baldrich, Joaquín Ros y José Mas. Era el primero de este tipo que se realizaba en la ciudad. El primer aniversario de la Victoria también fue celebrado con muchos actos populares, como el reparto de bonos de comida que el ayuntamiento llevó a cabo entre los más necesitados. En aquellos días, el alcalde Mateu se desvivía para que le nombrasen presidente de la Caja de Pensiones.

—Tenemos que promover el ahorro sobre todo entre los pobres, que son los que más gastan. ¡Capdevila!

—Dígame, señor alcalde.

—¿Cuántos pobres tenemos en Barcelona?

—¿Pobres de boca o pobres de abrigo?

—Franco no hace distingos. Los quiere a todos por igual.

—Pues ponga que todos juntos sumen medio millón.

—¿La mitad de la población me dice? ¿Pero en qué ciudad vivimos?

—Es la herencia recibida, señor alcalde.

—Esto lo arreglo yo ahora mismo. Apunte, Capdevila. Con motivo de las celebraciones del primer año triunfal, se va a obsequiar a cada pobre de Barcelona con una botella de sidra. ¿Cree que a los pobres les gustará la sidra?

—Puede que sí, como es de manzana...

Al pelotón de fusilamiento donde Juanito Oliva había hablado sin éxito con Jaime Casellas le sucedió otro, en el que reconoció a un camarada del frente. Felipe Huguet Almirall, un jefe carlista de Sarriá de Ter que, según contaba, con apenas quince años había salido ileso del terremoto de San Francisco de 1905. Llevaba el uniforme sin ningún tipo de galones ni divisas y todavía le acompañaba su viejo 91, el fusil italiano. Durante la guerra, Felipe Huguet estuvo al servicio personal de Gastone Gambara, el general de los flechas negras de la División Littorio, que entró con Yagüe en Barcelona. En algo tenía que notarse que el suegro de Huguet fue un importante militar del rey de Italia. Felipe Huguet también reconoció a Juanito y le habló amistoso agarrándole fuerte de un brazo. Pero cuando bajó la cabeza y descubrió la punta de pernera doblada de su amigo, chasqueó la lengua.

—Lo bueno se ha acabado, Juanito. Yo vengo aquí para pegar los últimos tiros. ¿Ves a ese cabrito?

Señaló con desprecio a un prisionero ruso que se había quedado con el ejército republicano tras la partida de las Brigadas Internacionales. Le había enviado el komintern en calidad de criptógrafo, pero un buen día se perdió en el laberinto. Entró en un bucle y se quedó dentro. Era algo que de vez en cuando les ocurría a algunos especialistas en descifrar mensajes en clave. A las puertas de la muerte, el ruso aún mostraba un rictus de ausencia. La obsesión por desentrañar un código imposible fue creciendo en su mente hasta no poder dominarla. De súbito, se le veía sonreír y sus ojos verdes y acuosos se le encendían; pero a continuación parecía comprender que de nuevo había tropezado con una descodificación mala y su rostro volvía a ensombrecerse.

Felipe Huguet continuó hablándole a Juanito.

—Pues bien, es un comunista. Un cabrito mandado por los bolcheviques que se ha vuelto loco.

Juanito Oliva lo observó durante un rato.

—Nunca había visto un ruso tan de cerca. Pensaba que eran rojos de verdad.

—¿Cómo? ¿Con la piel roja como los indios americanos? Estos lo único que tienen rojo es la sangre.

—Toma, como nosotros.

—Pues por eso hay que matarlos.

La sombra de Juanito desapareció cojeando a la luz de los focos que alumbraban los paredones. Felipe Huguet le dio la espalda y se dirigió hacia el ruso. Se oía arrastrar sus pisadas sobre la arena a unos guardias civiles en formación. También se escuchaban el oleaje de la playa y los camiones, que a lo largo de aquella noche no paraban de entrar y salir del Campo de la Bota. Llegó una camioneta y de ella descendieron cerca de treinta hombres maniatados, algunos acusados de pertenecer o haber colaborado con el Servicio de Información Militar republicano. El teniente José Batiste bajó de la cabina. Iba, al igual que la mayoría de los oficiales, sin las insignias de su grado en el uniforme.

—¡Juanito! ¡Qué cabronazo! ¡Al final has venido! ¡Te morías de ganas! Anda, agarra este mosquetón y sígueme.

Ya en el pelotón de fusilamiento, Juanito Oliva eligió mentalmente a un hombre gordo con cara de asustado y conteniendo la respiración enfiló hacia él la mirilla. Pero antes había acariciado como si fuera un talismán el terciopelo negro que forraba el reposabrazos de su muleta y la había dejado caer al suelo. Para que Juanito pudiera sostenerse mientras apretaba la culata contra el hombro, el teniente Batiste se agachó tras él y le abrazó por la cintura.

—Apunta bien por lo menos, que me estoy haciendo polvo los riñones.

—Va por España y por usted, mi teniente.

—Es que si no te agarro, no vas a acertar, y encima te caerás al suelo. ¿A cuál le vas a dar? Al más gordo, como si no te conociera.

El pelotón disparó a la voz de fuego y los fusilados se derramaron en la playa como otro puñado de arena. Le llegó un olor fétido al teniente Batiste, que se apresuró a apartarse de las posaderas de Juanito.

—¡La Virgen, Juanito! ¡Si lo llego a saber te sujeta tu madre!

—Yo no he sido, mi teniente. Habrán sido esos rojos, que venían muertos de miedo.

—Venga, reconoce que te lo has hecho encima.

—Que no, mi teniente, que seguro que ha sido uno de esos. Si quiere lo miramos.

—Sí, hombre, ahora nos vamos a poner a bajarles los pantalones a los muertos.

Amanecía en Barcelona y Juanito Oliva regresó a su casa siguiendo los raíles del tranvía sin atreverse a subir a ninguno mientras el olor de su propia mierda no dejara de perseguirle.

Carta a Franco

Carta personal de Juanito Oliva rogándole a Francisco Franco que interceda para la concesión de una pierna de madera de pino. La carta fue pasada a limpio y puesta en claro por el funcionario municipal de Hacienda y exteniente del cuerpo de automóviles José Batiste Riuvíu, amigo y protector del solicitante.

Excelentísimo Jefe del Estado y Caudillo de todos los españoles.

Permítame Su Excelencia que con estas mis cortas palabras me atreva a escribirle unos renglones que procuraré ordenados y respetuosos. Atiendo por el nombre de Juan Oliva Fabregat y soy natural de Badalona, población en la que vi la primera luz del mundo en el año de 1905. Mis padres, que aún viven, se llaman Juan Oliva Siurana y Concepción Fabregat García. Somos una familia de escasos posibles, pero leal a España y honrada, que por ventura puede mantenerse de una modesta taberna, aunque también es cierto que le sería muy provechosa la concesión de un Estanco.

En la jefatura provincial de Falange, hay ficha con la filiación de cada uno de mis padres y mía. También le adjunto a Su Excelencia una carta de recomendación firmada por el jefe provincial de Falange, donde textualmente se dice de nosotros que formamos «parte de esa raza de catalanes leales, que tanto han ayudado, aun con menosprecio de sus propias vidas, en la liberación de su tierra y en la Cruzada por España».

Yo combatí en el bando nacional desde la primera hora del glorioso Alzamiento. He conocido el honor de ser soldado de Yagüe y con él entré en Barcelona. Quiso el destino arrancarme un pie cuando ya íbamos a traspasar el umbral de la noble capital catalana, archivo de la cortesía, albergue de los extranjeros, hospital de los pobres, patria de los valientes, venganza de los ofendidos y correspondencia grata de firmes amistades, y, en sitio y en belleza, única, como dijo el Glorioso mutilado en la católica batalla de Lepanto.

Por verme yo también mutilado, de manera que se me ha arrancado de cuajo una de las dos ramas con que yo me enraízo en el suelo de la Patria, ruego de la bondad misericordiosa de Su Excelencia que tenga la gracia de proporcionarme caritativamente una pierna de madera de pino, que es el árbol propio de mi tierra, para poder desenvolverme por estos caminos que a partir de ahora me esperan.

Mi talla es de 1 metro y 64 centímetros y peso 52 kilogramos con un par de libras que muchas veces se van y solo alguna vez vuelven. El pie que me queda es el derecho, yo en esto veo una señal de la Voluntad Divina. Calzo el número 39, también año de la Victoria. Considero que los referidos detalles serán de mucho servicio para el carpintero tallador. Me llega el muñón hasta la misma altura del tobillo, pero asimismo pongo en conocimiento de los cirujanos de nuestro victorioso Ejército que si es menester cortar más para que encaje la horma, recibiré con gusto cualquier clase de operación.

Quiero añadir por último que, contra tullido, aún soy joven y fuerte, y si hubiera que levantarse otra vez por Dios y por la Patria, de nuevo volvería a hacerlo, aunque tuviese que llegar hasta el frente arrastrándome sobre la pierna buena. Y que, una vez allí, estaría dispuesto a perder mi único pie, si es que con mis pies tienen que andar el progreso y la prosperidad de mi Nación.

Dios guarde a Su Excelencia muchos años para bien de los españoles.

Juan Oliva Fabregat, caballero mutilado.

Badalona, a 24 de diciembre de 1940, año segundo de la Victoria.

Arriba España. Viva Franco.

Danza nocturna en el barrio chino

El exquintacolumnista Santiago Salvatierra alzó la vista hacia el edificio del Hotel Colón y sonrió con amargura al recordar que había sido la sede del PSUC durante la guerra. «Esto es otra cosa», se dijo. «Los rojos tenían la fachada hecha un asco con las pancartas y con aquellos retratos monumentales de Lenin y Stalin». Arreció la lluvia y Salvatierra apretó el paso para cruzar la plaza Cataluña. A un lado quedaba el Rigat, recién inaugurado. Una sala de fiestas suntuosa, con mármoles, espejos, grandes lámparas y escaleras deslumbrantes. Al fin había en Barcelona un lugar donde darse un respiro. Santiago se había citado en una cafetería próxima, con la cual la sala compartía la clientela. Hombres salidos de una guerra de tres años, con mucho dinero y ganas de divertirse. Allí se podía tomar café, nada de achicoria, y charlar apaciblemente con los camaradas y la gente de orden.

Santiago Salvatierra Masmolets, natural de Besalú, no quiso conformarse con ser un falangista del montón. Se había jurado ir más allá. Arriba, siempre más arriba, como los románticos alemanes. Traductor de Goethe al español y al catalán, al terminar la guerra Santiago viajó a Berlín para ponerse al servicio de lo que consideró la causa suprema. En dos meses, era el hombre de la Gestapo en Barcelona. A él se debía la localización y coordinación de los testigos inculpatórios en el juicio contra el presidente de la Generalitat, Lluís Companys. No le resultó demasiado difícil encontrar a quien quisiese contribuir a ello. Y todos, catalanes como el que más. Gente honrada y cristiana, condenada a purgar de por vida el pecado original del nacionalismo, y que por eso ahora odiaban a su antiguo Presidente convertido a golpes en un alfeñique. Los testimonios eran de lo más variopinto, pero todos con una misma y unívoca finalidad: había que matar a Companys.

Fue también Santiago Salvatierra quien trajo a Himmler a la ciudad. ¡Pues no pasó nervios Mateu, el alcalde! Don Miguel Mateu Pla, alcalde de Barcelona y sobrino del arzobispo de Toledo y primado de España, Enrique Pla y Deniel, se quedó con la boca abierta cuando vio los automóviles de la Gestapo, con el banderín nazi en el morro, aparcados en el patio de Armas del parque de la Ciudadela, frente al Palacio del Gobernador.

Ahora, Santiago Salvatierra andaba metido en una operación que podía cambiar de nuevo el destino de España, y proyectarle a él hacia los más altos estratos de la política. Adscrito secretamente a las filas de don Juan de Borbón y Battenberg, intentaba convencer a los nazis para dar el golpe de Estado que restituyera la monarquía a la nación, en la persona del Conde de Barcelona. Al fin y al cabo, el

régimen de Franco no había resultado demasiado provechoso para los alemanes. Solo tenía que jugar bien sus cartas.

—No, cartas no. Hoy tráenos el dominó —dijo el funcionario de la Hacienda municipal y exteniente de automóviles José Batiste a uno de los camareros. Junto a él se sentaban sus antiguos camaradas Juanito Oliva, que se había quedado cojo ya casi al final de la guerra, y eso por pura cabezonería, pues quiso entrar en Barcelona con el fusil al hombro, cuando Batiste habría conseguido apartarle de las trincheras, y el padre Leopoldo Roca Pallejá, un cura carlista con una reputación de devorador de rojos a sus espaldas que daba miedo.

Esperaban entre bromas al misterioso Santiago Salvatierra, que como siempre llegaba tarde a la partida para hacerse el interesante.

—Empecemos sin él —dijo el cura.

—Pero ¿cómo quieres que juguemos tres a la garrafina? —repuso Batiste—. Cada día que pasa te haces más *trabucaire*.

—Para calentarnos, podríamos jugar una porra —terció Juanito Oliva.

—¡Vaya manera de llover, chicos! Disculpad el retraso —Salvatierra sacudió su sombrero mojado a un lado de la mesa—. A la salida del cine se ha formado una aglomeración, con lo de la tormenta...

José Batiste le replicó:

—Pero si el cine está a la vuelta de la esquina...

—Ya. Es que no he ido a ver *Raza*.

—Pues es un películón —comentó Juanito—. Hay que ver qué bien trabaja Alfredo Mayo. Eso sí que es un primero de Mayo.

—Un películón —repitió el padre Leopoldo— escrito por Franco y dirigido por un primo hermano de José Antonio. A España, el extranjero no le hace falta para nada.

—Por eso es el extranjero —dijo Juanito Oliva.

—Pues precisamente, por eso no pienso ir a ver *Raza*. Ya está bien de mirarse el ombligo.

—¡Ay, ay, ay!, que Santiago se nos está volviendo rogelio —ironizó el exteniente Batiste.

—No es lo que pensáis.

—¿Y qué pensamos? Bueno, se acabó el cachondeo. Ahora viene lo serio —concluyó el cura, y empezó a remover las fichas—. Entonces, ¿cuál has visto?

—*Tarzán en Nueva York*.

A los camareros no les gustaba tener a Juanito Oliva entre la clientela. Era a todas luces un paria, un pobretón lisiado, por muy falangista y por muy caballero mutilado que se proclamase cuando se metía cuatro copas de coñac entre pecho y espalda. Pero estaba bien protegido. Siempre llegaba acompañado de gente de posición. En fin,

algún mérito tendría cuando le apreciaban tanto. Por ejemplo, el señor Carreras, que acababa de entrar calado hasta los huesos, saludó a la concurrencia y se fue directo a acariciarle la nuca a Juanito.

Don Tomás Carreras Artau se encontraba aquella tarde de excelente humor, pues el padre Juan Tusquets, que se había mandado hacer un uniforme nazi a medida, le acababa de confirmar que sus gestiones para que le nombrasen teniente alcalde de cultura habían tenido éxito. Hombre erudito y consagrado a la filosofía y a la etnología, Carreras Artau fue diputado de la Lliga Regionalista en el Parlamento catalán durante la República. Removiendo cielo y tierra, consiguió que Cambó interviniera para que, como a otros muchos, le sacasen de Cataluña al estallar la guerra. El padre de Juanito Oliva había participado en las tareas logísticas de esa operación. Gracias a su diligencia, al señor Carreras no le faltaron en el momento de la partida un buen pedazo de tocino y una botella de clarete.

—Santiago, tú que eres hombre de mundo... —preguntó Juanito—, ¿qué quiere decir *angawa*?

—¿*Angawa*?

—¿Pero no vienes de ver una de Tarzán? ¡*Angawa*, Chita! ¡*Kami-bolong*!

—¿Ah, pero eso es alemán? —bromeó Batiste.

—Lo que os puedo asegurar es que no es latín —intervino el sacerdote.

—Ni catalán —añadió el exteniente.

Nadie se atrevió a celebrar esa chanza sobre un asunto que cada vez parecía menos claro. Ahí sí que daba la impresión de que se habían pillado los dedos. Ahora no se veían capaces de hablar en público en su propia lengua y eran ellos mismos quienes la estaban persiguiendo. Tal vez habían llegado demasiado lejos en el calor de la guerra. Pero es que tenían a los rojos metidos en casa. Bah, seguro que en unos pocos años las aguas volverían a su cauce.

El exteniente ordenó sus fichas de dominó pensando que hablar en catalán, si no se hace para molestar, no perjudica a nadie. «Aunque, siendo prácticos, tampoco sirve para nada fuera de la familia. Además, ¡qué demonios! ¿Acaso no somos españoles todos?», se dijo a sí mismo. Pero no fue capaz de expresarlo en voz alta.

—A lo mejor es ruso, suena a rojo —insistió Batiste.

—José, ¿tú tienes mano en el puerto? —Santiago Salvatierra cambió de tema—. Quiero decir, en la aduana.

—Se puede mirar. Lo dices por lo del buque *Apolo*, ¿no es cierto?

Santiago Salvatierra puso su ficha en silencio.

—Son seis mil quinientas toneladas de carne lo que mandan los argentinos —murmuró José Batiste—. Ahora hay mucho movimiento en Barcelona. Es el momento ideal para forrarse.

La lluvia era cada vez más intensa y había tomado el color gris del cemento, de la mar y del cielo del puerto. Se hizo al fin de noche y los transeúntes fueron sustituidos por los relámpagos. Dentro del bar proseguían el humo de las farías, el olor de los

licores, las conversaciones a gritos. Todo, envuelto en una neblina de luz eléctrica.

—¡Camarero! —gritó Batiste—. ¡Otra ronda!

Y girando el índice sobre la mesa trazó un círculo.

—¿De lo mismo?

—No vaciles y trae las copas, que estamos secos.

Los cuatro asintieron con idéntico gesto.

—¡Marchando cuatro de anís del Mono!

—A mí me gusta más el seco —observó el cura—; pero, con tal de haceros compañía en todo, hoy os sigo el gusto con el dulce.

—¡Qué tío, el páter! —exclamó Juanito—. ¡Para no agradarle, ya lleva usted sus copas!

Todos rieron; el padre Leopoldo, el primero.

Dio la hora de cerrar la cafetería. Estaban todas las sillas del local subidas a las mesas, excepto las de los cuatro amigos. El primero en levantarse fue Juanito, y, quizá por la pierna de madera, o bien porque con tanto pimplar ya no era dueño de sus movimientos, al apoyarse en la pata de una silla perdió el equilibrio y acabó bajo la mesa.

—¡Juanito! —farfulló José Batiste con las encías pegajosas de anís—. ¡No te mataron los rojos en la guerra y ahora lo vas a hacer de tu propia mano!

—¡Ahí va! —voceó el cura—. ¡Una silla con cinco patas! ¡Y las cinco de pino de primera!

Abrazados por los hombros, se fueron cantando bajo la lluvia en dirección a las oscuras callejuelas del barrio chino. Dejaban a sus espaldas las alegres luces del Rigat.

—¡Venga, Juanito!, ¡canta por Angelillo! —sus amigos le jalearon.

—Soy un pobre presidiario...

Luego el padre Leopoldo se arrancó con unas cancioncillas sicalípticas que había aprendido en el seminario. Guiados por Santiago Salvatierra, los cuatro amigos acabaron en el último tugurio del barrio, donde el roce humano había creado una extraña tolerancia entre vencedores y vencidos. En un periquete, los cuatro excombatientes tumbaron otra botella de anís del Mono. Bromearon a gritos. Se exhibieron como privilegiados ante el resto de la concurrencia. Y con canciones de antes de la guerra contagiaron su alegría al antro.

—¿Dónde se mete... la chica del diecisiete? —cantaban los cuatro a coro.

—¿De dónde saca... pa' tanto como destaca? —les respondía el personal.

Allí bailó hasta el sereno, que dejó la gorra y el chuzo en una mesa, se arremangó los faldones del abrigo y movió los pies con gracia. Los sumideros se ahogaban con tanta agua como corría por las calles y la luz de los relámpagos centelleaba en los callejones. Salieron los cuatro amigos en batería, cogidos del bracete como las modistillas y dispuestos a empaparse hasta la última gota de la noche.

—¡Y ahora vamos a cagarnos en la puerta del ayuntamiento! ¡Se va a enterar el

meapilas de Mateu el de los hierros! —dijo Santiago Salvatierra, y sus compañeros le siguieron mientras la lluvia les chorreaba por la cara.

En esto que apareció por una esquina un hombre que andaba deprisa y encorvado, huyendo de la lluvia. Salía de la panadería donde trabajaba, en esa misma calle, unas puertas más adelante.

—¡Eh! ¡Tú! —gritó Salvatierra levantando el brazo—. ¡Arriba España!

Pero aquel tipo no respondió al saludo y aligeró el paso con nerviosismo. Les fue suficiente una sola mirada de entendimiento. Los cuatro se le echaron encima. El cura le retorció un brazo y Santiago le daba de puntapiés en un costado. Desde el interior de la panadería, el propietario, el señor Estapé, observaba la escena con lo que parecía discreción, pero era miedo. Y en voz baja, les decía a sus empleados:

—Si ya lo sabía yo que esto tenía que pasar. Se creía el pobre Nicolau que no le iban a reconocer cuando volviera.

—¡Hemos cazado un rojo! —Juanito Oliva gritaba con su único pie metido en un charco—. ¡Serenos! Ven corriendo, que hemos pescado un atuncito.

De la boca de Nicolau colgaba un hilo de sangre que la lluvia arrastró por los adoquines. El dolor de los golpes buscó la anestesia del recuerdo, pero este resultaba también doloroso. Barcelona, el frente del Ebro, las ideas devorando a las personas y las gente devorándose entre sí, la huida a Francia, el regreso, el miedo, cerrar los ojos y esperar el milagro del olvido.

Dentro del tugurio donde habían dejado la farra, vieja puerta de madera, cristales grasientos, visillos amarillentos por el humo del tabaco, sus gomas flojas, los cáncamos cabizbajos, continuaba el sereno la juerga con los pantalones arremangados hasta las rodillas, dando palmas y señalando, con la misma mano con que sujetaba el cigarrillo encendido, hacia una pareja de la Guardia Civil para animarles a cantar con él.

—Por eso a las vecinas les da por murmurar y, al verla tan compuesta, la dicen al pasar: ¿Dónde se mete...?

Angawa song

Para cantarla todos juntos, como homenaje a todos los bailarines nocturnos:

*We come from Nairobi
We come from Nairobi
And we're on the best team
We do the Watusi
We're seven feet tall
The mosquitos may eat us
But they'll never beat us
Cause we're from Nairobi
Sing along, sing along, sing along, sing along
Angawa, angawa, angawa, angawa
Angawa, angawa, angawaa-waa
Angawa, angawa, angawa, angawa
Angawa, angawa, angawaa-waa.*

El elefante *Perla* llega al zoológico

El director del zoo de Berlín, el oficial Leo Bauer, se llevó las manos a la cabeza y contempló desde su despacho el fuego, las jaulas reventadas, los cascotes de los fosos, los destrozos provocados a su alrededor por el bombardeo de la aviación inglesa. El orangután *Fausto* era un cadáver pelirrojo colgado de un tobogán. Lo habían destripado las malditas ondas expansivas de las bombas. Su pareja, *Heidi*, levantó los puños apretados hacia el cielo prometiendo que sus descendientes nunca más volverían a pasar por eso. La colonia de flamencos del estanque intentaba alzar el vuelo y responder al ataque, igual que lo hubiera hecho una escuadrilla de flamencos belgas de Degrelle, pero un guarda les había recortado las alas años atrás. Fue *Sigfrido*, el león, quien dio la voz de alarma, anticipándose a las sirenas de la ciudad. Aquel rugido metálico procedente de las alturas hacía días que lo conocía y siempre llegaba acompañado de humo blanco y de un gran estrépito. ¿O tal vez era al contrario? Un gran estrépito y, luego, el humo blanco.

Herr Bauer sintió un gran alivio cuando comprobó que la comunicación telefónica no había quedado cortada. Se frotó con la manga su águila del pecho, la única que había sobrevivido a la matanza de sus queridos animales, y telefoneó al inmediato superior en el ayuntamiento, el SS Otto Diez.

—¡Heil, Hitler! La situación es insostenible, señor... El Zoologische Garten está en ruinas. Y ya no queda carnaza para seguir alimentando a las desdichadas criaturas que han sobrevivido... Están en los huesos... Es inhumano dejar morir de hambre a unos seres desvalidos. Indigno de nuestro Reich... Por eso me atrevo a pedirle que interceda en Prisiones en favor de nuestro zoo. En los campos sobra gentuza y aquí falta comida.

Frente a las instalaciones del parque zoológico se hallaba la sede de la sociedad Lebensborn (La Fuerza de la Vida), fundada para conservar el «precioso capital genético» de las altas jerarquías del nazismo alemán. Uno de sus principales impulsores era el secretario particular del Führer, Martin Bormann. Precisamente, a *Herr* Bormann le había sorprendido aquel bombardeo de la RAF mientras se aplicaba a sus habituales donaciones de material genético. En el momento de mayor intensidad de la tarea, empezó a temblar el laboratorio donde se había encerrado con una revista de cine; pasó el temblor de la donación, pero continuó el traqueteo en el edificio con rotura de probetas, pipetas y ventanales, lo que hizo comprender a *Herr* Bormann que no era su virilidad la que conmovía a todo Berlín sino que algo gordo estaba ocurriendo allí afuera. El zarandeo de una última bomba estuvo a punto de echar por

tierra la entrega de su precioso capital genético; pero los buenos reflejos y la sangre fría del soldado nazi que era le permitieron cazar al vuelo la sustancia espermática antes de que esta se derramase. Fue en ese mismo momento cuando sonó el teléfono y, sin echar cuenta de lo que se traía entre manos, Martin Bormann agarró el auricular.

—¡Heil, Hitler! Dígame, Otto. ¡*Fausto!* ¡Qué calamidad! Pobre desgraciado.

Mientras hablaba, iba comprobando tras los cristales rotos de sus ventanales cómo todo el barrio, el maravilloso y degenerado Kurfürstendamm, parecía destruido, si bien seguían en pie las fachadas de algunos grandes edificios, entre estos, el palacio Ufa y el petulante café Romanisches, al final del bulevar. La cúpula de la catedral de Berlín se alzaba en llamas como una oración de fuego. Por todas partes se veían incendios asoladores, que los bomberos combatían sin dar abasto. En el majestuoso Hotel Adlon, se guarecían los clientes dentro del refugio de lujo que les habían construido en el sótano. Boato y escombros respirando juntos, el vestíbulo del hotel tabicado con sacos de tierra para que los cascotes no alcanzasen a los salones. También hubo destrozos en buena parte de la Cancillería del Reich. Más tarde se anunció que, en la señorial Hermann-Göring-Strasse, la mansión del ministro de Propaganda, el doctor Goebbels, había quedado prácticamente inundada, desastre que Goebbels utilizó para mostrar a los berlineses que él era uno más en aquel zoo de cristal en que se había convertido la ciudad; pero los berlineses ya empezaban a desconfiar de sí mismos e iban y venían entre sus escombros nerviosos como fieras enjauladas.

—¿Y *Perla*? —Martin Bormann se acordó del hermoso ejemplar de elefante africano, enviado personalmente al zoológico por el mariscal Rommel, el cual se lo había ganado a un general italiano en una partida de cartas—. *Mein Gott!* ¡Hay que proteger sobre todo a esa criatura! ¡Si en Berlín no podemos alimentarla, búsqume otra ciudad! ¿Roma? ¿Un elefante cruzando los Alpes como en tiempos de Aníbal? ¡Imposible! ¡Búsquele un zoo tranquilo, que le siente bien a la criatura! Sí, lo más parecido a África.

Martin Bormann colgó el teléfono y se abotonó los pantalones.

Desde que se abrió el cráneo en la batalla de Normandía, el mariscal de campo Erwin Rommel se estaba convirtiendo en un fastidioso impertinente maniático, obsesionado hasta lo indecible con su elefante africano. Dios y ayuda le había costado a Bormann disuadirle de que le pusiese al animal el nombre de *Adolf*; pero fue incapaz de quitarle de la cabeza la idea de ver al Führer subido a lomos del paquidermo en el desfile de la victoria final. «¿Te imaginas la envidia de Mussolini? Él iría detrás, en una cebra. Franco, en un burro. A los españoles les gustan mucho los burros. Salen mucho en su literatura. Y en todas partes. Por cierto, el tipo ese de España, que venía tanto... Sí, ese tan atildado, que parecía un quiosquero en domingo. ¿Serrano Suñer? ¡Ah! ¿Es el cuñado? Solo a un español se le ocurre mandar a su cuñado a hacer recados. Por cierto, nuestro uniforme ¿quién se lo ha

dado?»..

Muy lejos del zoológico de Berlín, Ramón Serrano Suñer sacaba lustre a su uniforme nazi, pesaroso de que cada vez se le propiciaran menos ocasiones para lucirse embutido en él. Aquella mañana había acompañado, vestido de vulgar camisa azul, al Caudillo en los actos de la restauración del Cerro de los Ángeles, donde los rojos, cuando la guerra, habían fusilado al gigantesco Sagrado Corazón de piedra.

Un tibio, Franco era un tibio y un flojo. Ya estaba harto Ramón de decírselo a Zita, su mujer, y a la hermana de su mujer, Carmen. Desde que el Generalísimo se había negado a unir el destino de España con los designios del nazismo se le había caído al suelo el concepto que tenía del Caudillo. Se necesitaba ser tibio. ¿Y ese hombre había sido el general más osado de África? Cuando anda metida toda Europa en la guerra más importante de la Historia Universal, va Paco y se encierra a comer buñuelos. Y los falangistas, otros que tal mean. Lo único que querían es que les dieran un estanco para fumar gratis o una mesa en un periódico para escribir versos como Garcilaso de la Vega, pero con ventilador en verano. Menos mal que aún quedaban los catalanes. ¡Qué alegría de soldados! ¡Qué hombres los excombatientes del Tercio de requetés Nuestra Señora de Montserrat! ¡Qué par de cojones había tenido Jaime Bofill en Codo! Eso le había valido la laureada individual que le acababan de imponer. ¿Y el comandante Enrique Monteys? ¿Y el teniente Roca Llopis, que cayó allí como un valiente? O Luis de Caralt, formidable voluntario de la centuria catalana, y, a sus ojos, un escritor como la copa de un pino, recompensado luego con un cargo de teniente de alcalde de Barcelona. Porque la Falange sabe dar a cada hijo lo que merece y el que solo alcanza para vender hebras de tabaco ahí se queda.

El telegrama que le traía en una bandeja el criado de librea estaba firmado por un tal Otto Diez, en nombre del mismísimo Martin Bormann, el secretario privado de Hitler, así que Serrano Suñer, siempre fascinado por las iniciales de sus dos apellidos, consideró apropiado volver a lucir su flamante uniforme negro para leerlo. «¿Cómo se habrá acordado de mí el Reich? ¿Acaso nos confiarán a los españoles una gloriosa misión, aún más audaz que la de la División Azul? Qué idea tuvo Dionisio Ridruejo: para detener la multiplicación roja hagamos una división azul. Pobre y querida Alemania, en estos momentos tan difíciles que está pasando. Y qué ocasión de descubrirles a los camaradas nazis el temple de las centurias catalanas». Al tiempo que se dejaba arrebatar por tales disquisiciones, sus dedos despegaban el telegrama y palabra tras palabra iba leyendo el mensaje del Eje. Pero tampoco sabía tanto alemán como para entender todo un telegrama. «Caramba, parece que aquí dice algo de un elefante. No puede ser. ¡Librea, llévame esto a traducir sin demora!».

Minutos después sonó el teléfono privado de la alcaldía de Barcelona. Recostado sobre el sillón de piel, bajo el crucifijo y los retratos de Francisco Franco y José

Antonio, el alcalde Mateu el de los hierros se limpiaba los agujeros de la nariz con un piquito de la bandera española. No hacía cuatro años que había recibido en la ciudad como visitante de honor al jefe de las SS y director de la Gestapo, Heinrich Himmler; por eso, el aviso de Serrano Suñer para que se pusiera en contacto inmediatamente con Berlín llenó de expectativas una ambición que en aquellos días solo colmaba el estraperlo. Miguel Mateu Pla, alcalde, y propietario, entre otros bienes, del *Diario de Barcelona* y del castillo de Peralada, gastaba traje a medida y bigote recortado. Tenía gesto de malo del cine francés. Le había llevado a la alcaldía una recomendación del sacerdote barcelonés Juan Tusquets, preceptor de la hija del Caudillo y autor de un catecismo donde entre otros consejos cristianos se emplazaba a los niños a que invitasen a sus amiguitos tísicos, sin asustarles, a tomar pronto la extremaunción. Asimismo, el padre Tusquets había llevado a la presidencia de la Diputación a su primo, José María Milà Camps, conde de Montseny.

—¿Y el elefante no lo pueden mandar en el tren de vuelta con la División Azul? Por supuesto, en un vagón aparte... Ya. Pero no sé si alcanzará el presupuesto para enviar un tren a recoger... ¡Qué se va a hacer! ¡En fin, la casa ya se hará cargo del porte!

Miguel Mateu había recibido a Himmler con los edificios oficiales de Barcelona engalanados de banderas españolas y de esvásticas gigantes que recorrían el burgués Paseo de Gracia justo una semana después del fusilamiento en el castillo de Montjuich de Lluís Companys, que le fue entregado por la Gestapo francesa.

—¡Pásame con Batiste de Hacienda! ¿José? Mira, has de crear una partida para mandar un tren a Berlín, cargar un elefante que atiende por el nombre de *Perla* y traerlo a Barcelona. Sí, claro; al zoológico, ¿no lo querrás meter en las Golondrinas? No sé... Pon cincuenta mil pesetas... ¡Pues de las primas de la Guardia Urbana! Eso, arriba España. Y viva Franco. Sí, y Heil Hitler.

Aunque la llegada de *Perla* al zoo de Barcelona supuso todo un acontecimiento en la empedregada vida de la ciudad, los más desafortunados, nunca contentos, continuaron muriéndose de tifus y de tuberculosis. Uno entre el puñado de elegidos que había salido bien parado en aquellos días de posguerra era el excombatiente, y ahora secretario de la Hacienda municipal, don José Batiste Riuviu, que aquel domingo llevó a su esposa doña Ramona y a sus dos hijos, José Antonio y Teresita, a ver al animal al zoo con las entradas que le regaló el alcalde.

Entusiasmado por el éxito de su gestión en el transporte del animal, el alcalde se había presentado sin avisar en el despacho de Batiste con un semblante de felicidad como no se le veía desde el 39. Le estrechó la mano repetidas veces, le felicitó ¡en catalán! y, sin haberse percatado el funcionario en ese momento, se conoce que el alcalde le deslizó en un bolsillo de su americana las cuatro entradas para el zoo. ¡Qué bellísima persona, don Miguel!

José Batiste, abrigado como estaba con una bufanda de franela en plena primavera, pues a aquellos crudos inviernos de paz se les había quedado pegada la

guerra, sacó pecho delante de su familia y del elefante y, silbando el toque de fajina que aún recordaba del cuartel, pensó cuánto bien haría ese animal en conserva. La guerra, ¡qué mala había sido! ¡Y menuda hambruna la estaba siguiendo! Pero en este momento le tocaba a los hombres de orden, como él, sacar a los españoles de la miseria. No iba a permitir que nadie se muriera de hambre, igual que le había ocurrido a *Julia* en plena Cruzada, la elefanta barcelonesa, cuyo lugar acaba de ser ocupado por este paquidermo nazi salvado de los bombardeos. Barcelona y Berlín eran ahora dos ciudades hermanadas por el animal terrestre más grande del mundo y con más memoria.

La compañía de los Vieneses

En la puerta del Teatro Apolo se formó una modesta aglomeración que la Guardia Urbana encontró tolerable, dada la hora, las nueve de la noche, y el lugar, el Paralelo. Al público barcelonés le estaba gustando mucho esa representación de *El ferrer de tall*, la primera en catalán desde el fin de la guerra. Un dramón del Pitarra más carcamal. Aquel mismo año de 1946, también José María de Sagarra iba a estrenar por primera vez en la posguerra. Lo haría con la obra *El prestigi dels morts*, imbuida del existencialismo parisino, corriente filosófica nacida de la amargura de estar vivo en la ciudad más bella de Europa.

—A mí lo que más me gusta del teatro es lo rápido que se pasa el tiempo sentado.

—Pero hace un frío dentro...

—O eso, o te asas de calor. Pero se pasa el tiempo.

—Toma, y fuera del teatro el tiempo también pasa.

—Pero no para todos.

Lo que sí dio lugar a un tumulto en toda regla fue el estreno del espectáculo *Luces de Viena*. No es que hubiera una larga cola de espectadores impacientes; ni tampoco el alboroto era producto de alguna anécdota de la vida misma, como la de aquel alférez provisional que se quería colar con su mujer. La gente ya se había acostumbrado a cosas por el estilo en las colas del racionamiento. El guirigay lo provocó un extranjero desaliñado que, sin venir a cuento, la emprendió a manotazos contra la taquilla y luego continuó con la concurrencia. Era alto, ancho de hombros, con una barriga muy grande y un parche en un ojo. Quería entrar a toda costa antes de que empezase la sesión y gritaba sin parar un nombre: Veronika. Muchos pensaron que llamaba a una corista. Y no se equivocaban. Cuando los porteros fueron a echarle el guante, ya se había esfumado.

—Parecía un gorila, el tío.

El holandés Christian Lindemans, alias «King Kong», fue durante la segunda guerra mundial un destacado miembro de la resistencia en Ámsterdam. Pero en mala hora salieron también a la luz sus actividades como confidente de los nazis, de modo que, al terminar la guerra, le metieron en la cárcel. Al final, Lindemans se suicidó con el no siempre eficaz puñado de barbitúricos. Quienes fueron sus amigos sostenían que King Kong se había vendido a los alemanes a cambio de la libertad de su hermano y de su amante, la bailarina Veronika, ambos en las cárceles del Reich. Bueno, eso decían unos. Otros dicen que Lindemans era el hombre del alboroto de los Vieneses.

La compañía de los Vieneses acababa de llegar a España de una gira por Berlín y

Roma. La integraban en su mayor parte artistas austríacos y alemanes. Aquí arraigarían y tendrían fama durante décadas algunos de ellos, como Artur Kaps, Franz Johan, Herta Frankel, Marika Magyari y el italiano Gustavo Re. También se debió a esta *troupe* el renacer artístico de la aragonesa Raquel Meller, a la que hacía años Charlot había ofrecido sin éxito protagonizar su película *Luces de la ciudad*, pero tuvo que conformarse con la canción de *La violetera*.

Si los porteros hubieran entrado en los camerinos del teatro en vez de buscarlo por las concurridas aceras del Paralelo, habrían dado enseguida con Lindemans.

—Veronika no está aquí. Se quedó con los alemanes —le dijo Artur Kaps, que todavía llevaba puestos la pajarita, el sombrero de paja y la chaqueta de terciopelo de su número.

Transcurrido medio año desde su suicido fingido, y viviendo siempre por las pensiones del barrio chino, el holandés acababa de comprobar que los Vieneses no le habían engañado cuando le prometieron que la compañía llegaría pronto a España. Pero primero, ya se lo habían advertido, tenían compromisos en Berlín y en Roma, donde la gente necesitaba un poco de alegría y quedaba algún asunto por resolver. Hubiera podido adelantarse e ir a buscarles a Madrid, que fue donde se dieron a conocer al público español; sin embargo, Lindemans consideraba Barcelona una ciudad más segura para pasar desapercibido. Él, que había sido King Kong, con su aspecto fiero e imponente, con ese parche que le hacía inolvidable y con la aterradora mirada turbia de su único ojo, parecía ahora, en los camerinos de los Vieneses, una piltrafa. No por su aspecto sino por algo más trascendental. Se había convertido en un hombre sin voluntad.

Fue en Ámsterdam donde se enganchó a la morfina, el veneno de la inteligencia, como la llamaban entonces. Empezó a inyectársela para combatir un insomnio pertinaz. Y ahora Barcelona era para Lindemans un laberinto de callejuelas sucias y malolientes, que tenía que recorrer cada vez con mayor apremio en busca de un frasquito. Cientos, miles de pasos perdidos en casas de médicos sin escrúpulos, en farmacias comidas por la roña, cada día más sumergido en una beatitud morbosa, de la que solo le sacaban unas excitaciones de lucidez cada vez más fugaces. En las últimas semanas, una debilidad ya invencible empezaba a dominar la voluntad del holandés, que pasaba días enteros sin salir de la cama.

—¡Despierta, hombre! —Artur Kaps le zarandeó—. Te repito que Veronika se quedó en Alemania.

Christian Lindemans había agotado las energías de toda una semana con el jaleo que montó en la taquilla. Entreabrió los ojos y observó a Raquel Meller.

—Es española. Tiene cuerpo de española.

—Y alma de Mata-Hari.

La Meller comprendió que hablaban de ella, pero no entendía el alemán y de la conversación solo reconoció el nombre de Mata-Hari. Fue entonces cuando sonrió.

El escenario subió el telón y los Vieneses iban turnándose en el camerino para no

dejar solo al holandés. En el palco de gala, el nuevo alcalde de Barcelona, José María Albert Despujol, barón de Terrades, calvicie acentuada y ojeras de plomo, aplaudía indolente los números, más que por la gracia de los mismos, que no era poca, por el entusiasmo con que le había hablado de la compañía el antiguo jefe de la quinta columna Santiago Salvatierra. Durante la guerra, Albert Despujol desapareció de Barcelona y reapareció en Sevilla. Allí entró en las Milicias Nacionales, donde sirvió a las órdenes del general Queipo de Llano. Junto al alcalde, se encontraba en el Apolo una selecta representación municipal, entre la que destacaban el primer teniente de alcalde, José Ribas Seva; el delegado de Urbanización, Carlos Trías Bertrán, y el de Obras Públicas, Domingo Miró-Sans. Asimismo, ocupaban los mejores palcos José Vendrell, José Antonio Albert y Enrique Piñeyro Queralt, marqués de la Mesa de Asta. Los tres tenían en común el haber sido presidentes del Barça y precedían al nuevo presidente Agustín Montal, padre. Piñeyro, barcelonés y barcelonista de pro, traje elegante, pañuelo blanco asomando en el bolsillo superior de la americana, bigote recortado como las alas de un Stukka, había entrado en Barcelona con las tropas de Moscardó. Lo primero que hizo cuando le nombraron presidente del club en 1940 fue cambiarle al equipo el nombre de Fútbol Club por el de Club de Fútbol. El orden de los factores es lo más importante del mundo. Y prueba de ello es que el 11 a 1 que el Real Madrid le encajó al Barcelona en Chamartín le costaría el cargo a Piñeyro.

—No son los goles lo que me humilla; a mí lo que me fastidia es que ¡encima nos pusieron una multa! ¡Los nuestros!

Llegaban las voces del escenario al camerino donde aguardaba Lindemans. Alguien cantaba en español: *Ayer, volver al ayer, volver a soñar...* El guante negro de Santiago Salvatierra giró el pomo y empujó la puerta. Preguntó con la mirada al ventrílocuo que se había quedado con el holandés. Un sujeto con la cara llena de cicatrices, que parecían moverse igual que las articulaciones de su muñeco.

—Pasa, Santiago. Aquí lo tienes. Destrozado.

Santiago Salvatierra miró con desprecio a aquel hombre venido abajo. Sin quitarse los guantes, metió la mano en el bolsillo de su trinchera y le mostró un frasquito. Le martilleó con sus ojos grises.

—Lindemans, ¡despabila! ¡Mira qué te traigo! Si quieres juntarte con la chica tendrás que hacer lo que te mande.

Christian Lindemans alzó la cabeza y asintió.

—Vas a ir a Darmstadt, donde está Veronika, y te vas a llevar esto —le mostró un portafolios de cuero—. Hay que sacar a Otto Skorzeny de Alemania y llevarlo a Argentina.

El público aplaudió a rabiar. Se trataba de uno de los momentos culminantes del espectáculo, en el que, a modo de una opereta vienesa, se hacía presente en el escenario una pequeña orquesta. Sobre ella, se iluminaba con bombillas de colores el siguiente rótulo:

Eran las siglas de la organización secreta ODESSA. Los Vieneses estuvieron un mes en el Paralelo cosechando éxitos con esa función y luego partieron de gira por varias capitales de provincia. Alguien de arriba les había ordenado que se llevaran con ellos al holandés. Lo tenían que dejar en la base aérea de Alcantarilla, un municipio independiente que hay dentro del municipio de Murcia. Su misión era organizar el equipo para rescatar a Skorzeny de su prisión alemana.

Al año siguiente visitó España la mujer del presidente de la República Argentina, Eva Duarte de Perón. De tal forma emprendía su periplo por Europa, que prosiguió con estancias en Italia, Portugal, Francia y Suiza con final en Brasil. En España, Francisco Franco la condecoró con la Gran Cruz de Isabel la Católica y no se despegó de ella durante los veinte días que duró su visita. En Roma, Evita besó el anillo de Pío XII.

—Santo Padre, ¿por qué la Iglesia no ha condenado oficialmente el holocausto?

—Todavía es demasiado pronto.

—Pronto cambia el polvo por brillo; pero no somos más que polvo.

Cerca de Génova, en Rapallo, Evita fue agasajada por su compatriota el naviero Alberto Doderó, que días antes ya había fletado para la Argentina el primer barco cargado de nazis que huían del Viejo Continente. La organización secreta ODESSA se ocupó de confeccionar los salvoconductos, con especial atención hacia los antiguos oficiales de las SS. Salazar, el dictador de Portugal, recibió a Evita a bombo y platillo, y en ese país la dama argentina se entrevistó con don Juan de Borbón y Battenberg, todavía triste porque no había podido ser el golpe contra Franco con ayuda de Hitler. En Suiza, se trató sobre el dinero acumulado por los jefes del nazismo durante los años que mandaron en Alemania. Al mismo tiempo, empezaban a llegar de incógnito los primeros SS a Brasil.

Las gestiones estaban dando resultado. En 1948 el coronel de las SS Otto Skorzeny fue liberado del campo de internamiento de Darmstadt, donde le habían confinado los aliados. Le rescató un comando austríaco, cuyo jefe era conocido como «Cara Cortada», en alusión a las numerosas cicatrices de su rostro. Un tipo duro que hablaba sin mover los labios, igual que un ventrílocuo.

Otto Skorzeny se embarcó con destino a Argentina a bordo de uno de los transatlánticos de Doderó. Viajaba escoltado por la bella Veronika y el sudoroso Lindemans, que se pasó la travesía buscando morfina por todo el buque. La pareja y el coronel no compartieron una mesa, ni pasearon juntos en cubierta, ni se dirigieron una palabra en toda la travesía.

A la llegada al puerto de Buenos Aires, esperaba con un portafolios de cuero Santiago Salvatierra, donde guardaba dos pasajes de barco rumbo a España. Cuando

vio pasar al holandés y a su novia también hizo como si no les conociera.

Una vez afincado en Madrid, Otto Skorzeny pasó a formar parte de la cúpula de ODESSA y desde su posición buscó cobijo para muchos fugitivos nazis, a los que repartió por las costas de Málaga y de Alicante y por Sudamérica. Pidió vivir vecino de su admirada artista Lola Flores y se le dio el gusto. En lugar de llevar una vida discreta, concedió muchas entrevistas alardeando de su nazismo y publicó en la editorial Destino un libro de recuerdos, donde narraba cómo había liberado a Mussolini de su prisión del Hotel Campo Imperatore, en el Gran Sasso, el pico más alto de los Apeninos, y cómo después lo había llevado a Viena a bordo de un Heinkel, el temido bombardero alemán con el morro de cristal.

Christian Lindemans y Veronika echaron el ancla en Buenos Aires. Allí el holandés conseguiría curarse de su adicción al veneno de la inteligencia con la ayuda del hipnotista Doroteo Rothwoss, seguidor de la escuela ondulacionista de Claudio Perronet.

—No tengo necesidad de hablarle —le dijo a Veronika—. Le miro fijamente y ya sabe qué tiene que contestarme. Como en los viejos tiempos.

Tened presente que yo no soy el Rey Mago que os traiga las cosas de regalo, sino el jefe de un Estado...

Franco en Murcia, 28 de abril de 1946.

(MANUEL VÁZQUEZ MONTALBÁN,

El pequeño libro pardo del general, Ruedo Ibérico, 1972)

Francisco Franco recorre en un Rolls-Royce la carretera de Murcia. Atraviesa los campos mansos de esparto, que formarán sus atochas al final del verano. Centelleo del sol fresco de abril en las gafas negras del chófer.

—¿Es que llegamos tarde?

—No, mi general.

—Pues no corras tanto, hombre, no corras tanto.

Entra aire por las ventanillas y deja en los uniformes unas gotas de humedad. Campos de honda belleza, sembrados de avena, cebada, centeno, arroz y maíz recién enterrado. Tierras con el roquedo al descubierto. Montañas pedregosas, desnudas, sin vestimenta de bosques ni matorrales. Mil novecientos cuarenta y seis. El Caudillo reparte entre los españoles las 109 000 pesetas que la IBM le ha largado a su dictadura en concepto de limosna para sus pobres.

—¡Qué bonita es España! ¿Verdad, Montano?

—Y tranquila, mi general.

—Como una balsita de aceite de oliva.

Montano se atreve a mirar a Franco por el retrovisor cuando le responde, pero lo que ve es su propio labio leporino y vuelve la vista al frente. Ya, diez años desde que marcharon todos al frente. Droga como la guerra no la hay en la vida. El coche viaja escoltado por un ejército de almendros, limoneros y naranjos en flor. Franco es un Rey Mago en pos de una estrella fugaz, que le lleva a Murcia para regalarles espadas de madera a los niños españoles. Las pupilas del Caudillo se dilatan cuando el chófer silba los primeros compases del himno nacional.

—Muy contento te veo, Montano.

—Estamos en mi tierra, mi general.

—Buen sitio este. ¡Y qué imagería! ¡Y qué procesiones! ¿Eres de Murcia capital?

—Soy de Alcantarilla, Su Excelencia. Es un pueblo independiente dentro del municipio de Murcia.

—Ah, sí, la base aérea... Alcantarilla... Qué nombre tan feo para un pueblo de

España. Lo que no sé es cómo llamándose Alcantarilla no le daba vergüenza de independizarse para que todo el mundo la vea. Solo de pensarlo siento un repeluzno... ¿Por qué pasarán en España cosas tan feas todavía? Escucha, Montano, ¿qué te parecería si a partir de hoy la llamásemos Alcantarilla de Onésimo?

—Muy adecuado, Su Excelencia.

Huertas de habas, guisantes y judías. Cabras y campesinos con hambre. Rebaños de ovejas que dejan entre los rastros una lana negra de polvo. Rebufa una mula al paso de la escolta. El *Sheriff* de las Ramblas es ahora poco más que un niño que trabaja en la cosecha del algodón en esos campos y piensa que el tiempo es un caballo al que hay que subirse cuanto antes para escapar de este sitio. Ir a Barcelona, huir del hambre. Campos apagados de esparto. Secano.

Colecta de las Camitas Blancas

—Muchos se mueren de palurdismo.

—De paludismo, niña —corrigió el padre Leopoldo Roca pronunciando la «i» larga y pacientemente.

Las chicas ya se habían puesto sus uniformes blancos de enfermeritas y se distribuían por el vestíbulo y las butacas del cine Windsor Palace, la sala más glamourosa de Barcelona, en el cruce de la Avenida del Generalísimo con Vía Augusta. Cada muchacha llevaba una hucha también blanca. El patronato quirúrgico infantil de las Camitas Blancas, presidido por la condesa de Munter, había organizado una sesión benéfica, en la que iba a proyectarse la película *Madame Curie* con el fin de recaudar fondos destinados a los niños enfermos, pobres y famélicos.

—Padre Leopoldo, ¿qué es la meningitis?

—Que se les hinchan las meninges.

—¿Como a los burros?

El cura no contestó a aquella mujercita, que se había saltado una fiesta de cumpleaños para dedicarse a la muy cristiana virtud de la caridad. A su manera, Margarita Huguet se sentía una joven moderna, interesada por todo lo que pasaba en el mundo en aquel 1948. Estaba muy preocupada por la noticia de la creación del Estado de Israel. No sabía que se podían crear Estados nuevos de golpe y porrazo; al contrario, pensaba que los Estados también los había hecho Dios cuando hizo el mundo.

—Padre, los judíos ¿también son hijos de Dios?

Un dolor atenazó el vientre del sacerdote.

—¡Sí, pero los peores! ¡Recuerda que fueron ellos quienes le clavaron en la cruz!

Margarita Huguet Grattaculo era la única hija de don Felipe Huguet Almirall, el jefe carlista de Sarriá de Ter, que, según contaba siempre que tenía ocasión, con quince años escapó indemne del terremoto de San Francisco de 1905. Recientemente don Felipe Huguet Almirall había estado a punto de ir a parar a la Modelo, por unas palabras dichas contra Franco, al que consideraba un usurpador. Si no hubiera sido por la intercesión de unos viejos amigos de Falange, y del siempre fidel Santiago Salvatierra, y sus eternos guantes negros de cuero, don Felipe Huguet se encontraría ahora encerrado en compañía de judíos, comunistas y demás ralea. Margarita tenía cinco hermanos varones, Jaime, Carlos, Enrique, Ricardo y Javier, y ella era la menor de la familia. La única niña. Sin embargo, no había crecido como una niña malcriada y antojadiza. Su madre, Renata Grattaculo, también fue la menor en una casa con

cinco hermanos varones, Pippo, Gaudenzio, Pompeo, Amedeo y Marino, y había sabido educar a su hija con una admirable rectitud moral y siempre al servicio de sus hermanos. El padre de Renata, Zamiro Grattaculo, fue un melancólico coronel italiano que estuvo con las tropas de Humberto I en Abisinia. Renatta Grattaculo y Felipe Huguet se conocieron en los majestuosos bailes que recorrieron los mejores salones de Europa a principios de los años veinte.

—Pues, mamá, a mí lo que me gustaría es que me metieran las más gordas.

—Ay, hija, qué cosas dices.

—¿Qué tiene de malo? Luego todas esas monedas van a ir a parar a los más pobres.

—¿Sabes qué me gustaría a mí, hija? Ver de las nuevas. Parece que ya empiezan a correr a mansalva por Barcelona.

—Uy, yo ya las he visto —dijo Margarita, que efectivamente era una chica muy adelantada en todo—. Y las he tenido en la mano. Son unas monedas muy bonitas. Llevan grabada una leyenda que dice: Franco, Caudillo de España por la Gracia de Dios.

—¡Sí que te fijas, chica!

—Mamá, ¿tú crees que también se podrá ser judío por la gracia de Dios?

Entraron en el cine los primeros espectadores. Eran los padres, hermanos, abuelos, tíos y primos de las muchachas. En un periquete, el local se llenó de un público formado por notables familias de la sociedad barcelonesa, cuya generosidad y abnegación hacia los necesitados permanecerían visibles hasta que se apagasen las luces y todo se quedase a oscuras.

Las muchachas que componían el elenco de las sacrificadas enfermeras lucían los más granados apellidos del momento, que se mezclaban en cordial francachela con la turba de apellidos aspirantes. Eran las Brutau, Llopis, Mencos, Vila San Juan, Hausman, Delás, Ramoneda, Casademunt, Galofré, Mercader, Esteve, Sala... La joven dama Marta Moragas de Moragas ejercía como secretaria del patronato.

Algunos de los asistentes no aguardaron a que terminase la película, pues el pase coincidía con el primer cóctel de juventud de la temporada y no querían perderselo. Barcelona era una ciudad abierta y tolerante que permitía combinar caridad y distracción. Así que cuando *Madame* Curie le estaba dando a su esposo novedades sobre el radio y el polonio, empezaron a levantarse los invitados a dicho cóctel y, a modo compensatorio, depositaron un segundo óbolo en las huchas.

—Esta es de las nuevas, a ver si encuentras muchas cuando las contéis.

La condesa viuda de Lacambra, con motivo de la onomástica de su hija María Teresa, había decidido inaugurar la temporada de otoño con un animado cóctel de juventud celebrado en su elegante residencia. Le ayudaron en la organización su hijo el conde de Lacambra y las encantadoras señoritas María Esperanza, María Josefa y María

Luisa de Lacambra Estany. Allí se dieron cita, entre otros aristócratas de Barcelona, el marqués de Villanueva y la Geltrú, el conde de Solterra, los hermanos Senillosa, Alfonso Milá Sagnier (hijo del conde de Montseny), Juan Martí Tusquets y María Antonia Rivièrè. Muchas de las niñas que participaban ataviadas de enfermeras en la sesión benéfica del patronato Camitas Blancas se sumaron al cóctel en cuanto acabó la película y pudieron librarse de sus flamantes uniformes, que ya empezaban a aburrirles.

—Bueno, ¡vamos a ver lo que hay en las huchas! —exclamó el padre Leopoldo Roca frotándose las manos, grandes y enrojecidas.

Y con voz severa se dirigió a la condesa de Munter y a las cuatro chicas que se habían quedado hasta el final.

—La recaudación de taquilla es para el patronato, tal como habíamos acordado con su presidenta, ¿no es así?

La condesa hizo un rápido gesto afirmativo restándole importancia al tema.

—Y la Iglesia se conformará con el humilde contenido de las huchas. Pero habrá propina para las niñas que se han quedado. Por su constancia se merecen una gratificación.

El padre Leopoldo Roca volcó el contenido de las huchas sobre una mesa y lo agrupó en cuatro montoncitos.

—A ver, Margarita. Sois cuatro, ¿no? Pues de cada parte vamos a extraer un cuarto —fue ahí donde, empleando el grueso canto de su mano, dividió con delicada exactitud cada montón—. Y de cada uno de estos cuartos, hay que descontar el pobre diezmo de la Fe, que en este caso será la mitad dada la necesidad de la causa. Anda. Venid todas y tomad vuestra parte, porque os la habéis ganado. Y no olvidéis sacrificaros también vosotras, tal como habéis pedido a los demás, y dejad vuestro donativo en las huchas. Veréis cómo el Señor os recompensará en la Tierra haciendo felices a los más necesitados. Tomad, tomad vuestro dinero. No es mucho, pero da para alguna fruslería.

Miró a la condesa y añadió con manso vozarrón: «¡Son todavía unas niñas!».

Los grandes bolsillos del padre Leopoldo, que durante todo el día colgaron tras su sotana subterráneos y vacíos, se llenaron en un santiamén (nunca mejor dicho) de monedas de todo valor. Había bastantes de las nuevas. No sería una exageración decir aquí que le faltaron bolsillos al sacerdote para hacer acopio de las limosnas, pues terminó recogiendo la última porción en su pañuelo blanco, que llevó en la mano todo el rato. Lo que más falta le hacía por aquellos días a la Iglesia era un par de zapatos. ¡Quién sabe! Con lo que habían sacado, igual hasta le sobraba para esa radio con la que podría oír el fútbol.

En la intimidad de su sacristía, sobre el arcón donde guardaba las casullas y las estolas, el cura se dispuso a cambiar los montones de céntimos y de perras por papel

y alguna moneda de consideración. No era plan ir a la zapatería haciendo sonar por el camino el alegre tintineo de los óbolos. ¡Para que algún gracioso le cantase la copla del cura de Alcantarilla, que los cojones le suenan a calderilla!

En el recuento, el padre Leopoldo se encontró con la sorpresa de que le habían colado, no viejo dinero republicano, pues los asistentes al acto benéfico eran gente de orden, sino unas misteriosas monedas antiguas, que parecían griegas o, tal vez, romanas. Las contó y vio que había treinta. Sin duda, se trataba de una broma muy desagradable. ¡Qué una broma! ¡Un atentado contra Roma! ¿A quién se le podría haber ocurrido esa idea tan sucia e impía? Lo que estaba claro es que aquellas monedas no habían llovido del cielo. Esperando dar algún día con el responsable de esta herejía, las conservó, como se verá más adelante, en una faltriquera hasta el final de su vida, que, contra lo que él siempre dijo, no iba a ser tan larga como el siglo.

Ucronía en el baile de los Italianos

¿Conociste Nueva York antes de la guerra?

PHILIP K. DICK, *El hombre en el castillo*

El cónsul italiano saludó brazo en alto a los jerarcas del Movimiento. Ya estaba entrando en el Hotel Ritz el grueso de la comitiva, pero el secretario local, don José Maluquer Cueto, se quedó rezagado junto al Rolls-Royce en la fuente de Diana cazadora, en medio de la Avenida de José Antonio. La diosa miraba cara a cara la fachada del hotel con su túnica y su arco de cazar venados. Se trataba de una obra del antiguo escultor realista, no exento de romanticismo, Venanci Vallmitjana i Barbany, que originalmente había representado desnuda; pero, como la puritana burguesía de Barcelona se sentía incómoda ante su visión, en 1913 fue reemplazada por una pieza más decorosa, y así se ha quedado para siempre. Era el reverendo padre Serra quien retenía al secretario local del Movimiento, don José Maluquer Cueto, con una conversación de lo más apasionante.

—Que sí, Pepe, que hay que fusilarlos a todos.

El padre Serra era asesor religioso del Movimiento y de otras muchas instituciones en la ciudad. A quien quería fusilar este sacerdote era a treinta cenetistas, cuyo consejo de guerra se celebraba en aquellos días.

—¿Acaso no es España un país cristiano? ¡Pues a los ateos se les fusila, hombre, se les fusila!

Entre los mandos del Movimiento que aquella noche fueron invitados al Ritz, se encontraban el subjefe provincial de Barcelona, Juliá Andreu; el delegado de ex Cautivos, Alfredo de Casanova; la delegada de la Sección Femenina, Montserrat Tey; el delegado provincial del Frente de Juventudes, Enrique Savory; el jefe del SEU, Abad; el jefe de Prensa, Propaganda y Radio, Letang; el jefe provincial del SEM, Alonso; y el inspector provincial, Blanch.

—¿Te quieres creer que a mí el italiano me recuerda un poquito el catalán?

—¡No digas disparates, mujer! El italiano es mucho más elegante. No vayas a comparar a Garibaldi con el tamborilero del Bruch.

La Casa degli Italiani, presidida por el señor de Bettonica, había organizado en el hotel más lujoso de la ciudad la celebración anual del baile de los Italianos. Se trataba de uno de los actos más exclusivos de la vida social catalana. A él asistían las grandes personalidades de la política y de los negocios de Barcelona, y se reafirmaban en un

gesto público celebrado por todo lo alto los estrechos lazos que unían a España e Italia. En más de una ocasión, se había rumoreado la asistencia de Benito Mussolini al baile; pero esto ya nunca podría ser. Tampoco resultó posible aquel año de 1952 la esperada visita del ministro de Estado de Alemania Rudolf Hess. Los compromisos surgidos a raíz del Premio Nobel de la Paz con que el político había sido galardonado aquel año le trastocaron el calendario.

—¡Cuánto hemos llorado a Mussolini! —confesó el gobernador militar de Barcelona, el general de división Manuel Coco, al cónsul general de Italia, el señor Scaglioni—. ¡Una pérdida irreparable! Y sin embargo..., le vi hace unos meses en Lausana y ¡tenía un aspecto espléndido! Parecía un chavalín.

—Ya estaba entonces muy tocado por la enfermedad. Precisamente había ido a Lausana para interesarse por uno de esos programas de criogenización.

El abogado, señor Magnoni, representante de unos laboratorios de bajas temperaturas dependientes del Centro Atómico de Turín, asintió a las palabras del cónsul.

En la mesa contigua cenaban Joaquín Buxó de Abaigar, flamante marqués de Castell-Florite, caballero comendador de la orden pontificia de San Gregorio Magno y presidente de la Diputación de Barcelona; el almirante jefe del sector naval, Pascual Cervera; Manuel Jaumar de Bufarull, en representación del Ayuntamiento, y el jefe superior de policía, José Luis Albert. El almirante quería convencer a unos altos directivos de Fincantieri (la empresa pública de los astilleros italianos) sobre la conveniencia de invertir en el puerto de Barcelona.

—Aquí encontrarán todo tipo de facilidades. Tengan en cuenta que el trabajo de los judíos en Kiel nosotros podemos ofrecerlo más barato. Pensamos llenar toda la ciudad y las comarcas de alrededor con mano de obra traída del resto de España. Vea que a Hitler se le están acabando los judíos, y aquí tenemos pobres y rojos para largo. Nosotros, lo que hacemos, en vez de aniquilar a las familias al completo, es meterlos en barracas, en vez de barracones, y dejar que renueven la descendencia.

—Franco siempre ha sido muy previsor —intervino el marqués—. Tanto es así, que nuestra guerra civil la hizo en previsión de evitarle a España la segunda guerra mundial. Para que los maten los de afuera ya los matamos nosotros mismos. Por cierto, ¿ha leído usted nuestra vida de Rudolf Hess?

Rudolf Hess, que en 1941 se había lanzado sobre Glasgow en paracaídas para convencer a Churchill de una alianza contra los rusos, era hoy, por esta y otras hazañas, un héroe muy popular en todo el mundo. El «héroe de la paz» se le llamaba, y una biografía suya con ese título, escrita por José Pla, era de lectura obligatoria en todos los colegios de España.

En otra mesa, el jefe carlista don Felipe Huguet Almirall le explicaba al vicecónsul de Argentina cómo había sobrevivido al terremoto de San Francisco de 1905. A don Felipe Huguet le acompañaba su esposa, la italiana Renata Grattaculo. La mujer hizo alarde de la monarquía de su país natal.

—Humberto II, emperador de Italia, Serbia, Albania, Túnez y Etiopía. ¿Qué le parecen mis colonias? Digo mías, porque todo lo de Italia es de todos los italianos. ¿Han visto cuántos países? Eso no lo tienen ustedes los argentinos —y mirando con cansancio a su esposo, añadió—, y los españoles no tienen lo mío porque no quieren.

—Estoy totalmente convencido —dijo don Felipe Huguet— de que la monarquía regresará a España, y bien pronto; pero no a través de la rama por donde salió.

—Por tanto, es partidario de don Javier —observó el vicecónsul.

—Si no fuera por los requetés, dudo mucho que hubiésemos ganado la guerra.

—Pero Italia y Alemania le pidieron a Franco que se deshiciera de los carlistas a cambio de darle ayuda.

—Entonces no era don Juan el pretendiente —repuso Huguet—. Tras la muerte de Alfonso XIII, esa familia se ha mostrado demasiado voluble.

—Tiene usted razón. En los momentos en que el resultado de guerra estaba más confuso, don Juan de Borbón dejó de confiar en Hitler y se postuló ante los norteamericanos para que le restituyeran en el trono. ¡Qué falta de previsión! ¡Juntarse con los americanos solo tres meses antes de que Hitler e Hirohito arrojaran las bombas sobre Washington!

—En resumidas cuentas, ha sido la rama de los Parma la más leal.

El salón comedor estaba decorado con banderitas españolas e italianas salpicadas con mucha gracia por banderas de Falange, del partido fascista italiano, esvásticas y algunas japonesas. Dos enormes relieves, también alusivos a España e Italia, ocupaban la pared de la mesa presidencial.

Después de la segunda guerra mundial, Europa había quedado repartida entre las potencias vencedoras. Alemania e Italia se apropiaron del continente hasta la frontera rusa, que retrocedió una barbaridad, y donde el régimen comunista resistía encerrado en un castillo inexpugnable. España, que participó en la contienda poco más que de modo simbólico con la División Azul, fue favorecida no obstante con la cesión de Gibraltar, Portugal, parte del Marruecos francés y asimismo el Rosellón de Francia. Por su parte Francia, cuya costa normanda quedaba en su totalidad en posesión de la Inglaterra de Mosley, era ahora una nación dividida en dos por una frontera que iba desde Saint-Malo hasta Marsella. La República francesa del Este se hallaba bajo la influencia germánica y sobre Francia del Oeste ejercían su control los italianos. También Estados Unidos, después de las bombas atómicas de Washington y San Francisco, era un país repartido entre alemanes (la costa este) y japoneses (la costa oeste). Por aquellos días, un libro de historia ficción escrito por el norteamericano Hawthorne Abendsen cobró mucha fama. En la obra, titulada *La langosta se ha posado*, se planteaba la posibilidad de que el Eje hubiese perdido la guerra y los Estados Unidos se hubieran convertido en los amos del mundo occidental. Considerada subversiva por unos, y una magnífica obra de recreación política por otros, esa lectura era el tema de conversación entre los intelectuales de la noche.

—¡Qué horror! ¿Se imagina que hubiese podido ocurrir así? ¿Dónde estaríamos

ahora?

—¿Nosotros? ¿Los españoles? En el mismo sitio que ahora. No lo dude. En el mismo sitio. Celebrando esta misma cena. Los españoles siempre estaremos en el mismo sitio. La historia no pasa por nosotros.

Antes del baile de gala, tuvieron lugar las actuaciones de la danzarina Maruja Blanco y de los hermanos Garín, los cuales interpretaron el *ballet* del *Fausto* de Gounod y el delicioso can-cán de Offenbach. Siguió un desfile de modelos de Argon y, a continuación, se dio paso a la tradicional *Lotteria del Miràcolo*, animada por el celebrado *speaker* Joaquín Soler Serrano. Los beneficios de dicha lotería estaban dedicados al sostenimiento de obras asistenciales.

Aquella misma semana, la esposa del embajador de Italia en España, S. A. I. la archiduquesa doña Margarita de Habsburgo-Lorena y Borbón, se reunió en Sarrià (el barrio más rico de Barcelona) con un grupo de amistades en la torre Sentmenat, propiedad de los marqueses de Sentmenat, y fue agasajada con un ágape en el restaurante del Círculo Ecuestre, al que acudieron, entre otras distinguidas personalidades, los condes de Godó y Manuel Sanllehí, conde de Caldas de Montbuy. La archiduquesa tomó del brazo al marqués de Sentmenat y en un aparte le dijo muy preocupada.

—Marqués, ¿cree usted que si Franco no hubiese ganado la guerra nosotros estaríamos ahora en el mismo sitio?

—Por supuesto, archiduquesa. Debe usted tener en cuenta que la guerra no la ganó Franco, la guerra la ganamos nosotros.

Tarde de toros en el Ensanche

Aquel 8 de junio de 1951, los cuerpos de los oficiales nazis Paul Blobel, Werner Braune, Erich Naumann, Otto Ohlendorf, Oswald Pohl, G. Schallermair y Hans Schmidt quedaron colgando unos minutos más para las fotografías. Los acababan de ejecutar los americanos en la prisión de Landsberg, en Baviera, y con ellos se cerraba la lista de los criminales de guerra llevados al cadalso en los procesos de Núremberg. En septiembre de aquel año, en Barcelona, las corridas de toros de las fiestas de la Merced se ampliaban a cinco. Cada proceso histórico desarrolla su particular forma de espectáculo. También se evidencia la abismal diferencia entre perder o ganar una guerra.

Lo único que ganó a lo largo de su desmochada vida el banderillero y payés Alfonso Bovill Matagalls había sido la guerra del 36, y eso, apuntándose al desfile de la victoria por la Diagonal una vez acabados los tiros. Fue al año siguiente de las últimas ejecuciones de Núremberg cuando Alfonso Bovill estuvo más cerca de alcanzar sus sueños taurinos. Era entonces el gran momento de los matadores Julio Aparicio y el Litri, y del novillero de San Baudilio de Llobregat Agustín García, «el Agustinillo». La España de la cruz y el estoque había calado hondo también en Barcelona. Estaba a la vuelta de la esquina el XXXV Congreso Eucarístico Internacional, llamado popularmente «las olimpiadas de la hostia». El falangista Antonio María Simarro Puig acababa de ser nombrado alcalde de Barcelona. Él no iba a permitir otra huelga de tranvías en la ciudad. No iba a consentir que pasase nada. Eso es lo que prometió a la Falange y así fue durante cerca de seis años. Hasta que le obligaron a dimitir porque al final no pasaba nada de nada y nadie hacía nada en ninguna parte del ayuntamiento.

Pero cuando el poder político falla, las cosas se hacen en la calle. Así ha sido siempre la sociedad civil de Barcelona y así fue como la ciudad se puso a jugar al fútbol. Aquella temporada el Club de Fútbol Barcelona le ganó al Valencia la copa del Generalísimo (por 4 a 2) y encima quedó campeón de liga. Una muestra más de que era posible la reconciliación nacional. No en vano el club tenía calidad de símbolo; iba a ser más que un club, del mismo modo que las barracas de la Perona serían algo más que chabolas. Después de haberse convertido en un gueto de gitanos se transformarían, con la democracia, en un puente de Santiago Calatrava.

Pero lo trascendental en aquellos días, para el banderillero y payés de La Llagosta Alfonso Bovill Matagalls, era el renovado ambiente taurino que estaba cuajando en la ciudad. La Monumental y las Arenas, las dos plazas de toros de Barcelona, se

quedaban pequeñas. Ahora había toreros por todas partes. En el tenis y en las pruebas hípias del Club de Polo eran frecuentes las apariciones de trajes de luces. Todo el que quería figurar organizaba su capea privada. Empezaron a ponerse de moda tentaderos y fiestas en fincas con vaquillas y becerros. Como la dada por Salvador Viada en su terrenito de Villanueva y la Geltrú. Entre el selecto grupo de invitados, asistieron el jefe de policía de Barcelona, José Luis Albert, Juan y Manuel Garriga Nogués, Viada-Biosca, Fernando Vililla, Escozuza, Soto, Llorens, Llagostera, Aizpún, León Saley, Luis Santias... Y se hicieron con el premio de la jornada el teniente Granados y el capitán Carballo. El comandante Serrano, no. Este se cayó del caballo y tuvieron que llevarle de urgencias a una clínica de Villanueva.

¡Qué tíos, los militares! Desde que mandaban en la nación, no se bajaban del caballo. Se les encontraba lo mismo en una capea que en el Real Club de Polo. ¡Pues no le gustaba al teniente Rodríguez inscribirse en todas las pruebas del club! ¡Había que verle saltando setos! ¡Era tan apuesto! Tanto o más que Jorge Herralde, un brillante pimpollo que frecuentaba el club acompañado de la guapa María Victoria Guitart. ¡Vaya par de jóvenes jinetes!

Fueron los novilleros el Agustinillo y Joaquín Bernadó, que más tarde debutaría como torero en las Arenas, quienes avisaron a Alfonso Bovill de la capea que se preparaba para finales de mayo en la ciudad. Un grupo de bellas muchachas de la sociedad había tenido la iniciativa de organizar una corrida en pleno Ensanche. En el corazón de la mesocracia barcelonesa. Para ello, sus padres improvisaron una plaza, que recibió el nombre de El Molino.

—Ya te avisamos de que esto hay que hacerlo de balde, Alfonso; pero es que va a estar allí lo mejorcito de Barcelona. Además, se dice que han invitado a Balañá hijo. ¡La mitad de las plazas de toros de España son de su padre! Y ¡ahora viene lo gordo! ¡También estará presente Arruza! ¿Has oído? ¡Carlos Arruza! ¡El mayor torero que ha dado nunca América! Alfonso, esta es nuestra gran ocasión.

El peso de la capea lo llevaron las dos cuadrillas femeninas formadas para aquella jornada, las cuales lidiaron sendas vaquillas de la ganadería del duque de Pinohermoso. La cuadrilla llamada de la Gracia estaba integrada por las señoritas Mercedes Solá-Sert, «Pita»; Carmen Amat, «Currita»; Isabel Bertrand, «Gitanilla», y Montse Campderá, «Alambrito». Y la de la Suerte la formaban Mary Fabra, «Pequitas»; Emilia Marqués, «Ojazos»; Isabel Sagrera, «Manitas de Plata», y Adelina Campderá, «Salerosa».

—Esto lo va a dirigir Pedro Basauri, «Pedrucho», que es otro fenómeno, Alfonso. Y van de sobresalientes los hermanos de las niñas.

Es decir, Luis Campderá, «Luisillo», y Juan Campderá, «el Calé»; pero lo de calé no le convertía en un gitano de la Perona. Tampoco faltó música gracias a la Popular Sansense, la banda habitual de la Monumental, dirigida por Enrique Pallarés.

—Se ve que quieren tirar la casa por la ventana.

—En España lo único que se tira por la ventana es a los rojos en las comisarías.

Alfonso Bovill Matagalls juraría que primero oyó un estruendo y que luego le cegó esa luz blanca. Pero quizá ocurriese al revés. Que primero vio el destello y después escuchó el estruendo. Entre el uno y el otro, sintió el sabor áspero del trapo en sus dientes (pues aún llevaba la capa mordida) y distinguió también los gritos de burla y espanto de la gente. «¡Menudo revolcón le está dando!». «A este le ha cogido bien el toro». «¡Qué toro, si es una cabra!». Y oyó asimismo a la Popular Sansense arrancando los primeros compases de *El carrito*. Sin embargo, no pudo escuchar, porque ya había perdido el conocimiento, al grupo de chicas y chicos que cantaba a coro su melodía: «Si te ha pillao el carrito del helao ¡jó-de-té!, si te ha pillao el carrito del helao...».

En el botiquín, Bernadó y el Agustinillo le ofrecieron unas palabras de amistad y un frasco de yodo.

—Arriba ese ánimo, Alfonso, que lo que sobra en la vida son oportunidades.

—Pero no a mi edad.

—Venga, hombre, que estás hecho un chavalín. ¡Menuda mata de pelo tienes todavía! ¿Has visto, Agustinillo, cómo le negrea?

—No sé de qué se queja, si parece Tarzán.

Lo que más le dolió de aquella tarde a Alfonso fue volver cojeando a su casa. En el percance con la vaquilla, y no era pequeño el animal, se había clavado una banderilla en el talón, que le atravesó el pie hasta la planta. La montera, el traje y las zapatillas eran de alquiler, lo cual le proporcionó otro motivo de apuro, pues no se veía con valor de devolver la zapatilla desemparejada. Y sin embargo, no le quedaba otro remedio. «Si por lo menos esos señoritos me ayudaran a pagar los desperfectos», pensó el banderillero; pero no se atrevió a pedirlo. Por lo demás, las saladísimas chicas toreras derrocharon gracia y garbo durante el transcurso de toda la corrida, en la que el Ensanche de Barcelona manifestó una vez más su inmenso entusiasmo por la fiesta nacional.

El Real Club de Polo

El excombatiente Juanito Oliva Fabregat recogió otra mierda de caballo y la metió en el saco. Las más grandes las reservaba para sus amigos. Así se ganaba un sobresueldo, que caía igual que agua de mayo sobre sus tristes economías. Le compraba muchas el jefe de la Hacienda municipal, su eterno protector José Batiste. La mujer de este, Ramona Codolls, natural de Matadepera, un pueblo tan cerca de Sabadell como de Tarrasa, dos ciudades industriales que empezaban a ver la luz al final del túnel, vivía encantada con el abono del Real Club de Polo que el bueno de Juanito les llevaba a casa, en el barrio de Sants. Con la edad, Ramona Codolls, que se había mostrado muy aguerrida en Burgos, estaba desarrollando una notable propensión a la santurronería, la cual compaginaba con el amor a las plantas. Siempre celebraba la aparición del pobre Juanito, con el saco al hombro y la pernera del pantalón doblada y sujeta con un imperdible, pues decía que con esas bostas de los mejores caballos de Barcelona se le estaban poniendo las aspidistras que era un gozo verlas. «Dile a Juanito que te traiga de bien gordas. ¡Ay!, qué bicoca que le has encontrado a ese granuja en el Club de Polo. ¡Amistades como las que puede hacer en ese sitio no las va a hacer en ninguna otra parte! Si supiera hacerse valer...». A falta del estanco de Badalona, el tabaco era otro sector económico que Juanito había empezado a explotar en el Real Club de Polo. Recogía las colillas y las revendía como picadura.

Juanito Oliva se había quedado cojo la noche en que cruzó el Llobregat a las órdenes de Yagüe, ya a las puertas de la ciudad. Franco le regaló una pata de palo a medida, tallada del mejor pino; pero tuvo que empeñarla en días de mayores estrecheces. Como enseguida aprendió a desenvolverse haciendo equilibrios con la muleta, consideró un gasto superfluo comprarse una nueva extremidad, no ya de pino, como la primera, sino incluso de aglomerado. La de carne, le gustaba contar a Juanito Oliva, la perdió de un pisotón que le dio el caballo de un general carlista cuando le salió una culebra. Estaban a punto de pasar el río Llobregat para entrar en Barcelona. El asunto se complicó y un médico coronel tuvo que aserrarle el pie un palmo por encima del tobillo sin más anestesia que una botella de coñac. El pie muerto se lo devolvieron envuelto en una bandera de Falange como un combatiente. Pero lo cierto es que se lo habían amputado porque se le infectó una herida que se hizo cortándose las uñas de los pies con la bayoneta a la orilla del río Llobregat, eso sí.

Aquella tarde del 17 de enero de 1952, festividad de san Antón, protector de las bestias, Juanito Oliva cojeaba por la pista del Real Club de Polo de Barcelona, donde

se había festejado al patrón con pruebas competitivas y de exhibición y con un animado cóctel. En la grada principal, se encontraban el gobernador civil de la ciudad y jefe provincial del Movimiento, el general don Felipe Acedo Colunga (que en el 32 se había levantado con Sanjurjo); el presidente del Club, don Antonio de Cuyás (perteneciente a la casa marquesal de Alpéns y mayordomo de semana de S. M. el Rey), y los miembros de la junta directiva Juan Antonio Elías Brusi, Santiago Giralt, Delmiro Rivière, Enrique del Castillo y Antonio Ribas. Presidía las pruebas de competición el capitán general José Solchaga, que entregó la copa, donada por el barón de Viver, a la pareja de ganadores integrada por Lolita Nin y el teniente Rodríguez. Entre el bullicioso elemento juvenil, destacaban las más renombradas muchachitas aristocráticas de Barcelona. Intrépidas Amazonas que acudían al Polo acompañadas por distinguidos jinetes.

El general dio una calada indiferente a su cigarrillo inglés y, para llamar la atención del presidente del Club de Polo, le golpeó con el codo en el costado, gesto que don Antonio de Cuyás recibió con aprensión. No hizo ningún comentario al respecto, pero su prominente calva enrojeció y se alargó aún más su barbilla prognata. Llevaba unos días muy excitable, pues tenía previsto abandonar en breve la presidencia del Club de Polo, que ostentaba desde el final de la guerra. El general le indicaba disimuladamente que dirigiese la mirada hacia el frente, por donde venía, acompañado de una sotana, el presidente de la Diputación Provincial de Barcelona, don Joaquín Buxó de Abaigar, el cual desde hacía apenas un año había recibido el título de marqués de Castell-Florite por la gracia de Franco.

—Al fin lo ha conseguido el jodido, la semana que viene se restablece oficialmente el cuerpo de Mozos de Escuadra de la Diputación.

Una ráfaga del viento frío de enero trajo un fuerte olor a estiércol. Juanito, que sin reparar en nada había elegido el hueco del entarimado presidencial para ocultar su selección de cagajones, no pudo dejar de escuchar lo dicho y tuvo el presentimiento de que el régimen del Generalísimo se estaba ensuciando con una mugre que había costado quitarla tres años de guerra. Lo que faltaba ahora, ¡los Mossos otra vez! ¿Para eso se había dejado una pierna en la guerra? ¿Para que se pusiese a andar con ella el separatismo? Al excombatiente Juanito Oliva, que hubiese guardias y policías por todas partes ya le parecía bien; pero ¡vestidos de payeses! En su fuero interno, se sentía más catalán que la montaña de Montserrat; aunque tal vez la comparación no resultaba muy adecuada para su caso, ya que él era catalán de la costa. De Badalona, como el flamante marqués de Castell-Florite, que ahora mismo estaba literalmente encima de él poniéndole la pierna encima. Si él contara todo lo que se decía en Badalona del «marqués»...

Era la esencia del catalanismo más conservador lo que había conducido a Juanito a levantarse contra la República, en defensa de los eternos valores cristianos de su tierra. ¡Ay, cuando se enterase Batiste en el ayuntamiento de que volvían los Mozos de Escuadra! ¿O igual ya lo sabía? Juanito Oliva había servido en la guerra a las

órdenes del teniente José Batiste Riuvíu, y desde entonces le estaba muy agradecido, sobre todo por haberle escrito la carta a Franco para pedirle la prótesis, de la que en mala hora tuvo que deshacerse, y, naturalmente por la colocación que le había procurado en el Club de Polo.

Indignado con esa enorme resignación con que se indignaban las clases populares, Juanito Oliva se sacó de un bolsillo un ejemplar de la revista *El Coyote*, la abrió refunfuñando por las aventuras de «Jíbaro Vargas» y, sentado en un saco de mierda, se puso a leer con sus soñadores ojos azules. Mientras movía los labios en silencio, se le escapaban unos apenas imperceptibles comentarios despectivos. «Volver a poner a los Mossos... Serán *mariconassos*...».

—Lo que ese marqués quiere con los Mozos es una guardia mora particular, que le escolte a todas partes, como a Franco —le dijo el general al presidente del Club de Polo. Y continuó—. Ese tío es un aprovechado. Tiene pensado construir una autopista desde Barcelona hasta no sé qué sitio de la Ametlla del Vallés, para llegar antes a su residencia de verano.

Conforme caía la tarde y soplaban el viento en la parte alta de la Diagonal, ahora llamada Avenida del Generalísimo, ya en los límites urbanos de Barcelona, el olor del estiércol se volvía cada vez más insoportable. Los ocupantes de la grada lo percibieron con disgusto y alguno buscó con la vista a Juanito, el recogedor.

—¿Dónde se habrá metido Juanito? Sobre cojo, vago. Así no hay manera de sacar España adelante.

—Tendríamos que retirar a todos los que hicieron la guerra y poner a gente joven. Esos ya cumplieron su cometido.

Alrededor del entarimado se encontraban algunos de los más notables miembros de la sociedad de Barcelona, que habían acudido al Club con sus perros, gatos y caballos para celebrar la festividad de san Antón. La prensa del corazón destacaría al día siguiente la presencia, entre otros, de Isabel Montobbio, los señores de Ribas, Perearnau, Montserrat Vives, Elenita Casademunt y María Luisa Tapia. Tampoco estos pudieron escapar del olor a mierda que ya se adueñaba de toda aquella parte del Club. Bajo la tarima, Juanito Oliva había empezado el empaquetado de los excrementos, los más gordos de los cuales reservaba siempre para la atenta doña Ramona. Mientras los envolvía en dobles páginas de la revista *¡Hola!*, que le regalaban los socios del Club, le llamó la atención lo bien que había quedado en una de las fotografías un grupo de bellas muchachas. Así que se dispuso a leer aquel eco de sociedad:

«Puesta de largo de las muchachas Miuca Vidal-Quadras y Ferrer Vidal y Nuchi del Castillo y Ferrer-Vidal, junto a la hija de doña Inés Moxó, viuda de Olano, que acudió acompañada de sus hermanos los marqueses de San Mori y de Berna, y los señores de Olano-Muntadas, Olano-Rifé e Irirarte-Olano. Entre los invitados figuraron Isabel de Churruca, Carmen Gil de Biedma, Carmen de Aguilera, María Asunción de Camps Subirats, Teresa Salisachs Rowe, Gloria Santasusana y Lilia Vidal-Quadras».

El olfato de zorro del general Acedo Colunga, que le había llevado a descubrir comunistas en los más inimaginables recodos de la patria, sobre todo en los tranvías, le condujo en esta ocasión hasta el origen mismo de aquellas agrias emanaciones que tanto se hacían notar. El olor venía de allí abajo. Corpulento y calvo como era, descendió con decisión del estrado y levantó la bandera rojigualda que rodeaba la tarima. Con un rictus sarcástico, extendió el brazo y apuntó con el índice:

—¡Ah, caramba! ¡De ahí! De ahí viene.

Juanito Oliva había sido descubierto con las manos en la mierda. Al ver la cara de espanto que se le puso al pobre cojo, el general se ensoberbeció, se metió bajo la tarima, lo agarró de una oreja y lo arrastró hacia el exterior. El último sol del día destelló sobre la insignia de Falange en el pecho del general. A la vez que tiraba de Juanito Oliva, este tiraba de su saco de estiércol, que era incapaz de soltar. La directiva del club se había asomado en pleno por la barandilla de la tarima y miraba hacia abajo asombrada como si fuera un circo romano. Las mujeres dejaron caer al suelo sus perritos pequineses, sin importarles el porrazo. Una burla recorrió como una corriente eléctrica los rostros de niños, jóvenes y mayores.

—A ver, cojo de mierda. ¿Nos puedes explicar qué es esto? —espetó el general zarandeando a Juanito Oliva—. Todo esto es mierda, ¿verdad? ¡Mierda de caballo! ¡Y nos la pones a nosotros debajo! Para que nos asfixiemos. Eso es lo que tú quieres, que nos asfixiemos. ¡Responde!

A Juanito Oliva le faltaban fuerzas para contestar y se limitó a mirar al general con ojos tristes y llameantes.

—¡Un país de ladrones! En esto es en lo que se está convirtiendo España, en una cueva de ladrones. Cuando empezamos a levantar cabeza, salen los aprovechados hasta de debajo de los adoquines. Este país no tiene arreglo. Había que haber fusilado a todos los pobres. Sin dejar ni uno.

Le apretó con fuerza en el brazo y al repasarle despectivamente de arriba abajo vio que le faltaba una pierna.

—¿En qué lado luchaste? Vamos, contesta.

—Con Yagüe, mi general.

—¡Te tenía que haber dejado en Montjuich al entrar! Encerrado con la purria, por ladrón.

Aunque Juanito Oliva miraba hacia la pista donde estaban los caballos, el general señalaba a la grada presidencial donde se encontraban sus dueños.

—¿De quién son los caballos? ¡Responde! —dijo gritando cada vez más.

—De los señores socios, mi general.

—Pues si los caballos son de los señores socios, la mierda también es de los señores socios. A ver si te entra en la cabeza. La mierda de los ricos no es para los pobres. Así que ya la estás devolviendo a las caballerizas y luego la recoges como Dios manda y la tiras. No te doy una guantada en toda la cara porque hay mujeres delante, que si no te ibas tú a enterar.

—Lo haré como dice Vucencia. Es muy considerado conmigo, mi general. A las órdenes de Su Excelencia, mi general.

Tras estas palabras, a Juanito Oliva se le escapó un suspiro de alivio. Pero no acabó de expulsar aquel pedazo de respiración, cuando el general le soltó un sonoro sopapo en toda la cara. Llegó la bofetada tan de repente y con tanta fuerza, que Juanito cayó de espaldas al suelo. Aunque le zumbaban los oídos, le pareció oír alguna risa.

Una vez Juanito Oliva se quedó solo, se puso a vaciar en una carretilla el saco de los excrementos. Notó como una gota de sudor, o tal vez una lágrima, se le deslizaba por el bigote recortado, que llevaba desde el día del Alzamiento. No recuperó la entereza hasta que no terminó de meter en los sacos toda la mierda de los señores socios. Para cuando quiso darse cuenta, iba con el rastrillo al hombro silbando *Montañas nevadas*, tal como la tocaba con la armónica cromática en la taberna de Badalona siempre que iba a ver a sus padres.

ESPAÑOLES, CAMPEONES DEL MUNDO DE ARMÓNICA
Conquistado en la competición de Luxemburgo

En los días 12 y 13 del corriente tuvo lugar en Luxemburgo el «Campeonato Mundial de Armónica», participando en dicho campeonato Inglaterra, Alemania, Italia, Bélgica, Francia, Austria, Finlandia, Luxemburgo, Holanda, Irlanda y Checoslovaquia.

El mecenas de la afición española del diminuto instrumento, don Dionisio Chiappo, consiguió, como en 1955, la admisión de concursantes españoles, si bien España no tiene hasta la fecha una Federación Nacional.

Salió así el conjunto Les Akord's: Joaquín Fusté, Jesús Arca, José Reguant, Francisco Pérez, y en la reñida lucha consiguieron el máximo trofeo siendo nombrados Campeón Mundial 1957, en la categoría conjuntos.

Les Akord's después de su triunfo, que es también un triunfo para España, actuaron en dos conciertos de gala en el Teatro Municipal de Luxemburgo, y también en Radio Luxemburgo, Radio Saarbrücken y Radio-Televisión de Estrasburgo.

La Vanguardia Española, viernes 18 de octubre de 1957

Comunión de diez mil niños en la Sagrada Familia

—Se me ha hinchado la muñeca de repartir tantas hostias —se dijo el padre Leopoldo Roca, y se frotó la muñeca con su mano ancha y eternamente enrojecida. Pensó que aún tendría que haber dado más hostias en el frente, antes de que los carlistas como él se convirtiesen en figurines de museo. El padre Leopoldo Roca era uno de los cincuenta sacerdotes que dieron la comunión en medio de las obras de la Sagrada Familia a los diez mil niños aquella mañana del miércoles 28 de mayo de 1952.

El XXXV Congreso Eucarístico Internacional había designado Barcelona como sede; una dinámica ciudad de España de hospitalaria población, clima suave y honda raigambre católica. Una ciudad predestinada a ser cita de los más grandes acontecimientos internacionales siempre que no se apartase de este camino. Centenares de curas procedentes de todo el mundo se mezclaban en los bares, las granjas, las churrerías, las cafeterías..., con los militares que gobernaban la nación después de una sanguinaria Cruzada contra el laicismo. En la terraza del viejo bar Neutral, tomaban una caña de cerveza los arzobispos de Luxemburgo, Combatore, Ottawa y Arequipa, mientras, a escasos metros, junto al altar del templo de la Sagrada Familia, el niño Juan Santo, del Real Monasterio de Santa Isabel, en nombre de los diez mil pequeños comulgantes de los que formaba parte leía una oración para agradecer al Altísimo la gracia recibida.

Con el fin de acoger a todo ese gentío, se construyó una docena de nuevos hoteles, como el Avenida Palace, el Manila o el Arycasa, y, puestos a hacer obras, nació un patronato de viviendas, integrado, entre otros, por José María de Porcioles (camisa nueva hecha con la tela vieja de la Lliga Catalana), José María Vilaseca Marcet, Jaime de Semir Carroz, José Ribas Seva, Luis Desvalls Trías (marqués de Alfarrás) y Felipe Bertrán Güell (consejero delegado y vicepresidente de la cementera General de Asfaltos y Portland, Asland, S. A.). De este modo se construyeron, entre otros barrios de bloques, los llamados pisos del Congreso. Alrededor de 2700 viviendas para 17 000 personas que, en una proporción considerable, estaban viviendo en barrios de barracas.

En aquella operación especulativa se levantaron asimismo las *casas de papel* (llamadas así por su deplorable calidad; eran pisos de 20 metros cuadrados con duchas y lavaderos comunitarios). Estos edificios llevaban el nombre oficioso de Viviendas del Gobernador, pues había sido su impulsor el gobernador civil de Barcelona, el general Acedo Colunga. Era entonces el alcalde de la ciudad el abogado protegido de Falange Antonio María de Simarro Puig (exdecano del Colegio de

Abogados, expresidente de la Diputación Provincial y poseedor de la Gran Cruz de San Silvestre Papa y de la Medalla de Oro al Mérito Deportivo).

A las afueras, los chabolistas de las playas de Pekín y del Parapeto, y todos los que pasaban por ellas de madrugada cuando iban o volvían del trabajo, escuchaban todavía los últimos disparos de los fusilamientos de Franco que tenían lugar en el Campo de la Bota, zona que sería sepultada en 2004 para su eterno olvido bajo el cemento patrio de una fosa común llamada Fòrum de les Cultures.

—Antes de que en Trento, con la unidad moral del género humano [¡carguen!], se proclamase a la cristiandad el derecho definitorio sobre la transubstanciación eucarística [¡apunten!], su Misterio vivía en el corazón de todos los españoles [¡fuego!].

Con estas palabras pronunciadas por el Caudillo en la plaza de Pío XII, junto a los barceloneses jardines de Pedralbes, España quedaba consagrada a la Eucaristía.

En tal ambiente triunfal y de expectativas de desarrollo, el Club de Estudios Friedendorff venía celebrando desde hacía unos meses una serie de recitales de música y poesía «a beneficio de la obra religiosa y social de las Casas Baratas del Puente de Santa Coloma». Allí se interpretaban temas navideños y tradicionales, a cargo de la coral femenina Mare de Déu de l'Esperança, bajo la dirección de la profesora María Carmen Tres. También el Real Club de Polo tenía un corazón cristiano. La benemérita junta de damas de la obra Mejoramiento Moral y Material de la Clase Obrera celebró una formidable fiesta benéfica, en la que tuvieron lugar concursos de *bridge*, *pinacle* y canasta, los entretenimientos preferidos del proletariado. En el campo de *hockey* se organizó una *gymkhana* motociclista. Hubo partido de polo, payasos, ventrílocuos y otros artistas. Muy aplaudidas fueron las ocurrencias de Bibis Salisachs (que aún no se había casado con Juan Antonio Samaranch, ya entonces poseedor de una muy valorada colección de sellos deportivos). Presidía dicha Junta de damas la marquesa viuda de Castell-Florite y formaban parte de ella la condesa de Torroella de Montgrí, doña Camila Vito de Delás, doña Marina Bofill, doña Cristina Muñoz de Sagnier y la señorita Rosa Armet.

Diez mil niños es un pelín menos que once mil vírgenes, lo que no resulta moco de pavo. El padre Leopoldo Roca Pallejá le había dado la comunión a doscientos de ellos y por eso se notaba la muñeca derecha tan dolorida. Era un reuma que arrastraba de cuando la guerra, una hinchazón causada probablemente por maniobrar noche y día con su pequeña carabina de cerrojo, modelo Destroyer. De la Sagrada Familia, lo que más le gustaba al padre Leopoldo eran las fantasiosas esculturas, que parecían inspiradas en otros mundos. Pero quizá le enojaba en la misma proporción la figura más realista de ellas, la más de este mundo: el discreto relieve de la fachada que representaba a la bomba Orsini arrojada en 1893 por un anarquista a la platea del Liceo, donde murieron más de veinte personas. Y sin embargo ¿no era acaso la Sagrada Familia un templo expiatorio de los pecados de la burguesía de Barcelona? Los castigos los manda el Señor, pero se los cobra el diablo.

Con motivo del Congreso Eucarístico iban a reanudarse las obras del templo y ya se veía movimiento por la portada de la Pasión; aunque de estos arquitectos contemporáneos ¿qué se podía esperar? Mientras no estropeasen las esculturas de Gaudí, se decía el cura, podría darse todo el mundo por contento. A Gaudí habría que beatificarlo algún día. ¡Qué beatificarlo, hacerle santo! ¡Un santo catalán del siglo xx!

Para el padre Leopoldo Roca, que se había pasado tres años de Cruzada sin darle la extremaunción a un solo rojo, la presencia de tantísimo niño católico junto era una forma de expiar el oprobio de los niños de Rusia. ¿Qué se habría hecho de aquellos desdichados niños españoles que los comunistas se llevaron a Moscú? Seguramente, ahora estarían condenándose en el infierno blanco de Siberia. Y no le extrañaría que alguno hubiese sido devorado por una familia de bolcheviques, ¡con el hambre que pasan esos desgraciados!

A la caída de la tarde, la Sagrada Familia fue quedándose desierta. Y a la noche, solo el padre Leopoldo vagaba por el recinto. Andaba tan absorto en sus pensamientos, que había olvidado el persistente dolor de su muñeca. Descendió a la cripta del templo por unas escaleras muy estrechas y empujó la puertecita metálica con la lustrosa punta de sus zapatos negros. Se abrió sola. En medio de toda aquella oscuridad, él constituía otra oscuridad más densa, más humana, embutido en su sotana y su bonete. Tocó un bulto que le pareció un reclinatorio. Se quitó sus gafas redondas, de montura dorada, y se arrodilló para orar; pero el cansancio le vencía y le enviaba desde el fondo de su cerebro las primeras alucinaciones hipnagógicas del sueño. De ordinario, estas alucinaciones acostumbraban en él a ser de tipo auditivo. Escuchaba su nombre: «¡¡Leopoldo!! ¡¡Leopoldo!!». Era casi siempre su madre quien lo llamaba: «¡¡Leopoldo!!». Pero en esta ocasión, la voz que oía era la de una mujer desconocida. También distinguió una especie de llanto. Aquel reclinatorio le trajo el recuerdo de cuando, en tiempos de Alfonso XIII, estudiaba en el seminario de la Conrería. En aquellos días todo el mundo era joven y el vino también lo era. Como él y sus compañeros de seminario no habían aprendido a sobrellevar los excesos etílicos, que se sucedían día tras día y que cada mañana les hacían describir más arcadas que una catedral barroca, al joven seminarista Leopoldo Roca se le ocurrió clavar unos saquitos en los reclinatorios para vomitar en los días de resaca sin interrumpir el rezo. Los llantos que ahora escuchaba en su entresueño le renovaron la olvidada sensación de arcada, en este caso quizá provocada por el miedo. Era un llorar que se alejaba conforme el sueño se iba haciendo más pesado. Pero no quiso el padre Leopoldo Roca quedarse dormido y abrió los ojos de repente. Al principio, le dio la impresión de que todo seguía como antes. El dolor en la muñeca era el mismo, la oscuridad continuaba insondable. Sin embargo, al abrirse misteriosamente la puertecita de metal, entró en la habitación la débil luz de una bombilla, pero suficiente para hacerse a la idea de que se hallaba en algo más parecido a un calabozo que a la cripta de la Sagrada Familia. Se reincorporó y fue a dar unos pasos, entonces

notó que un grillete le encadenaba a la pared por la muñeca dolorida.

—¿Adónde te crees que vas? —le dijo el miliciano—. Toma. Te he traído vino, que sé que te gusta. Y un par de cigarrillos. Y te confirmo lo dicho esta tarde. Franco se ha rendido. A ver cómo sales de esta.

Transcurrió la noche, y el sol entró por un ventanuco que daba a la calle a ras del suelo. La tibieza de los rayos despertó suavemente al padre Leopoldo. Continuaba engrilletado. No había sido un sueño. Al cabo de unas horas, le hicieron formar en un patio junto con otros curas y falangistas y requetés. Pudo distinguir a los lejos a sus paisanos catalanes Jaime Bofill, Carlos Sentís y José Bru Jardí, también maniatados. En la muñeca le sangraban las rozaduras y la mano se le hinchaba cada vez más. Una bandera rojinegra presidía lo que le pareció el patio de armas del cuartel. «¡¡Silencio!!». Era otro miliciano, con cazadora de cuero y una gorra de piel a lo Durruti, quien daba la orden. Fue en ese momento cuando se dio cuenta de que tras él un grupo de civiles, la mayoría mujeres, contenía el aliento. Todas tenían el rostro desencajado. Le pareció que se trataba de las familias de los presos. Su mirada se cruzó con la de su madre, que gritó: «¡¡Leopoldo!!».

Mandaron de nuevo guardar silencio y alguien puso una radio. Precedido por un himno, que Leopoldo reconoció como *A las barricadas*, una voz leyó este comunicado: «En el día de hoy, cautivo y desarmado el ejército faccioso, las milicias libertarias han alcanzado sus últimos objetivos militares. La guerra ha terminado. Viva la libertad».

Un requeté se salió corriendo de la formación y al grito de ¡viva la Virgen de Montserrat! se arrojó encima de uno de los milicianos que los vigilaban. Pero apenas le dio tiempo a llegar. Visto y no visto, el miliciano le descerrajó su Star y lo dejó tirado en el suelo. El familiar llanto de una mujer le hizo dudar al padre Leopoldo de si en algún momento se había quedado dormido. De si había soñado que era cura en la Sagrada Familia en una Barcelona en paz, que honraba a Franco y al Papa. Aturdido, se dirigió sin pensarlo hacia la mujer que lloraba.

—Yo te he oído llorar antes. He soñado con tu llanto —le dijo el padre Leopoldo Roca con su vozarrón, que resultaba ahora casi imperceptible.

Al ver que el cura también se salía de la formación el miliciano se le acercó y le vació el cargador. No supo el padre Leopoldo Roca si primero vio una luz blanca y luego oyó los estampidos, o quizá fuese al revés, primero el ruido y luego la luz. Tirado en el suelo, distinguió gritar al que parecía ser el jefe de los milicianos: «¡Quietos todo el mundo! ¡Que no se mueva nadie!». Y ya no escuchó ningún ruido más. Una especie de viento, pero esto venía de dentro de su cabeza, le trajo la voz de su madre, que le llamaba: «¡¡Leopoldo!! ¡¡Leopoldo!!».

—Tenemos pensado —explicó aquella mañana el presidente de la Asociación de Devotos de San José al reconocido arquitecto que le acompañaba— realizar una

encuesta callejera anual para financiar las obras del templo con los óbolos de los ciudadanos de Barcelona. Con esto, y con la ayuda oficial...

Mostrándole una de las huchas que habían comprado para tal efecto, le guio hacia la cripta de la Sagrada Familia. Se encontraron la puertecilla abierta, y aunque al presidente le extrañó no le quiso dar importancia. Al entrar, los dos hombres palidecieron. Se le cayó la hucha al presidente de la Asociación, y el arquitecto se persignó con el pulgar no por lo solemne del recinto sino por el pavor que le causaba el cuerpo de aquel cura tirado sobre el suelo con el agujero de un disparo en la cabeza.

Cuando levantaron el cadáver, descubrieron que, bajo la sotana, el sacerdote llevaba una faltriquera con treinta misteriosas monedas de plata, quizá romanas o griegas. No era la primera ocasión que el presidente de la Asociación de Devotos de San José se encontraba con la presencia de monedas extrañas, aunque sí de esta manera tan insólita: bajo techo. Desde el final de la guerra civil, el presidente de la asociación había visto muchas lluvias de monedas de otras épocas. La primera vez fue en Rusia, a orillas del lago Ilmen, estando con la División Azul. De repente se oscureció el cielo ruso, que también era azul, se levantó un viento muy fuerte y, entre unas voces en sánscrito que nadie sabía de dónde venían, cayó un fortuito chaparrón de raras monedas del siglo XVI. A partir de entonces, se sucedieron en su vida estos misteriosos aguaceros con pasmosa asiduidad y al final acabó manteniendo correspondencia con gentes de otros países que también los habían vivido. Incluso llegaría a recibir en un sobre varias monedas de un penique que habían llovido sobre unos niños que salían de la escuela, en Hanham, a las afueras de Bristol. Pero esto sería en 1956 y ya es otra historia.

Lección de catecismo

Notas encontradas entre los papeles del padre Leopoldo Roca Pallejá, con que se ayudaba a preparar las clases de catequesis. Se trata de una serie de extractos literales del Manual de Catecismo escrito por el reverendo doctor Juan Tusquets Terrats, preceptor de la hija de Franco, catedrático de pedagogía catequística, director diocesano de instrucción religiosa y asesor técnico de la Federación de Amigos de la Enseñanza (FAE).

Para la redacción de este manual, el padre Tusquets contó con la colaboración del canónigo Mariano Vilaseca. Editado en 1944 por la editorial José Vilamala de Barcelona, dicho Manual de Catecismo supuso para Leopoldo Roca un magnífico ejemplo de la capital aportación que los religiosos catalanes realizaron a la educación cristiana de las nuevas generaciones de españoles.

PREGUNTA: —Y los hijos de los gitanos, ¿verdad que todos van al infierno?

RESPUESTA: —No, hijo mío, no. Hay chicos de gitanos que están bautizados y se portan muy bien; estos van al cielo. Los hay que no están bautizados, pero si se portan bien y aman a Dios, creo que Dios les dará la vestidura de la gracia de la manera que su sabiduría determine, por ejemplo enviando un ángel que les bautice, y así entrarán en el cielo. Pero advertid que a los hijos de los gitanos les cuesta mucho más que a vosotros el ser buenos, porque no pueden ir al Catecismo ni al colegio, y a veces ven muy malos ejemplos. ¡Pobrecitos! Rogad por ellos.

[...]

—Y ahora voy a deciros una cosa rara; y es que, a veces, herir o matar no es pecado. A ver si acertáis cuándo.

—Yo: cuando se está en guerra.

—¡Realmente acertaste! Si una nación está en guerra por causas justas con otra (guerra justa quiere decir que tiene razón o motivo), y el capitán manda a los soldados que disparen, estos tienen obligación de apuntar bien y disparar. Tampoco sería pecado matar si unos ladrones quisieran matarnos a nosotros; como tampoco lo es, cuando el juez ordena al verdugo que ejecute al criminal sentenciado a muerte, y tampoco es pecado que el médico hiera al practicar una operación; y algún otro caso que vosotros ya podéis figuraros. Fuera de estos y semejantes casos, matar, herir o dejar de socorrer, pudiendo, al que está en peligro de morir sin tal socorro, es pecado.

[...]

—¿Verdad que la Misa solemne vale más que la rezada?

—El valor intrínseco es el mismo. Pero no puede negarse que la Misa solemne, con su iluminación y canto, con el diácono y subdiácono en vez de monaguillos, y por las demás circunstancias, agrada mucho al Señor, inspira más devoción y logra, con ella, más provecho para los fieles. Es una Misa celebrada y oída con solemnidad.

[...]

—En mi calle viven unos chicos que son comunistas.

—No lo seas tú nunca. El buen obrero, después de cumplir todas sus obligaciones, tiene derecho a conservar lo ganado y a legar a sus hijos los ahorros de su trabajo. De otra manera, todos los gandules se pasarían la vida holgazaneando, y la gente trabajadora se volvería también holgazana.

[...]

1. Escribir una poesía dedicada «Al más pequeño de los hermanos Macabeos».
2. Escribir una carta a un moro probando que su religión es falsa.
3. Componer un sermoncito, para convertir a los malos, hablándoles de la muerte.
4. Dibujar un muchacho con flores en la cabeza y en los labios, y otro con basura en la cabeza y en los labios, y decir lo que esto significa.
5. Dibujar un confesionario.

[...]

—¿Por qué Dios no concede, a veces, hijos a los que se casan cristianamente?

—Quizá para que dichos esposos protejan a los hijos de los pobres, y si pueden se ahíjen algún huerfanito. Pero, en general, Dios concede hijos a los esposos cristianos.

[...]

—¿Pueden ayudar a Misa las niñas?

—Así como solo los varones pueden ser sacerdotes, así solo los varones pueden ayudar a Misa. En caso de necesidad, una niña o una monja puede responder, pero sin acercarse al altar, y entonces el mismo sacerdote traslada el misal, se sirve las vinajeras, etc.

[...]

—¿Es obligatorio rezar de rodillas?

—En las oraciones litúrgicas a veces se reza de rodillas, a veces de pie, y a menudo podemos sentarnos. En las oraciones no litúrgicas, por ejemplo al despertar, no hay nada prescrito; pero el arrodillarse evita muchas distracciones, es una mortificación muy agradable a Dios y demuestra el gran respeto que nosotros, miserables pecadores, sentimos ante la divinidad. Los Santos solían orar de rodillas y sin reclinatorio.

[...]

—Para pedir la Extremaunción ¿es preciso estar muy enfermo?

—Es preciso estar en peligro de muerte; pero no debe esperarse a última hora. Si el enfermo ha perdido ya el uso de los sentidos, ¿cómo queréis que oiga las saludables palabras del sacerdote y confiese sus pecados? No hay espectáculo alguno tan sublime como el de un enfermo grave que, con pleno conocimiento, recibe la Penitencia, el Viático y la Extremaunción, y luego la bendición del ministro de Dios. Además, la Extremaunción administrada a su tiempo, puede mejorar la salud y aun devolverla al cuerpo.

[...]

—¿Por qué nacemos inclinados hacia el mal?

—Por efecto del pecado original, cometido por nuestros primeros padres, Adán y Eva. Así como los cachorros ya nacen con inclinación de pegar dentellada, así los hijos de aquellos pecadores ya nacen con la inclinación de portarse mal.

Como aquel año de 1957 el Barça ganó por quinta vez la Copa del Generalísimo, en disputada final contra el Español, el financiero e industrial textil Julio Muñoz Ramonet se puso muy contento y quiso celebrarlo por todo lo alto. El señor Muñoz Ramonet y su hermano Álvaro hacían gala (aunque nunca se sabe si merecidamente) de ser los dos hombres más pudientes de Barcelona. Pero la clase media de la ciudad así se lo creía y por los umbríos pisos del Ensanche corrió como la pólvora el dicho siguiente: «Después de Dios, los hermanos Muñoz». Lo cierto es que ambos hermanos eran propietarios de bancos en Suiza, del Palacio Robert en Paseo de Gracia con Avenida del Generalísimo, y del Hotel Ritz, entre otras grandes compañías. Y también es cierto que, al igual que a toda la gente de orden, les gustaba el fútbol.

Franco había viajado a Barcelona para presidir aquel encuentro y entregar personalmente el trofeo al equipo vencedor, que futbolistas y afición siempre recibían la mar de contentos y ufanos. Una cosa es el fútbol y otra la política. Culé, como un auténtico culé, un verdadero forofo del Barça, no se sentía el Caudillo; pero sí que guardaba una misteriosa predilección por el equipo azulgrana. Franco apreciaba de todo corazón a los catalanes y en aquellos días este sentimiento parecía recíproco. Cuando, en la segunda parte, el delantero Francisco Sampedro marcó el gol que le daría la victoria a los culés, el Generalísimo no pudo evitar levantar los dos puños y ponerse a gritar en el palco presidencial: «¡Gooool! ¡Gol de Sampedro a los romanos!». Además de doña Carmen, su mujer, la cual se encontraba a su derecha, que ya es decir, el resto de la concurrencia también celebró aquel gol a imitación del Caudillo. Se abrazaron y saltaron en corro el ministro de Industria, el vasco Joaquín Planell Riera, y el de comercio, el madrileño Alberto Ullastres, y el presidente del Consejo de Economía Nacional, el catalán Pedro Gual Villalbí (considerado el introductor en España de «la moderna literatura estimulante» debido a libros suyos como *La prosperidad y la ética de los negocios*). El triunfo del Barça simbolizaba el triunfo de la tecnocracia.

Sentado en el estadio junto al empresario Julio Muñoz Ramonet (que había forjado su popular fortuna a base de estraperlo y delaciones) estaba el antiguo contacto de la Gestapo en España Santiago Salvatierra Masmolets, a la sazón procurador en Cortes por Barcelona. Julio y Santiago se habían conocido a través del coronel José Ungría, director durante la guerra del servicio de información y espionaje. Santiago Salvatierra era el jefe de la cadena de Cataluña, que incorporaba a

militantes clandestinos de Falange, grupos de monárquicos y numerosos quintacolumnistas. Julio Muñoz Ramonet, por su parte, utilizaba sus viajes de negocios a Francia para ejercer de enlace con algunos financieros de los países neutrales.

En los primeros días de la guerra, Julio Muñoz fue detenido y condenado a muerte por los republicanos; pero sobornó al pelotón de fusilamiento para que no le disparasen a los órganos vitales. Cuando se le calentaba el ardor guerrero, arrebató al que era muy propenso, acababa bajándose los pantalones para mostrar las cicatrices que le dejaron aquellas balas. Julio Muñoz Ramonet era del Barça y Santiago Salvatierra, como todo el que prefiere perder los partidos a perder los papeles, era del Español, de modo que la tarde de ese domingo de junio se lo pasaron en grande rivalizando uno y otro. En el estadio se hallaba asimismo otro viejo conocido de Santiago Salvatierra: el exrequeté Jaime Casellas Garriga, vecino del barrio chino, donde hacía poco había abierto un modesto negocio de papelería librería. Al señor Casellas le encantaba explicar que nació en 1918, el día mismo del armisticio alemán, y que había vuelto a nacer en el 39, el día que salió vivo de una checa. También le gustaba mucho al señor Casellas llevar en la solapa la imagen del Sagrado Corazón de Nuestro Redentor; pero a veces prefería no ponérsela. El caso es que Santiago Salvatierra y Jaime Casellas aquella tarde no llegaron a encontrarse, pues el señor Casellas se pasó todo el partido sin salir de los lavabos del estadio.

—¡Esto hay que celebrarlo por todo lo alto! —dijo Julio Muñoz Ramonet a la salida del campo—. ¡Una victoria así merece un convite! Para que veas que no te hago menoscabo y que sé ganar, tú también estás invitado, Santiago. Prepárate, que será de órdago. Por algo me dicen el rey de la noche barcelonesa.

Sobre la vida mundana de Muñoz Ramonet se contaba en Barcelona toda suerte de chismes. Aseguran que era caprichoso y ligero de cheques. Una vez fue a cenar y como la mesa que a él le gustaba estaba ocupada sacó la chequera para comprar todo el restaurante y poder desalojarla. También corre la leyenda de que todas las mañanas volvía a su casa para afeitarse, aunque tuviera que interrumpir la juerga solo para eso.

Al final, la fiesta de la victoria del Barça la celebró Julio Muñoz Ramonet en su flamante mansión de la calle Muntaner con la calle Mariano Cubí, el antiguo palacete del primer marqués de Alella (título nobiliario que había inaugurado en 1889 el empresario textil Camil Fabra i Fontanills, también alcalde de Barcelona). En otro palacio de su propiedad, el del marqués de Robert, Julio Muñoz Ramonet acogía las oficinas de sus diversos negocios. Su mujer, la guapísima y morenísima Carmencita Villalonga, hija del presidente del Banco Central, le había rogado que extendiese la invitación al Caudillo aprovechando que este se encontraba en Barcelona; pero Julio, hombre con mucha experiencia, sabía que era muy fácil cometer un desliz en ese terreno.

Durante mucho tiempo no se había conocido en toda Cataluña celebraciones tan fastuosas como los esponsales de Carmen Villalonga y Julio Muñoz Ramonet, hasta

que aquel mismo año de 1957 (el quinto triunfal para el Barça), tuvo lugar, en la capilla del ampurdanés castillo de Peralada, la boda de Carmen Mateu, la hija única del embajador de España en París y antiguo alcalde de Barcelona, Miguel Mateu Pla, el de los hierros, con el químico y empresario Arturo Suqué Puig, que acabaría siendo conocido con el apodo de «el rey del juego»; pues, ya en democracia (es un decir), la Generalitat le dio licencia para montar el *holding* Casinos de Cataluña, que agrupaba a los tres únicos casinos autorizados a operar en la comunidad catalana: Peralada, Lloret de Mar y Sant Pere de Ribes.

Y a pesar de que aquella boda de Carmen Mateu y Arturo Suqué supuso un acontecimiento que parecía propio de reyes, al que asistió lo mejor de Barcelona y del resto de las capitales de España, sin embargo, ni siquiera a ese evento se dignó acudir Franco. Pero sí que lo hizo su mujer doña Carmen, que se llamaba como entonces todas las mujeres casadas españolas.

—Pero Carmen, pocholita —le dijo Julio Muñoz Ramonet a su mujer—, la celebración de la copa del Generalísimo no deja de ser un acto mundano. ¿Cómo quieres que mande tarjeta a Franco? ¿No ves que nunca va a ninguna parte? Haríamos un ridículo espantoso.

—Ay, no sé, Julio. Ya va siendo hora de que le muestres al Caudillo tu agradecimiento. Si no es hoy, busca otra ocasión; pero déjate ver, Julio, déjate ver.

—¿Yo?, ¿ante Franco? ¡Qué quieres que te diga! A mí no me ha hecho millonario Franco. Me ha hecho millonario el estraperlo. Yo no soy franquista, soy estraperlista. Tú deja que Franco gobierne España, y a mí déjame que gobierne mis negocios. Deja que todo vaya bien, mujer.

De los sucios negocios de Julio Muñoz Ramonet se contaban historias dignas de las aventuras de *Roberto Alcázar* y *Pedrín*. Por ejemplo, se decía que un emir de Kuwait le buscaba para rebanarle el pescuezo, pues le había estafado un millón de dólares y doscientas cincuenta mil libras esterlinas.

—¡Ay, Julio! Tengo que hablarte.

Carmen Villalonga tomó del brazo a su marido y lo apartó del bullicio de la fiesta, a esas horas atiborrada de empresarios y de especuladores, la mayoría exultantes con sus pertinentes corbatas que combinaban los colores del equipo, y con escudos del club en las solapas.

—¿En plena fiesta, pocholita?

—Es que me parece que estamos cometiendo una injusticia tremenda.

—¿Cómo?

—Sí, al celebrar esta fiesta. Deja que me explique. Solo piensas en ti. Bueno, y en mí también. Pero hay que pensar en todos. ¿Has pensado en las niñas? ¿Por qué no organizamos la semana que viene una merendola e invitamos a todos sus amiguitos?

—Tienes razón, pocholita. A los niños hay que inculcarles los valores desde bien pronto. La principal escuela es la casa. Pero una merienda, ¡ni hablar! ¡Un baile de disfraces! ¡Se lo pasarán de órdago!

—¡Ay, Julio! ¡No digas palabrotas!

—¡Pero si órdago es lo que se dice en el mus!

—¡Anda! Y lo que tenemos las mujeres en la cama ¿cómo se llama?

Aquella semana pasó volando y a la tarde del sábado siguiente ya estaba todo a punto para la fiesta de disfraces. Las niñas de los señores de la casa, Carmen, Isabel y Alejandra, recibieron a sus pequeños amigos vestidas de talaverana, valenciana y florista respectivamente. Una amena función de polichinelas y una animada sesión de cine, separadas por un descanso, durante el cual se sirvió una exquisita merienda, engrosaban el programa de la fiesta. Entre la multitud de niños que allí se divertieron, llamaron mucho la atención por sus disfraces María José Vidal-Ribas, que iba de Peter Pan; María José Sanz de Bremond, de pequeña tirolesa; Miguelito Gomis de Muller, que se disfrazó de indio; Javier Juncadella, de negro salvaje; Blanca Rivièrè, que se vistió de Caperucita encarnada; Ramón Cambó Guardans, de chinito, y de chinita, María Antonia Welsch; Mary-Carmen de Ros Gotor llegó vestida de alegre gitanilla, y Ramón Abadal Lacambra se presentó de chino mandarín. Ninguno tuvo la ocurrencia de aparecer vestido de jugador del Barça.

Julio Muñoz Ramonet dio un trago a su vaso de ginebra y se quedó en vilo observando el alboroto de la chiquillería.

—¿En qué piensas, Julio, cariño?

—En el futuro.

—¿En el de los chicos?

—¿Ellos? Aquí no lo van a tener. Son hijos nuestros y a nosotros nos ha puesto el pasado.

Entrevista con el SS Otto Skorzeny

Franco decía que había ocurrido al revés. Que lo primero que vio fue una luz y que luego oyó el ruido. O quizá no, tal vez fuese al contrario. El caso es que cuando le encontraron trabajando como si nada en la mesa del despacho, auténtico nogal español, ya llevaban cerca de un mes buscándole por cada rincón del Palacio Real de Pedralbes, registrando toda Barcelona de una punta a otra, desde las obras de la Sagrada Familia hasta los sótanos de Vía Layetana, desde el recién inaugurado Camp Nou del Barça hasta el chiringuito del Rompeolas. De cara a la opinión pública, se explicó que Francisco Franco había permanecido aislado todo ese tiempo en sus dependencias, acaso salía a los jardines del Palacio, pero lo cierto es que ni siquiera sus periodistas más mimados ni sus ministros más cercanos sabían a qué diablos obedecía tanta discreción, qué diantre ocurría allí adentro. En aquella nueva visita a Barcelona, Franco se tiró treinta días sin dar señales de vida ni dentro ni fuera del recinto. Hasta tal extremo se crearía un clima de expectación, que la prensa barcelonesa publicó una nota justificando al Caudillo y su silencio catalán.

«... ¿Qué hace el Caudillo en Pedralbes? —se preguntaba el 18 de octubre de 1957 un anónimo artículo en *La Vanguardia Española* de Luis de Galinsoga—. Pues lo que hace en el Pardo. Ir gobernando: atender a muy altas y graves misiones, de las que el ciudadano de la calle —a lo largo de toda la escala social, porque en este caso “la calle” es toda la sociedad— puede darse el lujo de desentenderse, endosando al Estado, y primordialmente a su Jefe, el trabajo de afrontarlas. Y estar siempre, como más arriba decíamos, en vigilia perpetua, como corresponde a la tarea, que los tiempos le han impuesto, de centinela de Occidente. [...] En una palabra, Barcelona se constituye en capital de España, porque capital de España es el sitio donde reside, y sobre todo donde labora, el Jefe de la nación».

Fue descubierto al fin el Caudillo aquel mismo viernes 18 de octubre, ocupando con toda la tranquilidad del mundo su despacho barcelonés. Como si nada hubiera pasado a lo largo de ese interminable y enigmático mes. Leía, precisamente, esa nota que había publicado *La Vanguardia Española*, diario al que consideraba por encima del ABC por dedicarle más espacio al cine y a los sucesos, que eran sus dos grandes pasiones junto con el puerto. Le encantaba pasear con gorra de navegación entre los tinglados del Muelle de la Madera. Ver cómo los barcos zarpan húmedos al alba bajo el estaño de la noche encendida. La vida en Barcelona le resultaba mucho más amena que en Madrid, donde al fin y al cabo la gente no tenía más distracción marina que las

barcas del Retiro. Pueblos y ciudades con puerto de mar. Eso era España, un reino vacante coronado de puertos abandonados.

Tenía el Caudillo, cuando por fin dieron con él, el semblante serio y parecía prestar gran atención a lo que leía. De la vida social de Barcelona, lo que más le gustaba a Franco era cuando el conde de Godó se inclinaba para abrirle la puerta del coche. Como el portero de un hotel. ¡Hay que ver qué gentes tan sencillas estos catalanes! Y después, lo que le hacía más tilín de la ciudad mundana era el Palacio de Pedralbes. En él se sentía como en casa. Parecía hecho a su medida. Podría quedarse encerrado ahí toda su vida, si no fuera una imprudencia dejar demasiado descuidado el Pardo.

—Y más, de noche, Carmen.

—Ay, Paco, ¿eso por qué lo dices?

—Pues porque de noche todos los gatos son Pardos. ¿No es maravilloso, mujer? ¡Se está tan bien aquí dentro, en Barcelona! ¡Es tan familiar y acogedor este palacete! Estos catalanes no saben lo que tienen.

Le fascinaba encontrarse, nada más salir a la puerta, con la avenida más grande de la ciudad, la Diagonal, a la que los barceloneses habían dado tan voluntariosamente su nombre: Avenida del Generalísimo.

—Un detallazo, Carmen. Pero yo hubiera preferido que me dedicaran Las Ramblas. Porque por aquí no pasa nunca nadie.

Aunque el Palacio de Pedralbes se hallaba excelentemente comunicado con el Real Club de Polo y el Club de Tenis del Turó, no iba Franco a esos lugares porque no era de gustos aristocráticos o burgueses. Él era un hombre sencillo. Un soldado austero.

—Yo siempre he sido parco, Carmen.

—Querrás decir Paco.

—Las dos cosas, mujer. Mira, yo soy como un hombre de campo, que no entiende ni sabe de letras. Pero soy de una opinión. Sí, soy de una opinión, que el que me busca me encuentra.

—¡Salero, lo que tienes tú!

Lo que a Franco le gustaba sobre todo era ir a pescar al río. Y eso sí que le faltaba a la pobre Barcelona. Por eso no valía para capital de nada. Porque no tenía río. Aunque fuera un río para lavanderas, como el Manzanares. Pero una ciudad sin río no sale en el mapa.

En esta ocasión, Francisco Franco había venido a Barcelona, entre otros asuntos de menor calado, para nombrar al nuevo alcalde. Buscaba a alguien con vista para la especulación y los negocios inmobiliarios, pues ya había que preparar a la ciudad ante el aluvión de inmigrantes procedentes de todas partes de España que inminentemente se le venía encima.

—A Porcioles, Caudillo, hay que poner a Porcioles, que estuvo en el 37 en Valladolid —con gran énfasis lo recomendaba su paisano catalán, y compañero del

Opus Dei, el secretario técnico de la presidencia del Gobierno Laureano López Rodó.

José María de Porcioles Colomer era un notario gerundense de cincuenta y tres años, de mirada astuta, nariz grande, boca también grande, corbata estrecha y gafas redondas de pasta, como las que llevaban los intelectuales de la ignominiosa República. Recientemente había destacado por ser el autor de la nueva Ley Hipotecaria. Estaba en posesión de la Encomienda con Placa de la Orden de Alfonso X el Sabio y de la Gran Cruz del Mérito Civil, entre otras medallas, y a lo largo de su carrera había publicado numerosos trabajos como jurista, tanto en lengua vernácula, *Règim Econòmic-familiar al Baix Urgell i Segrià*, como en español, *La Compra-Venta con precio totalmente aplazado sin garantía*.

Como Franco estaba tan satisfecho con la habilidad gestora de los catalanes, sin ir más lejos había nombrado recientemente a Gual Villalbí ministro sin cartera, atendió la propuesta del secretario de presidencia López Rodó.

—Está bien, Laureano. Deme el teléfono de su recomendado, que se lo quiero notificar yo personalmente.

Lo de hacer ministro sin cartera a Gual Villalbí había sido un acierto. En la próxima remodelación de Gobierno todos serían ministros sin cartera. Si no hay cartera no hay corrupción. Y al fin y al cabo, para poner a España en marcha ya se bastaban los policías y los taxistas. Franco descolgó el pesado teléfono negro y marcó con cuidado de no equivocarse.

—¿Está Porcioles? Que se ponga. ¿Cómo? ¿En una reunión? ¿No estará jugando al palé catalán...? ¡No se enfade conmigo, mujer, que no sabe usted con quién está hablando! ¡Pues con Francisco Franco, buena mujer! ¡Eso, el Caudillo, el Jefe de Estado! Está bien, espero un minuto... Estos catalanes son más susceptibles... ¿Porcioles?, le habla Franco. Mire, dele las gracias a su paisano Laureano, porque le voy a hacer alcalde de Barcelona... Sí, Porcioles, menuda bicoca.

Franco les explicó a los médicos que le atendieron que después de ver esa luz tan fuerte salió, no sabía de dónde, un humo muy denso y que fue al final cuando escuchó el estrépito. Pero que igual podía haber sido al revés. Fuera como fuera, ocurrió justo en el momento en que se disponía a leer una de las populares entrevistas que publicaba en *La Vanguardia Española* Manuel Del Arco, un articulista al que apreciaba mucho por su estilo conciso. Para larga, ya estaba su dictadura. Se trataba de una interesante conversación con el antiguo SS Otto Skorzeny, al que tan formidablemente le iba en su retiro de Madrid. En su nuevo domicilio, el coronel nazi recibía mucho a Juan Domingo Perón y a otro argentino, este especialista en esoterismo, llamado José López Rega; al italiano Licio Gelli, Venerable Maestro de la logia P2, y al corso François Chiappe, al que llamaban *les Grosses lèvres*, y que acabó inspirando la película *French Connection*. Parece que se reunían para tomar juntos chocolate a la taza Paladín.

—¡Pero bueno! ¿Que la entrevista con el coronel Skorzeny no es de hoy, que salió el mes pasado? ¡No es posible! Si hace apenas un par de minutos que la he leído en el

diario. ¿Qué habrá podido ocurrir?

Franco repasó las páginas del periódico que tenía sobre la mesa, pero no encontró dicha entrevista. Buscó en vano otros diarios entre las bandejas de informes, en los cajones, en la papelería. Estaba seguro de que acababa de leerla en ese ejemplar de *La Vanguardia Española* donde un cobista que no se atrevía a firmar hablaba de un absurdo y largo encierro suyo en Pedralbes, cuando apenas hacía veinticuatro horas que acababa de llegar al palacio. ¿Cómo un mes? ¡Pero si aún tenía frescas muchas frases de la entrevista! ¡Acabáramos!

El excoronel nazi Otto Skorzeny residía en España en calidad de refugiado, aunque también pasaba alguna temporada en América del Sur. Fue conocido durante la segunda guerra mundial como «el hombre más peligroso de Europa»; pero ello no resultó impedimento para que el régimen de Franco le brindase su hospitalidad. Ahora Skorzeny disfrutaba de cierto predicamento como escritor con un libro sobre misiones secretas que había publicado en la editorial Destino, dirigida por el falangista José Vergés. No era el único nazi refugiado en España. También habían encontrado o encontrarían asilo, entre otros, Klaus Barbie (el carnicero de Lyon), Reinhard Ghelen (el general del III Reich que luego trabajó para los servicios secretos de Estados Unidos), Léon Degrelle (el dirigente de Rex, la organización fascista belga), Mario Roatta (el jefe de los fascistas italianos en España y en Croacia), Ante Palevic (el dirigente de los ustachi, los fascistas croatas) y Fulgencio Batista (el dictador cubano).

—La entrevista con Skorzeny aún puedo recitarla de carrerilla. Pues claro. Yo me acuerdo de todo lo que pasa en España. Tengo una magnífica memoria histórica. ¡Me basta con leer las cosas una vez para retenerlas como la orina de un hidropésico! —dijo el Caudillo. Y con los ojos cerrados empezó a recitar de carrerilla el texto de Del Arco, con la voz que ponía en los discursos. Él mismo reconocía que tenía una voz ridícula y aflautada. Por eso prefería el ruido de la pistola.

«—Usted ha sido calificado, en un momento, como el hombre más listo de Europa. ¿Lo reconoce así?

»—Hay una pequeña diferencia; me han llamado el hombre más peligroso de Europa, una vez más, mis acusadores aliados.

»—¿No era peligroso para ellos?

»—Espero que un buen soldado debe ser peligroso para los enemigos de su patria. [...]

»—De cuanto usted hizo en la guerra, ¿de qué acto está más satisfecho?

»—Como jefe de una división, en el frente del Este, en febrero y en marzo del año 45, cuando mi división tenía la última cabeza de puente al otro lado del río Óder.

»—¿Volvería a repetir todo cuanto hizo en su vida?

»—Las cosas importantes, seguramente que sí. [...]

»—¿Hubo un gran error por parte de su país?

»—Entre hombres inteligentes podemos decir que cada país comete sus errores durante una guerra y también en tiempo de paz; somos seres humanos.

»—¿Merecía la pena tanto sufrimiento para llegar a donde hemos llegado?

»—Creo que sí; porque los alemanes y sus aliados han defendido a Europa; sin esta lucha hasta el último día, no habría ahora una parte de Europa libre. [...]

»—Todo el mundo le ha juzgado a su manera, según sus puntos de vista. ¿Cómo se ve usted, mirándose al espejo?

»—Un hombre normal, que sabe su deber y que ha salido bien, con suerte».

—Y fue después de leer esto, doctores —continuó hablando Franco—, cuando estalló esa poderosa luz blanca, que me envolvió en el vacío. Luego salió un humo, que me causó mucho escozor. Empecé a notar una sensación de mareo. Finalmente, escuché el estruendo, que derivó en un zumbido dentro de mi cabeza. Pero eso, les digo, hace apenas un par de minutos; no un mes. Y precisamente es lo que menos recuerdo. El orden en que ocurrió. El asunto es que la cosa sigue. Me sentí ingrátido y me contemplé desde el exterior de mi cuerpo. Estaba siendo transportado a una sala pequeña y limpia, parecida a la habitación de un hospital o a un laboratorio. Pensé que me había desvanecido y que me hallaba en manos de ustedes, mi equipo médico habitual. ¡Pero no pongan esas caras, doctores, y atiendan bien a lo que les digo; porque no lo pienso contar nunca más! Yo estaba tumbado como en una camilla, conectado a unos cables, que iban a parar a unas máquinas con gráficos. Un hombre, de tamaño más alto que mediano, permanecía en pie junto a mí. Iba vestido con una especie de traje de buzo. Sin embargo, no era un hombre rana. Sus manos tenían cuatro dedos. Aunque no emitió ningún sonido al hablarme, nos entendimos; supongo que telepáticamente. Por un instante me imaginé lo peor, que había caído en poder de los rusos. Pero en ningún momento hablamos de política, así que empezó a caerme bien. Me dijo que él procedía de una galaxia muy lejana, que era un científico realizando un trabajo de campo. Que yo era un ejemplar típico de catalán, ¡yo, qué nací en el Ferrol del Caudillo!, y que procedería a anillarme, pero que enseguida me devolvería a mi medio. Ahora me he mirado, y no me encuentro ninguna anilla en el cuerpo. ¿La ven ustedes, doctores?

Franco alzó los brazos y se ofreció a los médicos. Estos le examinaron superficialmente y negaron con la cabeza. No había anillas. Desde que el Caudillo inició su confidencia, los doctores intercambiaban constantes miradas de discreción. Cuando marcharon, se comprometieron a no revelar nada de lo dicho y, a los pocos días, el equipo médico presentó la dimisión en bloque. Se cree que se trasladaron todos a América del Sur en pos de un lugar donde jamás se supiera de ellos. De vez en cuando, abrían los periódicos por las páginas de Internacional en busca de noticias sobre España, donde parecía que la situación no solo no cambiaba nunca sino que nunca iba a cambiar. Entonces, ¿quizá se había tratado simplemente de una broma del Caudillo? ¿O tal vez se había vuelto delirante como un dictador tercermundista cualquiera, como un expresidente de Gobierno cualquiera?

Desde aquella estancia en Barcelona, que a España se le antojó de casi un mes, pero que para Franco apenas alcanzaba un par de minutos, el Caudillo no volvió a ser el mismo. Continuó gobernando con mano de hierro, es cierto, pero anillada, pues ahora mostraba un extraño anillo en uno de los pulgares. Algo había cambiado sustancialmente en el Jefe de Estado. Empezó a hablar en la intimidad un inusual lenguaje que solo entendía el profesor Guillermo Díaz-Plaja o algún otro erudito de

Barcelona con pasado republicano. Por las noches, en vez de arrodillarse ante la cama para rezar un padrenuestro, como acostumbraba hasta entonces, se puso a imitar el Cristo de Joaquín Blume asido a un par de anillas.

—Paco, que te vas a caer.

Pero el Caudillo ya no escuchaba como antes las palabras de su mujer. A menudo se le veía por los pasillos del Pardo entonando alegre música de sardanas. A muchos empresarios de Cataluña colmó, a partir de esa época, de privilegios y favores. Un domingo que estaba rellenando la quiniela se le antojó recalificar los terrenos del antiguo campo del C. F. Barcelona porque entendió que el fútbol era cuestión de pelotazos.

Pero lo más asombroso de todo no era la nueva y portentosa memoria histórica que iba a acompañarle día y noche sino que de alguna manera estaba convencido de que ya era para siempre inmortal. De que, a pesar de que los españoles algún día llorasen el día de su muerte, Franco no iba a morir jamás. *Franco Never Die*. Nunca llegaría para él la hora del olvido. Pues, para cuando tuviese lugar el momento fatídico, le aguardaba en la Sierra de Guadarrama, sobre el valle de Cuelgamuros, una enorme nave espacial de color granito con una cruz gigante a modo de guía, que funcionaba con sangre de rojos, desde donde seguiría vigilando centinela los destinos de España por los siglos de los siglos.

—Va, otra pregunta, Laureano. Ya verás como me acuerdo. Me acuerdo de todo lo que pasó en España incluso antes de haber nacido.

—¿En qué año tuvo lugar la batalla de Hastings, Caudillo?

—En 1066. Pero no hagas trampa, que eso es Inglaterra.

—Caudillo, dígame entonces quién ganó la Vuelta Ciclista a España en 1948.

—Bernardo Ruiz, el día 21 de octubre, que cayó en jueves.

—Dígame ahora la lista de todos los republicanos que mandó fusilar después de la guerra, y dónde están enterrados.

—¿Por orden alfabético o por provincias?

Azul y grana es nuestro color

—¡Hay que ver! ¡Los bolcheviques qué mala idea tienen! —le dijo doña Carmen al Caudillo—. ¡Mira que ponerle a esa perrita un nombre tan ateo!

—¿Cómo se llama?

—¡Laica!

—¿En español? ¡Cómo van a hablar los rusos en cristiano! ¡Será casualidad!

—Se lo habrá puesto algún niño de Moscú.

A los ojos de su esposa, el Generalísimo estaba aflojando la mano en los últimos tiempos. Lo que había empezado siendo un régimen de autoritarismo estaba degenerando en vulgar totalitarismo.

—Paco, ¿qué es el autoritarismo?

—Pues que te pasean en auto, la misma palabra lo dice, Carmen.

—Y el totalitarismo ¿qué es?

—Una vergüenza, mujer. El oprobio de los regímenes. El totalitarismo es la decadencia, es cuando ya mangonea todo el mundo, de ahí el nombre: todos. Ya lo dijeron los latinos: *Totus tuus*: todos pillan. Y yo esta guerra la he ganado para nosotros dos solos, pichoncito. España es nuestro nidito de amor.

A lo mejor era la edad, pero el autoritarismo de Franco ya no era el mismo de antes. Ahora empezaba a beneficiarse cualquiera, llevase o no uniforme. Doña Carmen estaba convencida de que todo lo que le ocurría a su esposo tenía origen en una sola causa: Franco era un buenazo. ¡Y así les iba a ellos y a España!

—Venga, Carmen, arréglate, que nos vamos al fútbol.

—¡Ay, Paco, cómo te gusta a ti ver jugar al Barça!

—¡Qué va! ¡El Barça ya no es lo que era! Voy por visitar el estadio, que lo hemos hecho nuevo.

Aquel domingo 10 de octubre de 1957, un remolino de barceloneses, impacientes por manifestar su afecto al Caudillo, se concentró en las inmediaciones del Camp Nou. La nueva edificación, obra del arquitecto Francisco Mitjans, causaba una gran impresión a cualquiera que se pudiese al pie de los casi veintinueve mil metros cuadrados que abarcaba. En aquel recinto cabían más de noventa mil personas. Un pantano de hombres que los dirigentes catalanes habían inaugurado sin él, el gran inaugurador de pantanos. Ese era un terrible gesto de desafección disfrazado de estadio deportivo. Un chollo que les había caído como agua de mayo a los fabricantes de cemento y a los especuladores, y que se lo agradecían a regañadientes.

A las cuatro de la tarde, empezó a correr entre la multitud el rumor de que el

Caudillo ya había salido en coche descubierto del Palacio de Pedralbes y se dirigía hacia el campo.

—Paco, quítate esa gorra tan rara, por favor.

—¡Es una barretina!

—¡Ah, sí! ¡La he visto en los belenes! ¡Lo lleva el hombre que ponen siempre escondido detrás de las matas!

Las banderitas de España y las voces de «Franco, Franco, Franco» empezaron a adueñarse de la atmósfera de la ciudad.

—Hay que ver cómo nos quiere Barcelona, Paco.

—No seas ingenua. Oye, Carmen, ¿fue el mes de junio pasado cuando vinimos por última vez?

—Sí, ¿por qué lo preguntas?

—Es que me suenan las caras.

—¿Todas?

—Sí, parece que manden siempre a los mismos.

—No, Paco. Es que tú, de un tiempo a esta parte, te acuerdas ya de todo. Qué memoria histórica y geográfica la tuya. No hay cuneta de España que no conozcas.

En el interior del Camp Nou, aguardaba al Jefe del Estado y a su esposa un palco de honor adornado con flores, macetas, gallardetes, banderas nacionales y una gran alfombra, que cubría el pavimento. Cuando entraron en el estadio, la mujer del empresario textil Francisco Miró-Sans, presidente del Club, le entregó a doña Carmen un precioso ramo de flores. Franco estrechó la mano del presidente.

—Bueno, bueno, bueno... Así que usted es el encargado de esto. Pues tenga mi enhorabuena, buen hombre.

—Aquí estamos para servirle a España y a usted, Caudillo.

—Les ha quedado bonito el campo. Y grande... Todo esto les habrá costado un dineral...

—No se lo imagina, Excelencia.

—¿Y cómo lo van a pagar?

Apenas hacía un mes que el Club de Fútbol Barcelona había inaugurado su nuevo estadio junto a la Avenida del Generalísimo. Detrás, como quien dice, de la Facultad de Farmacia. Dios y mucho bicarbonato les costaría a los directivos cubrir los gastos de aquellas obras. El Banco Condal y Banca Catalana, aun siendo ambos de la ciudad, se habían declarado incapacitados para ofrecer recursos al Barça, lo que llevó a la directiva a solicitar la ayuda por ahí afuera, al Banco de Santander. Este exigió a cambio que cada uno de los 30 000 socios del club abriese una cuenta en sus oficinas. Fue en esa época cuando empezaron a multiplicarse las sucursales del Banco de Santander por Barcelona. Al mismo tiempo, el presidente del club Francisco Miró-Sans y el alcalde Antonio María Simarro, al que ya le quedaba poco en el cargo, iniciaron las gestiones para obtener la recalificación de los terrenos del antiguo campo de Les Corts, los cuales estaban declarados zona verde. Pasaron algunos años

y las gestiones no resultaban tan ventajosas como esperaban. Sin embargo, era imprescindible venderlos como terrenos edificables. De modo que los sucesores de ambos, el nuevo presidente Enrique Llaudet y el nuevo alcalde José María de Porcioles, también tuvieron que muñir lo suyo para lograr una nueva recalificación, ya a principios de los años sesenta.

—Porcioles, ¿usted tiene mano en Madrid?

—¿Mano yo, presidente? Mire, Llaudet, a mí me recibe el Caudillo en persona.

Aun así, el dinero que se podía conseguir con la venta de los terrenos no era suficiente para cubrir el agujero. El club se encontraba prácticamente en la quiebra, con una deuda de doscientos treinta millones de pesetas. La tercera y definitiva recalificación de los terrenos llegaría gracias a la confianza que el directivo Juan Gich tenía con el presidente del Consejo de Ministros, Torcuato Fernández Miranda. Al fin, mediados los años sesenta, el presidente del club pudo proceder a la liquidación del campo antiguo.

—Por lo visto, Gich sí que tiene mano en Madrid. ¿Se da cuenta, alcalde?

—Desengañese, presidente. En Madrid y en toda España no hay otra mano que la de Franco.

El trámite fue rápido. El Caudillo levantó a un palmo de la mesa la mano que nunca le temblaba y preguntó:

—¿Dónde hay que firmar? Esto lo firmo yo como las penas de muerte: encantado de la vida.

Y firmó canturreando una bella canción de los Platters popularizada en España por los Cinco Latinos. Decreto 2735/1965. Eso fue lo que firmó. Ya venía de largo la sospecha en el Consejo de Ministros de que Franco era un poco culé.

—¿Del Barça? ¿El Caudillo? ¡Qué va a ser Franco culé! Lo que le pasa es que quiere mucho a Barcelona, pero a la ciudad. A su gente, no. Esa le sobra. Es solo por amor a su puerto. ¡Por eso ha firmado!

—No te metas en polémicas, Carmen. Tú déjales que hablen. Para mí, el Barça es más que un club. Lo que más me gusta de Barcelona son su fútbol y sus toros.

En aquel partido Barcelona-Sevilla del Campeonato Nacional de Liga, Franco y su mujer estuvieron acompañados por las más destacadas personalidades del mundo del deporte barcelonés. Además del gobernador civil el general Acedo Colunga, y del ya alcalde Porcioles, se encontraban junto al Caudillo el delegado regional de Educación Física y Deportes, Juan Antonio Samaranch, y Francisco Román, el presidente de la Federación Catalana de Fútbol.

—Samaranch...

—Dígame, Caudillo.

—Se imagina que ganara el Sevilla...

—Los catalanes no le íbamos a hacer eso a usted, mi General.

En el medio tiempo, el Jefe de Estado y su esposa fueron agasajados con un refrigerio por el presidente y por los directivos del club. Quiso Franco aprovechar

para ir al lavabo como un español cualquiera. El acto más humilde que puede hacer un español es mear en el campo. Eso se ha visto luego en *Los santos inocentes*; pero es que el cine va siempre por detrás de la historia. Por eso le gustaba tanto a Franco el séptimo arte. Se asomó el Generalísimo a la grada, distinguió el rótulo de los servicios y se dirigió a ellos, pero una vez dentro se salió asustado sin haberse atrevido a orinar, pues había un tipo muy extraño con la americana doblada en el brazo y royendo un pedazo de pan duro entre los urinarios, que le miró de manera lasciva. No dijo a nadie nada al respecto, ya que le había parecido que aquel hombre llevaba en la solapa una insignia del Sagrado Corazón de Nuestro Redentor, y el Caudillo era hombre de no meterse en política. Con paso apurado volvió al refrigerio. Se estiró la chaqueta cruzada que tanto le gustaba llevar a los acontecimientos deportivos y se puso junto a su mujer. Le indicó con un gesto que se aproximaran al camarero.

—¿Su Excelencia?

—Para mí una horchata valenciana. Y para mi señora, una leche merengada.

—Si puede ser, con un chorrito de grosella. Para que no haya tanto blanco.

El partido finalizó con la victoria del Barcelona por 3 a 1. Al retirarse del palco presidencial al son del himno nacional de España, Franco y doña Carmen fueron acompañados hasta el auto oficial por la directiva del club.

—Cómo me gusta el autoritarismo, Paco. Óyeme una cosa, este año visten de largo a la niña de los marqueses de Castell-Florite.

—¿Milagritos?

Nunca dejaría de impresionarle a doña Carmen, que había tratado a las mentes más preclaras de la nación, desde Laín Entralgo hasta Pemán, el extraordinario memorió que por ese entonces empezaba a manifestar su marido. No cabía la menor duda, donde fuera el planeta al que decía que se lo habían llevado los extraterrestres, a su Caudillo se lo habían cambiado.

—Se ve que los marqueses dan una fiesta por todo lo alto.

—¿Ah, sí? ¿Quiénes van?

La mujer buscó la relación de los invitados entre el surtido de piezas de joyería que llevaba siempre en el bolso.

—A ver si encuentro la tarjeta, Paco, entre tanta bagatela que me traigo de las joyerías de Barcelona cada vez que vengo... Cuando me ven, los joyeros ponen cara de como si les doliera que entrase en su tienda. A lo mejor es que en el fondo pretenden que les pague. Estos catalanes, la mayoría, son unos interesados. No dan puntada sin hilo. Mira, aquí está la invitación. Te leo...

Reclinó Franco la cabeza contra el respaldo del coche, y se dejó llevar por el ruido del motor. Ante sus ojos, los edificios de Barcelona desfilaban con una monotonía que le recordaba la de los campos de Murcia.

—¿Cuánto me hubiera gustado hacer de esta ciudad la capital de España! —se dijo—. Pero no tiene río, eso es lo malo.

De golpe fue consciente de la voz de su mujer, que hacía rato desgranaba nombre tras nombre. Cayeron las primeras gotas de lluvia en el interior del automóvil descubierto.

—María Josefa de Lacambra, Carmina Suárez del Rivero, Marisol de Gotor Carrau, Concha de Goytisoló Coll, María Luisa Mas-Sardá, Nuria Serra, Clara y Elena Maragall, María Luisa Roca, Mercedes Cornet, Rocío Aramburu, Eduardo Suárez del Rivero Méndez-Núñez, Juan de Sentmenat, Luis Sagnier de Sentmenat, Félix Güell de Sentmenat, Luis Muntadas-Prim, Alfonso de Montoliú, Armando de Fluviá Escorsa, Pedro Moles, Guillermo Díaz-Plaja, Luis de Caralt, Claudio Racionero, Javier Bofill, esos son algunos de los que van a la fiesta, y otros muchos más que no te leo porque me fatigo. ¿Qué te parece?

—¡Bah! Los de siempre. Escucha, Carmen...

—Sí, Paco.

—¿A ti te gustaría vivir en Barcelona? Quiero decir, si fuese la capital de España.

—¡Uy, para eso me quedo con El Ferrol!

—Ya..., no importa; capital de España es cualquier sitio donde yo me siento.

Los Juegos Florales Sindicales

El ministro de Información y Turismo y hombre fuerte del Movimiento, Manuel Fraga Iribarne, pensó que algún día sería él quien llevase las riendas del Gobierno de España, sin sospechar que su destino era llevar tirantes en su pueblo. Barcelona en primavera se convertía en una bella capital provinciana llena de flores y poetas. La jornada se había hecho larga y, cansado al final, el ministro sintió un molesto escozor en el cogote; pero no se debía a la camisa nueva que por la mañana le habían traído de Cortefiel para el acto. Era Su Alteza Real el príncipe Juan Carlos, que no dejaba de mirarle desde que empezaron los fastos. ¿Es que no le interesaban el resto de las autoridades o las piedras gastadas, los oscuros arcos, las misteriosas callejuelas que salían de aquella plazuela? Todo el rato le miraba como lelo y ya le estaba haciendo sentirse muy incómodo. Sin saber bien qué hacer se apretó el nudo de la corbata.

Pero en realidad el príncipe Juan Carlos lo que observaba tan absorto era la urnilla con el santo que había en el arco de la calle de Boquer. Estaban dando las nueve de la noche, y el acto, que había empezado puntualmente a las siete, se hacía interminable. Los poetas no paraban de recitar. El ministro Fraga, que era el mantenedor de aquellos XII Juegos Florales de la plaza de la Lana, en el menestral barrio de la Ribera de Barcelona, el lugar que antaño resistiera heroicamente el sitio de 1714, resaltó en su discurso que «la España dinámica y creadora de nuestro tiempo entiende bien el caudal de energías embalsado en la Cataluña constructora de todos los tiempos». En la España de Franco, nadie pronunciaba a la ligera las palabras embalse o embalsado... Pero todo esto ocurría en el futuro, en un acto que había comenzado, ya se ha dicho, a las siete en punto de la tarde de un muy lejano 23 de mayo de 1967, y de una manera totalmente ajena a todos los presentes aquel 1 de mayo de 1958 en el Teatro Griego de Montjuich, en la celebración de los I Juegos Florales Sindicales. ¿Hemos dicho a todos? No. Entre el respetable destacaba con un vistoso vestido estampado, y cada vez más entrada en carnes, doña Ramona Codolls, acompañada de su marido don José Batiste, el funcionario de la Hacienda municipal. Doña Ramona Codolls había empezado a frecuentar los círculos espiritistas de su barrio de Sants, pues heredó de su madre y de su abuela la condición de médium y una finísima capacidad para adivinar el futuro. La asaltaban a menudo imágenes muy nítidas del porvenir, sobre todo cuando regaba las macetas. Pero fue a partir de la época en que el muerto de hambre de Juanito Oliva le traía del Club de Polo aquellos excrementos de caballo tan grandes, cuando, tal vez inspirada por el olor a mierda, empezó a ver con precisión el rumbo que iban a tomar en España los días venideros.

Así, su clarividencia le permitiría a Ramona Codolls adaptarse siempre a las exigencias de cada momento histórico. El futuro no es más que el presente con prisas. Había contemplado en el citado presagio al príncipe Juan Carlos pasmado en una silla, sin saber Su Alteza qué pintaba en aquella plaza de la Lana, en el corazón épico de Barcelona. Pero Ramona recordó el refrán que dice que unos cardan la lana y otros se llevan la fama, y le pareció que aquella visión no era relevante, que se trataba de una cortina de humo que le mandaba el futuro para despistarla. Se concentró más y entonces sí que se alertó. Vio ahora que, en esos mismos días de finales de los años sesenta, Barcelona iba a cambiar de paisaje igual que las serpientes mudan de piel, que iría dejando por el camino jirones de su antiguo pellejo. La historia siempre ha sido así. Aquella plaza de la Lana, por ejemplo, era el viejo trozo de una camisa que la ciudad había lucido hacía trescientos años. Los jirones suelen venir con sangre. Ahora la nueva piel le empezaría a crecer a Barcelona por lugares lejanos y abandonados, como Hospitalet del Llobregat, Rubí, Badalona, San Adrián del Besós... Estaría hecha esa piel con el pellejo de gente llegada de los sitios más pobres de España. Niños, mujeres y hombres brutos, sucios y malos, que se hacinaban en trenes con sus maletas de cartón, para ponerse a vivir aquí entre charcos y ratas. Seres analfabetos y famélicos, vulgar mano de obra, de costumbres extrañas si no salvajes, capaces de echar a perder con sus chanzas y con sus comedias bárbaras la pacífica vida burguesa en que la ciudad descansaba ensimismada desde que acabó la Cruzada. Cientos y cientos de polígonos del extrarradio de Barcelona forjando un nuevo paisaje, bronco y desafiante. En ese año del futuro que entrevió doña Ramona Codolls se había empezado a construir junto al mar la descomunal central térmica de la FECSA. La anterior central, que estaba en la otra orilla del río, ya no daba abasto para suministrar electricidad a toda Barcelona con tanta gente como llegaba día tras día, así que se procedió a ampliar otra térmica, de aspecto colosal, en la linde de San Adrián del Besós con Badalona, a las afueras, en una playa sucia y desierta. En poco tiempo sus tres flamantes y ciclópeas torres de hormigón, que alcanzaban doscientos metros de altura cada una, y que se verían desde toda la ciudad, iban a tenerse a sí mismas por más importantes que las torres de la Sagrada Familia. La expiación del trabajo, de la explotación del hombre por el hombre, usurpando a la expiación de los pecados de la burguesía. Un escalofrío recorrió de pies a cabeza a Ramona Codolls y sintió también un miedo como el que veinte años atrás la había obligado a huir a Salamanca. Pero enseguida se calmó y supo que el destino no dejaría que nada cambiase, porque la verdadera fe consiste en creer que nunca cambia nada. Vislumbró a continuación al Caudillo, el soldado del destino en aquellos días (en cada época, el destino recluta a sus soldados), y se sintió más tranquila, pues el Generalísimo acudía de nuevo en ayuda de la febril actividad industrial de la capital catalana. Lo vio visitando, domando aquellas exuberantes instalaciones de la FECSA. Entrando en esa térmica, capital del trabajo, como en abril del 39 entró en Madrid, capital del dolor. A la puerta de la central, engalanada con pancartas de vivas a

Franco y rodeada de cientos de trabajadores que le saludaban, esperaba al Caudillo el capitán general Martín Alonso, que había mandado formar una compañía del regimiento de Infantería Jaén, número 25, con bandera, banda, escuadra y música. Desde los andamios y los puntos más inverosímiles de la central en construcción, los obreros le recibían al triple grito de «Franco, Franco, Franco». El Generalísimo pasó revista a la tropa bajo los acordes del himno nacional, y en el interior del recinto le fue presentado el consejo de administración de la empresa, presidido por Juan March Servera, el primogénito y en aquellos días ya heredero de la práctica totalidad de la fortuna del difunto Juan March, el banquero que les había sufragado la guerra civil a los nacionales. Durante su breve paseo por la central térmica, el Caudillo recibió detalladas explicaciones sobre el funcionamiento de turbinas, generadores, suministros...

—¿Cómo que suministros? ¡Aquí no hay más ministros que los míos!

—Era una expresión coloquial, Excelencia.

—Mucha libertad de expresión veo yo aquí.

Franco alzó la vista hasta el final de las chimeneas y le gustó el azul del cielo.

—Espero que esto no se estropee con huelgas y comunistas —dijo.

—Caudillo —añadió el ministro de Industria, Joaquín Planell Riera—, en esta central se generará la luz que siempre verá España al final de cada túnel. Es la luz que alumbra a empresarios y productores por igual.

—¿Qué demonios, productores? A los trabajadores hay que llamarles trabajadores. Por su nombre, Porcioles. Mira que los trabajadores son los que te están levantando tu ciudad. Están llegando como moscas a tu pastel. Y espérate, porque esto no es nada. Lo fuerte aún tiene que pasar. Van a venir el doble, el triple, a cientos de miles. Ya me lo dirás. Y tú y tu camarilla os vais a forrar con sus viviendas, bien lo sabéis. Pero nosotros, como fuerzas políticas, también tenemos el deber de asistir y proteger a los trabajadores como un general asiste y protege a su tropa.

Fue así como habló el ministro de Asuntos Exteriores, el bilbaíno Fernando María Castiella, al alcalde de Barcelona. Antiguo militante de la Asociación Católica de Propagandistas, Fernando María Castiella tenía reputación de monárquico, aunque la verdadera fama le llegaría por su legendario empeñamiento con el «asunto» de Gibraltar. El ministro «del asunto» le llamaron. De los tradicionales Juegos Florales a Fernando María Castiella le gustaban sus raíces feudales, como realista que era; pero lo que ahora le proponía al alcalde de Barcelona es que organizase paralelamente a estos unos nuevos Juegos Florales... Sindicales. Que aunasen poesía y sindicato vertical. En aquellos días, las autoridades querían que los esforzados obreros barceloneses, cuya masa se engrosaba a pasos agigantados, se sintiesen bien tratados y no anduviesen volcando tranvías o haciendo cosas peores en células clandestinas.

—Los trabajadores son como los niños, les das un palo y se lo pasan bomba. Les

pones una pelota de fútbol y se van corriendo todos detrás de ella. Hay que entusiasmar al populacho. Mira, Porcioles, esto de los Juegos Florales Sindicales iría, evidentemente, a través de la organización sindical de Barcelona y los gastos los cubrirá su departamento de Educación y Descanso. Así que ya sabes. Para el próximo 1 de mayo, me estás montando los primeros juegos.

Los I Juegos Florales Sindicales se celebraron el 1 de mayo de 1958, festividad de San José Artesano, en la montaña de Montjuich, dentro de su Teatro Griego, construido para la Exposición Universal de 1929 e inspirado en el célebre teatro de Epidauro. Las autoridades y la prensa dijeron que eran «una iniciativa del mundo laboral catalán como respuesta a la predicación de paz y fraternidad que hizo a la cristiandad el papa Pío XII».

—¡Qué tendrá que ver una cosa con la otra, Ramona!

—Mira que eres preguntón, José. ¿Tú quieres ganar el primer premio? Pues le cantas a Cataluña, a la Iglesia y al trabajo, y Santas Pascuas.

—Sí, va a ser así de fácil.

—Pero si los hacen precisamente para eso.

—Bah, seguro que también los tenemos amañados.

—¡Qué retorcido eres, José! ¡Si se tratara de otra cosa...! ¡Pero un premio sindical! ¡Pero si Franco lo que más quiere del mundo son los sindicatos!

Los articulistas más sensibles al espíritu de estos juegos supieron explicar a la gente que consistían en «una jornada de fraternidad en el mundo del trabajo, creada para desterrar la insidiosa lucha de clases». Al mismo tiempo, el organizador designado, el industrial badalonés Santiago Schilt Blanch, subrayó el deseo de los organismos de dar al evento un contenido social. Si los Juegos Florales de Cataluña habían estado siempre en manos de las clases más poderosas —esto es, de la aristocracia durante la Edad Media y de la burguesía en el siglo XIX—, ahora, con Franco, los recogía por la vía sindical el pueblo llano, que es la base de toda nación.

—¿Estás de acuerdo, Carmen?

—Qué razón tienes, Paco. España no es de izquierdas ni de derechas: es transversal.

Doña Ramona Codolls recogió el hilo de su clarividencia, que se le había ido muy lejos, y prestó de nuevo atención al evento.

—Y previamente a la lectura de los nombres de los ganadores, queremos recordar que esta es una fiesta sindical que entronca con las más puras esencias de la tradición catalana...

El alcalde José María de Porcioles no veía claro si con todo este tinglado se pretendía integrar en las tradiciones catalanas a las clases trabajadoras recién llegadas o bien se quería adulterar la catalanidad de los juegos florales metiendo de por medio la lucha de clases. En cualquier caso, asintió en la tribuna de forma bien visible para que todo el mundo apreciase su compromiso con los principios del Régimen, fuesen los que fuesen. Aunque había ocurrido antes de la guerra, a Porcioles aún le pesaba su

antigua militancia regionalista en la Lliga Catalana de Francesc Cambó. Que no era un rojo, eso saltaba a la vista; pero nunca se libraría de la sospecha del separatismo. También se hizo notar, hinchando el pecho ante el respetable, el mantenedor de aquellos primeros juegos, Jesús de Suevos, un falangista de los de primera hora que por entonces, al igual que la actriz María Félix, salía mucho en los periódicos. Después de la entrega de la Flor Natural al poeta alcoyano Juan Valls Jordá, autodidacta y republicano purgado tras la guerra, se procedió a coronar a la reina de la fiesta, elegida por los sindicatos barceloneses. El galardón recayó en la bella señorita Montserrat Porcioles Sangenís, la hija del alcalde.

Si tu gagnes au flipper

Desde su primera edición en 1958, los Juegos Florales Sindicales contaron con un apartado llamado «Patria» en el que se premiaba al mejor poema escrito en lengua catalana. Este se traducía luego a muchos idiomas. Por su conmovedor contenido heroico y en homenaje a todas las patrias del mundo, reproducimos a continuación la soberbia adaptación que de la obra ganadora de la edición de 1958, compuesta por la delicada poetisa de Horta Anita Sagasti, hizo al francés el vate Jean-Jacques Debout, y que con gran éxito popularizó en el país vecino la reconocidísima intérprete lírica Chantal Goya, llegando a formar incluso parte de la banda sonora del aclamado filme *Masculin Féminin*, de Jean-Luc Godard. El poema narra una desgarradora historia de lucha de clases y de rivalidad femenina por el amor de un famoso delfín de la televisión.

SI TU GAGNES AU FLIPPER

*Si tu gagnes au flipper,
tu as perdu mon cœur
car je sais que tu es sorti,
avec ma meilleure amie.
Au stock américain,
tu vas pour t'habiller.
Tu viens faire le malin,
en blouson chemise rayée.
Tes devoirs sont bâclés,
on ne se voit plus jamais.
Par les rues désertées,
tu t'en vas pour te bagarrer
car je sais que tu es sorti,
avec ma meilleure amie.
Si tu gagnes au flipper,
tu as perdu mon cœur.
Si tu gagnes au flipper,
tu as perdu mon cœur.
Si tu gagnes au flipper,
tu as perdu mon cœur.*

Vaya también por todos los trabajadores y por todos los sindicatos de España.

Tributo a Juanita Reina en el Teatro Barcelona

Puede que la Vía Láctea sea una composición de ángeles congelados, rígidos, definitivamente estáticos y absolutos.

CHARLES FORT, *El libro de los condenados*

Doña Sirimavo Bandaranaike, viuda del presidente de Sri Lanka, el cual fue asesinado por un monje budista en septiembre de 1959, llevó a la victoria al Sri Lanka Freedom Party al año siguiente. Se convirtió así en la primera mujer del mundo que accedía a una jefatura de Gobierno. Doña Sirimavo Bandaranaike formó coalición con los partidos comunista y trotskista, y nacionalizó el petróleo y varias empresas estadounidenses.

Pero no era todo extremismo en el mundo. El 30 de diciembre de 1959, en otra parte del planeta, pero también en un país en vías de desarrollo, un terrible tumulto se apoderó de la confluencia de Rambla de Cataluña con plaza de Cataluña para rendir tributo a la aplaudida intérprete de canción española Juanita Reina. La gran artista, que se había hecho muy famosa por protagonizar las adaptaciones cinematográficas de *La Lola se va a los puertos*, obra de Antonio y Manuel Machado, y de *Lola la Piconera*, personaje de José María Pemán, acababa de poner fin a las representaciones en el Teatro Barcelona de su espectáculo musical *Sevilla, trono y tronío*. Barcelona vivía en aquellos momentos una incomparable euforia teatral. El Teatro Romea anunciaba los últimos días del sonado éxito *Soparem a casa*, de José María de Sagarra; Juanjo Menéndez arrasaba en el Teatro Calderón; triunfaba Paco Martínez Soria en su vuelta a los escenarios catalanes con la obra *El abuelo Curro*, y la compañía de revistas de Zori, Santos y Codeso repetía lleno noche tras noche en el Teatro Cómico.

—A mí, la que más me gusta de Juanita Reina es *Capote de grana y oro* —le dijo Juanito Oliva a su mujer, Rosita Andreu.

Juanito Oliva había heredado la taberna de sus padres al fallecer estos. Pero ahora aquel oscuro tugurio de Badalona, olvidado en un callejón de detrás de la estación de ferrocarril, sin otro ambiente que la orilla del mar, estaba perdiendo por razones sociológicas su antigua, y única, clientela de pescadores, y Juanito y Rosita no encontraban manera humana ni económica para modernizarlo y transformarlo en algo más tipo cafetería. Doña Rosita, una mujer de constitución fuerte y carácter campechano, venida del lejano Manlleu, se desvivía por sacar adelante aquel negocio.

Todo esfuerzo resultaba pequeño ahora que el hijo de ambos, Sebastián, acababa de cumplir su primer año. Además de estar en la taberna, Juanito Oliva había conseguido un empleo en Barcelona por mediación de su amigo y protector, el funcionario de la Hacienda municipal José Batiste. Aunque, debido a su cojera, a Juanito solo le salían trabajos de poca monta, esta vez Batiste le había procurado otra bicoca igual que la del Club de Polo, años atrás. Ahora Juanito Oliva era el guarda de los urinarios y de las duchas subterráneas de la plaza de Urquinaona, donde había también una barbería.

Cuando Juanito Oliva veía que era la hora de irse a los lavabos, le daba un beso a Rosita y otro a Sebastián, cogía su muleta de madera y remontaba cojeando toda la calle del Mar hasta la carretera nacional, donde esperaba la carraca que unía a Badalona con Barcelona. Y entonces, si llegaba con tiempo de sobra, que era la mayoría de las veces, deambulaba un rato por las calles del barrio Gótico, empezando a sentir que su mundo estaba más cerca de las piedras seculares de la catedral que de las noticias que traían los diarios.

—Sobre todo, que no falte papel en el gancho, Juanito.

Una vez, estando Juanito en los lavabos, se puso todo el cielo negro y cayó un chaparrón muy violento. Al principio creyó que era granizo; pero, cuando salió a las escaleras de hormigón que subían de los urinarios a la plaza, vio que también había llovido monedas. Eran unas piezas antiguas, tal vez griegas o romanas. Aquello ocurrió el día de Reyes. Juanito Oliva lo recordaba muy bien porque al verlas le parecieron chocolatinas que habían quedado del paso de la cabalgata. Sin embargo, mientras las recogía, comprendió que acababan de caer del cielo en ese preciso instante. Encontró treinta y se acordó de la muerte de su antiguo camarada de juergas nocturnas, el padre Leopoldo Roca. Sintió miedo; pero se guardó las monedas. El domingo siguiente las llevó a la Plaza Real, donde un numismático con un ojo de cristal y que había puesto su vitrina portátil bajo una palmera muy alta le ofreció veinte duros por cada una de las piezas. Se lo pensó Juanito durante toda la mañana y, cuando volvió a mediodía, el numismático se había echado atrás. Ahora decía que aquello no valía nada.

Otra vez, estando también en los urinarios, llovió hielo. No granizo. Hielo. Cayó un gran bloque de hielo que se hizo picadillo al estrellarse contra las escaleras. Al tocar el agua que quedó, Juanito Oliva notó que se quemaba. Este fenómeno le pareció extraordinario pero no excepcional. Había leído mucho sobre esos asuntos en las revistas argentinas que le dejaba doña Ramona, la mujer de su protector José Batiste, cuando le llevaba a casa los sacos con los excrementos del Club de Polo. En la estantería de los libros que tenían en la salita, confinadas entre dos pequeñas plantas y un manual de cocina, una guía para la mujer casada y sendos ejemplares de *El abogado en casa* y *El médico en casa*, figuraban primorosamente ordenadas las publicaciones esotéricas latinoamericanas que José Batiste conseguía para su señora a través del camarada Santiago Salvatierra, el antiguo contacto de la Gestapo en Barcelona, quien a su vez se las pedía, para unos buenos amigos de Barcelona,

señalaba, al político y mago oscuro peronista López Rega cuando se encontraban en España, siempre en el domicilio madrileño del común amigo Otto Skorzeny, antiguo coronel de las SS.

Juanito Oliva había leído en un ejemplar de la revista *Duda. Lo increíble es la verdad* la historia del norteamericano Charles Fort, que se pasó la vida confeccionando fichas sobre lluvias de monedas y otros fenómenos excluidos por la ciencia. Consultando periódicos locales de cualquier rincón de Estados Unidos y de todas partes del mundo, Charles Fort llegó a reunir decenas de miles de fichas donde levantaba acta de cada suceso extraño que leía. Una depresión le llevó a quemar todo su archivo, y dedicó el resto de su vida a rehacerlo, meta que alcanzó y superó con creces. El extraordinario Charles Fort murió de leucemia a los cincuenta y ocho años. Juanito Oliva pensó que a él apenas le faltaban cuatro años para los cincuenta y ocho y acababa de ser padre. Le pareció que quizá le había dado demasiada importancia durante toda su vida a haber estado en la guerra; sobre todo porque, una vez acabadas, las guerras ya no sirven para nada. Entonces se vio como Charles Fort quemando todos esos montones de recuerdos y partiendo de cero para intentar ahora hacer algo diferente, o tal vez siempre se hiciese lo mismo. Qué sabrá nadie.

Aquella misma semana, sobre la plaza Urquinaona también cayeron sardinas, una lluvia de diminutos pececillos que agonizaban retorciéndose en el suelo. Una mañana Juanito Oliva observó el cielo y creyó distinguir algo distinto en su textura. Era como si allí hubiese una región formada por una especie de masa gelatinosa. Al otro día llovió gelatina. Y cuando Juanito pensó que ya solo faltaba que llovieran ranas, cayó una lluvia de sangre. No mucha. Solo unas gotas.

La primera gota de sangre manchó el impecable traje del bibliófilo y antiguo diputado provincial Juan Sedó Peris-Mencheta, que no advirtió el accidente. Pero el resto de las gotas fue a parar a la bata gris de Juanito, que miraba pasmado el cielo rojo de la plaza Urquinaona. El señor Sedó se hallaba en Lauria con Aragón. No hay mucha distancia entre ambos lugares; pero sí mucha diferencia. Sedó daba vueltas impaciente por el claustro de la Purísima Concepción, una maravilla arquitectónica del siglo XIV oculta en la ciudad. Como ocurre con los mundos paralelos, junto al señor Sedó, había otro señor Sedó; pero este se llamaba Alfredo y era su hermano, y también daba vueltas detrás de él. Pertenecían a la familia fundadora del periódico barcelonés *El Noticiero Universal*, que apareció en 1888, el año en que en Winnipeg, Manitoba, cayó durante más de cuatro semanas una intensa y anómala lluvia de millones de granos de maíz, planta que nadie cultivaba en veinte acres a la redonda. En tiempos de la República, don Alfredo Sedó había pertenecido, como radical del partido de Alejandro Lerroux, al consejo del gobernador de Cataluña, don Juan Pich i Pon. Poco antes de ocupar el cargo de gobernador, Pich i Pon era el alcalde de Barcelona. Apenas lo fue durante diez meses, pero bastaron para que pasase a la historia como el alcalde de las meteduras de pata. Una de las frases más celebradas de Pich i Pon, a las que la gente llamaba *piquiponadas*, fue: «En la Rambla de Cataluña

han abierto un restaurante con luz genital». Otra vez, extasiado ante la ciudad desde un mirador del Tibidabo, dijo: «¡Cuánta propiedad urbana!». El nombramiento de don Juan Pich i Pon como gobernador general, en aquel momento en que el Gobierno de Lerroux acaba de suspender el Estatuto de Autonomía catalán, le hacía a la vez presidente interino de la Generalitat también suspendida.

La hija de don Juan Sedó, la bella señorita María Elena Sedó Ragull, iba a contraer matrimonio aquella mañana con don José María Ferrer Balaguer en el templo de la Purísima Concepción de Barcelona, donde toda su familia daba vueltas impaciente. Al final, el novio llegó del brazo de la madre y madrina, doña Concepción Balaguer, y ofició la ceremonia el sacerdote secular fundador de un museo del Vino, y director del Museo Diocesano, Manuel Trens Ribas. Entre los invitados se encontraban Juan Torras-Balari Llavarol, ex diputado provincial; don Joaquín Buxó de Abaigar, marqués de Castell-Florite, y el antiguo alcalde de la ciudad, Miguel Mateu Pla, el de los hierros.

—Papá...

—Dime, hija.

—¿Al señor Mateu le llaman el de los hierros porque yerra tanto como aquel Pich i Pon?

—No, este nunca se equivoca.

—Papá, ¿te has visto el traje? Tienes como una manchita roja en la manga.

—Tienes razón. Qué extraño.

—Parece sangre.

—¡Qué va a ser sangre! ¡Habría caído una de esas moras!

Y mirando al marqués de Castell-Florite y al exalcalde Mateu, don Juan Sedó añadió:

—La mancha de una mora roja con otra verde se quita, ¿no es cierto, señores?

Finalmente llovieron ranas en la plaza Urquinaona. Pero ocurrió al año siguiente, en 1960, cuando el policía, falangista y quiosquero Tomás Salvador ganó el Premio Planeta con su novela *El atentado*.

—Ignacio, este año me voy a comer el mundo, qué digo el mundo, el planeta. Verás como en octubre me llevo el premio Planeta.

—A ti te darán el Planeta el día que lluevan ranas —contestó taciturno Ignacio Agustí y se sirvió otro vaso de *whisky*.

Juanito Oliva había conservado sus treinta monedas todo ese tiempo sin saber para qué las quería. Y cuando ya estaba decidido a deshacerse de ellas apareció un nuevo cliente en los urinarios que empezó a dejarle propinas en sestercios y denarios. Era un tipo de ojos saltones y apocado, pero al mismo tiempo la uña tan larga que se había dejado crecer en un meñique manifestaba cierto carácter. Un rasgo de distinción canalla. Aunque Juanito no se había atrevido en ningún momento a preguntarle a aquel individuo de dónde sacaba esas monedas, sí que supo establecer un trato de cordialidad y una conversación que iba más allá del saludo. Habían estado fusilando

juntos en el Campo de la Bota; pero, a pesar de que ambos creían haberse visto antes, a ninguno de los dos se le ocurrió sacar a colación ese asunto. El hombre se llamaba Jaime Casellas y tenía una papelería librería en el barrio chino. Le contó, entre otras muchas cosas, que había nacido en 1918, el día mismo del armisticio alemán, que cuando la guerra los rojos le encerraron en la checa del Hotel Colón, y que, no hace mucho, se encontró con Franco en los lavabos del campo del Barça, pero que no pudo alzar el brazo para saludar dado lo que se traía entre manos.

—¿Y el Caudillo orinó a su lado como un español más?

—No. Se fue muy rápido. Yo creo que entró para buscar a alguien y no lo encontró.

—¿A quién iba a querer buscar Franco en unos lavabos?

—Vaya usted a saber. En la guerra se hacen amigos muy raros.

Otra cosa que a Juanito le llamó la atención fue descubrir que Casellas le dejaba los urinarios llenos de trozos de pan. Al principio no se había percatado, o quizá los había visto y no había atado cabos; pero empezó a prestar atención al asunto cuando varios clientes le preguntaron a santo de qué le había dado ahora por poner mendrugos en los retretes y en los urinarios.

—¿No será para las ratas, Juanito?

—¿Por qué se los iba a poner? ¿Para espantarlas? ¿Para que se los coman?

—No sé, Juanito. Usted es quien pone ese pan.

—Pero si yo nunca he puesto nada en ninguna parte.

—Oiga, Juanito, eso del pan ¿es para rebajar la mala olor?

Tras unos días de vigilancia, Juanito Oliva descubrió que el pan lo estaba dejando el librero paplero del barrio chino, que, por cierto, últimamente venía a los servicios dos o tres veces cada día. Eso resultaba aún más extraordinario que lo de las monedas antiguas. Ni siquiera Charles Fort había hablado de la aparición de pan en los lavabos. No le gustó lo que hacía aquel tipo y temió que a la larga le pudiese acarrear problemas, así que decidió tomar cartas en el asunto. Cuando el señor Casellas salía de los lavabos, entraba Juanito y, con la punta de la muleta, tiraba el pan al suelo y luego lo barría con mucho asco. Al poco de aplicar este sistema, el señor Casellas desapareció y nunca más volvió por ahí. Juanito Oliva se arrepintió de no haberle preguntado nunca de dónde sacaba esas monedas antiguas. Dónde las vio llover.

Sobre la lluvia de ranas que hubo en Barcelona el 15 de octubre, festividad de Santa Teresa, de 1960, se publicaron sueltos y noticias en todos los periódicos. *El Correo Catalán* sacó en primera página la foto de una ranita de San Andrés, bonita de ver; pero que no tenía ninguna relación con las caídas en Barcelona. *El Noticiero Universal* le encargó un artículo sobre el tema al escritor Baltasar Porcel, el cual aprovechó para pedir una subvención y varias ayudas económicas para el estudio de las ranas en el Mediterráneo. Sempronio y Bru Jardí también consagraron a las ranas y a los anfibios en Barcelona sus particulares reflexiones en *El Diario de Barcelona*. Luys Santa Marina, director de *Solidaridad Nacional*, mandó la noticia a la sección

de política, pues no le pareció cultura. Y en *La Vanguardia Española*, Manuel del Arco entrevistó a una rana caída del cielo.

—¿Qué opina de los hombres rana?

El día que llovieron aquellas ranas, Juanito Oliva había observado que el tono de las nubes tendía hacia el verde caqui. Juanito Oliva Fabregat era un hombre sensible a los fenómenos atmosféricos y a los espectáculos de la naturaleza. También le emocionaban las grandes demostraciones de masas.

—Lo que más me gusta del mundo es la gente. Verla desfilar —decía.

Desde entonces, Juanito se pasaría horas a la puerta de los lavabos, sentado en las escaleras y mirando al cielo de Urquinaona. Buscaba las nubes densas, como de piedra, que anunciaban monedas antiguas; las gelatinosas, que prometían gelatina; las de color frambuesa, que es el color de la sangre sobre la nieve; y las de color verdoso, que es el que toman cuando vienen cargadas de renacuajos. Pensaba que tal vez Charles Fort tenía razón y sobre este mundo hubiese otros navegando a la deriva por el espacio. Mundos antiguos y mundos futuros. Y que lo que caía sobre la Tierra eran restos de naufragios interestelares, que tenían lugar en un supermar de los Sargazos. Solo bajaba la vista para hundirla en el periódico. Un día abrió *La Vanguardia Española* por la noticia de la celebración del 1 de mayo en el campo del C. F. Barcelona, presidida por el Caudillo. Encontró justo que si Franco había ayudado al Barça ahora el club le mostrase su gratitud celebrando actos como este e invitándolo a presidirlos. Al leer el siguiente párrafo se le puso la piel de gallina por la emoción, pues sintió que España y Cataluña eran una sola cosa: la idea de Patria, que cristalizaba en un campo de fútbol, el más noble de los campos después de los campos de batalla.

«Cuando tres mil voces —de Salamanca, de Zamora, de Córdoba, de Madrid, de Zaragoza, de toda España, en fin— iniciaban las notas de la enternecedora sardana de Morera —mil quinientas a un lado, mil quinientas a otro, y en medio la cobla— alzose en pie la multitud como electrizada, y rompió en aclamaciones conmovedoras. Pensábamos en el gozo con que tantos corazones andaluces, castellanos, aragoneses, extremeños, valencianos... se han acercado a la íntima, señorial belleza de la sardana, y la han aprendido compás a compás, con lo que, al mismo tiempo, han ido penetrando en algunos de los paisajes interiores, en algunas de las moradas nobilísimas del alma de Cataluña», decía el artículo de *La Vanguardia Española*.

Tatuaje moruno

A modo de homenaje a todos los emigrantes de España, ahí va esta glosa literaria de Emilio el Moro de la copla de Rafael de León.

TATUAJE (León-Valerio-Quiroga)

Se la trajo un barco
de unos balleneros.
La encontré en el puerto
y un amanecer,
cuando, junto al faro,
sobre un cubo viejo,
sus cuarenta arrobas
dejaba caer.
Era grande y rubia
como una mazorca;
su pecho de vaca,
como un camión,
y en su boca larga
tenía dos bigotes,
lo mismo que un guardia
de circulación.
Y ante dos litros de aguardiente
se me plantó en el mostrador,
y fue bebiendo lentamente
hasta acabar con el bidón.
¡Mira mi brazo tatuado
con los recuelos de un café!
Esto que ves junto al sobaco
es el retrato de mi Andrés.
El tío granuja me pegaba
con la correa de un tirapiés,
y para siempre voy marcada
desde el tobillo hasta el tupé.

Se piró una tarde
con rumbo ignorado
en un mercancías
que llegó hasta aquí;
pero entre sus dedos
se llevó enredado
mi reloj de oro
porque no le vi.
Y loco la busco
por todos los puertos,
a los marineros
le explico quién es,
y algunos me dicen
que me vaya al Polo,
porque allí hay ballenas
pa parar un tren.
Y voy andando entre la gente
sin mi cadena y mi reloj,
y menos mal que no vio un diente
que con un puente tengo yo.
Tengo un zapato tatuado
sobre los dedos de mi pie.
La muy ballena me ha pisado,
y calza un ciento veintitrés.
Quizá la gorda me ha olvidado,
en cambio yo no la olvidé,
y hasta que no la haya encontrado
nunca sabré la hora que es.
Escúchame, marinero, y dime,
¿no la has vuelto a ver?
Tenía la cara de un pandero
y andaba como un chimpancé.
Mira el tacón de su zapato
clavado aquí sobre mis pies.
Si te la encuentras, marinero,
no pares nunca de correr.

Un *soupeur* en el XXI Desfile de la Victoria

Aquel domingo 8 de mayo de 1960, Barcelona pareció volcarse jubilosa para celebrar con Franco el XXI Desfile de la Victoria, a cuyo ejército una multitud de asistentes manifestaba su más leal adhesión. En la Casa de la Maternidad, los niños rindieron un sencillo homenaje a la esposa del Jefe del Estado y la obsequiaron con un hermoso ramo de flores. Desde la plaza de Calvo Sotelo hasta la plaza de la Victoria, columnas de carros de combate y columnas de Land Rovers recorrieron la avenida del Generalísimo, y así la sociedad catalana revivió su liberación por las tropas nacionales como la había vivido veintiún años atrás. En el No-Do de aquella semana, la voz en *off* dijo que había asistido al desfile un millón de personas. Igual que Madrid se había convertido para siempre, con la pluma de Dámaso Alonso, en una ciudad de más de un millón de cadáveres, Barcelona iba a convertirse en la ciudad del eterno millón de manifestantes. Al día siguiente la prensa local subrayaría en grandes titulares y con muchas fotografías que la población salió a la calle en una «compacta muchedumbre que se apretujaba a ambos lados de la amplia vía».

Pero esto solo eran palabras impresas en papeles que acababan sirviendo para limpiar cristales, pues lo cierto es que por entonces algo se había roto en el romance de la burguesía catalana con el Caudillo. Las deudas de los padres nunca las quieren heredar los hijos, y ya hacía tiempo que la ciudad no sentía nada al hacerlo con el dictador, como empezaba a llamarse con la boca pequeña a Franco. La mala conciencia arrastrada durante aquellos veintiún años de victoria se había transformado en resentimiento contra sí misma. Pero vivir presa del resentimiento es insoportable. El lance de arrepentirse de todo lo hecho dio paso al odio hacia la causa de tales remordimientos. Y la causa nunca es uno mismo. Eso sería aún más ultrajante. El Régimen se hacía inaguantable y también se hacía cargante la vida en la ciudad, hasta entonces pacífica y tolerable. Llevaba demasiado tiempo acumulándose demasiada inquietud, demasiados tranvías volcados, demasiadas huelgas contra las subidas del billete de aquellos tranvías, que ya diez años atrás habían ocasionado la destitución del gobernador civil, Eduardo Baeza Alegría, gran admirador de la *vedette* Carmen de Lirio, y del alcalde de Barcelona, Albert Despujol, barón de Terrades. (Desde que, en 1773, los burgueses de Boston se amotinaron contra su Gobierno inglés por los aranceles del té, el patriotismo siempre ha sido una cuestión de tarifas). A las numerosas revueltas iban a suceder grandes ceses en las cúpulas de la ciudad. No hacía ni tres meses que, en febrero de 1960, el Consejo de Ministros, presionado por la burguesía barcelonesa, obligó a dimitir al director de *La Vanguardia Española*,

el murciano don Luis de Galinsoga, por decir que «todos los catalanes son una mierda» cuando oyó a un cura dar su homilía en catalán. Ese mismo año, el gobernador civil Acedo Colunga (que había mandado prohibir la tira del dibujante Muntañola en *El Correo Catalán* porque un personaje se llamaba Felipe como él) también fue obligado a cesar en el cargo tras reprimir sin éxito la segunda huelga de tranvías (una nueva subida del billete) y castigar el homenaje que el Orfeón Catalán daba al poeta Joan Maragall en el Palacio de la Música, donde no se le permitió interpretar *El cant de la Senyera*. Así se había terminado la aventura de los catalanes con Franco. Nacía la desafección al Régimen. Los vivas que ayer excitaban a la ciudad los iban a dar a partir de ahora solo los pobres. Sobre todo, los nuevos que estaban llegando en trenes del sur, del interior, del oeste, pues para eso venían. Para hacer todo el trabajo sucio que necesita una ciudad cuando quiere crecer y ser alguien en la vida. Llenar este XXI desfile de la Victoria, darle vivas a Franco, todo lo que empezaba a ser molesto para los dueños de la ciudad, también formaba parte de la misión de los recién llegados.

Además de la presencia del Caudillo vistiendo uniforme de capitán general y con la cruz laureada de San Fernando, el momento de aquel desfile que más impresionó al exrequeté y propietario de una papelería librería en el barrio chino, Jaime Casellas Garriga, fue la suelta de palomas mensajeras por una compañía de Transmisiones ante la tribuna de Su Excelencia. ¡Era tan bonito verlas volar por encima de aquellos veinte mil soldados siguiendo la bandera de España! Cuando pasaron los paracaidistas en formación, el señor Casellas sintió una erección y nervioso empezó a gritar con todas sus fuerzas «¡Franco, Franco, Franco!». Se conoce que, de la misma emoción, arrastró con su euforia a quienes le rodeaban, y visto y no visto, el nombre de Franco era una y otra vez pronunciado a pleno grito por cientos de miles de asistentes. Franco saludó complacido sin saber muy bien dónde dirigir la mirada. Todos le parecían iguales, pues no en vano esa había sido su victoria: que todos los españoles fuesen iguales. El confesor particular del Caudillo, el barcelonés padre Bulart, natural del barrio de San Andrés, saludó asimismo a la concurrencia. Luego reflexionó y se quedó un poco perplejo preguntándose si le habría visto el Caudillo usurpar sus funciones. También hacía cerca de un año que Franco y él llevaban vidas paralelas, que ya no se entendían como antes. Pero la culpa, en este caso, era de la televisión. Antes de que irrumpiera en sus vidas ese fatídico invento, el Caudillo y el padre Bulart mantenían entretenidísimas charlas acerca de los pueblos de España y la variedad de sus iglesias; sobre pintura y los frailes blancos de Zurbarán; sobre caza y la perdiz escabechada según la preparan en Alcázar de San Juan...; pero, desde que Su Excelencia mandó poner un aparato de televisión en la salita de El Pardo, ya no hablaban de nada. Se tiraba el Caudillo las horas embebido ante la pantalla en un silencio irritante. La misa de los domingos, y eso que iba a la de ocho, a primera hora, se la pasaba mirando a todas partes muerto de impaciencia, a la espera de que llegasen las diez de la noche para ver *La Gran Parada*, su programa preferido y el de

todos los españoles. Durante el resto de la semana, no sabía hablar de otra cosa el Caudillo que no fuese Antonio el bailarín, Alfredo Kraus, Pepe Iglesias «el Zorro», las Petters Sisters y los niños cantores de Viena. Al padre José María Bulart, que acompañaba a Franco desde los días de Salamanca en 1936, y que ahora era el capellán del Palacio del Pardo, le entristecía este distanciamiento producto de la vida moderna; pero tampoco se lo tenía en cuenta a Franco, pues sabía que lo mejor de sus biografías ya lo habían dado juntos. Ahora, mientras Dios quisiera, solo les restaba ver revolotear las palomas en los desfiles, como una corona gris que se despide de la incierta gloria terrena.

El señor Casellas también vio con sus ojos saltones dispersarse en el cielo de Barcelona a las últimas palomas del ejército. La paloma era su animal preferido y por eso llevaba muchas veces una bolsita con migas de pan para echárselas a las que merodeaban por plaza Cataluña. Había pertenecido durante una temporada a un club de colombofilia del barrio chino, pero le expulsaron cuando descubrieron lo que hacía con el pan en los lavabos del local. Al señor Casellas, a la que se daba media vuelta, sus vecinos le llamaban el Mendrugo. La fama le precedía, y al final el Mendrugo tuvo que abandonar sus calles de toda la vida para explorar lavabos en nuevos cines y en nuevas cafeterías de la parte alta de la ciudad. Esta circunstancia, por encima del sentimiento patriótico, relegado en favor de sensaciones más intensas, era lo que le acababa de llevar a ver el desfile, allí donde empieza la parte alta de la ciudad, en la Avenida del Generalísimo.

—Un cortado con dos sobres de azúcar. ¿El servicio de caballeros, por favor?

—La puerta del fondo.

—Buen lugar.

—¿Cómo dice?

—No, nada. Hágame también un bocadillo, pero con la parte de la punta del pan, si puede ser.

El Mendrugo apenas permanecía un instante en el lavabo y después, con la cabeza apoyada en una mano, hincaba el codo en la barra del bar para recrearse secretamente con la gente que entraba. Con la uña larga del meñique, abría los sobres de azúcar sin apartar la vista de la puerta. Había hombres robustos, tripones, y también los había delicados, y hasta enfermizos y poca cosa, alfeñiques como él. Los oficinistas, bueno, los bien vestidos en general, eran los que más le gustaban como clientes ¿o tal vez habría que llamarles donantes? A los que detestaba era a los caballeros de aspecto afeminado. Vaya usted a saber qué podía orinar un tipo así. El XXI Desfile de la Victoria le brindaría la ocasión de descubrir las peculiaridades de nuevos tipos que llegaban de todas partes de España, y a los que difícilmente tenía acceso en la vida diaria. Militares de alta graduación y de tropa, ¡legionarios de Málaga y de Melilla!, curas de todos los distritos de Barcelona, peones andaluces y extremeños del extrarradio, sastres aragoneses del Carmelo, chóferes gallegos de las viviendas del Congreso... Y si encima el destino quisiera gratificarle con lo que desde el domingo

anterior anhelaba con tanta desesperación...

Del bocadillo, el Mendrugo se comía lo de dentro y se guardaba el pan en los bolsillos. Cuando se cansaba de mirar la puerta del lavabo, se iba a otro bar y se tomaba una barrecha o un café.

—¿Los aseos, por favor?

—Bajando las escaleras.

—Así tenían que ser todos.

—¿Cómo dice?

—Que si el servicio está abierto para todos.

—Es para los clientes, pero si viene alguien con una urgencia... Tampoco hay que ser tan exigente. Desde que nos va tan bien, cómo nos estamos volviendo los españoles.

Pasadas unas horas, regresaba el Mendrugo a los bares donde había estado en busca de su cosecha rosa, aquellos pedacitos de pan duro al fin completamente embebidos de orines. Los iba metiendo todos en una bolsa de plástico que se guardaba discretamente en un bolsillo de la americana. Algunos pedazos, los más tiernos, los que parecía que se iban a deshacer por el camino, se los comía en un rincón del lavabo si estaba solo. Se ponía siempre de espaldas al espejo pues le daba pudor verse reflejado. Alguna vez había salido de unos lavabos chupándose los dedos o relamiéndose, pero se había dado cuenta enseguida y supo disimular. Sin embargo, lo que más le gustaba al señor Casellas era saborear los mendrugos, devorarlos como un fruto prohibido, en la intimidad de su pequeño piso en la calle San Ramón, oyendo Radio España de Barcelona, que ponía tan a menudo canciones de Perry Como: *Tentación, Prisionero del amor...* Pero no solo la música, también el nombre de aquel artista le hacía sentirse bien consigo. Perry Como le sonaba a «como un perro» o a «perro come». Cuando no era capaz de aguantarse, el señor Casellas devoraba los mendrugos en la mugrienta trastienda de su papelería librería. Para que no entrase nadie en la tienda, atrancaba la puerta con el cajón de las novelas del Oeste y del FBI, se llevaba una de la serie Servicio Secreto y desaparecía por un rato.

Su gusto por los mendrugos le venía de cuando estuvo encerrado en la checa del Hotel Colón y día sí día no le colgaban de los pies con la cabeza metida en un cubo lleno de agua con orines. Allí pasó también mucha hambre y lo primero que hicieron los suyos al liberarlo fue ofrecerle un pedazo de pan blanco. Lo besó desesperado y fue entonces cuando por primera vez se embriagó su boca de esa sensación. Antes de la guerra, no. Jamás se le había pasado por la cabeza hacer esas cosas en los lavabos. A Jaime Casellas le detuvo una patrulla de control cuando partía, con otros dos camaradas requetés, para unirse al bando nacional. Más tarde supo que sus acompañantes fueron llevados a un barco prisión, y ahí se perdió su pista. De modo que podía considerarse afortunado. El día en que Franco entró en Barcelona, lo primero que hizo el señor Casellas fue asearse, ponerse un traje en condiciones, presentarse a la policía y detallar un larguísimo listado con apellidos y direcciones.

Cayeron todos como chinches.

Este XXI Desfile de la Victoria le brindaba otra ocasión de experimentar como no había conocido desde el XXXV Congreso Eucarístico Internacional, en el 52. ¡Aquella urea ardiente de fiebre mística! Aquellos eran orines procedentes de todo el orbe católico. De prelados y ministros de la Iglesia llegados de los cinco continentes. De arzobispos y cardenales. De sacerdotes negros y amarillos. Y sin embargo, entonces pasó mucha preocupación. Porque, ¿quién era en aquellos días el insensato que dejaba abandonado, aun en el retrete, un pedazo de pan blanco, con el racionamiento coleando todavía? Había gente que sería capaz de comérselo aunque fuese con asco. No por pasión, que no le hubiera importado a Jaime Casellas, sino por necesidad. El hambre es un sentimiento bajo, un instinto vulgar. Lo suyo era un camino de perfección. No, no estaba hecha la miel para la boca del asno.

Y mira por dónde, se le presentaba hoy otra oportunidad tan buena como aquella. O más. La mejor ocasión de su vida. Pero no por la presencia de los legionarios... Sí, claro, con esas barbas... Pero no. Su deseo, ya al alcance de los dedos, era otro. El domingo anterior, el señor Casellas se había dejado caer por los bares próximos a la catedral. Franco visitaba el templo acompañado de doña Carmen, y les esperaba una multitud para manifestarles sus habituales muestras de entusiasmo, en esta época primaveral aún más exacerbadas, si cabe, por el correr de la cerveza. Hombre de mundo, lo que se dice un hombre de mundo, Jaime Casellas no lo era; pues ni siquiera había estado en Mallorca. Y cuando en la guerra se le presentó la oportunidad de ver España, se la pasó encerrado en un sótano con la cabeza dentro de una escupidera. Pero lo que sí podía afirmar sin que nadie se atreviera a rebatírsele era que, a estas alturas de su vida, tenía clichada a media Barcelona. Por lo menos, a lo más granado. Por sus obras los conoceréis, dicen las Escrituras; pero él los conocía por otras obras. Por eso no le costó ningún trabajo identificar a los seis hombres que ese domingo 1 de mayo sostenían las varas del palio a la espera del Caudillo, a la puerta de la catedral. Eran los tenientes de alcalde Alberto Grau y Salvador Trullols, los concejales Juan Antonio Samaranch, Pablo Oliva y Pérez Rosales, y el secretario de la Corporación Municipal, Juan Ignacio Bermejo. Todos, políticos leales al Régimen, que se habían brindado voluntarios para llevar el dosel bajo el cual ingresarían en la catedral de la ciudad como reyes, o como papas, el Generalísimo, cuando llegase, y doña Carmen, que esperaba inquieta, mantilla y teja, atalayas de España en su cabeza. Enseguida se vio aparecer a Franco resollando con paso precipitado. Cuando llegó al palio, el Caudillo se estiró con cuidado la guerrera de su uniforme blanco de almirante de la Armada, pero no lo suficiente como para ocultar una mancha, una gota, aún húmeda en el pantalón, que indicaba a todas luces de dónde venía. Bueno, el hombre tenía ya una edad. Al paso de su comitiva, la banda municipal interpretó el himno nacional, y los coros de Clavé entonaron *Gloria a España*, composición del propio Anselmo Clavé. En la plaza de la catedral formaban sus redondeles las collas sardanistas Canigó, Cel Rogent, Renaixença Catalana y

Ciutat Condal.

El señor Casellas sonrió con astucia y calculó la velocidad de los pasos del Caudillo, miró en la dirección de donde había llegado y se apresuró con la precisión de un experto hacia un bar que había junto a un estanco. Cuando entró en el escusado, contempló un mendrugo que estaba ya desmigajándose. Quiso volver a mirar afuera del lavabo. Abrió la puerta, asomó la cabeza, ojeó la sala de derecha a izquierda y de izquierda a derecha, y se encerró otra vez. Sus manos se posaron con solemnidad en el pan y lo llevaron a sus labios. Al principio no le agradó aquel sabor. No solo la textura. Tenía un retrogusto muy persistente y una escasa complejidad de aromas, aunque también es cierto que le encontró algunas notas ligeras como de frutos secos. Tal vez quicos o cacahuets. Lo volvió a probar con cautela y, para cuando quiso darse cuenta, esta vez no podía dejar de comerlo. ¡Jamás había sentido en la lengua algo como eso!

Desde aquella hora, Jaime Casellas se pasaría toda la semana realizando catas en los más distintos lavabos de los bares de la ciudad, probando suerte con la esperanza de reencontrarse con aquel sabor. No podía ser sino del Caudillo. Creyó que se estaba enamorando. Y pensar que hacía tan poco lo había tenido enfrente dentro de los lavabos del Fútbol Club Barcelona. Estaban destinados el uno para el otro. Pero aquel día del fútbol, Jaime Casellas había sentido vergüenza y no supo qué decirle. A lo largo de toda aquella semana no encontró el momento de abrir la papelería. Total, para lo que se hacía... Allí donde iban Franco y su séquito, se personaba el Mendrugo con los bolsillos repletos del mejor pan de payés. Sí, los había probado de todas las condiciones y lugares. Pero nada como aquello.

La mañana del XXI Desfile de la Victoria suponía su última oportunidad para constatar lo que sospechaba. Igual que un Pulgarcito de la orina, desde primera hora había estado sembrando con migas de pan los bares de la avenida del Generalísimo. Vigiló y aguardó hasta que finalizó la parada, que fue pasada la una y media de la tarde. Sin embargo, Franco no se había bajado de la tribuna en ningún momento. O quizá sí, y le había reemplazado su doble. A su edad, toda la mañana sin orinar era una proeza. Pero España es tierra de secano donde se mea poco. Las gentes sencillas regresaban ya a sus casas en mangas de camisa, con la americana al hombro. Habían devuelto las pancartas a los sindicatos y sonreían pensando en el arroz con conejo que les esperaba en sus barracas. Algunos apuraban la bota de vino que se habían llevado. Andaba el señor Casellas angustiado de un bar a otro, como un oso enjaulado en una jaula de lavabos. Se llevó la mano a un bolsillo y encontró unas miguitas, que tiró a las palomas. Cuando se disponía a entrar en una cafetería para efectuar una última y desalentada repesca, vio formarse una muralla de hombres en medio de la avenida del Generalísimo, en la calle misma, tras la que parecía ocultarse alguien. Entre los integrantes de aquella barrera humana, reconoció a las más destacadas personalidades del Ayuntamiento. Volvió con cautela sobre sus pasos. Dio un pequeño rodeo. ¡Y zas! Se encaramó a un platanero y afinó la vista. Una sonrisa fina como un hilo de acero le

cortó el rostro. No podía ser más humano lo que presenciaban sus ojos saltones. El Caudillo de espaldas seguía siendo el Caudillo. Pero ¿cómo podía haberse aguantado durante toda la mañana? A su edad..., rondando ya los setenta... Se puede seguir gobernando con mano de hierro, pero la próstata... Y allí estaba Franco encorvado, protegido por una columna de leales catalanes, meando sobre la gran avenida de Barcelona que llevaba su nombre. A su lado, doña Carmen, igual que una urraca nerviosa, giraba el cuello en todas direcciones mirando si alguien les veía. El primer patriota de España orinaba en la calle como un español cualquiera que vuelve del trabajo y no se puede aguantar hasta llegar a casa. Una democracia no sería capaz de tales muestras de igualitarismo. Jaime Casellas se hizo visera con una mano y observó la fuerza del chorro, la parábola que este describía y que iba a convertirse en una nueva parábola de los panes. Descubrió maravillado cómo las grises palomas de Barcelona se apartaban bajo los pies del Generalísimo para no ser salpicadas por la orina y continuaban con ciega afección el picoteo de las migas, que el propio Casellas había tirado hacía un momento. Cuando se desbarató la muralla y los hombres desaparecieron, Casellas acudió como una centella en busca del charco. Apartó a las palomas a patadas. Se sacó el pan de los bolsillos, se arrodilló en el suelo, se puso a cuatro patas, lo untó hasta destrozarlo y juntó las migas en el hueco de la mano. Le bastó con probarlo solo una vez. Sí, aquello era lo que había estado buscando con tanta desesperación durante esa larga semana. Nunca como entonces el señor Casellas se sentiría tan perteneciente a Franco, tan adepto a ese tipo de Régimen. Pero también leyó en aquellos orines el lirismo del soldado que Franco era. Su íntima manera de despedirse de una Barcelona que había dejado de quererle como antes. Y de ese modo Jaime Casellas entendió que aquella ya no era ciudad para viejos. Quiso soltar amarras y conocer mundo, cambiar de aires, y aquel verano viajó a París sumido en una tristeza insondable. Allí frecuentó los vespasianos, los destartados urinarios verdes levantados en las aceras de la capital francesa. Se aficionó mucho a uno que estaba en el bulevar Arago, delante de la prisión de la Santé. Un día, un hombre con gabardina le agarró por el hombro pero, en vez de reprenderle, le explicó que él era un *soupeur* como otro cualquiera, y fue entonces cuando Jaime Casellas se sintió revivir, cuando comprendió que con una palabra bastaba para crear una patria.

Párrafo extraído de un editorial de la barcelonesa revista ¡Hola!, donde semanalmente se publicaban los ecos de la alta sociedad de la ciudad. El texto apareció en el número 820 de la revista, y lleva fecha del 14 al 20 de mayo de 1960. La portada, las primeras páginas y el editorial de este número están dedicados íntegramente a la presencia del Generalísimo en el XXI Desfile de la Victoria en Barcelona.

«... Brazo armado de la gran familia nacional es el Ejército. Es pueblo en armas, bajo una bandera y una disciplina, con misión que cumplir y honrar en todo momento. Pueblo en armas, consciente de que defiende la santidad de sus hogares, la producción de sus campos y de sus fábricas y la paz de sus actividades todas. Barcelona entera se congregó el domingo en la Avenida del Generalísimo para dar fe de cómo aprecia el esfuerzo representado por aquellas magníficas formaciones y el rendimiento que de ellas cabría esperar, si nuevamente nos sometiese la Providencia a otra gran prueba histórica. Franco, en su magnífico discurso del Palacio de Pedralbes, destacó cuán excelente muestra de salud nacional constituía el entusiasmo del pueblo al paso de las tropas, en el desfile que acababa de terminar. Y que precisamente fuese Barcelona la ciudad que este año diese fe de la vitalidad y del ímpetu moral de España no puede por menos que llenarnos de intenso orgullo y de la incomparable satisfacción del deber cumplido».

Operación Liceo

Todo el secreto de las campañas desencadenas contra España descansa en estas dos palabras: «masonería» y «comunismo». Antagónicas entre sí, pues ambas luchan por el dominio universal, la segunda le va ganando la partida a la primera, como en la Organización de las Naciones Unidas se viene demostrando.

FRANCISCO FRANCO, con el pseudónimo de JAKIM BOOR,
en el diario *Arriba*, 14 de diciembre de 1946

—Fíiigaro, Fíiigaro, Fíiigaaarooo...

El antiguo jefe de la quinta columna en Barcelona, Santiago Salvatierra, subió las fastuosas escalinatas del Gran Teatro del Liceo canturreando el aria *Largo al Factotum* con una mano abierta sobre el pecho y la otra en el mármol de la balaustrada, ambas enfundadas en sus eternos guantes negros. Pajaritas, abrigos de pieles, relucientes Mercedes y coches de caballos volvían a citarse en las Ramblas aquella noche del 15 de noviembre de 1960 para inaugurar la temporada de ópera barcelonesa. Ya era muy aclamado por entonces el tenor Alfredo Kraus, que en esta representación de *El barbero de Sevilla*, la composición más popular de Rossini junto con los canelones, hacía de conde de Almaviva. Pero ¿acaso puede un alma estar muerta, a pesar de lo que Gógol escribiera? Muchos años llevaba el alma de Santiago Salvatierra transmigrando, errante de un mundo furtivo a otro mundo, de un infierno clandestino a otro, vagando por reinos subterráneos donde yacía el oro sucio de las conspiraciones políticas, los golpes de Estado, los crímenes y las trágicas desapariciones de personas. Después de ganar la guerra civil y perder la segunda guerra mundial, la extrema derecha a la que pertenecía Santiago se había enclaustrado en un abismo de poderes espectrales, poblado por antiguos nazis alemanes, viejos fascistas italianos, franceses, belgas, holandeses y nórdicos, militares cómplices de todos los países del mundo, dictadores tercermundistas, chiflados practicantes del esoterismo..., que no estaban dispuestos a cejar en su empeño de instaurar su nuevo orden mundial.

Fígaro, el nombre del barbero más popular de Occidente, el protagonista de las celebradas comedias de Beaumarchais, había sido también la palabra clave que se le enviaba a Santiago Salvatierra cuando tenía que rebanar un pescuezo con la navaja de afeitar. Pero, por encima del Fígaro de *El barbero de Sevilla*, a Salvatierra le causaba más fascinación el de *Las bodas de Fígaro*, la ópera bufa de Mozart. De eso se trataba: de Mozart, el compositor de *La flauta mágica*, obra maestra musical de la masonería internacional. La guerra contra los masones era interminable. Estaban por

todas partes. No le cabía en la cabeza a Santiago Salvatierra de qué manera en la Organización Juvenil Española, que acababa de crearse aquel mismo año para dar un aire nuevo al Frente de Juventudes, les habían colado como poema de cabecera el *If* de Kipling, si resultaba a todas luces una declaración de principios de la masonería. Pero todo eso venía de José Antonio. A saber. Seguro que ahora mismo había algún jefe de la OJE leyendo como un descosido a René Guénon. Vale quien sirve, sí, tal era el lema de la organización. Pero ya le gustaría averiguar a Santiago a quiénes se estaba sirviendo ahí. España, cielo blanquecino y gris, caramelo de limón predilecto de las logias. Por ejemplo, este mismo Gran Teatro del Liceo tan rebosante de palcos y balcones... ¿no era un lujoso templo de la masonería de Barcelona? Un templo de oropel que había cambiado los altares por los palcos. ¿O es que acaso en italiano la palabra *loggia* no significa algo así como porche o baranda...? ¿Cómo no iba a ser masona la alta sociedad catalana? El dinero es masón en su esencia. Menos mal, pensó Salvatierra, que en España había audaces de la talla de un Jakim Boor, capaces de sacar a la luz las sigilosas tramas de la francmasonería. Ocho años llevaba ya ese misterioso Jakim Boor publicando en el diario *Arriba* artículos sobre el acecho de los masones. Ahora los acababan de reunir en un libro titulado clara y llanamente *Masonería*. ¿Quién podía estar detrás del nombre de Jakim Boor?, ¿quién tenía la facultad de ponerle ese título tan sobrio y explícito a un libro?, ¿quién era ese hombre capaz de hablar tan claro en España? El claro idioma castellano, una lengua vieja y áspera como la tierra vieja de los páramos. Le brilló el acero de los ojos a Santiago Salvatierra cuando en un gesto de inteligencia admitió para sus adentros estar en el secreto del asunto. Él sabía que tras el seudónimo de Jakim Boor no se escondía otro autor sino el Caudillo. Qué sagaz, Franco. Qué ironía de soldado que quiere exhibirse solo para los ojos del enemigo que verdaderamente le conoce; pues, en las páginas de su libro, había tenido la finura de incluir una entrevista entre el Jefe de Estado, Francisco Franco, y Jakim Boor, el autor de los artículos.

—Caudillo ¿qué es la francmasonería?

—Una insidia que no pretende más que desprestigiar mi nombre anteponiéndolo al de los masones.

Los ojos grises de Santiago Salvatierra buscaron pasatiempo en las coloridas pinturas del techo del teatro, que evocaban obras de Schiller y Aristófanes, y con aire distraído continuó cautivo de sus pensamientos. Cuando al fin vio bajar al hombre, provocó el tropiezo entre ambos. Sonó el choque como un bombo de la orquesta.

—¡Pero, hombre! ¡A ver si te fijás! —le dijo jovialmente el tipo.

Ya no era Santiago el de antes. Había sentido dolor por un golpe de nada. Se detuvo el individuo ante él y le miró asombrado; pero, al reconocerle, le sonrió con zorrería.

—¡Caramba! ¡Si sos vos, Santiago!

El porte del argentino se había estilizado. Agostaba los últimos frutos de la cincuentena y el escaso cabello gris que conservaba lo llevaba planchado al cráneo

con colonia francesa. Sobre el esmoquin, una insignia plateada con las dos runas de las SS. Toda una escandalosa provocación en ese moderno 1960, incluso dentro de la dictadura española. Sin embargo, a lo largo de la noche nadie parecía haber reparado en aquel símbolo nazi. Santiago representó en burla el papel de quien quiere reconocer a alguien pero no atina. Sin quitarse los guantes, le tendió la mano con un impreciso aire de familiaridad y al final hizo cómicamente como que caía en la cuenta.

—Usted es... Déjeme que lo acierte... Usted es... ¡Por el amor de Dios! ¡Pero si es usted Doroteo Rothwoss!

Al oírle pronunciar su nombre, el hipnotizador que había curado a Lindemans de su adicción a la morfina abrazó a Santiago y ambos se golpearon sonoramente la espalda. Una efusiva demostración de camaradería que incomodó a las damas y caballeros de Barcelona que pasaban junto a ellos. No fue el caso del capitán general de Cataluña, el ferrolano Pablo Martín Alonso, marqués de Villatorcas, que sonrió complacido al presenciar a aquel viril gesto de amistad. Aquella noche de gala, vestía el capitán general abrigo largo, bufanda blanca y pajarita. Le acompañaban su esposa, que iba de visón, y la hija de ambos, la señorita Silvia. Les seguían escalera arriba, todavía con las tarjetas de la invitación en la mano, Joaquín Buxó de Abaigar, presidente de la Diputación de Barcelona, y su esposa, marqueses de Castell-Florite, en compañía de sus hijas, las señoritas de Llosas y de Roselló. Sin embargo, el conde de Quennet, que bajaba las escaleras y que se encontraba pasando unos días en la ciudad, miró en otra dirección para manifestar su desaprobación ante esas costumbres cuarteleras en pleno Liceo. Lo mismo hizo la venerable señora Lolita Trián de Giral. Después de haber sido devuelto a la junta de accionistas tras la liberación nacional de Barcelona, el Gran Teatro del Liceo se alzaba en medio de las Ramblas como la reserva espiritual de la burguesía catalana.

—Chico, te hacía en Buenos Aires —dijo Salvatierra.

—Mejores aires que estos no los hay ahora en ninguna parte del mundo, Santiago.

El porteño Doroteo Rothwoss era un hipnotizador de la escuela ondulacionista de Claudio Perronet, que es la que defiende la facultad de la transmisión del pensamiento. Había residido en Chile durante la década de los años treinta, al servicio del cónsul germano y cofundador del Partido Nazi alemán Wilhelm Reichmann. Poco después de que las tropas nazis empezaran a llenar con sus banderas de la cruz gamada las fachadas de la avenida Kléber de París, Rothwoss fue destacado a la capital francesa. Desde allí viajó a Berlín, donde acabó integrado en el círculo de Martin Bormann, el secretario particular de Hitler, y Erich Kempka, el chófer del Führer. Esa era la verdadera naturaleza de su viaje a Europa. Agente de las SS, el cometido de Rothwoss consistía en abortar los planes secretos de Martin Bormann, acerca del cual corría la voz de que «estaba intentando apoderarse del alma de Adolfo Hitler». En aquellos días, Doroteo Rothwoss era considerado el máximo experto del nazismo en transmigración del alma. No se redactaron informes sobre su intervención

en el círculo de Bormann, pero lo cierto es que Hitler manifestó ser dueño de su alma hasta el final de la guerra. Una vez perdida, Rothwoss se volvió a Argentina donde participó en la fundación de la sociedad secreta ODESSA. Se ha dicho que en el viaje de regreso a Buenos Aires se trajo clandestinamente a Martin Bormann, el cual, como si jamás hubiese existido, desaparecería de la faz de la tierra tras la caída del Reich. Otros investigadores mantienen la teoría de que a Bormann lo habían matado los rusos cuando intentaba cruzar sus líneas; pero esta fue una de las muchas patrañas salidas de los despachos de Santiago Salvatierra.

—Bueno, ahora ando unos días en Barcelona, saludando a viejos conocidos; pero de momento vivo en Madrid.

Doroteo Rothwoss no estaba dispuesto a decirle a Salvatierra ni una sola palabra sobre el asunto Paladín, motivo de su actual presencia en España. Con el nombre de Paladín se aludía a una sociedad secreta que, auspiciada por Perón, había fundado en Madrid lo que quedaba de la diáspora nazi junto con miembros de oscuras logias italianas y antiguos gestapos franceses. Se dice que de este núcleo surgió la Alianza Anticomunista Argentina, la triple A. Aunque Rothwoss, cuando su estancia en Chile, ya había pertenecido a una siniestra Asociación de Amigos de Alemania. Otra triple A. Lo que casi no se había sabido hasta ahora acerca del laberíntico Doroteo Rothwoss era que, desde 1929, a raíz del acuerdo en Letrán entre Pío XI y Mussolini, el hipnotista operaba como agente clandestino de la gran masonería.

—Me alojo aquí al lado. En el Hotel Oriente —dijo Rothwoss.

—¿Sigues durmiendo gallinas?

—En parte he venido a España por este motivo. El día de la Raza recibí un telegrama de tu embajada. Pensé que me invitaban a algún baile. ¡Pero quién iba a imaginar de qué se trataba! Al día siguiente hablaba con Franco por teléfono. Vuestro Caudillo quiere saber... ¿Comprendés? Me preguntó si se podía llevar a un individuo al sueño cataléptico solo con mirarle fijamente a los ojos. No es tan sencillo, Su Excelencia, le contesté. Y él me insistió: Quiero que venga a España para que me hable del sueño magnético. Quiero conocer los estados catatónicos de la conciencia. Quiero saber si de mí emana un fluido magnetizador... Yo estoy a las órdenes de Su Excelencia, le dije. Y aquí estoy.

—¿No estarás insinuando que Franco es una gallina? —le vino a la cabeza a Salvatierra el escudo nacional de España, la apocalíptica águila negra de San Juan.

—¡Qué cosas tenés, Santiago! Los españoles sois expertos en poner la mierda en la puerta de vuestra casa y pisarla al salir. Escuchame, me voy al palco, que esto va a empezar; si querés, tomamos luego un trago en Boadas.

—Aguarda un momento, Doroteo... ¿Te has enterado de lo de Heyde?

—¡Y quién no!

Apenas hacía un año que el SS Werner Heyde había sido descubierto y detenido en el norte de Alemania, en un pueblo con la frontera danesa donde ejercía como psiquiatra. Heyde fue el organizador del programa médico mediante el que se aplicó

la «eutanasia» a cerca de doscientos mil alemanes. Sus ensayos supusieron el prólogo de los campos de exterminio. Salvatierra y Rothwoss habían asistido a sus conferencias, y, tras la caída del Reich, fueron los encargados de sacarlo de la cárcel, lavar su pasado e introducirlo limpio como una patena de nuevo en el mundo.

—Están cayendo como moscas —insistió Salvatierra—. Hay alguien que nos conoce desde dentro.

—Recién hará medio año que los judíos se llevaron a Eichmann de Argentina. Vivía cerca de nosotros, en Buenos Aires, con su mujer y sus tres hijos. Aún se llamaba Ricardo Clément.

Tras el nombre de Jakim Boor, el Caudillo había escrito un duro libro contra la masonería y los judíos. Muchos quisieron encontrar en el pseudónimo de Jakim Boor los nombres de Jakin y Boaz, las dos columnas del templo de Salomón, pero lo cierto es que el Jakim era una alusión al nombre de Joachim del ahorcado SS Von Ribbentrop, a quien tanto quiso Serrano Suñer. Y el Boor obedecía a las primeras letras del apellido de Martin Bormann. A Santiago Salvatierra este libro le recordaba otro que había escrito en 1919 el periodista británico Robert Wilton sobre el fusilamiento, en Siberia, de los Romanov. En esas páginas Wilton sostenía que la Revolución bolchevique fue dirigida y protagonizada por los judíos. Y señalaba una serie de detalles basados en cifras, apellidos... Por ejemplo, que entre los veintidós miembros del sóviet que condenó al zar y a su familia había diecisiete judíos. Que también eran judíos veintitrés de los treinta y seis miembros de la *cheka*, la policía secreta. Y así seguía. Después de leerlo, Churchill dijo que estaba convencido de que el régimen bolchevique había sido una creación de la internacional de los judíos ateos. Pero lo que todavía le llamaba más la atención a Santiago Salvatierra de aquel ensayo de Robert Wilton, *Los últimos días de los Romanov*, era el haber descubierto que la traducción al finlandés, y el prólogo y las notas de esa edición, estaban firmadas, curiosamente, por un tal Jakim Boor.

Doroteo Rothwoss salió del Liceo y se fue sin esperar a Santiago. Sus pasos se encaminaron en dirección contraria al hotel Oriente, donde había dicho alojarse. La amplia noche de las Ramblas dio paso a la humedad angosta del barrio chino. Anduvo por las oscuras y sucias callejuelas que enlazan las calles Unión y Conde del Asalto, errante como queriendo despistar a alguien. Bajo su largo abrigo de pelo de camello asomaban unos pantalones con galón de seda que marcaban el paso. Un hombre salió de una estrecha portería donde se leía el cartel de «Habitaciones. Todo confort» y desapareció en dirección a las Ramblas. Rothwoss miró al cielo por ver si distinguía entre las constelaciones del hemisferio norte las brillantes luces del *Sputnik*; pero Barcelona había preferido vivir cubierta bajo una capa gris a tener sus

propias estrellas. Hacía ya rato que Rothwoss sabía que le estaban siguiendo. Aquellos pasos parecían cada vez más próximos. Se pegó a la mugre de los adoquines el ruido de ambas pisadas. Cuando llegó a la calle San Ramón, Rothwoss echó a correr; pero a la altura de una destartalada librería papelería, pisó unos trozos de pan duro que alguien había tirado a la puerta y resbaló. El estruendo del batacazo de Rothwoss retumbó al compás de la canción *All Shook Up*, que emitía la radio en versión de Los Llopis. A Rothwoss le hubiera gustado más la versión original de Elvis Presley. Una voz pidió que dejaran de hacer ruido y apagasen el transistor. Fue al levantarse cuando el argentino sintió que un brazo coronado por un guante negro de cuero le trituraba el cuello. Entonces notó debajo de la nuez el frío de una navaja de afeitar y también el calor de su sangre, que empezaba a manarle a borbotones. Le empujó su asaltante para que cayera definitivamente a tierra y otro golpe sonó en toda la calle y también dentro de la cabeza de Rothwoss. Después del ruido, vio esa luz blanca. O quizá fue al revés. Acaso Doroteo Rothwoss primero oyó el ruido de su caída y a continuación fue el destello blanco lo que vio. El hombre de la trinchera, el sombrero y los guantes negros le hubiera dicho que esas cosas no tienen importancia. Pero ya lo había matado y ya su cuerpo dejaba de sacudirse en espasmos sobre la acera. Antes de olvidarlo para siempre, le arrancó de la solapa las runas de plata y le metió en un bolsillo del abrigo de piel de camello el libro de Jakim Boor.

Las inundaciones y el aluvión

Barcelona se había convertido en un queso en Porcioles. Era el año 1962 y la especulación del suelo iba a reemplazar al estraperlo. Los constructores y los especuladores se repartían en su sucia timba de póker las montañas y los campos que rodeaban la ciudad, amparados por las leyes de una dictadura militar. Junto a las huertas de las afueras, que se resistían a la invasión no heroicamente como aldeas galas sino ajenas al mundo como abuelas sordas, empezaron a elevarse altísimos bloques de pisos, colmenas no aptas para abejas reina, y también se multiplicaban los tejados de uralita, las paredes de chapa ondulada, las casas de tablonos, las barracas, igual que una infección de hongos salvajes. Era necesario dar cabida a esa ingente cantidad de mano de obra que llegaba a montones día a día a Barcelona. Aquella tierra de cultivo del extrarradio barcelonés estaba cambiando las hormigas por las hormigoneras. Todo lo que pudiera edificarse se ponía a la venta y así es como la ciudad le puso otra vez precio a su propia piel.

Al morir su madre, Alfonso Bovill Matagalls, el payés de La Llagosta que quiso ser un gran torero catalán, dejó las tímidas lechugas del neblinoso y duro campo del Vallés, a orillas del río Besós, y vendió sus propiedades para comprarse un piso de nueva construcción en Barcelona, enfrente de la plaza de toros Monumental. De su fracasada aventura como novillero le quedaba el recuerdo de una cicatriz en el talón. Pero había valido la pena aquel sacrificio al modo de Aquiles, el más valiente de los aqueos, pues gracias a su visión comercial Alfonso Bovill Matagalls ya no era un triste hortelano. Acababa de convertirse en capitalista en el más taurófilo de los significados, ya que en las plazas de toros se llama *capitalista* al encargado de sacar a los matadores a hombros, tarea siempre recompensada con sustancial dinero. Una prosperidad de pasodoble ponía olvido en Barcelona a los veinte años de penuria que habían sucedido a la guerra.

—Alcalde Porcioles, no paran de llegar charnegos en los trenes y ya tenemos más de ciento setenta mil niños sin escolarizar.

—Que los pongan a trabajar.

—¿No sería mejor hacerles escuelas, alcalde, ni que sea en barracones?

—Yo soy el primer interesado en la cultura, pero si no creamos las condiciones objetivas, ¿cómo va a dar esta ciudad un Charles Dickens?

Entre las barracas que se levantaban cerca de la desembocadura del río Besós, algunos emigrantes construyeron pequeñas naves de hormigón que funcionaban como talleres. Otras barracas se destinaban a bares.

—Para descansar después del trabajo, toma castaña.

Y había solares que se convertían en campos de fútbol, bastaba con un cubo de cal y un par de porterías. Y cuatro estacas con banderines en las esquinas.

—Mientras el payés no reclame su tierra, aquí tenemos descampado para darnos chutes hasta que reventemos.

Aquellas gentes vivían hacinadas en barrios sin asfaltar, sin colegios, sin farmacias, sin médicos, sin alcantarillado. Solo ratas y barro, escribiendo así una versión suburbial de Blasco Ibáñez.

—Alcalde Porcioles, y a Obras Públicas, ¿cuánto se destina este año?

—A ver... Hay que arreglar lo de Pedralbes, lo de la Bonanova... Pon mucho. Para nosotros las clases bien, pon mucho en las partidas. A los pobretones, que se los coma la mierda, que la han traído ellos.

Al millonario barrio de las Tres Torres, en la parte alta de la ciudad, se contrapondrían las tres torres de la central eléctrica que se estaba construyendo en la periferia, a orillas de un mar con las olas siempre negras de alquitrán y la arena eternamente sucia de chapapote. Igual que un relámpago de gris acero, recorría aquellos parajes una serpiente de torres que llevaban el tendido eléctrico. Con los brazos en cruz, Cristos de alto voltaje, se alzaban las torres agarradas a los cables como en una proeza de Joaquín Blume, e igual que gigantes trasnochados del Quijote dormían elevadas sobre pilares inmensos de hormigón. Esos eran los auténticos monumentos de la clase obrera, las estatuas que había en aquellos lugares, a cuyos pies iban a mear los perros callejeros y los gatos vagabundos que erraban en tropel, todos juntos, mezclados, negros, romanos, tuertos, cojos, con el cuerpo pelado por las cicatrices. En el barrio de La Catalana de San Adrián del Besós, a la orilla del río que no pudiendo dar agua al pueblo ha de conformarse con darle su nombre (su agua era una cloaca al aire libre), las familias vivían amontonadas como sacos de Asland en pequeñas casas de obra, donde dormían juntas tres o cuatro personas en una cocina en la que no cabía una cacerola. Y tendían la ropa en medio de la calle con cuerdas atadas a higueras. Esas calles pasaban de un día a otro de ser una nube de polvo y tierra a convertirse en pozas de barro. La tierra la iban picoteando las gallinas, los gallos, a veces pavos, patos, como si todavía estuvieran en el pueblo en el que los terratenientes y los curas habían negado a la gente la oportunidad de tener sus gallinas, gallos, no digamos, pavos, patos, tierra para sembrar... Y de algunos terrados de aquellas casuchas se oía el zureo de las palomas, encerradas en palomares de tela metálica. Así se mostraba el nuevo mundo que estaban construyendo con todo lo que recogían de la calle aquellos campesinos venidos a Barcelona de cualquier parte para venderle a la industria su fuerza de trabajo. Las mujeres formaban colas larguísimas para llenar las garrafas de agua potable en la única fuente pública, la cual tenía un aspecto vertical, impasible y pomposo como de guardia urbano de Barcelona. Con las zapatillas sorteando el charco que se formaba a los pies de la fuente, las mujeres apretaban con una mano la palanca dorada del grifo, que cada vez

iba más dura, y con la otra sostenían el cubo hasta que lo llenaban, y volvían a la barraca con las dos manos marcadas por el hierro de las asas, por el peso de los cubos llenos, que procuraban no derramar.

La tarde del 24 de septiembre de 1962, festividad de la Virgen de la Merced, protectora de Barcelona, empezó a caer agua de forma sobrehumana. Siguió lloviendo despiadadamente durante toda la noche sobre la ciudad y sobre los pueblos vecinos como hacía décadas que no se veía. El agua reclamó su privilegio de paso y entonces los arroyos secos se llenaron de corrientes impetuosas y los ríos crecieron y se salieron de sus cauces. Se convirtió el río Besós en una sedienta, insaciable lengua que recorría puerta por puerta las barracas de todos aquellos desgraciados que no habían tenido más remedio que vivir en sus orillas, mientras las clases altas se estaban forrando con la especulación del suelo y de la vivienda. Camino del mar, aquella riada se llevaba cuanto encontraba de por medio. Chabolas, barracas, casetas... Todo tipo de vivienda y lo que estas guardaban en su interior. Muebles, maletas, ropas, peines, sartenes, fotos de la familia, recuerdos del pueblo. Se veía gente muerta arrastrada por el río. También vacas y cabras ahogándose en la corriente. Camas como barcas a la deriva. Murieron más de setecientas personas a lo largo de aquella noche. De perdidos al río. Los pobres no tienen más patrimonio que los refranes. Los primeros en hacer correr la noticia del desastre fueron los radioaficionados. Parece que a España siempre la hayan salvado los aficionados.

Después de escuchar misa, un toque de clarín anunció a las 9.47 del martes 3 de octubre la presencia, en la puerta principal del Palacio de Pedralbes, del Rolls-Royce en el que recorrerían las enfangadas zonas de la catástrofe S. E. el Jefe de Estado, el Generalísimo Franco, y el vicepresidente de gobierno Agustín Muñoz Grandes. Les seguía una infinita caravana de relucientes vehículos oficiales. Prácticamente todo el Consejo de Ministros: el ministro de la Presidencia, almirante Carrero Blanco, que sabía mucho de las cosas del agua; Jorge Vigón, ministro de Obras Públicas y juanista empedernido en un país de donjuanes; José Solís Ruiz, ministro secretario general del Movimiento, a quien llamaban «la sonrisa del Régimen» en un régimen que ya había empezado a exportar sonrisas a través del cantante Raphael, el tenista Manolo Santana y el matador el Cordobés; Manuel Fraga Iribarne, ese hombre; Gregorio López-Bravo, ministro de Industria y supernumerario del Opus Dei como un superhéroe de la Marvel; Alberto Ullastres, ministro de Comercio y también del Opus Dei... La imponente comitiva de estas autoridades iba seguida por los automóviles del capitán general de Cataluña Luis de Lamo Peris (especialista en declararles consejos de guerra a todo tipo de anarquistas y comunistas catalanes); el presidente de la Diputación de Barcelona, Joaquín Buxó de Abaigar, marqués de Castell-Florite; el diputado provincial José Luis Bruna de Quixano (que ya en democracia sería condenado a más de veinte años de cárcel por malversación de caudales públicos en

la Zona Franca), y el director general de Prensa, Manuel Jiménez Quílez (autor del ensayo *Libertad de prensa y soberanía informativa*). Partió la larga caravana del franquismo hacia la zona afectada con la misma expectación que irían las familias en coche los domingos a ver las fieras en cautividad de Río León Safari.

—Montano, conduce despacio. Que se nos vea bien.

—A la orden, Su Excelencia.

—Escucha una cosa, Montano.

—Usted dirá, Su Excelencia.

—¿Tu familia vive aún en Alcantarilla?

Montano miró por el retrovisor al Caudillo con los ojos húmedos de emoción, y levantó su labio leporino en muestra de gratitud.

—Ahí seguimos, gracias a Dios.

—Pues hacéis muy bien. No sabéis lo que tenéis. Fíjate qué les ha pasado a estos desgraciados por falta de alcantarillas.

Aquella mañana, el Caudillo y su impresionante séquito visitaron las localidades de San Adrián del Besós, Moncada, Ripollet y Sabadell; y por la tarde estuvieron en Molins de Rey, Papiol, Rubí, Les Fonts y Tarrasa.

—Qué bonitos son todos los pueblos de España, ¿verdad, Montano?

—Unos más y otros menos, Su Excelencia.

—¿Qué pasa? ¿No te gusta Barcelona? Ay, cómo sois los españoles. Solo os gusta vuestro pueblo. Yo los quiero a todos por igual. Como a hijos míos. Cada pueblo de España es un hijo que he tenido porque lo he salvado de morir en las garras del comunismo. Ojalá que estos setecientos ahogados sean todos comunistas. A mí, lo que más me ha gustado de hoy ha sido conocer Molins de Rey. Molinos y rey, eso es España, Montano. Molinos y reyes. Lo que pasa es que ahora tengo que estar yo; pero cuando yo falte, pondremos otra vez a los reyes, Montano, ¿a ti te gusta jugar a la cartas?

—Por supuesto, Su Excelencia.

—Entonces, seguro que te gustarán también los reyes.

—¡Hay que ver, Su Excelencia, cuánta gente había en Molins de Rey esperándonos en la calle!

—Bah, eso, en todos los sitios.

—Y la de niños que hemos visto por todas partes.

—¿Es que no irán al colegio?

—Les habrán dado fiesta para el evento, Su Excelencia.

—O igual la riada se ha llevado las escuelas. Pobrecillos. Pero ¿sabes qué te digo? Que para que aprendan mal y se hagan rojos como sus abuelos, más vale que se ahoguen también. Montano, ¿qué es lo que más te gusta de España?

—Sus ríos, Su Excelencia.

—Ay, Montano, tú sí que entiendes.

En San Adrián del Besós, el alcalde José Narbón Noet, miembro de la Guardia de

Franco (lo que le daba derecho a llevar pistola), recibió al Caudillo acompañado de la corporación municipal y del gobernador civil de Barcelona Matías Vega Guerra, un canario que había expiado su azañismo republicano afiliándose a Falange tras la guerra. El alcalde Narbón mostró a Su Excelencia el Jefe de Estado los estragos de las inundaciones en el humilde barrio de casitas conocido como La Catalana. También le llevó a ver el puente derrumbado del tren de la costa, la primera línea férrea construida en España. Entre el gentío que había salido a vitorear exultante el paso de la caravana, se encontraba un joven superviviente de la riada que acababa de llegar de los campos de Murcia. Lo que más le gustaba de Barcelona a aquel muchacho era ir al cine para ver películas del Oeste. *El hombre del Oeste, Alias Jesse James, El árbol del ahorcado...* Para él no había nada como Gary Cooper. Sin que nadie percibiese su gesto, el chico apuntó a la comitiva con el índice igual que si fuese un Colt, y disparó seis veces en silencio. Tenía entre ceja y ceja comprarse un sombrero vaquero, un chaleco, una estrella de *sheriff*, una cartuchera y dos pistolas y algún día nombrarse él mismo *sheriff* de las Ramblas de Barcelona. Detrás de él, el excombatiente Juanito Oliva, natural de la vecina Badalona, contemplaba confuso el fastuoso séquito de Franco que recorría aquellos pueblos arrasados. Juanito Oliva había ido con su mujer Rosita, su hijo Sebastián y su muleta, para pedirle al Caudillo otra pierna como la que le había mandado hacía tantos años. Pero cuando Juanito vio la miseria y la necesidad de aquellas víctimas de las inundaciones, se dio media vuelta y conmovido marchó a casa con los suyos. Sabía lo que aquella gente estaba pasando. Él también había perdido su pie en un río. Se llevaba Juanito Oliva como recuerdo de aquella nueva visita del Caudillo a Cataluña la pernera doblada y sucia de barro.

En la localidad de Moncada y Reixach, un mar de pancartas de bienvenida y gratitud recibió a aquella riada franquista de coches. En medio del fervor popular, el Caudillo y el alcalde y veterinario Agustín Budallés, acompañados del resto de la comitiva, recorrieron las zonas del desastre. Pero, ya harto de ver siempre lo mismo, Franco pidió que esta vez se lo enseñasen en fotografías.

—He venido a Barcelona a orar y trabajar —así habló el Caudillo a la multitud.

Una mujer con su hijo en brazos quiso dirigirse espontáneamente al Jefe del Estado; pero la policía municipal se lo impedía.

—Dejad que los españoles se acerquen a mí. Dime, mujer, ¿en qué te puedo ayudar?

—¡Qué desgracia más grande, Caudillo! ¡Lo hemos perdido todo, todo lo que teníamos!

Cogió el Caudillo al alcalde de Moncada por el brazo y le habló al oído. Este asintió con gesto de resignación. A continuación Franco se dirigió a la mujer.

—Escúchame, buena mujer. Esta vez yo te voy a ayudar personalmente. Pues un dictador es el que hace las cosas en persona. Estando yo, no habrá español que pase penas. Mira, le he mandado al señor alcalde que os compre un televisor para que en

vuestra casa podáis ver *Rintintín*.

Barcelona se volcó en cuerpo y alma en solidaridad con los desdichados barraquistas. Las afiliadas y simpatizantes de la Sección Femenina de Falange Española Tradicionalista y de las Juntas de Ofensiva Nacional Sindicalista colaboraron con denuedo en los trabajos de rescate pegando sellos y estampillas. Radio Barcelona emitió un programa especial, presentado por Joaquín Soler Serrano, a través del cual reunió novecientas mil pesetas, que se destinaron a asistir a los damnificados. Una hilera de dibujantes de las revistas infantiles *Pulgarcito*, *Tío Vivo*, *DDT*, ocupaba con sus mesas la acera de la calle Caspe, donde estaba Radio Barcelona. Allí los creadores de los personajes más famosos de los tebeos se habían puesto a dibujar para reunir dinero y ayudar. El pintor Pablo Picasso envió un cuadro desde su exilio, para que lo subastaran. A través de la Diputación de Barcelona, cerca de doscientos artistas, entre ellos Antoni Tàpies, Salvador Dalí, Modest Cuixart, Chillida, Antoni Clavé, Emilio Grau Sala, Hernández Pijoan y el ruso Marc Chagall, donaron obras en socorro de aquellas gentes humildes. El arzobispo de Nueva York, monseñor Spellman, mandó diez mil dólares a los barceloneses. En Roma, el papa Juan XXIII concedió audiencia especial al Orfeón Catalán, que andaba de gira por Italia.

—Oye, Montano, ¿sabes si podemos poner música en el coche? Me han dicho que los americanos ya lo han inventado.

—Los americanos lo tendrán todo, Su Excelencia, pero les falta un Manolo Escobar. Eso solo lo hay en España.

—Una cosa, ¿a ti te gusta Paul Anka?

—No sé quién es, Su Excelencia.

—Bah, mientras no te guste Polanco...

Aquel mes de octubre, el Consejo de Ministros se reunió en el palacio de Pedralbes con carácter urgente y extraordinario. En esa sesión se acordó destinar mil millones de pesetas de crédito en favor del gremio de fabricantes de Sabadell y del Instituto Industrial de Tarrasa. Cuando los pobres pierden, hay que ayudar sobre todo a los ricos para que nada cambie. Pero la primera y más notable resolución de aquella acta de Pedralbes fue la siguiente: «Adopción, por el Caudillo, de todos los Municipios afectados por la catástrofe».

—Es que yo a los pueblos de España los quiero como un padre, no me canso de repetirlo. Me costó tres años de guerra salvarlos uno por uno de los rojos, y por tanto ahora podría decirse que doña Carmen y yo hemos traído al mundo a 18 000 hijos con campanario. Somos la gran familia.

Pasó la riada y las aguas volvieron a sus cauces. Algunas incluso los abandonaron por muchos años, como así había sido hasta entonces. Nuevas barracas sustituyeron a las que habían quedado arrasadas. Quien pudo se compró una cama nueva o un mueble... Otra vez empezaron a verse las gallinas picoteando en la tierra y ratas más grandes que conejos. De los campos de fútbol ya se habían llevado a los muertos que

quedaban enganchados en las porterías. Y llegó la Navidad. El miércoles 26 de diciembre de 1962, festividad de san Esteban, empezó a nevar de una forma antigua y hermosa. La nieve crecía sobre la tierra. Los niños hicieron bolas y también se divertieron los adultos. Nevó durante veinticuatro horas seguidas y en las calles se formaron capas de hasta medio metro de altura. Anunciaron que en el Tibidabo se había alcanzado el metro y medio de espesor.

—¡Menuda nevada, alcalde Porcioles!

—Dicen que año de nieves, año de bienes.

—Y así ha sido, alcalde. Así ha sido.

Gloria a la Virgen de Montserrat

Primero fue un resplandor claro y luego un ruido. Así lo contaron los pescadores de la caleta de Palomares cuando aquel 16 de enero de 1966 se estrelló el B-52 norteamericano que llevaba cuatro bombas H.

—No, primero fue el ruido, y luego vino el resplandor —dijo un lugareño, que había presenciado el accidente sentado en un tocón haciendo sogas de esparto. Y de este modo la ancestral cultura de la cestería y los botijos entraba en la era atómica. España había pasado de la bizarría al bizarrismo.

Aunque el incidente tuvo lugar en enero, no fue hasta primeros de marzo cuando el ministro de Información y Turismo, Manuel Fraga, anunció que iba a bañarse en aquellas aguas acaso radiactivas.

—Espérate hasta el verano, Manoliño. ¡A ver si vas a coger una pulmonía!

—Descuida, mujer, que son cuatro radiaciones de nada. Pues no estoy yo acostumbrado a ver mierda en las playas.

—¡Si no es por las bombas, es por el frío!

—Bah, la playa es mía.

Al igual que un Godzilla emergiendo del océano, el ministro se dio un par de chapuzones en la costa de Almería y volvió a la arena, donde dejó una huella extraña y brillante, que atravesaría los tiempos, los regímenes y los telediarios.

—¿Telefonista? Quiero hablar con el Caudillo para decirle que esto de la bomba es una filfa y que el agua estaba buenísima.

—Su Excelencia se encuentra en el monasterio de Montserrat, señor ministro.

—¿Otra vez?

El monje benedictino Raymundo de Muntanyà era el encargado de preparar la bollería en la cocina de la abadía de Montserrat. Llevaba muchos años experimentando con unas recetas a base de centeno que le había confiado su buen amigo el profesor Albert Hofmann de los laboratorios Sandoz de Basilea. Para ello, había construido un pequeño molino de agua movido por un arroyo que discurría lejos de la abadía, ya en plena montaña, rodeado de aquella mágica roca desnuda. Allí podía ocuparse a sus anchas de todo el proceso de elaboración. Acaparaba su obsesión ese hongo que aparece en los veranos más húmedos y largos. El cornezuelo del centeno, un nombre demoníaco. El hermano Raymundo no hacía más que idear fórmulas y recetas con ese ingrediente. ¡Qué bollos! ¡Qué panecillos! Sabían a gloria

bendita. Y avivaban la imaginación hasta lo indecible. Tenían unas ocurrencias los frailes cada vez que comían aquel pan... Por ejemplo, para recibir a Franco ese día, el abad coadjutor había propuesto a los monjes que se untaran la cara y las manos con betún.

—Es en homenaje a la Moreneta.

—Pero, abad coadjutor, pareceremos salidos de la compañía de Al Jolson.

—¡Pues mejor! Así podríamos hacer una versión contemporánea del *Virolai*.

—Padre, ¡que Al Jolson es del 27!

—¡Arrea, como Cernuda!

La presencia del Jefe del Estado entre los sabios monjes benedictinos siempre suponía una revolución.

—¿En qué idioma le atenderemos esta vez? Siempre que le hablamos en catalán cree que es latín, y dice que no comprende las lenguas muertas. ¿Nos atreveremos a manifestarle algún día lo que pensamos de él y de su Régimen? La Iglesia manda prudencia. Pero una abadía clavada en las entrañas de la montaña mágica no puede rendir pleitesía a un dictador pasado de moda. Nosotros somos el corazón de una nación. Eso es la Iglesia, el alma de cada nación. Porque una nación sin alma es..., es... como Rusia. No, Rusia, la pobre es muy devota. ¡Qué iconos ha dado a la humanidad! Una nación sin alma es..., es como la Unión Soviética. ¿Cuándo le confesaremos a Franco que la Moreneta es tan blanca como doña Carmen?

Qué atrás había quedado la complacencia de aquellos monjes benedictinos durante los primeros días de la Cruzada, cuando todo lo procedente de las tropas nacionales se les antojaba bueno y cualquier detalle de Franco llegaba como venido del Altísimo. Pero si hasta la milicia catalana más sobresaliente en la España nacional se había puesto el nombre de Tercio de Nuestra Señora de Montserrat. Aún eran muchos los monjes que podían relatar de viva voz, si la emoción y las lágrimas no les interrumpían, la hora precisa de aquel 23 de enero de 1939 en que las tropas del invicto general Rafael García-Valiño liberaron el monasterio de Montserrat y *dom* Aurelio María Escarré, en nombre del abad Marcet, les rendía homenaje como redentores de la Iglesia y de España. Aquel mismo año de la victoria, el 27 de abril, festividad de Nuestra Señora de Montserrat, patrona de Cataluña, la jerarquía de la Jefatura Provincial de la Falange Tradicionalista se presentó en el cenobio escoltada por un nutrido grupo de falangistas que entonaron el *Virolai*, igual que meses antes, en lo más cruento de la guerra, los requetés catalanes lo habían cantado a coro conmovidos cada noche desde el frente del Ebro, con el anhelo de volver pronto a su tierra. Pero ante aquel frondoso bosque de camisas azules y de casullas enraizadas en lo más profundo de la patria, surgieron otras voces discordantes que protestaban porque ahora se cantase a la Virgen en catalán.

—Si solo será una cancioncilla de nada, Su Excelencia.

—Eso hoy no toca.

—Pero ¿no ve que como la Virgen es negra entiende todos los idiomas nativos?

Durante la primera visita de Franco a la abadía, en el año 1942, el abad mitrado, padre Marcet, lo había recibido con estas palabras: «Vemos en Vos el instrumento de la Providencia para devolvernos nuestros templos y hogares y, con ellos, el ejercicio de derechos de cristianos y españoles».

En fin, todo eso eran palabras que ya habían pasado a la historia y que, cada vez, se repetían con menos frecuencia. Los instrumentos se desgastan por el uso, aunque sea la Providencia quien los proporcione. Cada vez menos, podía relatarse algún acontecimiento de envergadura donde no hubiese surgido la lacra del interés político. Pero no se trataba de política sino de espíritu, pues la Iglesia es de la Nación no del Estado. La Iglesia la forma simple y llanamente el pueblo. Poco más de diez años atrás, el pueblo de Cataluña se volcó en la construcción de un trono digno para la imagen de la Virgen de Montserrat. Las gestiones, llevadas a cabo por el abad Escarré, dieron como fruto un ajuar de varios kilos de oro y de plata, aparte de otros regalos preciosos, como el sagrario donado por el Círculo de Joyeros de Barcelona.

—Yo traigo esta plata de mi hermana, que se está muriendo —dijo doña Ramona, la mujer del funcionario de la Hacienda municipal José Batiste. Doña Ramona Codolls a fuer de espiritista era muy buena cristiana y caritativa. Como humildes siervos de Cristo, los monjes benedictinos aceptaron sin rechistar aquel ciego donativo.

Pero ahora las cosas apuntaban en otra dirección. El abad Escarré vivía voluntariamente exiliado en Italia, otra nación de glorioso pasado reciente. Había abandonado España en señal de disconformidad con el Régimen. El caso era que, de unos años a esta parte, anduvo el abad Escarré todos los días de arriba abajo, de Cervera a Tortosa, recordando a quien quisiera escucharle que Montserrat se había salvado de la usurpación franquista gracias a que, cuando la liberación, un puñado de audaces dominicos se adelantó a las tropas nacionales y entraron los primeros en el monasterio para evitar que este fuese traspasado a otra orden más complaciente con el ideario de Franco. Para la abadía de Montserrat la liberación había supuesto, sí, un alivio pero también una humillación. Ya se sabe que la dialéctica y el amor están hechos de contradicciones. Ahora el abad explicaba por todas partes que Cataluña era una nación entre las distintas naciones del Estado español. La reacción del Régimen fue mandar a la policía a moler a palos a unos curas que se manifestaban en la Vía Layetana de Barcelona contra los malos tratos a los presos. No se habían esperado las autoridades tanta rebeldía de la Iglesia catalana, con lo bien que había sido tratada desde primera hora. Mira que ponerse ahora los curas a protestar por las cárceles. ¡Ellos, que habían creado la Inquisición! Y para más inri, por utilizar una expresión cristiana, también había que afrontar la insidiosa actitud de cuatro «bonzos incordiantes» (en palabras del diario *Tele/Exprés*) contra el nombramiento del nuevo arzobispo coadjutor de Barcelona, monseñor Marcelo González Martín, recién llegado de la milenaria catedral de Astorga.

—*Volem bisbes catalans!*

—¡Pues no dicen ahora que quieren obispos catalanes! ¡Nos ha jodido mayo! ¡Será que no hay obispos catalanes por toda España!

—Pero no en Barcelona, Su Eminencia.

—Imagínese, Salvatierra, que ahora en Cuenca o en Palencia les diera por manifestarse porque no quieren obispos catalanes. Sería lo mismo pero al revés. Pero si la Iglesia católica es universal. Por eso es católica, la misma palabra lo dice. Usted comprende el significado de la palabra católico...

El antiguo contacto de la Gestapo en Barcelona Santiago Salvatierra se apartó el cigarrillo rubio de los labios para hablar. Quedó una mancha de ceniza en sus guantes negros.

—Su Eminencia, en mi casa católico es llevar el traje bien planchado.

—Católico significa en griego «universal». De todo el mundo, eso quiere decir católico. Mira que no querer otros obispos que no sean los suyos... Cómo se han vuelto estos catalanes.

—Pues los catalanes de ahora son mejores que los que había antes, Su Eminencia. Para eso sirvió nuestra guerra.

—Explíquese, Salvatierra.

—Le digo que es mucho lo que se ha mejorado en Cataluña. Antes de la guerra Barcelona estaba en manos de los anarquistas y estos no querían obispos ni catalanes ni de ninguna otra clase. Después de la escabechina, los catalanes se conforman con tener obispos si son suyos.

—Me gustaría saber qué mosca les ha picado a los curas catalanes, Salvatierra. Eso va a ser un misterio toda la vida. No han querido obispos cristianos de Astorga, pero sí quisieron moros infieles para librarles de los rojos.

El Rolls-Royce del Caudillo entró con cautela en la montaña de Montserrat.

—Cada uno a lo suyo —el abad mandaba a los monjes que dispusiesen la recepción—. Raymundo de Muntanyà, ¿tienes ya preparado el cartel?

—Me falta colgarlo, padre.

—¿Y a qué esperas?

Aquellos monjes habían convenido que para recibir a Su Excelencia y a su esposa doña Carmen resultaría ideal obsequiarlos con una muestra de la exquisita bollería experimental del monasterio y disponer un letrero bien grande, en el que figuraría sencillamente una alabanza a Cristo. Todo bien lejos de ninguna interpretación política.

«Loado sea Dios» fue el lema propuesto por el hermano bollero Raymundo de Muntanyà y nadie encontró reparos a esas palabras tan ecuanímes.

Al mismo tiempo que el hermano Raymundo abría los vaporosos hornos de su cocina infestados de hongos psilocibínicos, en la explanada del monasterio el chófer del Caudillo abría la portezuela de su Rolls-Royce.

—Montano, ¿sabes lo que representa la figura que hay en el morro del coche?

—No podría decirle, Su Excelencia.

—Pues yo te lo explicaré. Es una alegoría del espíritu del Éxtasis. ¿Tú sabes lo que es el éxtasis? También te lo explico yo. Es un estado alterado de conciencia. Una iluminación mística. Como lo que le pasaba a Santa Teresa. Carmen, ¿a que tú sí sabes lo que es el éxtasis?

—Calla, Paco. ¿No ves que estamos a la puerta de una iglesia? ¡Qué cosas tienes!

—Carmen, quiero hacer del monasterio de Montserrat el Valle de los Caídos de Cataluña.

—¡Qué ocurrencias! ¿Y a qué José Antonio íbamos a enterrar aquí?

—Dios proveerá. Escucha lo que trae la prensa —Franco tomó del asiento del copiloto un ejemplar de la revista *Mundo*—. Te leo, Carmen: «Porcioles es un soñador, pero con mucho *seny* catalán. Es un catalán de pura cepa». ¿Sabes qué te digo? Que este es nuestro hombre. Del mismo modo que José Antonio aspiraba construir España a su manera, Porcioles ha encontrado su manera de construir en toda Barcelona. Porcioles es el José Antonio que necesitamos. Sería ideal enterrar a Porcioles en Montserrat cuando se muera. El constructor de un país.

—Qué razón tienes, Paco. Porcioles nunca hace nada que no sea edificante.

A la puerta esperaban al Caudillo el abad del monasterio, el recién nombrado arzobispo de Barcelona, el alcalde José María de Porcioles y el presidente del patronato de la Sagrada Montaña Juan Antonio Samaranch (un camisa nueva, afiliado a Falange ya en la guerra, después del decreto de unificación), el cual hizo el saludo romano pues era lo más parecido a lo que sabía de latín. Sobre el grupo, ondeaba un cartel de tela blanca y de dimensiones fabulosas compuesto por el hermano Raymundo después de muchas horas en la cocina, y que mostraba escritas las palabras **L**oado **S**ea **D**ios, así, con las iniciales bien grandes.

A propósito de la bomba H

Aún me resisto a creer que la Unión Soviética esté en posesión de la bomba de hidrógeno. Mis expertos militares me han asegurado que puede provocarse un efecto similar mediante la explosión de una elevada cantidad de dinamita.

Franco a un corresponsal de Estados Unidos,
a raíz de la explosión de la primera bomba H soviética.
(MANUEL VÁZQUEZ MONTALBÁN,
El pequeño libro pardo del general, Ruedo Ibérico, 1972)

Y ahora, como homenaje a todos los hippies del mundo, una vieja canción sobre los hongos y la bomba. Intérpretes: The 5 Stars. Año 1957.

ATOM BOMB BABY

*Atom bomb baby,
boy can she start
One of those chain
reactions in my heart
A big explosion
big and loud
She mush rooms me
right up on a cloud
Atom bomb baby,
li'l atom bomb
I want her in my wigwam
She's just the way
I want her to be
A million times
hotter than TNT.*

La última visita de Franco a Barcelona

El Caudillo se miró al espejo en el dormitorio de El Pardo y pensó que, a sus setenta y siete años, con aquellas botas negras de caña alta, todavía resultaba atractivo. Giró sobre sus talones, se puso de perfil y posó ahora con la postura de impasible el ademán. Toda una vida consagrada a la milicia para restituir a España su destino imperial; para salvarla de la conspiración urdida por los sabios de los protocolos de Sión; para emanciparla de aquellos bárbaros asiáticos, que bien podían disfrazarse de comunistas, masones o catalanes separatistas.

—Carmen, ¿qué me pongo para ir a Barcelona?

—¿En qué viajaremos esta vez?

—En avión.

—Pues a lo mejor te convendría un chándal.

—Lo que me faltaba, Carmen, vestirme ahora como los jipis.

—¿Esos piojosos que tienen heces en forma de melena? Descuida, Paco, que yo a ti así no te veo.

Doña Carmen Polo de Franco sacó del armario el vestido de flores tan bonito que le habían traído de Londres, y puso junto al bolso su mantilla de blonda por si, aquella primavera de 1970, se presentaba otra oportunidad de visitar la catedral, pues le tenía mucha devoción al Santo Cristo de Lepanto que allí guardaban los catalanes, encima mismo del sepulcro de san Olegario, desde que, en 1571, llegó intacto de la nave capitana de Don Juan de Austria tras gloriosa victoria sobre los turcos.

—Ay, Paco, cada día estoy más chupada.

—Natural, Carmen; por algo te llamas Polo.

—Paco, ¿esto no te lo llevas a Barcelona?

—¿Qué es esto?

—Tu libro.

—¿El de las poesías?

—¿Es que tenemos otro?

—¿Y para qué me lo voy a llevar a Cataluña?

—Pues por si tienes que recitar algún poema a final de una cena.

Refunfuñó Franco y tomó de mala gana su ejemplar de *Corona de sonetos en honor de José Antonio Primo de Rivera*. Un homenaje al Ausente que los poetas de Falange, tanto los de primera hora como los que luego fueron ensartados en las saetas del reloj nacional, le rindieron en el 39, año de la Victoria. Era un bello opúsculo, esmeradamente impreso en Barcelona. Lo había publicado Ediciones Jerarquía, para

la cual se puso a trabajar, en cuanto fue liberada la ciudad, la prestigiosa imprenta Oliva de Vilanova, de la calle Casanova, 169. Aquella corona lírica a José Antonio salía a la luz con las mismas exquisitas artes tipográficas que antes de la guerra se habían empleado en los más destacados títulos del *noucentisme*, o en la revista vanguardista 391 de Francis Picabia, o en los billetes de banco que durante la guerra emitían la Generalitat y el Ayuntamiento.

—Estos catalanes siempre han sabido causar muy buena impresión. Por eso tienen tantas imprentas. Don Quijote lo primero que visitó nada más llegar a Barcelona fue una imprenta. Ahora, que allí se encontró con que estaban pirateando la obra de Cervantes. Con los catalanes, te das media vuelta y ya te la han pegado. Es que no se les puede dejar solos. Cuando don Quijote vio lo que estaban imprimiendo se quedó de piedra. Era nada menos que el Quijote apócrifo, ¡el de Avellaneda! En la liberación de Barcelona también nos parecíamos don Quijote y yo, Carmen. Ya sabes a qué me refiero. A que cuando los dos entramos en la ciudad nos la encontramos con las carreteras llenas de muertos y de ahorcados. ¡Menudo archivo de cortesía! Aunque también es cierto que lo cortés no quita lo valiente. Eso sí que lo tienen en Cataluña, que siempre han sabido darles su merecido a los malandrines. Bueno, siempre que no sean de los suyos. Pero, qué raro..., últimamente encuentro como distantes a los catalanes. Yo creo que ya tienen ganas de que me muera. Pero como son tan diplomáticos no se atreven a decirme nada. A ver qué sorpresas nos deparará este viaje...

Desde que se proclamó Jefe de Estado, el Caudillo había visitado Cataluña en un total de quince ocasiones contando la presente. Al igual que durante otras estancias, ahora viajaba a Barcelona con el fin de presidir la final de la Copa del Generalísimo, que esta vez se disputaban el Real Madrid y el Valencia. Ganó el Real Madrid 3 a 1.

—Yo soy más del Barcelona que de ningún otro equipo. Cada día más. Pero cualquiera lo dice en un Consejo de Ministros. Estos *culés* tienen mucho estilo y saben hacer piña. En eso se parecen a la Falange, ¡pero a la Falange buena, a la de primera hora! Mira, Carmen —Franco tomó el libro de poemas y se lo mostró a su mujer—, si en España solo pudiese haber un equipo de fútbol, no permitiría que no fuese otro que el Barça.

—Pues ¿sabes que se me ha ocurrido a mí, Paco? Es una idea formidable. Podemos montar una floristería en Barcelona.

—¿Para el día de la rosa?

—Ay, qué poca malicia tienes. Parece mentira que hayas ganado la guerra tú solo. ¡Para venderle el césped al campo del Barça! Podríamos pedirles que lo renovaran cada temporada. Ahora que es nuevo lo querrán tener bien cuidado. ¿Tú sabes la de hierba que cabe ahí dentro? Nos forrábamos, Paco.

No por ser la última ocasión en que Franco venía a Barcelona (aunque de esto tampoco pudiera haber conciencia exacta), la ciudad iba a dejar de recibirle con los brazos abiertos. Al contrario, de haberlo sabido, quizá se hubiera celebrado una

despedida por todo lo alto con castillo de fuegos artificiales. Barcelona es una ciudad que a la que puede monta un castillo. El diario *La Vanguardia Española* dedicó al Caudillo otro más de sus sonoros y sentidos ditirambos con que celebraba al dictador como salvaguarda de los valores catalanes: «En ocasiones semejantes, los sectores más representativos de la vida local tuvieron que rendir a Franco público testimonio de buen gobierno, porque bajo su mando Cataluña había podido compilar y recobrar su Derecho Civil tradicional y la ciudad había tomado posesión del Castillo de Montjuich [...] Por esto, LA VANGUARDIA, en todo lo que representa, le da al Caudillo de España la mejor bienvenida y le augura la más grata estancia entre nosotros».

—¿Sabes qué he estado pensando, Carmen? Que existen actualmente dos formas modernas de desplazarse sobre ruedas: como Eddy Merckx y como Ironside. Barcelona es Eddy Merckx y Madrid es Ironside. Una es la audacia y la velocidad y la otra es la inteligencia del mando y el poder del trono.

La primera visita que realizó Franco a Cataluña tuvo lugar el 21 de febrero de 1939. La guerra aún no había terminado, pues los madrileños aún resistían como podían el sitio de las tropas nacionales.

—¿Te acuerdas, Carmen? Qué largo se hizo lo de Madrid. Yo también fui víctima del centralismo.

Pero la capital ya estaba a punto de caer. En Barcelona, aquella primera visita de Franco se vivió como un anticipo del día de la Victoria. La tribuna desde donde presidió el desfile fue instalada en el número 504 de la Diagonal. Y allí estuvieron presentes los embajadores de Italia, Alemania, Portugal y Japón.

—Éramos tan jóvenes, Carmen. Parecía que nos íbamos a comer el mundo. Y mira luego dónde han quedado esos desgraciados. Alemania, partida por la mitad como un mixto de los que ponen de merendar en el Círculo de Bellas Artes. Portugal..., Portugal y sus colonias son una merienda de negros. Italia en manos de los comunistas. Y Japón, desde que le cayeron las bombas, parece Guadalajara.

Franco volvió a Cataluña por segunda vez en febrero de 1941. Hizo un alto en Gerona, pero su destino era Francia, donde acudía a una entrevista con Mussolini. A la vuelta, almorzó en Montpellier con el mariscal Pétain, de quien había copiado el término de Jefe de Estado.

—Pobre mariscal Pétain. Al principio estaba toda Francia con él, y en cuanto entraron los americanos su propio pueblo le dio la espalda y lo metió en la cárcel. Por eso yo no quería ver a los americanos por aquí ni en pintura. El pueblo es tornadizo, Carmen. La gente se olvida de la Patria si no se la pones delante de los ojos cada día. Ser patriota en España es colorín, pingajo y hambre.

—¿Eso también lo dijo Cervantes? Ay, Paco, cuántas cosas sabes.

—No, lo dijo Valle-Inclán, que tampoco era manco.

El tercer viaje a Barcelona lo hizo el Caudillo en enero de 1942 para asistir a los

actos conmemorativos del Tercer aniversario de la liberación de Cataluña. En la abadía de Montserrat, como un peregrino cualquiera besó la bola del mundo que sostiene la Moreneta, y en la capital catalana fue obsequiado con la Medalla de Oro de la Ciudad de Barcelona igual que otro ciudadano cualquiera. También estuvo en Sabadell y Tarrasa. Quedó admirado en Sabadell por la heroica biografía de José María Marcet, empresario textil y alcalde de la ciudad, que había pertenecido a la Unión Patriótica durante la dictadura de Primo de Rivera, a la Lliga Catalana en tiempos de la República, y al estallar la guerra había pasado a mandar la centuria falangista catalana.

En mayo de 1947, el Generalísimo visitó por cuarta vez Cataluña. Fue recibido por el alcalde de Barcelona, José María de Albert Despujol, barón de Terrades, que le llevó, con motivo de los cien años de su fundación, a la España Industrial, un complejo textil perteneciente a la familia Muntadas y Güell. Como reconocimiento a su labor en la centenaria España Industrial, le fue concedida al alcalde la Gran Cruz de Isabel la Católica. Tres años antes, a petición formulada por sus obreros en recompensa a su talante social, le había sido otorgada la Medalla del Mérito en el Trabajo.

—¡Qué bonito es ver a los catalanes unidos sin estridencias!

Franco estuvo asimismo durante aquellos días en Badalona y en Manresa y, finalmente, se personó en las obras del nuevo aeropuerto de Barcelona.

—¡Qué grande!

—¿El aeropuerto, Paco?

—No, España.

—El aeropuerto se ve muy vacío.

—Es que aún no está acabado.

—Paco, ¿sabes qué me gustaría? Que el día de mañana se hiciesen también aeropuertos para pasear las personas sin necesidad de aviones.

El 24 de junio de 1947, el Caudillo regresó a Barcelona en su quinto viaje. Llegaba al ya inaugurado aeropuerto del Prat para despedir a Eva Duarte de Perón, que había estado de *tournée* por España durante cerca de un mes. Cuando despegó el avión de la Primera Dama argentina, fue lanzada una salva de veintiún cañonazos. Se ha dicho que de resultas de su viaje se fundó en Madrid la sociedad secreta Paladín.

Franco volvió en 1949 a Barcelona. Esta vez asistía, con mucho criterio, a la celebración del centenario de Jaime Balmes. También visitó la Empresa Nacional de Autocamiones, S. A., popularmente conocida como Pegaso.

—Les voy a decir una cosa.

—Mande, Caudillo.

—Cuando en Barcelona le dedican una calle a una personalidad, puede darse por perdida de la historia. Miren a Balmes, se le ha quedado nombre de calle y ya nadie sabe quién era.

En mayo de 1952 Franco cumplimentó su séptima visita a Cataluña. Vino para

poner broche al XXXV Congreso Eucarístico Internacional. El 3 de junio, después de una recepción militar en Pedralbes, recorrió las instalaciones de la SEAT en la Zona Franca.

—¡Oh, Paco! ¿No le pondrían ese nombre en mi honor?

La octava visita del Caudillo tuvo lugar en 1955. Inauguró la central eléctrica de Pont de Suert y, en Barcelona, entregó 4020 viviendas a las clases populares. Se trataba de unos pisos construidos por la Obra Sindical del Hogar y Arquitectura y distribuidos por La Verneda, Badalona, Hospitalet, Verdún...

En junio de 1957, Franco realizó su noveno viaje a Barcelona con el fin de presidir la final de la Copa del Generalísimo, en el estadio de Montjuich, disputada entre el Barcelona y el Español. Venció el Barça 1 a 0. Ya era la quinta vez que ganaba el Barça la Copa del Generalísimo.

—Sí, Paco, tú págales muchas copas a los catalanes...

En octubre de aquel 1957, el Caudillo protagonizó la décima visita a tierras catalanas. De nuevo lo hizo para sentarse en el palco presidencial de un campo de fútbol, esta vez en el recién estrenado Camp Nou, donde disfrutó del encuentro de liga Barcelona-Sevilla. También durante esta estancia inauguró los Hogares Mundet, unas instalaciones de la Casa de la Caridad para acoger a los pobres y a los desprotegidos, construidas gracias a la donación de un millón de dólares por parte del empresario y filántropo ampurdanés Arturo Mundet, afincado en México.

Los meses de abril y mayo de 1960 ocuparon la undécima visita de Franco a Cataluña. Fue recibido en el puerto de Barcelona por treinta mil falangistas, catalanes todos. El Caudillo asistió a un homenaje al gimnasta Joaquín Blume y presidió el patriótico XXI Desfile de la Victoria, que transformó la Avenida del Generalísimo en un festival de masas.

—Me pasé todo el desfile aguantándome la orina hasta que ya no pude más.

—Paco, ¿tú crees que los catalanes sienten de verdad la Patria?

—¿La nuestra? Yo creo que les da lo mismo, pero les conviene. Ahora, cuando ya no les convenga, eso será otro cantar.

—Óyeme otra cosa, ¿de dónde vendrá la palabra patriotismo?

—Pues de patriarca, Carmen. Las palabras forman familias numerosas y proceden unas de otras al igual que los españoles, que descendemos todos de los godos.

En 1962, el Caudillo viajó a Barcelona en duodécima ocasión. Quiso conocer de primera mano el alcance de las riadas que habían asolado los pueblos del Vallés y causado más de setecientos muertos.

—Pues me gustó mucho. Porque así vi también los pueblos de al lado de Barcelona. Ya estaba harto de que me llevaran siempre a los mismos sitios: la catedral, el Palacio de Pedralbes, el campo del Barça... Parece que no tengan otra cosa. Oye, Carmen, no te figuras qué bonito es Badalona en invierno y en verano, con mantilla y barretina y a la sombra y al solano.

Al año siguiente, en 1963, Franco hizo su decimotercera visita a Barcelona.

Regresaba a la comarca del Vallés para supervisar las obras de recuperación en las zonas dañadas por las inundaciones.

—No hay mal que por bien no venga. Eso lo digo yo siempre, ¿verdad, Carrero? Óyeme una cosa, Porcioles. Ahora es buen momento para edificar en Barcelona. Pero no solo en el casco urbano. Hay que pensar a lo grande. ¿Has visto todo el terreno edificable que hay más allá del Besós, del Llobregat y del Tibidabo? Todo eso, hijo mío, algún día puede ser vuestro. Si os lo sabéis montar, que sabéis de sobra, tú y tus amigos os vais a hacer de oro.

Entre estos amigos se encontraban, por ejemplo, José María Figueras Bassols e Ildefonso Suñol Soler. Obra de ambos fue la edificación de nuevas áreas urbanas, como los bloques de San Ildefonso en Cornellá u otros por el estilo en San Adrián del Besós. Años después, Figueras Bassols escribiría el libro *Catalunya com a exemple*.

—Pues no me parece mal ejemplo, Carmen. Bien valió hacer una guerra. Antes de la guerra, el energúmeno de Durruti soñaba con convertir a Barcelona en la capital espiritual del mundo, con estas mismas palabras. ¿Te imaginas que hubieran hecho en Cornellá el Escorial en vez de los bloques de San Ildefonso?

—Ay, Paco, por qué en España tendrá siempre que haber gente tan turbia y tan chillona. ¡Qué bien hiciste matándolos a todos! No sabes cómo te lo agradezco.

El decimocuarto viaje a Cataluña lo realizó el Caudillo en 1966. El municipio de Berga le nombró Hijo Adoptivo y Predilecto.

—¡Menuda sorpresa, a mi edad!

—¿Qué tiene que ver la edad con esto, Paco?

—A ningún pueblo de España se le ha puesto el nombre en vano.

También en aquel viaje de 1966, y con motivo de los 25 años de Paz, Franco inauguró en la periferia de Barcelona el grupo de edificios del barrio de La Paz, que albergaba 2499 viviendas destinadas a las clases desfavorecidas. Otros veinticinco años después, cuando parecía que ya se podía dormir en paz, aquellos bloques empezaron a desmoronarse comidos por la aluminosis. Era la tarifa que se habían cobrado las cementeras locales en la especulación inmobiliaria del franquismo.

Y de nuevo el fútbol pretextaba la decimoquinta visita que Franco hacía a Cataluña. Esta vez, la última. La del mes de junio de 1970.

—Paco, estás muy callado. ¿En qué piensas?

—Nadie lo sabe, Carmen; pero vengo únicamente para despedirme de mi ciudad predilecta.

—No digas eso, hombre. Pues no nos queda todavía posguerra que dar.

—Con lo que yo he querido a Barcelona. Y sin embargo, ahora, tanta desafección por todas partes...

—Bah, no te devanes los sesos, Paco. Lo de los afectos es un asunto estéril, como nuestro matrimonio.

Franco sacó de la bolsa de viaje el libro de sonetos a José Antonio y lo hojeó.

—Carmen, ¿qué te parecería si, desde la tribuna del Camp Nou, cogiese el micro, me pusiese en pie y con el corazón a la intemperie y la voz exacta recitara para todos un poema dedicado a José Antonio al final del partido?

Doña Carmen guardó silencio para cavilar y al cabo un destello de esperanza iluminó sus ojos cansados.

—¡Qué idea tan buena, Paco! ¡Volver a las raíces! ¡Eso nunca falla! ¡Anda, mira a ver si hay alguno en catalán!

Un hombre llamado el *Sheriff* de las Ramblas

A las 16.21 del miércoles 11 de septiembre de 1974, doña Ramona Codolls Formiguera, viuda del funcionario municipal retirado José Batiste Riuvíu, apagó el televisor renegando. No le cabía en la cabeza ese empeño de la cadena en desconectar y emitir programas solo para Cataluña y Baleares, mientras en Pastrana o en Medina del Campo se lo pasaban tan ricamente viendo la tele como todo el mundo. Pero ¿qué necesidad tenía ella de ver hablar en catalán por televisión si lo hablaba cada día con esas amigas de toda la vida, con las cuales clandestinamente seguía practicando el espiritismo? ¿Qué mal habían hecho ahora los catalanes para que no les dejaran ver la tele como al resto de los españoles? ¡Menudo aburrimiento, encerrada todo el día, allí, en aquel piso tan pequeño y sin embargo ya tan vacío, en el barrio de Sants! Qué sola se había quedado y qué solo se estaba quedando todo su mundo. Apartada en el sillón de su salita y apartada en el borde de un país que cada vez parecía irse más lejos. ¿Es que acaso en Barcelona no eran todos españoles igual que los demás? ¡Y ya puestos, más que muchos! No es que Ramona estuviese en contra de los particularismos de su tierra catalana. Al contrario, los sentía muy adentro. Ella era nacida en Matadepera, pero eso no significaba que pidiera rancho aparte. Si daban un programa para los espectadores de toda España, ¿por qué diablos no lo podía ver ella como todo hijo de vecino? Tendió su mano, enrojecida e hinchada por la hidropesía, para apartar la baraja del tarot y tomar el *TP* de la mesita. ¡Lo que faltaba! Encima, la segunda cadena, la UHF, no empezaba a emitir hasta las ocho menos cuarto. Así que se quitó la bata, cogió un vestido negro (qué luto tan riguroso), se puso colonia en las axilas y metió en el bolso su abanico negro de marfil y la cartilla del seguro. Se santiguó después de echar la llave a la puerta. Si por lo menos en las desconexiones pusieran a Mary Sampere; pero no, tenía que salir el chico ese de la mirada torva, que sí, que sería muy bella persona, pero con un aspecto muy ordinario... Ovidi Montllor... Ahora resulta que su difunto esposo, el excombatiente José Batiste, y ella habían huido a Salamanca y habían vuelto a Barcelona tropezando con rojos muertos por todo el camino para acabar escuchando las canciones protesta de Ovidi Montllor, que no había hecho la guerra y por tanto no podía saber de qué se quejaba. Ovidi Montllor..., claro, de Alcoy tenía que ser. De los alcoyanos está todo dicho... ¡Donde estuviera la Núria Feliu!, que además era vecina del barrio de toda la vida.

También apagó la tele hacia la misma hora Graciliano Cascales, en su piso de la solitaria calle Atlántida de San Adrián del Besós. Era ya la hora de ir a Barcelona y a veces podía tirarse cuarenta y cinco minutos esperando en la carretera el BS, que

venía de Badalona, o el SC, que venía de Santa Coloma, sin que pasase ninguno de los dos autobuses. Entró en su diminuto cuarto de baño y sin encender la luz se echó agua al rostro para limpiarse el ligero sudor de aquel fin de verano. Al pasarse la mano por la cara notó la piel rasposa. Pulsó la llave de la luz y colocó una hoja de afeitar en la maquinilla. Mientras se apuraba silbó la música de *Los siete magníficos*. Se secó la cara, ojos azules, facciones campesinas, con una pequeña toalla húmeda que llevaba sus iniciales bordadas. Se la había mandado una hermana suya desde Murcia. Al final Graciliano Cascales había alcanzado su gran sueño desde que era chaval. Dejar aquellos campos de cañadas y barrancas y venirse a Barcelona para hacerse *sheriff* y probar fortuna igual que la gente del Oeste fue a California en busca de oro. Siendo crío, una mañana de abril que estaba sembrando avena, vio pasar por la carretera el coche de Franco y entendió que los milagros eran posibles, que el azar estaría siempre de su parte. Luego lo volvió a ver pasar sobre el barro de las riadas y le metió seis disparos justicieros. Después de secarse las manos, Graciliano se fue al dormitorio ensayando el gesto de desenfundar la pistola. Abrió el armario, la puerta corredera siempre se atrancaba en el mismo sitio, y sacó una americana blanca a la que había puesto cuello y solapas de terciopelo negro. La dejó con cuidado en el respaldo de la silla. Vio que no le hacía falta cambiarse la camiseta blanca y se puso encima una camisa de cuadros que tenía doblada al pie de la cama. Luego, los tejanos. Las botas Valverde del Camino. Finalmente, el chaleco con la estrella. Metió el sombrero y las cartucheras con las pistolas de quiosco en una bolsa de plástico, y bajó las mugrientas escaleras de su bloque tarareando otra canción de vaqueros. Al pasar por el escaparate de una perfumería, se miró de reojo y vio que le faltaba el cigarrillo. Solo fumaba cuando hacía de *sheriff*. Entró en el bar Jumilla, al que iba siempre, dejó la bolsa sobre el mostrador de aluminio y pidió un paquete de 43.

—Ponme también una copa de 501 y dame un numerito.

Lo abrió. El 222, como las galletas María Fontaneda. Las galletas que se piden por su número. Era gracioso, en España todo empezaba a tener nombre de números. No hubo suerte y tiró la papeleta al suelo, una más entre la alfombra azul de aquella rifa de bar.

En El Corte Inglés, en plaza Cataluña, doña Ramona rebuscaba por las cubetas de las ofertas, donde se mezclaban las barras de pintalabios con las cajas de polvos para la cara. Entonces, el 11 de septiembre aún no era festividad oficial en Cataluña y la gente tenía que fastidiarse e ir al trabajo. Frente al expositor de los recuerdos, que ahora se llamaban *souvenirs*, doña Ramona Codolls dudó entre comprar un llavero de la Virgen de Montserrat y otro del R. C. D. Español. ¡Con lo periquito que había sido su difunto José toda su vida terrena! ¡Y lo culé que se estaba haciendo ahora todo el mundo! ¡Los que más, los charnegos! No sabían más que hablar de Cruyff. Querían a ese extranjero más que al Caudillo. Menudos desgraciados han sido toda su vida los españoles. Pero es que con estos que últimamente estaban llegando a Barcelona se le caía a una el alma a los pies. Necesitados como esos pobres no los había visto nunca.

Y mira que ella había pasado faltas y calamidades. De hecho, hasta que estalló la guerra, se había sentido en el más modesto escalafón social, allí en su lejana Matadepera, al lado de Tarrasa, donde no había más que rocas peladas. Y no digamos José, que se había criado en este barrio de Sants donde todos eran manobras o trabajaban en el ramo del agua. Lo mejor que hizo en su vida fue casarse con José cuando le conoció en Salamanca. Ella era guapa y él era teniente, y de vuelta a Barcelona tras la Victoria enseguida encontraron una posición. Y a pesar de ello, en ningún momento se le olvidó que eran otros los que mandaban en la ciudad, los mismos que se paseaban en pandilla a caballo por la Avenida del Generalísimo igual que los señoritos andaluces trotan por su cortijo. Al lado de esa gente, ellos, las clases populares, eran poco más que purria, si es que esa palabra tan fea significaba lo que ella se pensaba. Purria, gentuza. Como si fueran eso la habían tratado desde que era niña. Pero los que ahora llegaban de todos esos pueblos de España tan perdidos, esos sí que parecían auténtica purria. ¡De una y dos! Ni punto de comparación con ella. ¡Cómo se comprenden las cosas cuando se tienen delante de los ojos! Pobres desdichados sin cultura que iban en rebaño a ver a Cruyff como no habían ido a un museo (bueno, ella tampoco iba; pero sabía dónde estaban) o a ver a Franco la última vez que vino. Pero es que los pobres no tienen patria, ya lo decían los comunistas. La patria es un sentimiento noble que no está al alcance de la chusma.

Lo que más le gustaba a doña Ramona de El Corte Inglés era subir las escaleras mecánicas. Se le antojaba como ascender al cielo. La bajada, sin embargo, le producía vértigo. Dejándose llevar por aquellas escaleras, cerró los ojos y se concentró en el más allá. Le habló una voz, a la que ella llamaba siempre «el presentimiento».

—Ramona, hija, ya ves cómo se está poniendo Barcelona. No hay quien la reconozca. Cuánta gente viniendo de fuera. Y cuanto más miserables, antes se hacen del Barça, que es el equipo de los señoritos. Pero espérate, porque esto es solo el comienzo. En poco tiempo pasará una cosa muy gorda. Bueno, te lo digo ya: a Franco le queda poco que estar entre vosotros. Y no veas cómo va a cambiar España. Pero no te asustes, que no va a haber otra guerra. El Caudillo lo deja todo atado y bien atado. Eso sí, tú no seas ilusa, hija. Si quieres que para ti todo siga como hasta ahora, vas a tener que espabilar y cambiar de campo en cuanto oigas el silbato. Ya sabes, como en el fútbol que tanto le gustaba a tu José. Ojo, llegará el momento de cambiar de campo, pero el partido, y los jugadores, y el árbitro y los jueces (de línea) seguirán siendo los mismos. Pues eso, cuando sea la hora, da el salto con los tuyos, y ahora no te preocupes por saber quiénes son los tuyos pues los reconocerás enseguida. Ya te digo que son los tuyos. Siempre lo han sido y lo serán. Es imposible que te confundas. No, los del Club de Polo no son los tuyos. Ya viste cómo te trataron cuando se murió tu José y fuiste a pedirles ayuda. Bien que le pedían a él cuando estaba en la Hacienda municipal. Pero luego, a ti, ni mirarte a la cara. Con esos no puedes contar, hija. Solo os han querido para que les saquéis las castañas del fuego.

Sí, del fuego de los morteros también. Bueno, ahora abre los ojos, Ramona, que ya estás llegando al final de las escaleras mecánicas.

En la cabecera de las Ramblas, en la fuente de Canaletas un limpiabotas bebía ávido sin importarle el sabor a cloro de aquella agua. Asegura un dicho popular que quien bebe de esta fuente está condenado a volver a la ciudad; pero el excombatiente badalonés Juanito Oliva estaba condenado a volver allí cada día para limpiarle los zapatos a la gente de Barcelona. Se secó la boca con la manga y se apoyó en la muleta. La pernera doblada oscilaba como un metrónomo sobre la caja donde guardaba los cepillos, los trapos y el betún. A sus sesenta y nueve años, Juanito Oliva había desempeñado un sinfín de oficios, a cual más miserable, como cuando recogía mierdas de caballo o cuando guardaba los urinarios de plaza Urquinaona, todos ellos procurados por su ya fallecido protector, el antiguo teniente de automóviles José Batiste. Para la vejez, el destino en lo universal le había guardado a Juanito el trabajo de limpia. Seguía siendo dueño de aquella mugrienta taberna de Badalona, que llevaba su mujer Rosita y donde ahora ayudaba el hijo de ambos, Sebastián, que acababa de cumplir dieciséis años. Pero ese negocio continuaba sin dar dinero, así que Juanito se veía obligado a encontrar ingresos al margen. La intemperie nunca le importó, porque él había nacido para eso, para la intemperie y la milicia, y no para vivir encerrado ni en la oscuridad de un bar ni en ninguna otra parte. A Juanito Oliva lo que más le gustaba era lo inexorable de la calle y la gente clara. Tal vez, de todos sus trabajos, el de limpiabotas estaba siendo el mejor. Y económicamente no podía quejarse. Franco había recogido a los españoles en alpargatas y ahora los llevaba con zapatos Segarra. Para eso estaba él. Para limpiar todos esos cientos de miles de zapatos que se producían a troche y moche en las fábricas de calzado del Levante español. Siempre al servicio de la Nación y del Caudillo. A veces, era la edad, Juanito Oliva se emocionaba limpiándoles a los demás el pie que él había dado por España.

En las Ramblas, Juanito Oliva muchas veces tenía ocasión de lustrar los zapatos de grandes personalidades, como el torero el Viti, o el cardenal Jubany (que fuera sucesor del protestado arzobispo Marcelo González Martín durante la campaña que reclamaba obispos catalanes), o incluso Porcioles cuando era alcalde (ahora acababan de destituirlo a causa de las presiones vecinales, que protestaban por el grado de especulación e indigencia social en que había sumido a la ciudad). Fue brillantando los zapatos de Porcioles cuando Juanito Oliva notó por primera vez cómo le sobrevenía una rabia humana, un resentimiento tan profundo que le asustó, y hasta se pensó si no le habrían intoxicado los rojos con la cantinela de la lucha de clases. Lo cierto es que en Barcelona los rojos andaban igual que Pedro por su casa soltando las barbaridades de siempre, como si la guerra no hubiese servido para nada. Pero aquella fría curiosidad, aquella condescendencia con que Porcioles le preguntaba a Juanito de dónde era, dónde vivía, si eran muchos en casa..., le hizo que de repente se sintiese más desprotegido que nunca, y pensó también por primera vez en su vida si toda la camaradería de cuando la guerra no fue más que pura candidez por su parte,

y que en realidad el Caudillo, al que se entregó en cuerpo y alma, siempre había estado más cerca de toda esta gente que de ellos, los que de verdad oían silbar las balas en el frente.

Todos los señoritos de Barcelona a los que Juanito Oliva había tratado, tanto recogiendo las mierdas de los caballos como procurándoles papel de váter y limpiándoles el calzado, se comportaban de la misma manera. Parecían interesarse por uno, pero lo que hacían era dejarse limpiar los zapatos sin siquiera mirarlos. Leyendo el periódico o fumándose un puro con la cara para arriba, al sol. Parecía que escuchaban, pero dejaban hablar a los pobres como quien abre una alcantarilla y a veces mira con curiosidad cómo se vacía. Y por eso mismo, porque estaban convencidos de que se encontraban delante de una cloaca, arrugaban siempre la nariz y ponían esa cara de asco e indiferencia, que solo se les iba cuando se encontraban entre los de su misma condición.

Otra cosa de las Ramblas que le gustaba mucho a Juanito Oliva era la frecuencia con que coincidía con antiguos camaradas de la guerra y de la paz, los cuales, las más de las veces, ponían el pie en su caja de limpia sin reconocerle. Pero es que él ¡tenía tanta memoria para las caras! Precisamente, ayer acababa de dejar bien brillantes los zapatos del erudito Juan Ramón Masoliver, que era primo del cineasta Luis Buñuel. Don Juan Ramón Masoliver era un hombre cultivadísimo, que anduvo en el Tercio de Montserrat y del que le habían dicho que vivía ahora por Moncada en una masía. Ese sí que era un caballero. Todo un tipo instruido. Un señor con modales de señor, que le daba mucho lustre a su apellido. Pero para lustrar ya estaba Juanito Oliva, el académico del betún, que con su gamuza limpiaba, fijaba y daba esplendor a todos los zapatos que habían dejado huella en España. También estaba convencido Juanito de que la última vez que el gran novelista Ignacio Agustí se limpió los zapatos fue en su caja; ya que murió apenas pasados unos días.

El señor Agustí empezó falangista, y estuvo en Burgos con Juanito y con Juan Ramón Masoliver, pero al final se hizo simple y llanamente franquista. En lo del franquismo, Juanito Oliva comprendía perfectamente al señor Agustí. Si se apoya a alguien en algo tan sagrado como una guerra, se le apoya con todas las consecuencias y hasta el final. De nada sirve mirar atrás. Ya lo decía la canción: en el alba no hay dudas. Todo lo contrario era lo que hizo el editor Luis de Caralt, que en la guerra se alistó en la 1.^a Centuria de la Falange Catalana Nuestra Señora de Montserrat y luego se fue a Salamanca a conspirar contra la artificiosa unificación de Falange con los tradicionalistas y los jonsistas. El señor Caralt odiaba a Franco, pues se tenía por falangista auténtico y parece que soñó en más de una ocasión con liquidar al Caudillo. Pero al final se dedicó a los libros, que era para lo único que servía la mayoría de aquellos periodistas de Barcelona que se pasaron en manada a los nacionales. Laureado, entre otras, con las condecoraciones de la Cruzada de la Liberación y la Cruz de la Orden de Cisneros, don Luis de Caralt había sido, además de editor, alcalde-delegado de Cultura y Deportes en el Ayuntamiento de Barcelona

durante el mandato de Albert Despujol, barón de Terrades; diputado de la Excelentísima Diputación Provincial y creador del premio de novela Ciudad de Barcelona.

Pero Juanito Oliva prefería no hablar de política con la clientela. De forma que cuando le venían con cuentos de que si el FC Barcelona o el RCD Español o el Real Madrid o el Athletic de Bilbao, se cubría las espaldas y, como los buenos toreros, decía que era de la selección española. Al menos, en eso, nadie podría llevarle la contraria. No se le ocurría que ningún español pudiese no estar a favor de la selección nacional.

Cuando Juanito Oliva se apartó de la fuente para ceder el turno al urbano que esperaba tras él, vio aparecer en las Ramblas a doña Ramona, a la viuda de su viejo camarada y protector José Batiste. Qué congoja verla para siempre de luto. Quiso saludarla y pedirle para un café con leche, como de costumbre; pero la mujer caminaba muy rápido y cada vez estaba más lejos. Desalentado por su cojera y sintiéndose sin energía para seguirla se marchó con una mano sujeta a la muleta, y la caja de sus enseres en la otra, dirección a la calle Talleres en busca de un bar donde seguir trabajando. Le hubiera encantado explicarle a doña Ramona que él siempre le había sido leal a José. Y que aunque los tiempos cambiaran y su marido faltase, se sentía más unido a ellos dos que nunca. Pues los muertos eran el pegamento con que los vivos se unen en la vida. Y que por eso estaba convencido de que, pasase lo que pasase, ellos dos, doña Ramona y él, jamás iban a cambiar.

Doña Ramona se detuvo en seco, en medio del tránsito de aquellas Ramblas, al ver que tras un plátano, el árbol emblemático de este paseo barcelonés, asomaba el cañón de un revólver. Parecía que el arma la miraba indecisa. Igual que una serpiente, la boca de aquella pistola oscilaba siguiendo a los paseantes, pero al final siempre acababa observándola fija y amenazadoramente a ella. Doña Ramona se quedó clavada en el sitio y se puso a rezar para sus adentros. Tras la pistola de plástico surgió un hombre muy raro vestido de *sheriff* del Oeste. El tipo sonrió, le clavó la mirada traviesa de sus ojos azules, apretó el gatillo y dijo: ¡Pum! Y volvió a ocultarse detrás del árbol, al acecho de otro paseante. Enfrente, en el cine Capitol, al que la gente llamaba Can Pistolas porque echaban muchas películas de tiros, ponían *Mi nombre es ninguno*, un *spaghetti western* de Sergio Leone que Graciliano Cascales, conocido en toda Barcelona como el *Sheriff* de las Ramblas, iba a ver cada tarde después de pasarse unas horas actuando en la calle. El *Sheriff* de las Ramblas prefería el Oeste clásico y exacto de Gary Cooper o James Stewart, pero también era consciente de que aquellos años de crisis económica internacional habían terminado embadurnándolo todo con el cada vez más escaso petróleo: la mar del puerto de Barcelona, los negros que salían por todas partes en las noticias y en las películas, y ese sucio cine del Oeste de pelos largos que se hacía ahora.

Era doña Ramona una de las pocas personas que aún no había oído hablar de este nuevo personaje de las Ramblas, así que tuvo mucho miedo cuando lo vio. Lo que en

los últimos tiempos estaba ocurriendo en España nunca antes lo había conocido. Pero desde que un 1430 robado atropellara a su marido José Batiste cuando cruzaba la avenida de José Antonio, cerca de plaza España, casi al lado de casa, la vida de doña Ramona se había convertido en una jungla llena de peligros. Ay que ver, José muerto por un SEAT, ¡con lo que se habían alegrado ellos cuando Franco vino a Barcelona para inaugurar la factoría! Ahora España era una selva plagada de panteras devoradoras de hombres. Doña Ramona y su marido habían sacado a sus tres hijos adelante con el único sueldo del ayuntamiento. Y los habían llevado a los mejores colegios del barrio. El mayor, Antonio, vivía desde hacía un tiempo en Madrid, bien colocado en el Ministerio de Agricultura; el pequeño, Jorge, estaba de médico en el ambulatorio de Santa Coloma y la de en medio se había casado con un periodista venezolano. ¿Qué haría su Tere, tan lejos de la familia, en aquella otra selva? Porque Venezuela, para doña Ramona, era todo selva. Agreste y temible como esta de Barcelona en que ella vivía tan sola. Menudo chiflado le acaba de salir al paso. ¿Con qué tranquilidad podía pasear hoy por la calle una mujer desamparada? Por lo menos, a Ramona le quedaba el consuelo de haberse afiliado a Fuerza Nueva, donde podía relacionarse con otras mujeres, viudas como ella, que también sabían todo lo que había costado alcanzar unas comodidades como las actuales. Pero los de Fuerza Nueva eran gente muy extremista, que le daban miedo de una manera diferente a la de aquel *sheriff* tan raro. La gente de Fuerza Nueva estaba cada día de peor humor. Y ella lo que necesitaba era la seguridad de que las cosas iban a mejor, y no a peor, tal como repetían una y otra vez cuando salía con ellos. Doña Ramona pensó entonces que cuando algo se llama nuevo es porque es muy viejo, y para los viejos siempre va todo mal. ¿Cómo cuatro viejas iban a tener Fuerza y a sentirse Nuevas?

El marido de Ramona había sido en vida (vaya usted a saber qué estará haciendo en el más allá) más de Falange que de Franco y que de ninguna otra cosa. Pero para su mujer, la Falange estaba mejor para los caballeros que para las señoras. Eso de ir cantando canciones por la calle solo se les ocurre a los hombres, pues la mayoría no tiene nada dentro de la cabeza. Ella sí. Ella su cabeza la tenía rebosante de sombras, de fantasmas que le hablaban.

Corrían entonces los días del espíritu del 12 de febrero, con que el presidente de Gobierno, Carlos Arias Navarro, quería dar muestras de cierto aperturismo oficial. Pero Ramona sabía que existían fantasmas más reales que el espíritu democrático del Régimen. El primero de todos, el espíritu de su difunto. Precisamente, la noche anterior pasó mucho miedo. Un miedo diferente al que le había provocado el pistolero de las Ramblas y al que le producían sus amigas de Fuerza Nueva. No era miedo a unos desconocidos sino miedo a lo desconocido. Al meterse en la cama, escuchó como el tictac de un reloj debajo de la almohada y ya no fue capaz de pegar ojo. Al cabo, oía ruidos por toda la casa. Por supuesto que se trataba de un espíritu. A lo peor era el espíritu ese del 12 de febrero, que venía a manifestársele enfadado por descreída. Pero un espíritu mandado por Arias Navarro, que era otro viejo chocho con

mala leche, no daba ni para manchar una pared como las caras de Bélmez.

—Hola, Ramona, no tengas miedo. Soy yo, José.

—¡José! ¡Y con el uniforme de teniente! ¿Dónde andas? ¿Adónde has ido a parar?

—No tengo adónde ir, Ramona. Vago continuamente de un lado para otro. Soy el espíritu de la transición.

—¿Eso qué significa?

—Que a veces un mundo viejo se acaba sin que empiece otro nuevo.

—¿Y entonces?

—Queda uno condenado a vagar entre las ruinas del viejo.

—José, esta tarde he tenido un presentimiento subiendo las escaleras del Corte Inglés.

—¿En qué planta?

—Eso no importa, José. Los hombres siempre os quedáis con la anécdota. Por eso os gusta tanto ir cantando juntos canciones por la calle como niños. Mira, el presentimiento me ha dicho que ahora he de estar muy atenta para no confundirme y seguir con los míos. Pero, José, ¿quiénes son los nuestros? Me he apuntado a Fuerza Nueva, pero son unos burros. ¡Y eso que me lo he pasado en grande con ellos en los autocares catalanes que iban a la plaza de Oriente!

—Esos no son los tuyos, Ramona. Esos son cuatro franquistas salidos de la nada. Los tuyos son tus amigas de siempre. Las de toda la vida, con las que te juntas para invocar a espíritus de otros que no soy yo. Los tuyos es la gente como tú.

—¿Los del Club de Polo cuentan?

—No, esos son a los que hemos servido; pero no nos han querido nunca. Ya lo has visto. Olvídate de ellos. Ahora que falto yo, entre tú y ellos ya no hay nada que os una. Ha llegado el momento de querernos entre los nuestros. Los de toda la vida. Lo viejo se ha acabado, y cuando las aventuras se acaban uno vuelve a casa. De eso trata la *Odisea*, Ramona. Permanece, pues, bien atenta, no vayas a confundirte.

Algunas de las vecinas de doña Ramona Codolls estaban asociándose en centros culturales, como collas sardanistas, asociaciones de *puntaires* para hacer encaje, grupos de gigantes y cabezudos..., y todas esas cosas que de niñas habían visto hacer a sus padres y que ahora recordaban con tanto gusto y melancolía. Sin ir más lejos, su vecina del primero había completado los fascículos del *Salvat Català*, con portada de Joan Miró, y comenzaba los de la *Gran Enciclopèdia Catalana*. Otra vecina se abrió una libreta en la Banca Catalana. Y los más jóvenes, como su conocido José Moliner, que se había colocado muy bien de alcalde en Puigcerdá, también tiraba cada vez más para lo propio de toda la vida. Muchos de los amigos de siempre de su difunto José estaban haciendo lo mismo. Incluso los de cuando la guerra. Hasta los más reconocidos y bien situados, como el señor Sentís. ¡Quién había visto y quién veía a don Carlos Sentís! Con lo guapo que estaba en el 39 con el uniforme de alférez provisional de Regulares.

Asustada, más que por el falso disparo del *Sheriff*, porque la vida se le estaba yendo de las manos, Ramona alzó el bolso y lo estrelló contra el vaquero. «¡Sinvergüenza! ¡Vago! ¡Zarrapastroso! ¡*Fill de puta!* ¡*Mal parit!* ¡Rojo! ¡Charnego!». El *Sheriff* también tuvo miedo y puso pies en polvorosa. Cuando se quedó sola, Ramona se descubrió entre sollozos rodeada por desconocidos, la mayoría gente muy joven. Barbudos con sandalias y chicas sin sostenes. Algunos la miraban con inquietud, otros con condescendencia y otros con ironía. Un caballero, que por la apostura le recordaba a su difunto José, se preocupó por ella amablemente.

—*Es troba bé, senyora? Vol que l'ajudi?*

—*Moltes gràcies. No és res. No sé qué me ha pasado. De repente me he sentido muy sola. Y he visto a ese hombre tan raro. Quina por! Da miedo estar sola en vida, no li sembla, senyor?*

En el bar de la calle Talleres, Juanito Oliva y el *Sheriff* de las Ramblas jugaban a los chinos. Se conocían de deambular por las mismas callejuelas, y rápidamente se tomaron mutuo afecto. Les unía otra soledad distinta a la de doña Ramona, la de no saber adaptarse a los tiempos, cada uno a su manera, cada uno desde su ensueño, y el llevar metido en los tuétanos un sentimiento de desarraigo universal. Con los puños tendidos, los nudillos de ambos rozándose, se miraron los dos amigos fijamente cara a cara en un duelo de ojos azules. El excombatiente apoyaba su muñón sobre la caja con los trastos de limpiar y el murciano había guardado sus pistolas de juguete y su sombrero en una bolsa de plástico. Salieron los Rolling Stones cantando *Simpatía por el diablo* en la radio. Aullaba el camarero aquel obsesivo estribillo con la imaginación perdida en un concierto americano.

—Venga, la última, que voy a perder el autobús —dijo el hombre del Oeste.

—Así, ¿nos vemos mañana? —dijo Juanito.

—No, mañana libro.

—Si me esperas volvemos juntos.

—Hoy tengo prisa, Juan.

El *Sheriff* tomó el autobús en la calle Trafalgar. A medida que se alejaba de Barcelona, el ocaso le seguía como no queriendo dejar que se marchara del todo. Empezó a sobrecogerle al *Sheriff*, como siempre que volvía a casa, la nostalgia de dejar el centro de Barcelona, donde era alguien, todo un personaje. Donde tenía amigos, como el pobre Juanito Oliva, y se lo pasaba tan bien observando el ir y venir de las gentes. Ahora regresaba a territorio salvaje donde su autoridad no era reconocida por ninguno de los suyos. Al contrario, los suyos se le reían en la cara. Extensos solares y descampados, a merced de los indios. La banda de los Correas, cherokees. La banda del Chamorro, sioux. La banda de los Cadenas de Barón de Viver, navajos. La banda de los hermanos Pajuelo en el Turó de la Peira, apaches. Y los colonos llegados de todas partes, que levantaban poblados de barracas, que en vez de carromatos se refugiaban en bloques de protección oficial. Casas cuartel de la Guardia Civil en lugar de fuertes. Así era la vida en la frontera. Un mundo de

vaqueros y de horizontes desconocidos que se extendía hasta donde alcanzaba su vista de *sheriff*. Se arrellanó en el asiento del autobús y abrió por la página doblada una novela del Oeste de Curtis Garland, *Agujeros en mi piel*. Era el escritor que más le gustaba. Más que Marcial Lafuente Estefanía, Frank Caudett, Clark Carrados y Silver Kane juntos. Curtis Garland. Eso sí que era saber ponerse un nombre. Qué tíos, los americanos. Pero cuando iba en autobús, el *Sheriff* de las Ramblas no podía concentrarse en la lectura. Así que dejaba la novela y miraba por la ventanilla, y veía la vida desde afuera como un viajero del tiempo.

Franco vuelve a morir

Un puente de aire unía desde el año anterior Madrid y Barcelona, las dos principales ciudades de España, y con ese enlace aéreo parecía que todo iría más deprisa. Eran los días del presente. El pasado había quedado atrás para siempre y al futuro no se le esperaba hasta el año 2000. Nunca las personas han vivido tan acordes con el mundo como cuando les ha tocado momentos de presente. En aquellos meses, el Régimen se doblaba igual que las cucharillas de Uri Geller, pero quizá también a causa de la intervención de ese telépata israelita se pusieron a andar de repente los viejos relojes.

El antiguo jefe de la quinta columna catalana Santiago Salvatierra Masmolets levantó el borde de su guante negro de cuero para consultar la hora. Se había comprado aquel reloj Citizen en un bazar del puerto de Barcelona y le parecía que atrasaba. Llega una edad en la que cualquier cosa que ocurra se va a interpretar como una señal. Es la edad de la incertidumbre. Santiago cerró los ojos, se acarició lentamente sus largas patillas canas y reclinó la cabeza contra el duro respaldo del asiento en el avión. Su picudo flequillo blanco le hizo la ola y le golpeó en la cara. Sopló para apartarlo como había visto hacer en el cine a José María Tasso, un actor al que, cuando empezó, le daban siempre papelitos de joven vivaracho, de español sin complejos y sin pretensiones, porque las segundas son la cuna de los primeros. Indómitas como resultan todas las imaginaciones, la fantasía de Salvatierra fue del autodenostado cine nacional al autoprestigiado cine francés, y evocó una de sus escenas preferidas del celebrado filme *Emmanuelle*. La del lavabo del avión. No comprendía cómo habiendo películas así la gente podía tener miedo a volar. Otra escena que también le gustaba mucho de aquella película era la del cigarrillo. «Y el humo ¿le llegaría desde ahí hasta los pulmones?», se preguntó Salvatierra preocupado como estaba por la bronquitis crónica que le había causado su hábito de fumador empedernido.

Salvatierra no había visto *Emmanuelle* en Perpiñán, que es lo que hacían los domingueros; ni en París, como los intelectuales comprometidos. A él le habían invitado a un pase clandestino, en la misma Barcelona, al lado de una iglesia.

—¿En qué parroquia?

—¡Cómo, parroquia! ¿Te has levantado pimplando *whisky*?

—Ya me parecía extraño; pero con estos curas de hoy... Igual la querían hacer pasar por una María Magdalena pop.

—Te he dicho *junto* a la parroquia de Pueblo Nuevo. Será en el restaurante de unos amigos, en placeta de Klein, y nosotros hemos quedado a la puerta de la iglesia.

La copia era en 8 mm y estaba en versión original, sin subtítulos, cosa que, por otra parte, no pareció importar demasiado a los asistentes.

—¡A saber qué dicen!

—*Bestieses, ja pots contar-hi!*

Mantenía trato frecuente Salvatierra con el recién nombrado alcalde de Barcelona, Joaquín Viola Sauret, un antiguo miembro del Consejo del Reino, cargo que le había convertido en uno de los hombres importantes en los preparativos de la sucesión de Franco por el príncipe Juan Carlos. En el ambiente de inquietud de aquellos días, el alcalde consultó a Salvatierra acerca de la conveniencia de militarizar la policía municipal y el cuerpo de bomberos de Barcelona. Hijo de un notario de Lérida, Joaquín Viola era natural de la localidad abulense de Cebreros.

—¡Anda, como Adolfo Suárez!

—¿Y ese quién es?

—¡El rey del vodevil! Uno del Movimiento que corre por Madrid.

Años después, en 1978, en el ojo del huracán de la Transición, Viola y su esposa morirían salvajemente asesinados en su domicilio. Les ataron una bomba al pecho y esta estalló, no se sabe si accidentalmente. Tampoco se aclaró quiénes habían sido sus asesinos, pero entonces las investigaciones apuntaron hacia un misterioso Exèrcit Popular Català, de siglas EPOCA.

Desde que el 4 de noviembre de 1974 entró en funcionamiento el servicio del puente aéreo, Santiago lo había utilizado en doce ocasiones. Una por mes. A lo largo de todo ese año constató cómo la gente de Madrid se estaba poniendo cada vez más rebelde con el Régimen (solucionada el hambre ya nadie quería hacer régimen), y cómo Barcelona se insubordinaba contra el franquismo de una manera más profunda: emprendiendo la búsqueda de su propio camino. Salvatierra veía que los catalanes empezaban a marcar con señales propias todo lo que hasta ahora habían compartido con el resto de España. Incorporaban la bandera catalana a símbolos que antes no tenían ninguna. Añadían la palabra *catalán* a siglas que habían llevado hasta entonces el término *español* o carentes de gentilicio. Gentilicio le pareció a Santiago una palabra rebuscada, pero también le hizo gracia porque en aquellos días era la voz de moda. Bueno, había hecho trampa, la voz de moda era *gente*. Había programas de televisión que se llamaban *Gente joven*, himnos pop titulados *Viva la gente*... Los comunistas aún no se daban cuenta, pero su partida ya estaba perdida: el pueblo era reemplazado por la gente. También los demócratas, esa mezcla meliflua de comunismo y masonería, veían retroceder su palabra fetiche: *ciudadano*. Era el mogollón, ni siquiera la masa, sino la gente lo que se imponía. Un sindiós. A pesar de que en Madrid le repetían hasta la saciedad que la búsqueda del propio destino en lo

universal por parte de Cataluña iba a resultar una ruta estéril, a Santiago Salvatierra le parecía que no solo tenía mucho futuro sino más aún: que el futuro iba a ser ese. No es lo mismo tener futuro que ser el futuro.

En un asiento del otro lado del pasillo del avión, le sorprendió a Santiago la presencia de una de las personalidades más populares de España. Sí, no había duda, aquella era la ancha frente, aquel era el pelo largo y revuelto del último español al que todavía podía admirarse: el doctor Félix Rodríguez de la Fuente. Allí estaba solitario. Contemplando por su ventanilla la rica y asimétrica geografía de la Patria. Santiago Salvatierra no se perdía un solo capítulo de *El hombre y la tierra*. A lo largo de aquel penoso tiempo final del franquismo, que era también el doloroso fin de una nación, ese naturalista había surgido como una metáfora que mostraba por televisión todo el esplendor de una España que había quedado vacía de españoles. Tan solo permanecían los bosques, las cárcavas, el lobo, el alimoche y el lirón careto.

Y más hoy, día 20 de noviembre de 1975, cuando iban transcurridas cerca de seis horas desde la comunicación pública de la muerte del primero de los compatriotas: Francisco Franco Bahamonde. Con el fin de asistir a las exequias del Caudillo que tanto hizo por todos, volaba ahora Santiago a Madrid envuelto en su eterna trinchera, su sombrero flexible y sus guantes de cuero. Le gustó coincidir en el avión con el popular divulgador de la naturaleza y mirándole de reojo pensó cómo había mudado en los últimos veinte años la voz de España, cómo había pasado la nación de la voz ingenua, actualísima y vibrante de Joselito, el «Pequeño Ruisenior», a la de este experto en cetrería, una voz emocionada, pero confinada para siempre a parajes recónditos y deshabitados. La de Félix Rodríguez de la Fuente era una voz de lejanías; y por eso sonaba siempre tan evocadora, tan reminiscente. Porque ya no hablaba desde el presente.

Como tuviera reparo de importunar mentalmente al doctor, Salvatierra dejó de pensar en él y abrió su ejemplar de *La Vanguardia Española*, una edición especial en la cual el dueño del periódico, el conde de Godó, había escrito con humana emoción: «Me siento orgulloso de pertenecer y formar parte de la España de Franco. Y en el tiempo que me quede de vida, he de recordar siempre la fecha histórica de hoy, dolorosa para todos los españoles».

—Bla, bla, bla... En tres años toda España se habrá olvidado de Franco, y a otra cosa mariposa. Somos muy desagradecidos los españoles.

—Somos unos supervivientes. Un país es eso, una colectividad de supervivientes.

—Tres fechas resumen la historia nacional, Salvatierra: el 12 de octubre, el 18 de julio y el 20-N.

—Déjame que me ría, mujer. Así sería en un país como Dios manda, pero estamos en la tierra de la pandereta y de los imitadores de voces —Salvatierra miró furtivamente a Félix Rodríguez de la Fuente—. ¡Qué 20-N, ni qué leches! ¡Esto se convertirá en el 20-Ñ! ¡Con «ñ» de España, el país de las ocurrencias!

De este modo recordó Santiago Salvatierra la conversación que había tenido en el

aeropuerto con su amante, la mujer del dueño de una conocida cadena de ópticas. Siempre que volaba iba a despedirlo porque a ella le daba pena verlo tan solo y tan soltero a su edad, sin nadie para decirle adiós cuando se fuera definitivamente.

Aquel 20 de noviembre embarcaron los pilotos en el avión llevando un brazalete de luto. El pasaje lo integraban en su mayoría notables personalidades de la política y de la economía catalanas que acudían a las honras fúnebres del Caudillo. Abundaban los trajes oscuros y las corbatas negras. Durante la hora escasa que duró el vuelo, solo se oía tristemente el roce de las hojas de los periódicos. Un murmullo continuo de papel salpicado de algunas voces susurrantes. A veces se podían distinguir las palabras *Caudillo* y *agradecimiento*, pero lo que de verdad transportaba aquel avión era una vieja y pesada carga de silencio.

En el aeropuerto de Barajas, Santiago esperaba encontrarse con su paisano catalán el ministro Cruz Martínez Esteruelas.

—¡Menudo carrerón llevas, Martínez! Ministro de Planificación, Ministro de Educación y Ciencia... Para que luego digan las revistas de los rojos que el Hospitalet del Llobregat es un barrio marginal. ¡Hasta ministros como tú hemos sacado de ahí!

—Bueno, Santiago, yo nací antes de que fuera un barrio marginal.

—¡Ah! ¿Pero estás de acuerdo con ese tipo de propaganda? ¿Comulgas con toda esa sociología moderna del extrarradio y la periferia?

—Según cómo lo entiendas. Geográficamente es insostenible. Ya sabes, la Tierra es redonda, no hay periferias posibles. Los extrarradios se hacen con gente. Lo periférico son siempre los pobres.

A Martínez Esteruelas, su amigo Santiago no acababa de entenderlo demasiado, pero lo tenía en mucha consideración aunque, a menudo, le pareciese uno de esos jóvenes tecnócratas que no hacían más que liarlo todo con terminología sacada de los manuales universitarios. Por ejemplo, cuando era ministro de Planificación, Martínez Esteruelas tuvo el gesto de enviarle a Salvatierra un libro que acababa de publicar titulado *Estudios de sociología política, administración y economía en la nueva Constitución de los Estados Unidos*.

—Pero, hombre, Martínez. Viendo cómo estamos aquí con el Fuero de los Españoles, ¿de qué manera se te ocurre ponerle faltas a la Constitución de Estados Unidos?

Asimismo, tenía trato Santiago con el exministro Laureano López Rodó, otro barcelonés, que hasta hacía bien poco ocupó la cartera de Asuntos Exteriores; pero ahora le habían mandado a Austria de embajador. Aunque era de constitución delgada, Laureano tenía unas mejillas abultadas y carnosas que parecían hechas a propósito para sostener la amable sonrisa que eternamente dibujaban sus labios. Una sonrisa que no caía en la vulgaridad de mostrar los dientes. El ministro era catedrático de Derecho Administrativo y hombre muy viajado. De su estancia en Portugal, regresó laureado con la Encomienda de la Orden Militar de Cristo, otorgada por su

amplia labor cultural. A Santiago Salvatierra el nombre de Austria le recordaba sus asuntos con los vieneses de antaño, los del teatro del Paralelo y los de otros teatros de operaciones siendo él contacto de la Gestapo en Barcelona. «¿Cuántos de los antiguos camaradas seguirían vivos?», se preguntó. Y se contestó: «Más de los que se imagina nadie, y bien asistidos».

Otro ministro de Exteriores catalán con el que tenía amistad Salvatierra era Pedro Cortina Mauri, el dueño de la cerveza San Miguel. «Ahora, los que valen son sus hijos. Ese Alfonso y ese Alberto...». Pero encontraba a faltar un nombre en el repaso de la lista de los ministros catalanes que conocía: «A ver, me falta uno seguro. ¡Caray! ¡Gonzalo!». Lo que Gonzalo Fernández de la Mora había aportado a Exteriores, una de las carteras favoritas de los catalanes (tal vez porque nacían sabiendo otros idiomas que no eran el español), era su subsecretaría; pero, en plan ministro propiamente dicho, Fernández de la Mora había sido hasta el año pasado el de Obras Públicas. También estaba el viejo Enrique García-Ramal Cellalbo, un ingeniero industrial barcelonés que durante la guerra se hizo teniente provisional con los nacionales. Tras la Victoria, García-Ramal Cellalbo fundó los sindicatos verticales en Barcelona y presidió el sindicato del Metal. Andaba ahora muy cascado del corazón. Y por tal razón tuvo que abandonar un par de años atrás su cargo de ministro delegado. ¿Qué se habría hecho de este hombre? El que se había muerto hacía poco era el otro Enrique, el de Reus. Enrique Fontana Codina, que empezó de falangista y con un pequeño negocio de exportación de aceites, y acabó a finales de los sesenta de ministro de Comercio.

—Qué sabio era Enrique. ¿Pues no les decía a los periodistas que su secreto para ser buen empresario y buen político residía en que era catalán?

De Fontana Codina, lo que más le intrigaba a Salvatierra era la extraña descripción que había dado del Caudillo: «La manera de ser de Franco constituye una singularidad de tal calibre, que llega a la suma rareza entre la especie humana». ¿Se estaría cachondeando? Pensó preguntarle a Félix Rodríguez de la Fuente si él como naturalista podía explicarle esa definición, pero ya se ha dicho que a Santiago no le gustaba molestar a la gente por una nonada. Aún quedaban más ministros catalanes de Franco, como Gual Villalbí, Dávila Arrondo, Bau Nolla y Eduardo Aunós (que tan convenientemente había sido secretario político de Cambó y dirigente de la Lliga Catalana); aunque con estos Salvatierra mantuvo menos trato.

El avión sufrió un zarandeo al pasar por un bache atmosférico y Salvatierra tuvo la sensación de que se lo tragaba el mundo. Ahora sí, cruzó una rápida mirada de preocupación con el doctor Félix Rodríguez de la Fuente. Le pareció a Santiago que el aparato caía a plomo sobre la tierra; pero, al ver el sereno semblante del naturalista, comprendió que los años le estaban haciendo cobarde. En aquel vuelo funeral todo tenía un aire apagado y melancólico. Fue entonces cuando, al mirar por su ventanilla, se le apareció el espectro.

No era Santiago Salvatierra como doña Ramona, la mujer del ya fallecido

exteniente Batiste, un hombre que creyese en apariciones. Pero ¿de qué manera sino podía calificarse lo que acababa de ver en el exterior del avión? Había creído distinguir a un chino en cuclillas sobre el ala. Era un tipo feo, la cara planchada, pero a la vez atractivo e interesante. Tenía el pelo negro y tupido y le endurecía la frente un pequeño mechón recortado. Llevaba el pecho completamente descubierto, de ropa y de vello, y unos pantalones negros, como de pijama, y unas zapatillas negras con calcetines blancos. Le dio la impresión de que aquel hombre le hacía señales. Unos movimientos con los brazos muy rápidos y violentos. Y luego, también le llamaba moviendo las piernas. Santiago se dio media vuelta espantado y saltó hacia el otro lado del pasillo. Y ahora, definitivamente sí se atrevió. Se sentó al lado del doctor Rodríguez de la Fuente y con un dedo le tocó en el hombro. No era capaz de pronunciar una sola palabra. Mediante gestos le indicó al doctor que le acompañase a su asiento y allí le pidió también por señas que mirara por la ventanilla. Al principio, el naturalista dirigió la vista a tierra, en busca de algún pedazo de paisaje pintoresco del planeta azul; pero Santiago golpeó con los dedos el cristal señalando hacia enfrente. El doctor miró a donde le indicaban pero pareció no darle importancia. Era como si él no encontrase nada extraño sobre el ala del avión. Al contrario, se encogió de hombros, se volvió a su plaza y continuó repasando el periódico. Sin embargo, el chino seguía allí afuera y ahora estaba aporreando el fuselaje con unos nunchakus. En ese momento resonó dentro de la cabeza de Santiago la inconfundible voz de Félix Rodríguez de la Fuente.

—Queridos amigos, ese animal que está ahí afuera, saltando entre nuestras nubes, quizá porque lo ha dejado solo su madre, es Bruce Lee —dijo la voz.

—¿Quién? —preguntó Salvatierra dando un grito.

El doctor Rodríguez de la Fuente apartó la mirada del diario y observó sorprendido a Santiago. Fue entonces cuando asumió Salvatierra que esa voz solo podía provenir de su interior. Se trataba de un mensaje telepático. ¿Se lo mandaría el propio doctor? Enseguida recibió otro mensaje.

—Parece chino, pero como está en el cielo de España es español. Eso dobla por su propio peso. Todos los extranjeros, cuando vienen a España, son españoles. Y a este chino lo conoce todo el mundo, menos tú, Santiago.

Pero ahora no era la voz de Félix Rodríguez de la Fuente la que oía sino otra decrepita y aflautada, terriblemente parecida a la del Caudillo.

—Es Bruce Lee. ¿No has visto sus películas? —le insistió la voz de Franco—. Yo me las hacía pasar todas en el Pardo. Murió dos años atrás, me lo acabo de encontrar hace un rato, nada más salir del túnel de luz blanca. La verdad es que no sabría qué decir. Si primero fue la luz blanca y luego el ruido, o viceversa. ¿Qué es más correcto en este caso, Santiago, decir viceversa o al revés? Pero atiende, que me parece que Bruce Lee quiere decirte algo.

De un salto de kung-fu, Bruce Lee pasó del ala de estribor a la de babor. Y hacia las ventanillas de ese lado se precipitó Salvatierra empujando a sus compañeros de

viaje.

—¿Has visto, Santiago? ¡Es genial! ¡Lo ha hecho como en *Karate a muerte en Bangkok*! —le dijo la débil voz del Caudillo.

Cuando se desvaneció la visión, Santiago regresó a su plaza y se aferró a los brazos del asiento. Bajó los párpados, bañados en sudor. Transcurrió un rato largo hasta que dio por hecho que aquella voz ya no iba a volver. Pero si Salvatierra hubiera podido salir del avión, habría encontrado al espíritu de Bruce Lee agarrado al timón, jugando entre las nubes como un dragón de fuego.

Al aterrizar en Barajas, una banda militar recibió con la música del pasodoble *Amparito Roca* a los pasajeros del vuelo de Santiago. Él estaba atónito, pero esa perplejidad creció al descubrir que sus compañeros de viaje no cesaban de sonreír y posaban para los fotógrafos de prensa con desenfado y alegría incomprensibles. Creció la admiración de Salvatierra cuando vio al ministro del Aire, el aviador Mariano Cuadra Medina (que durante la segunda guerra mundial había formado parte de la cuadrilla expedicionaria de la División Azul al lado de la Luftwaffe nazi), subido a una tribuna y acompañado de unas bellísimas azafatas que sonreían sin parar. Todo eso le resultaba tan inapropiado a Salvatierra para aquel luctuoso día... Cuando la banda de música acabó el pasodoble, leyó el ministro, con la vieja prosopopeya falangista, el discurso de inauguración del puente aéreo entre Madrid y Barcelona... Se estremeció Santiago pues ese acontecimiento ¡ya lo había vivido el año anterior! ¿Cómo era posible que pudiera repetirse la inauguración del puente aéreo sin que nadie diese muestras de extrañeza? Clavó la vista en el doctor Félix Rodríguez de la Fuente buscando una señal de entendimiento; pero este se mostró azorado ante las persistentes miradas de Salvatierra y se escabulló entre el grupo de pasajeros, que ahora estaban siendo agasajados con obsequios personales por los empleados de Iberia.

A partir de ese día, y a lo largo de todo aquel difícil año que transcurrió de un noviembre a otro noviembre, Santiago Salvatierra Masmolets convivió con la continua sensación de que las situaciones que protagonizaba, y las palabras que escuchaba, ya las había soñado o, incluso más, le parecía como si las hubiese vivido anteriormente.

—Es algo que le ocurre de vez en cuando a la gente —le dijo el psiquiatra, y le recomendó que no trabajara tantas horas—. A nuestra edad, lo más importante ya está hecho.

Cuando la radio anunció en la madrugada del 20 de noviembre de 1975 la muerte de Francisco Franco, Santiago Salvatierra recibió a primerísima hora una conferencia telefónica de su paisano y amigo el ministro Cruz Martínez Esteruelas instándole a que se presentara en Madrid de inmediato.

—Tres fechas resumen la historia nacional, Santiago: el 12 de octubre, el 18 de

julio y el 20-N.

—Déjame que me ría, Martínez. Así sería en un país como Dios manda, pero estamos en la tierra de la pandereta y de los imitadores de voces —respondió Santiago, pero por primera vez en todo aquel año, esa sensación de *déjà vu* no era exacta. Sí, había pronunciado un año antes esas mismas palabras, pero a una mujer desconocida. A una amante que nunca había tenido. Y ahora se las repetía a un señor de Hospitalet. Quizá tuvieran razón los marxistas y la historia siempre sucediera dos veces, la primera como tragedia y la segunda en clave de comedia. Conmovido por la notificación oficial del deceso del Caudillo, Salvatierra se apresuró a coger un taxi que le llevara al aeropuerto del Prat. ¡Qué grande era! ¡Y qué lejos estaba! Tenía que conseguir un pasaje para el primer puente aéreo. Con esta ya iban doce veces que lo utilizaba, le había comentado su secretaria, que estaba casada con un muchacho que tenía una óptica en La Verneda, un barrio de la periferia de Barcelona. Entre la cola que se formó en el mostrador de Iberia, nutrida de notables miembros de la economía y la política catalanas, los cuales mostraban públicamente su dolor por la muerte del Jefe de Estado, a Santiago Salvatierra le pareció reconocer al famoso naturalista Félix Rodríguez de la Fuente. Era el presentador de su programa de televisión favorito, pero fue prudente y no se atrevió a molestarle. Santiago sujetó *La Vanguardia Española* bajo el brazo y fue ahí, en esa cola de catalanes que iban al entierro de Franco, donde comprendió que el Generalísimo no iba a ser un personaje histórico de España sino que era su propia historia personificada. Lo habían anunciado los poetas de Falange: el Caudillo era nuestro bucle de destino en lo universal, como se verá en el cuento zen que sigue a continuación.

Al maestro, Bruce Lee,
que supo convertir la honda filosofía del Kung Fu
en la irrefutable técnica del Jeet Kune Do.

Un día, un muchacho campesino recorría el sendero que va de Simao a Bazhou. En el camino sintió sed y se arrodilló junto a un arroyo para beber de sus corrientes aguas, puras, cristalinas. El joven Yueyang, que tal era su nombre, hijo de Yueyang Huishui, comerciante de Simao, estaba muy orgulloso de sí mismo, pues conocía los doce movimientos del bodhidharma. Estos estaban inspirados en otros tantos animales; seis, hijos del metal, y seis, hijos de la madera. Los movimientos representaban al águila, al halcón, al ganso salvaje, a la grulla, al dragón, al fénix, al oso, a la tortuga, al tigre, al leopardo, al mono y a la serpiente. Desde muy pequeño, el joven Yueyang practicaba sus ejercicios todas las mañanas y el entrenamiento diario le había proporcionado un cuerpo robusto y lleno de salud. Cuando el muchacho levantó la vista del arroyo, descubrió ante sí a un anciano vagabundo, que llevaba gorra de plato, uniforme caqui, gafas de sol y fajín. El chico intentó darle una patada; pero el anciano desapareció y reapareció tras su espalda. Yueyang quedó muy impresionado; pero pensó rápido y giró sobre sí mismo con la velocidad de una serpiente y la furia de un dragón. De nuevo el anciano vagabundo supo burlarse de Yueyang. Ahora estaba encaramado en lo alto de un bambú. Yueyang saltó como el tigre hacia el anciano y, cuando estuvo a su altura, le lanzó el puño a la cara con la rabia de un mono. Pero también esta vez el viejo vagabundo supo evitar el ataque. Y desapareció entre el bosque dejando a Yueyang muy apenado y avergonzado.

Moraleja: Si buscas la verdad encontrarás catalanes muy francos.

Aquel domingo 11 de septiembre de 1977 el antiguo gerifalte carlista Felip Huguet i Almirall, que siempre que podía explicaba cómo sobrevivió al terremoto de San Francisco de 1905, salió con sus nietos a dar una vuelta entre los libros antiguos y usados del mercado de Sant Antoni. Como a las doce de la mañana los corredores estaban tan concurridos que no se podía dar un paso, Felip y los chicos se escaparon para tomar el aperitivo en el bar de enfrente. Ese día Felip Huguet había encontrado un ejemplar de *Corona de sonetos en honor de José Antonio Primo de Rivera*. Estaba impecable. Parecía que el tiempo no hubiera pasado, pero nunca es el mismo el tiempo de la palabra que el de la vida. Lo hojeó mucho rato antes de comprarlo y cuando lo hizo pidió una bolsa de plástico para que nadie lo viera.

—Avi, ¿qué libro es ese? —le preguntó uno de sus nietos con granujería.

—Una estupidez. Recuerdos de juventud. Pero para que se lo lleve un indeseable o se lo coma el polvo en ese puesto, prefiero tenerlo yo en casa.

—¿Me lo dejas ver?

—No, aquí en la calle no, que se estropea.

—Avi...

—¿Qué te ocurre ahora? Un terremoto teníais que haber pasado. Dime...

—¿Qué aprendiste en la guerra?

—Ay, hijo mío. En la guerra se aprende a olvidar.

En otra mesa de aquella terraza, el joven militante de la extrema izquierda comunista Josep Piqué, natural de Vilanova i la Geltrú (y futuro ministro en tres ocasiones con el Partido Popular de Aznar, el más joseantoniano de los presidentes de ese partido), metió el dedo en el vaso de tubo e intentó sin éxito sacar el palillo de dientes con las dos olivas ensartadas en los extremos. Eso de levantar el palito con el par de aceitunas era una halterofilia dominical y muy barcelonesa, que nada tenía que ver con la ortodoxia de los búlgaros. Reconfortado por el sol del mediodía, canturreó el pasodoble de la Bandera, del maestro Francisco Alonso. Cuando se compuso, esta marcha había sido muy popular entre los soldados españoles de la guerra de África, y dicen que hasta el rey Alfonso XIII la silbaba al afeitarse.

—Banderita, tú eres roja...

El principio era la única parte de la canción que el joven Piqué pronunciaba, las únicas cuatro palabras de aquella letra que le emocionaban, pues de una manera bella y azarosa evocaban su actual militancia en el grupo maoísta Bandera Roja, aunque ya tenía previsto su paso al PSUC, un partido con más proyección política. Lo bueno de

los partidos de masas es que eran también partidos de votos. Nadie se explicaba de dónde estaba saliendo tanto comunista desde la muerte de Franco; pero el revolucionario Piqué a esa cuestión no le concedía importancia. Consideraba que todos los españoles estaban compartiendo la misma hoja de ruta, él el primero. Que aquel comunismo no era sino una pintoresca curva del camino. Que toda esta gente que en los últimos años se decía de izquierdas lo único que quería era un televisor en color y un terreno en Mas Altaba (donde acababan de poner de reclamo publicitario una figura gigante de Heidi, como si aquel desmonte fueran los Alpes) o en cualquier otra urbanización de la comarca de la Selva. El PSUC era un partido de masas, sí, pero eso no iba a ninguna parte. Las masas habían pasado de moda desde tiempos de Ortega y Gasset. Estaban sociológicamente muertas. Ahora lo que se imponía en la calle era la gente. Lo que tenía futuro no era un partido de masas sino un partido de la gente, de las personas, un partido popular. Sin embargo, Piqué aún era joven y no tenía prisa. Confiaba en el destino como un bucle universal, como un coche de línea regular para el que ya tenía billete.

Sus compañeros de Bandera Roja, también universitarios a punto de dar el paso a partidos mayoritarios y a puestos decisivos (y bien remunerados) en la sociedad política y civil, llevaban todo ese fin de semana en estado de permanente excitación, pues se desvivían por participar en el gran acontecimiento de aquella tarde. Había convocada una manifestación multitudinaria para pedir la libertad, la amnistía y el Estatuto de Autonomía de Cataluña. Días después de aquella descomunal movilización, un decreto iba a reconocer oficialmente a Josep Tarradellas como presidente de la Generalitat. Este era uno de los tantísimos tics del franquismo que se mantenían: siempre que el poder preparaba algo gordo montaba antes mucho ruido, igual que el estómago segrega los jugos que han de facilitar la digestión. El regreso del exilio de Tarradellas era la manera que habían encontrado los poderes fácticos de frenar el arrollador avance de las izquierdas en Cataluña, así lo explicaban algunos periodistas, como Gregorio Morán. De otro modo, aquella región tan querida de España iba a caer en dos días en manos de socialistas y comunistas. Fue en Cataluña el primer lugar donde la Transición quedó detenida.

—Quieren justicia social, pero les vamos a dar pan con tomate.

Para la celebración de aquella Diada, todos los partidos, sindicatos, asociaciones..., se habían entendido sin problemas, habían sabido hacer piña como no estaban siendo capaces en otros asuntos.

—Ferran, ¿qué diferencia hay entre Bandera Roja y el PSUC?

—Eso que te lo explique Pep, que es el teórico.

En aquellos días, existía mucha gente como Piqué que podía ser llamada Pep en cualquier momento.

—Bueno, está claro, ¿no? El PSUC es un partido de masas, y nosotros no.

—¿Quieres decir que nosotros somos la vanguardia de la clase trabajadora?

—¡Por supuesto! ¡No querrás que sean los mismos trabajadores! ¡Todavía hay

clases!

La industria textil de Cataluña vivió su primer agosto de la democracia fabricando metros y metros de banderas catalanas. Patria es una manera épica de llamar a la caja registradora. Luego sería la industria china la que fabricase las banderas a mansalva para ocasiones también muy sonadas en Barcelona, pero entonces ya había llegado la globalización, que es el internacionalismo de los ricos. Se podía contar por kilómetros la tela con las cuatro barras estampadas que aquella tarde cubría todo el paseo de Gràcia, toda la plaza de Catalunya, toda la Via Laietana. Los autocares llegaban de todas partes de Cataluña llenos de banderas. Los balcones, las fachadas, estaban engalanados de arriba abajo con banderas y pancartas. Barcelona entera, desde su palpitante corazón hasta el último descampado del extrarradio, quedó empavesada como un gran barco a punto de zarpar hacia un mundo mejor. Cientos de miles de pegatinas en los macutos, en la solapas de las chaquetas de pana, en los palos de las banderas, en las barbas de la gente, en los buzones de Correos, en los bancos públicos, en la corteza de los plátanos de la Rambla, de las palmeras de la plaza Reial, de todos los árboles de la calle. Y bufandas con las cuatro barras. Y jerséis también con la *senyera*. Y cómics que narraban la historia de los catalanes, desde el paleolítico hasta el día de hoy.

—¿Usted irá esta tarde, doña Ramona?

—¡Ay!, si va todo el mundo, Juanito..., no iré a faltar yo.

—¡Cómo han cambiado los tiempos!

—¡Pero son los nuestros!

—¿Nuestros tiempos?

—Nosotros somos el tiempo, Juanito. Olvídate del pasado. Se ha perdido como tu pie. Además, ¿de qué te ha servido tanto padecer? Mira cómo estás ahora. ¿Así te lo han pagado?

—Doña Ramona, ¿ha pensado usted qué diría José, su difunto, de todo esto?

—No solo lo he pensado sino que anoche se me volvió a aparecer vestido de teniente para recordarme que esta tarde viniera sin falta a la manifestación.

—¡Pero qué van a entender los difuntos de lo que pasa en la tierra!

—Los muertos lo saben todo, Juanito. La única manera de saberlo todo es estar muerto.

El excombatiente Juanito Oliva Fabregat se había encontrado por casualidad con doña Ramona Codolls junto a una heladería del Portal de l'Àngel. Los dos estaban dando vueltas por el centro de la ciudad. Juanito había salido a echar un rato con su cajón de limpiabotas por aquellas calles; pues, como era domingo de tanto movimiento, pensó que quizá pudiera sacarse unos cuartos. Y doña Ramona, en su condición de solitaria viuda, dilataba sus años de vejez con largos paseos sin ton ni son.

Al final la curiosidad venció a Juanito Oliva y decidió que a la tarde iría a la manifestación por el solo gusto de mirar. Estaba dispuesto a dejarse amputar la otra

pierna si no reconocía entre la muchedumbre a alguno de los que en tiempos había dicho aquello de «habla en cristiano». Sin ir más lejos; ahí tenía a doña Ramona, que ahora se hacía la despistada, con lo mucho que celebró a Franco en vida.

¡Ahora me sale con el fantasma de su difunto!, pensó Juanito. ¿Para qué querrá más fantasmas que sus amigachas de Fuerza Nueva? Pero a estas seguro que ya les ha dado de lado. No tiene un pelo de tonta. Menuda es la Ramona. ¡Pero si hasta hace nada era más fascista que yo, y eso que yo hasta he fusilado!

También esperaba encontrar en la manifestación a buena parte de su clientela, honestos ciudadanos que se habían pasado cuarenta años dándole coba a las autoridades franquistas, a los jefes del Movimiento y a los cabos de la Guardia Civil. Y, por supuesto, a la Guardia Urbana, donde, desde luego, también se había sido muy de Franco. Y a todos los funcionarios y cargos del Ayuntamiento en general, por lo que se pudiera sacar de provecho.

Juanito Oliva arrancó la pegatina de *Volem l'Estatut* que le habían colocado en el cajón de limpia y maldijo pensando que la gente olvida muy rápido. No es que él no tuviese nada que olvidar, más bien es que no encontraba nada para recordar. Pertenecía a un vacío, a una de esas bolsas de vacío que irrumpen en medio de la historia, y sentía que nada de lo que había pasado y pasaba en el mundo tenía que ver con él. Él se había limitado sencillamente a verlas venir. A lo mejor tenía razón esa vieja fascista, bueno, ahora demócrata de toda la vida, y la historia es un dictado que le hacen los muertos a los vivos.

El ex ministro de Asuntos Exteriores del Régimen anterior, Laureano López Rodó, guardó en el portafolios un informe que su hombre de confianza Santiago Salvatierra, un antiguo jefe de la quinta columna catalana, redactó con las previsiones para la manifestación de ese 11 de septiembre. Parecía que, en efecto, estaba todo atado y bien atado. La cifra oficial de asistentes había sido uno de los puntos más difíciles de negociar entre catalanes y Gobierno central. En Barcelona se defendió desde el primer momento la cantidad de un millón de participantes. En Madrid se llevaron las manos a la cabeza. Un millón de personas en la calle por un acto en Barcelona no se había anunciado en la ciudad desde el XXI Desfile de la Victoria al que asistió el Caudillo en persona. ¡Cómo se iba a dar ahora la misma cifra para un tema tan local! Pero al final se accedió en Madrid a cambio de una sola condición.

—De acuerdo, que sea un millón de participantes; pero solo si se considera que se han manifestado unas cuatrocientas mil personas; no vayamos luego a hacer el ridículo.

—Hombre, a esa cantidad creo que llegaremos. Lo hemos preparado todo muy bien.

Considerado un prestigioso político catalán, el opusdeísta Laureano López Rodó había sido llamado para formar parte de la comisión que redactaría el futuro Estatuto

de Autonomía de Cataluña. Y por tal razón, en sus ratos libres, se dedicaba a poner por escrito los primeros borradores: «Los catalanes, al igual que el resto de los españoles, también son hijos de Dios...».

La tarde de la *diada*, el joven Josep Piqué se presentó en el piso franco de su célula comunista con su melena lacia y su bandera catalana cuidadosamente doblada y recogida en un macuto, de cuya hebilla colgaba una chapa con la leyenda *Nuclear? No, gràcies* y un sol rojo dibujado. También llevaba una bolsa con discos de La Trinca.

—¿Habéis oído el *Trempera matinera*? Acaba de salir. Son la pera estos de la Trinca. Son la esencia del auténtico espíritu de la tierra: cachondeo y pelas.

Josep Piqué tenía fritos a sus compañeros con sus gustos musicales. Otra vez había aparecido con una casete de Pere Tàpias. Y aquel verano, en lo mejor del Canet Rock, la actuación de la amena Companyia Elèctrica Dharma, va y se queda dormido. Y menudos ronquidos que pegaba.

—No, si buenos sí que lo son; pero es que tocaron muy tarde.

Pero lo más divertido del joven Piqué era su original manera de dar la mano. Cuando, en aquel Canet Rock le presentaron a Pau Riba, la admirada figura del *underground* catalán, le hizo unas inclinaciones de cabeza tan reverenciales y tan graciosas, tan celebradas por todos y tan exitosas, que muchos años después, ya en la madurez, siendo ministro de Exteriores, las repetiría por televisión para que las pudiesen ver todos los españoles.

La manifestación, que duró más de cinco horas, arrancó bajo un sol muy veraniego. Aquello era un mar de camisas a cuadros, de manga corta. Al martes siguiente, pues entonces los lunes no había prensa, el diario *La Vanguardia* (que ya había suprimido lo de *Española* de la cabecera) le dedicaría a la manifestación toda la primera plana entusiastamente, con una gran foto como portada y un único titular: «Más de un millón de gargantas y una sola voz: ¡Autonomía!». Y así se silenciaban las otras dos voces que también decían *libertad* y *amnistía*, y se inauguraba el idilio de la burguesía catalana con un nacionalismo hecho para satisfacer sus exclusivas necesidades.

Pero ¿de dónde había salido ese mogollón?, se preguntó Juanito. Quizá no fuesen un millón, pero lo parecían, y cuando la gente parece un millón es que la cosa va en serio. ¿Que de dónde surgía toda esa gente? Pues cada uno de su casa, y eso era lo auténticamente democrático de lo que ocurría.

En medio de tantos cientos de miles de rostros, el primero que reconoció Juanito fue el de Felip Huguet Almirall, el jefe carlista con el que había estado fusilando en el Camp de la Bota. No tuvo ganas de saludarlo, y se mezcló entre el gentío para evitar

que sus miradas se encontrasen. Felip Huguet se había colocado a la cabeza de los manifestantes, entre los dirigentes políticos y sindicales. No le conocía nadie, pero como aparentaba los noventa años que debería tener le permitieron quedarse para que diera venerabilidad a la foto. Un poco más atrás vio a sus nietos. El viejo Felip Huguet llevaba en la americana una pegatina de *Convergència Democràtica de Catalunya* y la gente joven le abrazaba, le besaba y le daba las gracias por gastar sus últimos cartuchos participando en la manifestación. Menos mal que no le preguntaron dónde había gastado los primeros. Pudiera ser que a esa edad tan avanzada, pensó Juanito, su familia le hubiese arrastrado hasta allí en contra de su voluntad; pero apartó esa idea de su mente cuando vio al anciano gritar con tanto ahínco como todo el mundo o aún más.

A doña Ramona Codolls, por más que la buscaba, no era capaz de localizarla; claro, que como se había concentrado tantísima gente en el paseo de Gràcia, dar con ella iba a resultar tan difícil como encontrarse de cara el reloj giratorio del Banco de Bilbao cuando se quiere saber la hora. De lo del millón de personas, Juanito se enteraría días después y entonces pensaría que si tan solo un diez por ciento de esos dos millones de zapatos hubiese pasado aquella tarde por su cajón de limpia, habría lustrado la friolera de doscientas mil unidades de calzado. Menudo dineral. ¡Lástima que la mayoría de la gente fuese con esparteñas!

Precisamente en el momento en que Juanito se volvió para excusarse con un hombre al que había pisado con su pierna de madera, estrenada hacía un par de meses para conmemorar el 18 de julio, vio al fin a la viuda Ramona Codolls, la cual parecía muy entregada formando parte del séquito de Òmnium Cultural.

—Usted disculpe —se excusó Juanito al hombre al que había pisado—, es que con tanto zarandeo, para un impedido como yo no hay manera de mantener el equilibrio.

—Quede tranquilo, caballero, que le entiendo muy bien. Solo he notado el golpe y no el daño, pues yo llevo un talón de hierro.

El interlocutor de Juanito Oliva era un anciano que había sido payés en los neblinosos huertos de La Llagosta, y que se había quedado tullido, hacía ya muchos años, al clavarse una banderilla en un talón durante una capea. Alfons Bovill Matagalls acudió a aquella convocatoria reivindicativa del Estatuto de Autonomía en calidad de buen catalanista. Llevaba muy dentro el sentimiento de pertenencia a su tierra y hubiese dado la vida por ser el más célebre torero catalán del mundo, pero al final tuvo que conformarse con dar parte de un pie. Como nunca estuvo en política, ahora no sabía en qué sitio de la manifestación ponerse, de modo que continuamente iba de un lado a otro con su traje de mil rayas y apoyado en su bastón de caña que tenía por puño la figura de un toro. Le había emocionado la solemnidad con que se manifestaban los miembros del Òmnium Cultural, entre los cuales supo distinguir a Lluís Carulla, presidente de la casa Gallina Blanca y representante de los Rockefeller en Cataluña, y pensó que quizá fuese ese el grupo con que debiera marchar. ¡Qué

diablos, una gallina no era un toro, pero qué contentos se iban a poner cuando les contara que había conocido personalmente a Bernadó, el gran diestro de las plazas catalanas!

En ese momento vio pasar Juanito frente a él a Graciliano Cascales, el *Sheriff* de las Ramblas. Iba vestido de gala, con lazo de terciopelo, levita y pantalones negros. Llevaba una cinta con la bandera catalana atada a su sombrero del Oeste.

—Pero ¡Graciliano! ¡Tú aquí! ¡Esto sí que no me lo esperaba!

—Tenía curiosidad por ver a tantos catalanes de cerca. Allí, en San Adrián, a los catalanes solo se les ve por televisión. Y a ti, Juanito, ¿quién te ha mandado aquí?

—¿A mí? ¡Nadie! ¡La gente!

Por fin mandaba la gente. El inconveniente de la gente es que no puede mandar hacia arriba. Por eso a las derechas les gusta tanto la gente. Marchaba la gente tocándose codo con codo y hombro con hombro. Apretándose, mezclando sus pasos y sus voces, sintiéndose viva. Ancianos y melenudos, matrimonios con los niños, funcionarios del Estado y del Ayuntamiento, maestros de colegios públicos y de colegios religiosos, mujeres de la limpieza, conductores del metro, policías de paisano..., entre todos, estaban llenando de presente aquel 11 de septiembre. El presente es mejor que la historia. El presente nunca pasa. Pero no siempre corren tiempos presentes. Son los más escasos.

Decenas de miles de trabajadores catalanes nacidos en Cataluña, en Murcia, en Extremadura, en Andalucía, en Galicia, en Zaragoza, en León..., que habían captado al vuelo el signo de los tiempos y no estaban dispuestos a dejar de vivir un tiempo que les pertenecía porque lo estaban construyendo con sus propias manos. Eso era el presente.

Identificó Juanito entre aquella multitud a Jaime Casellas, el propietario de la papelería librería del barrio chino, que hacía años le había dejado los urinarios llenos de pan. De este modo se estaba incorporando el pasado franquista en la masa viva de la sociedad. Por fin se había cortado Casellas la uña tan larga del meñique y, en vez de la insignia del Sagrado Corazón de Nuestro Redentor, ahora llevaba en la solapa el escudo de la Generalitat. Iba voceando como un descosido: «*Volem l'Estatut, volem l'Estatut!*». Juanito Oliva no fue capaz de contenerse y gritó cuando llegó a su altura: «¡Y un pedazo de pan duro!».

«¡Y un pedazo de pan duro!, eso es lo que coreaban los más humildes en la manifestación», escribió al otro día un periodista muy militante que había escuchado a Juanito. «Después de tantos años de dictadura, las clases populares catalanas, que tras combatir contra las tropas nacionales de Franco quedaron mutiladas para siempre, hoy reclaman humildes y orgullosas el Estatuto de Autonomía y un pedazo de pan duro, que durante cuarenta años se les ha negado».

Encaramado a una farola modernista del paseo de Gràcia, un hombre con una barba negra muy espesa y muy larga y con los ojos desorbitados no cesaba de gritar: «¡Loado sea Dios! ¡Loado sea Dios!».

—Raymundo, baja, hijo, que te caerás y te harás mal.

Desde que Raymundo de Muntanyà había sido expulsado de la abadía benedictina de Montserrat, su madre no le quitaba ojo de encima. Hacía cosas raras y la tenía muy preocupada. Le habían dicho que se había vuelto loco por unos vapores de la cocina del monasterio; pero, a su parecer, Raymundo era un místico que rozaba la santidad.

—Es mi hijo, ¿saben? Cada mañana ve una luz blanca y luego oye como un estruendo. O quizás sea al revés. Ahora no me acuerdo. Dice que se trata del Caudillo, y que viene a verle porque está muy triste por los monjes de Montserrat. Le apena que se metan tanto en política. Una vez le dijo Franco a mi hijo: con lo que yo he querido a la Moreneta..., pero, eso sí, los besos que yo le di no se los quita nadie. ¡Figúrense!

Cuando Raymundo vio pasar a un grupo de monjes con hábito, que también participaban en la manifestación, se dejó caer de la farola y les cortó el paso.

—¡Escuchadme, hermanos! ¿Os gustan los refranes? Pues tened cuidado. Porque si Mahoma fuese a la montaña, ¿qué sería de los monjes de Montserrat? ¡No dejaría ni uno!

En el grueso de la multitud, donde se mezclaban las pancartas de las casas regionales de toda España con las de las asociaciones de vecinos de toda Barcelona, le llamó vivamente la atención a Juanito Oliva la presencia de un negro, que de tan inmóvil daba miedo. Cuando se acercó, le explicaron que era el guerrero africano que se conservaba embalsamado en el museo de Historia Natural de Banyoles, y que, como se trataba de una figura tan representativa de Cataluña, la gente del pueblo había decidido sumarlo a la *diada*.

—¡Es la Moreneta laica!

En aquella reivindicación de la identidad nacional y de los valores democráticos había convergido toda la sociedad. Sí, aquel día se asentaron por los siglos de los siglos las bases de la convergencia y de la unión entre los catalanes. Podrían ser comunistas si eran buenos patriotas, o sindicalistas, o pobres, o parados, o incluso españolistas (del RCD Espanyol), pero por encima de todo: buenos catalanes. Ni siquiera importaba ya el pasado. De ese modo, también se manifestó en defensa del Estatuto de Autonomía y de un sistema democrático pluralista la patriótica Acció Democràtica de Catalunya, fundada por el constructor Josep Maria Figueras Bassols, que se había lucrado especulando durante el franquismo, edificando siniestramente por toda la periferia de Barcelona y aprovechándose junto al Barça para construir en los viejos terrenos cuando el cambio de estadio. Ese cambio de campo, sustentado en la recalificación de terrenos, vaticinaba en qué iba a consistir, en Cataluña, el cambio de campo entre la dictadura y el régimen democrático. El sufragio universal, la abolición de toda discriminación y el reconocimiento de la identidad del pueblo catalán eran exhibidos ahora como los objetivos prioritarios del nuevo partido Centre Català, formado por los empresarios cementeros Carles Güell de Sentmenat (que más tarde sería presidente del Círculo Ecuestre) y Joaquim Molins (que acabaría de

conseller en dos Gobiernos de Pujol). Qué mayor negocio para un cementero que el encargo de construir todo un país. Y al frente del partido Concòrdia Catalana marchaba el antiguo falangista Joan Antoni Samaranch, que abogaba ahora por el restablecimiento de la paz en un régimen de democracia y que exigía la redacción de un moderno Estatuto de Autonomía que superase al ya obsoleto Estatuto de 1932.

Juanito Oliva se sintió viejo y cansado, y decidió irse de aquel lugar y dejar que el río de la manifestación siguiera su curso. Al fin y al cabo, la historia nunca había ido con él. Prefería el agua estanca. El tiempo embalsado. Pantanos como los que inauguraba el Caudillo. Pantanos de tiempo donde cabían todos los segundos, todos los minutos, todas las horas, todos los días, todas las semanas, todos los meses que caben en cuarenta años, sin que se moviera un alma. ¿Qué sabría el que dijo que el movimiento se demuestra andando? Todo lo contrario, en tiempos del Movimiento se quedaba todo el mundo firme.

Si Juanito Oliva se hubiera dado media vuelta en ese instante, habría visto pasar en la formidable manifestación a los integrantes del conjunto Les Akord's, antaño ganadores del concurso mundial de armónica de Luxemburgo. La gente les pedía que tocasen algo, como en los viejos tiempos, y a punto estuvieron de ejecutar la melodía de *Yo tenía un camarada*; menos mal que les avisaron y contentaron a los asistentes con una bella adaptación del villancico catalán *Lo desembre congelat*. Tampoco faltaron quienes, en aquella aglomeración, se reconocían de aglomeraciones anteriores, como el XXXV Congreso Eucarístico Internacional.

—Pues yo a usted le tengo visto del XXI Desfile de la Victoria.

—Y yo a usted del Sidi Ifni.

No quiso perderse la manifestación un contable poeta que se había presentado a todas las convocatorias de los Juegos Florales Sindicales. Acudieron asimismo los damnificados en las inundaciones del 62, los cuales se personaron, evidentemente, no en calidad de antiguas víctimas, sino a título individual. Bien como sindicalistas forjados en la clandestinidad a partir de aquellos años, o bien como dueños a plazos de una vivienda digna gracias a construcciones Figueras Bassols, o a construcciones Núñez y Navarro; o gracias a los despiadados planes urbanísticos del alcalde Porcioles. La junta de propietarios del Gran Teatre del Liceu entonó a coro *Els segadors* cuando pasó frente a la Pedrera. Muchos se llevaron la mano al corazón como habían visto en las películas americanas. Tampoco faltaron los admiradores de Juanita Reina, que irrumpieron repicando las palmas para añadir el gracejo de las clases populares. Los vecinos del barrio chino detuvieron en su marcha al prudente señor Estapé, propietario de una panadería de toda la vida, para felicitarle por su idea de elaborar el roscón de la *diada*, que por su forma circular evocaba también el 0-5 que le había metido al Real Madrid el Barça de Cruyff. Y también abrazaron al antiguo empleado del señor Estapé, el pobre Nicolau, que se había pasado quince años en la cárcel por rojo, pues recién vuelto de Francia unos falangistas lo reconocieron una noche al salir de la panadería, le trincaron en medio de la calle y le

pegaron una paliza. Los socios del Barça allí estaban también, pidiendo a voz en grito la recalificación de la región catalana como comunidad autónoma. Y los del Real Club de Polo, que fueron en caballo. Y la junta de damas de la obra Mejoramiento Moral y Material de la Clase Obrera, que ahora había tomado el nombre de Millora dels Obrers i de L'ànima Catalana, por darle un aire más literario a las siglas. Y las ya crecidas niñas del patronato de las Camitas Blancas, a punto de formar el patronato de las Canitas Blancas. Y la Virgen de Montserrat se apareció en su trono de pedrería con su bola que llevaría pegados para siempre los dulces besos del Caudillo. Y desde las nubes, un chino saludaba a la concurrencia haciendo unos gestos muy raros con los brazos y con las piernas. Para poder decirse un millón de personas se requiere de la participación de toda la gente. ¿Todos? No. Todavía faltaba uno. O quizá no faltaba. Tras los cristales de un solitario ático, envuelto en su gabardina tipo trinchera, su sombrero flexible y sus guantes de cuero, Santiago Salvatierra, ojos metálicos, contemplaba en silencio aquella marcha; pero era como si también estuviera presente. No en vano, eran catalanes todos.

Extractos del parte policial núm. 222 con fecha del 29 de abril de 1984, clasificado en los archivos de Via Laietana, donde se comunica la detención, por parte de los agentes del Cuerpo Nacional de Policía Inocencio Español Salvaje y Domingo Catalán Tranquilo, del limpiabotas Juan Oliva Fabregat, de setenta y nueve años de edad, por agresión en la vía pública a la viuda Ramona Codolls Formiguera, de setenta y cuatro años de edad, cuando esta celebraba con unas amigas del Círculo Espiritista de Sants la victoria electoral de Convergència i Unió. Era la segunda vez que CiU ganaba unas elecciones a la Generalitat y al Parlament de Catalunya, y la primera en que obtenía lo que ha venido a llamarse «una abrumadora mayoría absoluta». La Pax catalana se inauguraba así en el año de 1984, el mismo en que George Orwell emplazó su sociedad totalitaria del Gran Hermano. Por aquel entonces, la Transición ya había muerto y la democracia española se quedaba sin aliento. Se convertía por todas partes en una democracia de mayorías absolutas y de partidos inertes. Una democracia vacía, que acabaría llevando a sus ciudadanos a vivir en ese vacío.

[...]

El detenido Juan Oliva Fabregat, con carnet de identidad núm. 18.071.936, nacido en Badalona, en 1905, residente en la calle Sant Carles, 5, de Badalona, se declara autor de las agresiones a Ramona Codolls Formiguera, con carnet de identidad núm. 1.041.939, nacida en Barcelona, en 1910, y domicilio en la calle 26 de Gener de 1641, núm. 7.

El incidente ha tenido lugar a las 21 h del día de hoy, domingo 29 de abril de 1984, en una esquina de paseo de Gràcia con la calle València...

[...]

[Declaración del detenido Juan Oliva]

La vieja andaba con otras alborotando por la calle... Dándole vivas a Jordi Pujol y a su mujer Marta Ferrusola, como si fueran Isabel y Fernando. Había empezado a refrescar, y a mi edad las pulmonías están a la vuelta de la esquina, pero ¡de qué esquina! ¡Paseo de Gràcia con València! ¡La más señorita de toda Barcelona! Al principio me alegré de ver a doña Ramona, pues ya le he dicho que la conozco de toda la vida. ¡Si su marido, que en paz descansa, y yo hasta habíamos fusilado juntos en el Campo de la Bota! Me acerqué a ella con la intención de saludarla y pedirle unas pelas para tomarme un café con leche, como siempre he tenido costumbre; pero entonces va la vieja y al principio hace como si no me conociera. ¡Un cojón de mico! ¡Se va a creer que no me ha visto nunca! ¡Tendrá rostro! Pero si ni tenía que mirarme a la cara, le bastaba con verme el pie que me falta... ¡Que fue su marido quien me consiguió la primera pata de palo! ¡Fue él quien me escribió la carta a Franco!

[...]

Hacía un rato, había sentido por la radio que esta vez la victoria de Convergència i Unió rebasaría la mayoría absoluta, así que al encontrarla a ella, a doña Ramona, tan emperifollada y de jarana con sus amigas espiritistas, me dije, ¡tate!, estas sí que saben vivir en el mundo real. Quise felicitarla por la victoria

de los suyos, solo por entrarle bien. En cambio, la tía va y hace ver que no se recordaba de mí, que no sabía quién era yo como si nunca hubiéramos estado juntos cantando el *Cara al sol* y recibiendo a Franco cada vez que venía a Barcelona. Pero la llamé por su nombre y no le quedó más remedio que dar su pierna a torcer. Le dije: «Pues ya ve usted, doña Ramona, yo sigo como siempre. Ya sabe que a mí no me gustan los cambios. Así que, por mantener la tradición, pues si usted tuviera para convidarme a un café con leche...». Y entonces va la hipócrita y me mira de arriba abajo con cara de pena, rebusca en el monedero y me contesta que no tiene suelto. ¡Esto sí que no me lo esperaba de ella! ¡Después de tantos años! ¡Hasta eso me iba a negar! ¡El café con leche que siempre me había dado su marido! Le rogué que fuera generosa en ese día en que parecía tan contenta: «¡Ramona!, con lo alegre que se la ve, que hasta parece que sea usted la que *haiga* ganado las elecciones en vez de Jordi Pujol». ¡Para qué no me mordí la lengua! Cogió la mujer y empezó a gritarme como una histérica: «¡Sí, señor! ¡Tienes toda la razón! —me dijo—. ¡Yo he ganado las elecciones! ¡Yo y no tú!». No veas con la vieja; antes ganaba guerras y ahora gana elecciones; pero esto no quise decírselo. Pero como tampoco me pude morder la lengua, le dije: «¡Ay, doña Ramona! Pero, a nosotros, ¿qué bien nos puede hacer Jordi Pujol a nuestra edad?». Y ella me contesta: «Llevar este país, ese es el bien que nos está haciendo a todos. Y ahora, para que se joda la purria, lo va a hacer con mayoría absoluta. ¡Para que aprenda de una vez la charnegada! ¡Muertos de hambre, que sois todos unos muertos de hambre y unos desgraciados!». Compréndame, señor comisario. Yo ya no supe contenerme la rabia, porque franquista sí que lo soy un rato, pero de eso a charnego... Y por eso me tiré a ella. La agarré por su abrigo de pieles. Esa mierda de pieles de segunda mano que le habían regalado hace veinte años las marquesonas del Club de Polo, y con las que ahora iba por la mejor calle de toda Barcelona dándoselas de demócrata de toda la vida.

Cuando al fin se abrió la puerta de la cripta aquel lunes 9 de septiembre de 2013, un haz de luz pasó titubeante, recorrió el lóbrego pasillo decorado con yugos y flechas, y se filtró por las gigantescas losas de mármol. Resonó en la bóveda el lamento de esa puerta metálica por la que ahora entraba el doctor Hermann, con la bata cubriéndole el traje tirolés. Es cierto que el doctor Hermann Treig nació en una apartada aldea de la Selva Negra alemana, pero iba a formarse bajo la tutela del excoronel nazi Otto Skorzeny en el glorioso Madrid de las águilas negras y de la Puerta de Hierro, monumento histórico y solitario a cuyos pies el italiano Licio Gelli, Venerable Maestro de la logia P2, había iniciado en los ritos masónicos a sus compañeros del grupo Paladín.

A pesar de padecer una perceptible tendencia al tartamudeo (acaso provocada por el bilingüismo germanoespañol al que fue sometido de niño), el doctor Hermann Treig exhibía una oratoria poderosa consistente en hablar cada vez más rápido y más alto, hasta que al final solo se le escuchaba a él. Desde hacía unos años, era el director científico de la FAES (la prestigiosa Fundación Arriba España y Sucedáneos), y todo el día iba acompañado de su fiel servidor, el jorobado Paco Merienda, un desdichado sepulturero de Sant Sadurní d'Anoia, al que había salvado de morir linchado por sus propios paisanos.

—Paquito, ¿lle... llevas las fichas de los tres caca... catalanes que hay que descongelar?

—Sí, mi amo. Me la he metido por dentro del jubón como las marías se guardan el monedero entre las tetas.

—Qué gran popo... poeta hubieras sido, papa... Paquito, hijo. Pero España ya no es tierra para poetas y soldados. Se la come la chusma. Hoy un español es un emprendedor con sudadera.

—Tienes toda la razón, mi amo. Hemos vendido la hidalguía por una tarde en el centro Xanadú.

El doctor Treig encendió su pipa y se orientó hacia la cámara secreta de criogenización.

—Mi amo, te recuerdo que está prohibido fumar bajo techo. Es como la gorra en la mili.

—El tata... el tabaco que yo tengo o no tengo que fumar déjame que lo fufu... que lo fume tranquilamente. Qué bien se está aquí debaba... debajo. ¡Cuánta historia nos recubre y nos contempla!

Para construir aquella cripta había sido necesario vaciar más de doscientos mil metros cúbicos de roca en plena sierra del Guadarrama. Las sombras del científico y el jorobado temblaron en el suelo y atravesaron la verja custodiada por las figuras de dos ángeles con espada. Retumbó a las espaldas de aquellos hombres el ruido de unos pasos. Era el andar de un monje de aquel monasterio benedictino, que había salido a contemplar la jara, los robles y los chopos de uno de los más bellos enclaves de España. El doctor Treig agarró emocionado el hombro de su leal Paco Merienda y señaló en silencio hacia la entrada secreta de una de las capillas. Cruzaron la basílica y se persignaron al pasar ante las dos sobrias y solemnes lápidas bajo las que descansaban los restos del Caudillo y de José Antonio Primo de Rivera como un doctor Spock y un capitán Kirk en el eterno viaje hacia el destino en lo universal. Bajo los pies del profesor Treig y de su leal asistente, se revolvían los restos de treinta y cuatro mil combatientes de la guerra civil. Encima de sus cabezas, una cristiana cruz de piedra de ciento cincuenta metros de altura coronaba aquel siniestro monumento, conocido en todo el mundo como el Valle de los Caídos, y cuyas cámaras secretas de criogenización estaban custodiadas por la Fundación.

—¿Has oído esos pasos?

—Sí, amo. Sería un fraile.

—Un bebe... un benedictino. ¡También son benedictinos los monjes de la abadía de Montserrat! Se conoce que el Vava... que el Valle de los Caídos y el monasterio de Montserrat son monumentos hermanos como Sevilla y Kansas City.

—El Valle y la Montaña, los dos juntos, lo mejor de España.

—Paquito, apunta ese eslogan para el Ministerio de Información y Turismo.

En la sala donde estaban las cápsulas de los patriotas congelados, se leía en caligrafía visigoda una inscripción inspirada por unos versos de Antonio Machado: «Dijo el poeta: Una de las dos Españas ha de helarte el corazón. FAES lo ha conseguido con sus cámaras de criogenización. Querer es poder. FAES, la voluntad de un pueblo». El jorobado Paco Merienda se sacó las tres fichas del jubón y buscó los nombres en las chapas de las cápsulas. Tras las ventanillas de cada una, se distinguía recubierto por una delgada capa de hielo el rostro de los durmientes. Presidían desde un pedestal aquel ejército de tumbas provisionales las cápsulas de José Antonio Primo de Rivera, y del Caudillo y de su esposa doña Carmen, a los que habían guardado en una de matrimonio. El Jefe de Estado, ataviado de paisano con traje gris y chaleco de punto, y doña Carmen con su bolso repleto de joyas sin pagar y su más querido vestido de flores, recordaban de alguna manera a *Los Roper*. El jorobado volvió a comprobar las tres fichas. Sus dedos peludos y sus largas uñas manejaban con dificultad aquellas cartulinas.

—Mi amo, como son catalanes todos, estarán en las columnas de la IV Región Militar. Leo sus nombres: José Batiste Riuvíu, exteniente de automóviles durante la Cruzada y luego funcionario del Ayuntamiento de Barcelona; Santiago Salvatierra Masmolets..., ¡qué historia la suya!, ¡la de un buen catalán!; y Juan Oliva Fabregat,

excombatiente y, caramba, mutilado. Vamos a por ellos.

José Batiste había muerto aparentemente en 1972 atropellado por un coche robado al cruzar la Gran Vía. Iba al supermercado para comprar un bote de Cola Cao, pues estaba haciéndose la colección de los pictogramas de los deportes de los Juegos Olímpicos de Múnich. Lo cierto es que no sufrió ningún accidente sino que fue recogido por aquel 1430, el auto de los servicios secretos de Franco, y llevado a criogenizar. Su viuda, doña Ramona Codolls, le sobrevivió veinte años sin descubrir jamás la verdad del asunto. Algunas noches José Batiste, llevado por el amor, como solo lo saben sentir los españoles que han bailado el *Tiro-liro*, la visitaba vestido de teniente y le decía que era su propio fantasma, cosa que al parecer ella siempre creyó. Fue también en 1992, el año del deceso de doña Ramona, cuando el antiguo contacto de la Gestapo en Barcelona, Santiago Salvatierra, ingresó en su cápsula de criogenización, que en aquel entonces se encontraba, como todo lo importante, en las instalaciones suizas de Lausana.

Durante sus últimos años, Salvatierra había sido apartado de la política por sus superiores y vivía en una mansión de lujo a los pies del Tibidabo, propiedad de los servicios secretos. Se trataba del mismo edificio donde tuvo instalado su gabinete el inventor y archimillonario Ramón Trevélez, que no era otro sino el legendario Yuma, el enigmático justiciero de la capa y la capucha que daban el don de la invisibilidad. En los mismos días en que Yuma realizaba sus hazañas, los crueles años cuarenta, estas eran ficcionadas con pseudónimo para la editorial Molino por el escritor Guillermo López Hipkiss.

Con los guantes negros, el sombrero flexible y un ejemplar de *La Vanguardia* en el bolsillo de su gabardina modelo trinchera, Santiago Salvatierra paseaba todas las mañanas larga y solitariamente por la calle Balmes abajo, luego tomaba Pelai y al fin descendía toda la Rambla, hasta llegar al plácido Moll de la Fusta. Le gustaba ver amarrada la réplica de la carabela de Colón y, al fondo de la avenida, la estatua del almirante elevándose sobre la ciudad. No le importaba cómo era España a su vejez, pues creía que las naciones no cambian, ni tampoco los hombres. Se había aficionado mucho a la música barroca, y las tardes las pasaba en el sótano de la fonoteca de la Universidad Central de Barcelona, acomodado en un sillón y escuchando por unos auriculares música de Bach, a quien consideraba el mayor compositor de todos los tiempos. Todo era repetición, todo era variación. El genoma de la vida giraba sobre una espiral barroca. La España de Franco y la Cataluña de Pujol, Salvatierra las encontraba diametralmente opuestas en todo menos en la frase, en la manera de decirlas. Ambos eran países de un solo hombre, ¡qué de un hombre!, ¡del apellido de un hombre! Cuando un único apellido basta para simbolizar una nación es que todo va bien. Ambos dirigentes habían convertido el patriotismo en un manto permanente que se extendía sobre los ciudadanos para protegerlos y, si no se estaban quietos, asfixiarlos. La noche en que Santiago Salvatierra rellenó la ficha de ingreso en el centro de criogenización de Lausana le preguntaron qué había sido lo mejor de su

vida.

—Lo mejor de mi vida ha sido el dolor —dijo.

Juanito Oliva entró en su cápsula al día siguiente de cumplir cien años, en 2005. No desveló nada al respecto a su hijo Sebastià ni a su nieto Marc, de dieciocho años, que empezaba a estudiar en la universidad. Como solían hacer en estos casos, se encargaron en la Fundación de simular su muerte por fallo coronario y de reemplazar su cadáver. Tras someterlo a un proceso de rejuvenecimiento, fue ingresado en el Valle de los Caídos. Su hijo Sebastià había logrado levantar la mugrienta taberna familiar de detrás de la estación de Renfe en Badalona convirtiéndola en un elegante restaurante de cocina de mercado, con la presentación cosmopolita de la *nouvelle cuisine*. En aquellos días en que Sebastià se metió en lo del restaurante, Barcelona estaba arrancándose con una espátula la roña del franquismo. Era la misma espátula con que remozaba todas las fachadas del Eixample. Les quitaba la mugre acumulada durante cuarenta o cien años y eliminaba el polvo antiguo, el humo de los tubos de escape..., todo dentro de la campaña *Barcelona, Posa't Guapa*, que culminaba pintando los edificios en tonos pastel. El pastel de la dictadura se había terminado, pero seguía el pastel inmobiliario. Aquel espíritu amable y pastoso de la ciudad encorajinaba a Juanito Oliva. Le parecía que Barcelona estaba en manos de gente blanda. La peor para él. Cuando vio los platos cuadrados y tan olímpicamente blancos que había comprado su hijo, se puso a reír y le dijo que la comida era para comérsela y no para sacarle fotos.

—A un sitio tan blanco más que ir a comer parece que uno vaya a operarse de la próstata.

Aquel excombatiente mutilado despreciaba lo que no costaba sangre, pues siempre vivió en la adversidad y para él si algo no resultaba adverso no era verdadero.

Pasó a recogerle el Rolls-Royce de la FAES en el acceso de Sant Roc a la A-19, la primera autopista de peaje de España, la cual unía Barcelona y Mataró igual que el primer ferrocarril de España. El punto donde Juanito estaba citado era el corazón de un barrio maldito de Badalona, en el que desde el primer día habían vivido hacinadas miles de familias gitanas, y cuyos pisos en aquel inicio del siglo XXI empezaban a alojar a marchas forzadas a miles de familias pobres venidas de todo el mundo. Cuando se detuvo el auto junto a la isleta del semáforo, Juanito Oliva hizo bajar al chófer y señaló a unos cochambrosos bloques de protección oficial, comidos de manchurroneos por la humedad.

—Dicen que los van a tirar y van a hacer otros nuevos. Menuda pijada. En realidad, a los de arriba les importa una mierda lo que pase aquí abajo. Lo único que les preocupa es no verlo.

El conductor, de muy avanzada edad, levantó su labio leporino y se quitó la gorra de plato para secarse del cráneo el sudor de aquel día de julio. Ayudó a Juanito a entrar en el coche, pues iba con las muletas, ya que le habían recomendado que no se

hiciera congelar con la pierna de plástico.

—Oiga, Montano —dijo Juanito Oliva—, ¿en Madrid también han llegado al poder los pijos?

—Pues no sabría explicarle, caballero. Yo nunca me he metido en política. En Madrid ya hace tiempo que andan con la democracia.

—Lo que yo le diga: los pijos. La democracia es un invento de los pijos.

—De los pijos y de los maricas, eso es la democracia, un invento de esa gente —Juanito Oliva palmoteó sobre el cristal de la mesa subrayando con cólera sus palabras.

Santiago Salvatierra lo escuchaba indiferente mientras seguía con la vista a la camarera brasileña, que atendía en inglés a unos ejecutivos alemanes apoltronados en los sillones blancos de cuero. Una rubia sentada en una especie de *chaise longue* trabajaba solitaria con su ordenador portátil sobre las rodillas. Se encontraban los tres viejos camaradas en la cafetería del moderno hotel Pulitzer, en la calle Bergara, junto a la plaza de Catalunya. La plaza donde estuvo la temida checa del Hotel Colón; pero también el alegre salón Rigat y los otros desaparecidos bares que los tres amigos tanto frecuentaron al cabo de ganar la guerra.

José Batiste le hizo a Juanito un gesto de prudencia.

—¡No me da la gana de callarme, Batiste! Si nos han traído aquí, en pleno 2013, no es para que nos callemos.

Juanito Oliva resopló y apoyó el muñón de la pierna sobre el puf. Cambió nervioso la muleta de un sitio a otro, pues el enojo le hacía sentirse incómodo. Santiago Salvatierra cerró los ojos con estoicismo y tomó la taza de café sin quitarse los guantes. No le puso azúcar, pero cogió el sobre y se lo guardó en un bolsillo de la gabardina.

—¡Qué tarde nos acostamos anoche con lo de la marcha de Alella!

—Lo de ayer en vez de una marcha de antorchas parecía un vía crucis. Y encima en la vigilia de la cadena de hoy. Eso, como en misa: vía crucis y vigilia —exclamó Juanito Oliva.

—Pues ayer calculé por lo menos quinientas personas en lo de Alella. No es moco de pavo en un pueblecito del Maresme.

—Como si baten el récord Guinness de asistencia, Batiste. Aquello era un vía crucis laico en toda la regla. ¡Hasta hacían las estaciones! Hacían altos delante de donde fusilaron a tal, de donde detuvieron a cual... Primera estación: aquí vivió el alcalde del PSUC que fusilaron en el 39. Pues por tu Santa Cruz redimiste al mundo. Y paseíllo. Segunda estación: aquí vivió el conde de tal que luchó con Rafael Casanova en 1714. Pues por tu Santa Cruz redimiste al mundo...

Batiste hizo un mohín y adelantó su mentón cuadrado antes de hablar.

—¡Pero si los marquesones de 1714 se hubieran levantado con nosotros en el 36!

Lo hizo toda la aristocracia.

Los ojos grises de Salvatierra mandaron callar al exteniente.

—Bueno, ¿habéis dormido bien? —dijo a sus amigos—. Se está cómodo en mi torre del Tibidabo, ¿no os parece? Yo hacía años que no dormía tan a gusto. ¿Habéis oído hojar a los jabalíes? Bajan por las noches en busca de comida.

—Pues yo no he pegado ojo —dijo Batiste—, pero no ha sido por eso. Si os explico lo que me ha ocurrido os vais a quedar con las patas colgando.

—A mí ya me cuelga una —exclamó Juanito.

—¿Os lo cuento?

—A qué esperas, nos tienes en vilo.

—Esta noche se me ha aparecido Ramona.

—¿Tu mujer?

—Bueno, no en persona; su fantasma.

—¿No será que lo habrás soñado?

—No fue un sueño. Miradme los brazos, ved qué de moretones traigo por los pellizcos que me di.

José Batiste se arremangó el *blazer* cruzado y la camisa blanca de hilo. Asomó en su muñeca un reloj niquelado con la banderita española pegada en el cierre. Además de múltiples manchas de la piel, propias de la edad, los brazos firmes y enérgicos del exteniente estaban repletos de cardenales.

—¿Veis? Menudo mosqueo se llevaba la Ramona. «¡Por fin te encuentro!», me dijo cuando se me apareció y luego me llamó de todo. Miserable fue lo más suave. No paraba de insistir: «¿No decías que te habías muerto, criminal?». Lo repetía igual que una cotorra. Pobrecilla. Resulta que llevaba más de veinte años buscándome por el más allá y no daba conmigo en ninguna parte. Ni allí ni aquí. Claro, en el Valle de los Caídos, con tanto hormigón los fluidos etéreos no pasan. El caso es que le desvelé nuestro secreto y la bruja me soltó tan fresca que me esperaba pronto. También me dejó este prospecto para que me pusiera al día de cómo está el mundo.

Batiste se bajó las mangas de la chaqueta y de un bolsillo de sus pantalones rojos sacó una propaganda de Convergència i Unió, coalición que había vuelto a gobernar tras pasar varios años desbancada por una alianza entre rojos y separatistas, a pesar de haber sido siempre la lista más votada. Pero ahora eran otros tiempos. Ahora CiU mandaba de nuevo en la Generalitat. Sin embargo, incapaz de recuperar su mayoría absoluta electoral, Convergència se desvivía por hacerse con la mayoría absoluta social. En aquel díptico aparecía el presidente de la Generalitat Artur Mas seguido de un mar de banderas catalanas y con los brazos abiertos de par en par, exactamente igual que Charlton Heston en *Los diez mandamientos* en el papel de Moisés. Una leyenda escrita en mayúsculas decía: LA VOLUNTAT D'UN POBLE. Estaba anunciado a los electores que era capaz de convertir Cataluña en un Estado independiente.

—La voluntad de un pueblo, el triunfo de la voluntad..., qué bonito. Hacía tiempo que no se hablaba así —dijo Salvatierra—. Y tú, Juanito, ¿qué tal has

dormido?

—Yo, como un tronco. Como soy medio de madera... He soñado con Badalona. Con mi hijo y con mi nieto. Será porque por la tarde llamé por teléfono al restaurante para preguntar haciéndome pasar por un amigo mío. Otro excombatiente como nosotros, vaya. Al principio se quedaron parados. Pero como vieron que sabía tantas cosas, me trataron enseguida como de la familia. Marc, mi nieto, ya es periodista. Y al parecer, muy conocido. Tiene una columna muy leída en un nuevo diario nacionalista que se llama *Ara*. Se ve que la gente de orden ya no quiere escribir en *La Vanguardia*. «¿Y sobre qué escribe?», pregunté. A mí me hubiera hecho mucha ilusión que hablara de cine; pero el capullo escribe de política. Se ha hecho independentista como todo el mundo que escribe ahora en Barcelona.

—Bah, que escriban de lo que quieran... Aquí nunca ha leído nadie... La política y la calle duermen en camas separadas —ironizó Salvatierra.

—Te cachondeas porque no es de tu familia, pero a mí no me hizo ni maldita la gracia.

—No te hagas mala sangre, hombre —le consoló Batiste—. Haz memoria..., recuerda la de plumillas de la Lliga que recuperamos para la causa. Los escritores son así en todas partes. Dales un papel en blanco y se vuelven turulatos. Les gusta decir la suya más que a un tonto un lápiz, y nunca mejor dicho. Casos más perdidos que tu nieto he visto yo salvarse. Ahora es joven y hace el loco, sí; pero es tu nieto. Algún día entrará en razón. Lo lleva en la sangre.

—Eso no se lleva en la sangre sino en el corazón —murmuró Juanito apenado—. Pero ¿qué más da? Él no tiene la culpa, ¡qué cojones! Es el signo de los tiempos.

Salvatierra cogió su botella de Vichy y se llenó el vaso. No concebía tomar café sin beber un vaso de agua.

—Me encanta esta marca. Vichy Catalán. Siempre que la pido me acuerdo de Pétain.

El antiguo contacto de la Gestapo sacó un cigarrillo de la pitillera y se lo puso en los labios. La camarera le miró con los ojos abiertos como platos. Sonrió levemente el viejo y siguió hablando con el cigarrillo apagado.

—Vamos, Juanito, deja a tu nieto que viva la vida. Lo tiene todo por delante. No lo compares con unos carcamales como nosotros. Porque tú..., tú a tu edad, ¿qué es lo que esperas ya de la vida?

A Juanito Oliva se le escapó un hondo suspiro.

—Que me la chupen.

Del interior de su *blazer* azul, sacó José Batiste las gafas y una carta con las instrucciones correspondientes para ese día 11 de septiembre. Dejó ambas sobre la mesa y clavó la espalda contra su sillón.

—¿Cuánta gente les hará falta para formar esta tarde la cadena humana en favor de la independencia de Cataluña? No sé qué les ha dado. Pretenden cubrir nada más y nada menos que cuatrocientos kilómetros. Desde Le Perthus hasta Alcanar, una

cadena humana que recorra toda Cataluña. ¡Qué barbaridad!

—¡Encima veréis cómo la gente irá en mogollón! —protestó Juanito.

—¿Y por qué no van a ir los catalanes a la vía catalana? —dijo Salvatierra.

—¡Encadenarlos a la vía! ¡Eso es lo que habría que hacer con todos los que fueran! —maldijo Juanito—. Pues no tendría que ir nadie, mira qué te digo. Porque la obligación de la gente es llevar la contraria. ¿Cuándo se ha visto que la gente vaya a una manifestación porque lo digan el Gobierno y la televisión y todos los periódicos, hasta los de derechas? ¡La obligación de la gente es llevar la contraria al Gobierno, he dicho!

—Hombre, Juanito, que le llevan la contraria al Gobierno, pero al de España... —exclamó Batiste.

—A todos los gobiernos. Hay que llevarles la contraria a todos los gobiernos. La gente es libre. No como nosotros.

—Qué grande eres, Juanito. La gente va a los sitios porque quiere vivir con su época. A nadie le gusta quedarse fuera de la Historia. Y mucho menos, que le echen en cara que no lo hace —dijo Salvatierra.

—¿Que no hace el qué? ¿Vivir con su época? Hay que ver qué volubles son las clases medias. Pero, bueno, siempre nos quedará la purria —dijo Batiste mirando a Juanito, y recordó cuánto despreciaba su difunta Ramona a la purria.

—¿De dónde habrá salido tanta clase media en Barcelona? Si hace nada, esto estaba lleno de muertos de hambre —añadió Juanito Oliva.

—Para eso se inventó la transversalidad —dijo Salvatierra.

—¡Exactamente! Para atravesar a los pobres en las vías.

—En fin, está claro que esta tarde la gente irá en masa al acto. A hacer piña, como se dice. ¿No veis cómo están ya las calles atiborradas de personal con banderas independentistas? Y los balcones y las ventanas de media Barcelona —concluyó el extenuante.

—Bueno, pero nosotros ¿qué tenemos que hacer con lo de esta tarde? ¿Sabotearlo?

—No seas inocente —rio Santiago—. Aquí no hay nada que sabotear por nuestra parte. Tarde o temprano se sabotearán entre ellos. Anda, lee lo que pone en el papel, Batiste.

El viejo oficial de automóviles tomó el sobre de la mesa, desplegó la carta y la retiró tanto como pudieron sus brazos. Sacudió la cabeza y se puso las gafas. Se acomodó y empezó a leer moviendo los labios en silencio con la vista fija en aquella hoja. Cuando terminó se la pasó a Juanito Oliva, que después de leer la arrojó indignado encima del cristal. José Batiste la recogió, la dobló cuidadosamente y la volvió a guardar.

—Entonces ¿para qué hemos vuelto?

—Creo que lo dice bien claro, Juanito.

—Para que no se apague la llama, dice. Pero si la llama la llevan ellos en sus

marchas nocturnas con sus antorchas y con sus banderas atadas como capas igual que el capitán Trueno. ¿Es que no los visteis ayer noche?

—En organizar marchas con antorchas también tenemos nosotros cierta experiencia.

Encendió su mechero Salvatierra y contempló el oscilar de la llama sin quitarse el pitillo de los labios. Al cabo, apagó el encendedor, metió resignado el cigarrillo en la pitillera y tomó otro sorbo de agua.

—En realidad la llama somos nosotros. Oliva, Batiste, escuchadme: esta vez hemos venido a quedarnos para siempre.

—¿Para siempre, Santiago?

—Para siempre, camaradas. Si este tiene que ser algún día un país como Dios manda, va a necesitarnos. No hay nación del mundo que pueda pasar sin nosotros; pues, no en vano, nosotros somos la esencia de las patrias.

Mientras esperaban a que diesen las 17:14, hora exacta y simbólica en la que se iba a formar la cadena humana por la independencia de Cataluña, Juanito Oliva, José Batiste y Santiago Salvatierra estuvieron bebiendo *whisky* a palo seco, sin hielo, pues el hielo lo habían aborrecido durante los últimos años. La vida seguía siendo bella ahí afuera. Como decía Salvatierra: las naciones no cambian.

La dimisión (vodevil)

Escena 1

Un caballete con un cartel que dice en letras de circo: «La Moncloa, mayo, 1980».
El despacho del Presidente de Gobierno. En obras. Hace un frío atroz. Tres ventanas con cristales provisionales por donde entra el aire a todas horas. Aún tienen que poner los nuevos cristales antibalas. Son muy pesados. Se necesitará una grúa para instalarlos. Pero, al principio, las tres ventanas están tapadas por unas cortinas correderas automáticas, que se abrirán pronto.

Por los andamios de detrás de las ventanas anda el Carpintero. En el suelo del despacho hay radiadores sin instalar. También en el suelo están tres cuadros apoyados contra la mesa y las paredes. Son estos: un paisaje volcánico, de Francisco Núñez de Celis; una vista del Pico de Santa María desde Mioco, de Luis Losada, y un neoclásico con una mujer de pecho al aire y manzana en mano.

La mesa del despacho es de estilo inglés y está copiada de la de Rodolfo Martín Villa, que a su vez está inspirada en la del presidente Macià en la Generalitat.

Sobre la mesa, tres teléfonos, dos negros en un lado, y otro rojo en el otro extremo. Fotos de Suárez con la familia (su mujer y sus cinco hijos) y también fotos con políticos que ha conocido: la famosa del abrazo con Yasir Arafat, otra con Margaret Thatcher y una en una audiencia de Franco, pero esta vuelta de manera que no se ve el retrato.

Además hay sobre la mesa un montón de cartas, telegramas, postales y obsequios como alguna pieza de artesanía popular de barro, cajas con botellas de cava y varios jamones con lazos de regalo.

Delante de la mesa, entre el desorden, papeles de periódico extendidos en el suelo y una típica silla de enea, que está tumbada sobre las patas delanteras.

Se encuentran en escena el criado Pepe Higuera y el ministro de la Presidencia Rafael Arias Salgado.

Pepe Higuera es el mayordomo fijo de la residencia presidencial. Se trata de un burgalés achaparrado, diez años mayor que Suárez, es decir, tiene unos cincuenta y cinco años. De trato muy atento. Le ha tomado un gran afecto al joven Presidente.

Rafael Arias Salgado es el ministro de la Presidencia. Es un hombre delgado, que le da cierto parecido a Suárez, hasta se peina igual, aunque lleva el pelo más largo y lo tiene un tanto rizado. Viste de traje negro, corbata negra de lunares blancos, camisa blanca. Lleva reloj de pulsera chapado en oro y fuma Ducados. Es diez años más joven que Suárez, es decir, tiene unos treinta y cinco años. Suárez y Rafael representan el acceso de la juventud al poder.

El Carpintero es el carácter más circense de la función. No entrará en escena hasta

que se abran las cortinas de las ventanas. Estará paseando todo el rato dentro y fuera de la ventana. Lleva un serrucho, con el que al final de la escena tocará una melodía.

RAFAEL (*frotándose los brazos en señal de frío. Estornuda a lo bestia y empieza a hablar*): ¡Aaachís! ¡Hace un frío atroz! ¡En este despacho entra el aire por todas partes! ¡Esto está helado! (*A Pepe, muy contrariado señalando a los radiadores y a los cuadros*). ¡Mira cómo anda todo, Pepe! ¡Los radiadores sin instalar! ¡Los cuadros sin colgar! (*Removiendo ahora las postales y los telegramas, y señalando cada objeto que nombra*). Y encima, no paran de acumularse las cartas y los telegramas de felicitaciones. Pero ¡si hace ya más de un año que ganamos las elecciones! ¡Vaya montón de postales! Esta es de un banquero que le manda recuerdos al Presidente desde Suiza. (*A Pepe, contemplando la foto de la postal*). ¿Te gustaría ver el lago de Ginebra?

PEPE (*que sostiene una cesta con huevos*): No tenía previsto pasar por el bar de los diputados, señor ministro.

RAFAEL (*continúa repasando postales*): ¡Mira, otra del Big Ben! Cada dos por tres llega alguna postal de alguien que ha acompañado a su secretaria a Londres. Es una ciudad donde los españoles hacen muchas operaciones. (*Va dándole la vuelta a las postales*). Caracas, como las cafeterías; Buenos Aires, Acapulco, Niza, (*pronunciando como se acentúa aquí*). Badén-Badén, Tolón-Tolón. ¡Es maravilloso! ¡Ah, una de Santurce! ¡Este debe ser un pequeño industrial!

PEPE (*murmurando*): Estamos en el país del peloteo.

RAFAEL (*que no lo ha oído*): ¿Has dicho algo, Pepe?

PEPE (*murmurando*): Sí, señor ministro. Decía que la de Santurce la debe haber mandado un pelotari.

RAFAEL (*cogiendo la pieza de barro*): Alfarería popular de provincias. Buen barro cocido. ¡Qué importante es el barro en esta tierra! ¿Veías Cañas y barro? (*Deja la cerámica y alza el jamón para contemplarlo como otra pieza de artesanía*). Jamones de constructores con iniciativa. El champán de los catalanes, que ningún fin de año fallan... (*Leyendo un telegrama abierto*). A ver qué dice aquí: Admirado Presidente. Stop. Somos la familia García y vivimos en Osuna. Stop. Hemos tenido nuestro quinto hijo varón. Stop. (*Aparte*). Sí, va siendo hora de hacer stop. (*Prosigue leyendo el telegrama*). Como le estamos tan agradecidos al Gobierno. Stop. Al niño vamos a ponerle el nombre de Jaime. Stop. Por coincidir nuestro apellido con el del ministro de Hacienda Jaime García Añoveros. Stop. (*Deja de leer*). ¡Es formidable! ¡Todo el pueblo adora al Gobierno!

PEPE (*mostrándole la cesta*): Acaban de llegar de Tiñosillos estos huevos.

RAFAEL: ¿De dónde dices que los mandan?

PEPE: De un pueblo que se llama Tiñosillos, y que está en la provincia de Ávila, señor

ministro de la Presidencia.

RAFAEL: Si vienen de Ávila, valgan. ¡Tiñosillos! Menudos nombres tienen los pueblos de España. ¿Cómo vamos a entrar en Europa con estos nombres?

PEPE: La cesta trae una nota que dice: «Si el Presidente tiene un par, nosotros los tenemos a docenas».

RAFAEL: Déjalos sobre la mesa. Pepe, de un momento a otro llegará el Presidente y va a encontrarse el nuevo despacho tal como lo dejó, todo en obras, todo manga por hombro.

PEPE (*flemático*): Sí, parecerá una cosa de mangantes.

RAFAEL: ¡Nunca va a terminarse este traslado! (*Aprieta un botón de la mesa y se descorren las cortinas de las ventanas. Se ve al Carpintero haciendo malabarismo con unos huevos*). ¡Por lo menos que entre la luz del día!

PEPE: ¡Eso, acabemos con el oscurantismo!

CARPINTERO (*sin dejar de hacer malabares*): ¡Buenos días!

Arias Salgado, en vez de devolver el saludo, resopla, le da la espalda para ignorarle expresamente y golpetea en los cristales comprobándolos. El Carpintero se pone a cascar los huevos y los vacía en el recipiente de una Minipimer.

RAFAEL (*a Pepe*): ¡Y estos cristales! ¡Si los han puesto de cualquier manera! ¡Así es como entra tanto frío! ¿Estos son los dichosos cristales antibalas?

PEPE: No, señor ministro, estos cristales son provisionales. ¡Para montar los cristales antibalas se necesita una grúa, pero parece ser que todavía la están buscando! ¡Como son tan gordos! Los cristales, no los buscadores. Figúrese. El cristal central pesa cerca de doscientos kilos, ¿se imagina lo que son doscientos kilos? ¡Lo que pesa un tigre de Bengala!... Pero eso no quiere decir que estén rayados los cristales. Eso sí, los hacen a prueba de bombas.

RAFAEL: ¡No sería la primera granada que nos tiran! (*Sigue removiéndolo todo*). ¡Este sitio está hecho un desastre! ¡Qué ocurrencias tiene Adolfo! ¡Mira que trasladarse de despacho, así, a mitad de legislatura! ¡Hala, todas las cosas de un sitio a otro!

El Carpintero enciende la Minipimer para batir los huevos.

PEPE (*aparte*): ¡Quién iba a decirme que la transición sería cambiar de despacho!

RAFAEL: ¿Qué dices, Pepe? Habla más fuerte, que con el ruido de ese hombre no te puedo oír. (*Al Carpintero*). Si utiliza ese cacharro se le van a cortar los huevos, y no lo digo con doble sentido.

El Carpintero con gesto de enfado apaga el aparato y desaparece de la ventana.

PEPE (*en voz alta*): ¡Decía que vivimos en continua transición, señor ministro! Lo

pone en el *Kempis*: *Sic transit gloria mundi*. Los accidentes de tránsito son la gloria del mundo.

RAFAEL: ¡Y estos cuadros! ¡Todavía por el suelo...! (*Alza el de la mujer con la manzana*). ¡Pero... qué porquería de cuadros es esta! ¡Pepe, que no los cuelguen y que cuelguen a quien ha mandado ponerlos!

PEPE: ¡Vienen de parte del señor ministro, señor ministro!

RAFAEL: ¿De parte de qué ministro?

PEPE: ¡De don Ricardo de la Cierva, señor ministro!

RAFAEL: ¿Y ahora de qué es ministro don Ricardo?

PEPE: Ministro de Cultura, señor ministro.

RAFAEL: Ah, ¿y por eso se encarga él de la decoración de los despachos? Pepe, ocúpate personalmente de que no se pongan estos bodrios. ¡Clavé! ¿No habíamos pedido también algo de Clavé?

PEPE: Pues no estoy al corriente, pero enseguida mando traer un jarrón.

RAFAEL: ¿Para el cuadro?

PEPE: No, para el clavel.

RAFAEL: ¡¿Qué clavel?! ¡Te he dicho Clavé! ¡Antonio Clavé! ¡Antonio Clavé es un pintor catalán muy importante! Estamos esperando una litografía suya para decorar este despacho. Presta especial atención a ese asunto, porque se trata de una obra de gran valor. Oye, ¿sabes para cuándo está prevista la llegada hoy del señor Presidente?

PEPE: Ya debe estar a punto de llegar, señor ministro de la Presidencia.

RAFAEL: ¡Y sigue estando el despacho igual que lo dejó hace una semana! Se va a Siria y a Arabia Saudí para solucionarles los líos a los americanos; encima se muere por el camino el mariscal Tito y tiene que hacer un alto en Yugoslavia para asistir a los funerales..., y mientras el mundo gira, ¿qué hemos adelantado aquí? ¡Nada! ¡Absolutamente nada! Como no adelante el hombre del Seiscientos, aquí nadie adelanta nada. ¡El entierro de Tito! Qué tíos esos comunistas. ¡Han sido las exequias con más estadistas de la historia! Y ahora, el Presidente regresa a la Moncloa, ¿y con qué se encuentra? ¡Con que no va a poder trabajar en su despacho! ¡Mira qué mesa, Pepe!

PEPE: Una mesa muy buena, de estilo inglés. Exactamente igual que la que tiene el señor Martín Villa en su gabinete.

RAFAEL: Las dos están inspiradas en la de Macià, un presidente de la Generalitat de Cataluña muy querido. Los catalanes sí que tienen estilo. Son gente muy seria. ¿Has estado alguna vez en Cataluña, Pepe?

PEPE: Tengo a dos hermanos trabajando en Barcelona.

RAFAEL: ¿También son asistentes?

PEPE: No, uno tiene un bar en el barrio chino y otro lleva un camión de reparto de butano.

RAFAEL: ¡Ah! Eso está muy bien. La hostelería y la energía son el futuro de España.

Entra en escena el Presidente Suárez tocando el ukelele. La sonrisa de Suárez. Viste traje azul oscuro, corbata a juego, camisa blanca. Anillo de casado. Lleva sobre los hombros un abrigo de pieles igual que un príncipe ruso y se ha puesto un gorro ushanka de tipo ruso. Va tarareando la Pequeña serenata nocturna de Mozart. Cuando reflexiona antes de hablar, se abulta el labio inferior con la lengua. Otras veces, se acaricia un colmillo con la punta de la lengua.

SUÁREZ (*canta pronunciando el nombre del mariscal Tito al compás de la melodía de Mozart*): Ti-totí-to-tito-tito-ti... Cuando habla Rafael, Suárez deja de tocar y de cantar.

RAFAEL: ¡Adolfo! ¡Eres el más grande! ¡Has compartido un acontecimiento histórico con los más grandes en el entierro de Tito! ¡Has puesto a España en lo más alto!

SUÁREZ (*termina de escucharle y vuelve a tocar y a cantar*): Ti-totí-to-tito-tito-ti...

RAFAEL: ¡A mis brazos, Adolfo! ¡Te has rodeado de la flor y nata del poder! ¡Qué digo! ¡Ya formas parte de ella!

Suárez le da el abrigo, el gorro y el ukelele a Pepe. Aquí se crea un gag: Suárez le da el ukelele, pero Pepe levanta el brazo a la altura de la cabeza para coger el gorro. Entonces le va a dar el gorro, pero Pepe ha bajado el brazo para coger el ukelele. Así repiten tres veces el juego. A la tercera se va a caer el ukelele al suelo pero Rafael lo caza al vuelo, y de esta manera entra en el gag. Ahora Rafael tiene el ukelele, Pepe el gorro y Suárez se quita el abrigo para dárselo a Pepe. Pero a la vez Rafael da el ukelele a Pepe, que le faltan manos y por eso le da el gorro a Rafael. Entonces lo que se va a caer al suelo es el abrigo de Suárez pero Rafael se agacha cogiéndolo al vuelo y dándole a la vez el gorro a Pepe. Así se repite la rueda tres veces, entonces Pepe se pone el abrigo para tener las manos libres y al final Pepe queda con el gorro también puesto y con el ukelele en las manos.

SUÁREZ (*a Rafael*): ¡Menudo follón! ¡Creí que había sesión plenaria! (*A Pepe*). Pepe, puedes retirarte..., pero no te vayas muy lejos.

PEPE (*displícite*): Como disponga el señor Presidente. Me ocuparé de que tenga ahora mismo un traje bien planchado para que se pueda mudar del viaje.

Pepe se va de escena tocando el ukelele y cantando el estribillo de Al Uruguay de La Goyita.

RAFAEL (*a Suárez*): ¡Pero... a mis brazos, Presidente!

SUÁREZ (*Sonríe muy Suárez. Enciende un Ducados Internacionales. Le ofrece otro a Rafael y se lo enciende a su amigo*): ¡Querido Rafael! ¡Amigo mío! ¡Mi ministro de la Presidencia! ¡Qué magnífico entierro! ¡Colosal! (*Se sienta de lado en la*

mesa. Coge la foto de su familia y la mira con simpatía). Mira, esta foto está hecha aquí, en los jardines de La Moncloa, en el pabellón de Semillas Selectas. Qué guapa está Amparo. Y los niños (*señalando en la foto con el dedo*). Marian, Sonsoles, Adolfo, Laura y Javier. Como la familia no hay nada. ¿Has visto *La gran familia*? En esa película está resumida toda nuestra ideología: lo que no es familia es Navidad. España es el país ideal para estar en familia.

RAFAEL: ¡Y para cantar villancicos!

SUÁREZ (*toma ahora la foto con Margaret Thatcher*): ¿Y esta foto, Rafael? Qué bien estoy aquí con la Thatcher, ¿no te parece? Esta mujer es como Fraga pero sin grelos. (*Y ahora coge la foto con Arafat*). ¿Y en esta otra? Arafat sí que es una personalidad de las de antes. Qué manera de abrazar. Y cuánto se parece a la Thatcher.

RAFAEL: ¿En la forma de abrazar?

SUÁREZ: ¡No, no, de cara! Tendrías que haber visto el palacio socialista de Tito en Belgrado. Le da cien vueltas al Pardo. De qué atraso venimos Rafael. (*Toma sin fijarse la foto de Franco y la suelta con repugnancia*). ¿Pero qué hace esto aquí? ¡Hombre, haberla dejado en el antiguo despacho! A ver si me va a estar persiguiendo toda la vida como un fantasma... Ah, qué entierro, Rafael. Acudió a despedir a Tito todo el mundo, estaban absolutamente todos. Los estadistas más importantes de los países desarrollados y de los países en vías de desarrollo, e incluso de los países en vías de extinción. Los primeros en llegar fueron los representantes de las dos superpotencias. Los rusos y los norteamericanos. Leónidas Breznev, el comunismo no ceja (*se señala las cejas*), y Walter Mondale, porque Jimmy Carter anda ahora muy ocupado. Por cierto, ¿se sabe si Carter cuenta conmigo para todo el conflicto del Oriente Medio?

RAFAEL: ¡¿Y cómo iba a ser de otra manera?! ¡No confía en nadie más, Adolfo! Él mismo no para de decirlo por todas partes... ¡Que si Suárez por aquí en una cumbre! ¡Que si el demócrata español por allá en un periódico! Pero ¡si es que a ti basta con verte sonreír! ¡Eres la reconciliación en persona! Ya verás, te vas a meter a moros y judíos en el bolsillo como siempre hemos hecho en España desde los Reyes Católicos.

SUÁREZ (*pone cara de circunstancias y vuelve al tema*): ¡Qué entierro, Rafael! Aquello era una constelación con los más brillantes estadistas. También estaban Ben Bella, Sadam Husein, Indira Gandhi..., que por cierto, no sabían guardar turno en la fila. Cómo se nota que vienen de los países no alineados. Y Sandro Pertini, qué italiano tan operístico, si vieras cómo se le escapó una furtiva lágrima. La socialdemocracia alemana en pleno tampoco falló: Helmut Schmidt y Willy Brandt, que iba despeinado y descompuesto.

RAFAEL: ¡Solo faltaba Fernández Ordóñez!

SUÁREZ (*molesto por la mención del ala socialdemócrata de UCD*): ¡Paco no se

despeina por nada...! Todo lo contrario de Rodríguez Sahagún.

RAFAEL: ¿Y de la Alemania Oriental? ¿Hubo representación?

SUÁREZ: ¡Porsupuestísimo! De los países del Este estaban todos. Lo mejorcito de cada casa: Nicolae Ceaușescu, siempre con su señora, como don Pío y doña Benita en el *Pulgarcito*... Los rusos sí que tienen un tercer mundo en condiciones y no como el nuestro, que da pena verlo, todos muertos de hambre. Hay tanto que aprender de esa gente. ¡Hacen unos edificios y unos palacios! ¡Tienen una arquitectura soberbia! ¡Qué casas!

RAFAEL: ¡Y qué muros!

SUÁREZ: También fueron el rey Gustavo de Suecia. Y Margaret Thatcher tuvo el gesto de hacer una reverencia delante del cuerpo del mariscal... Pero, escucha esto, Rafael: yo, solo yo de entre todos ellos, fui capaz de depositar con mis propias manos la corona de flores a los pies del ataúd. La llevaban unos militares y cuando se disponían a colocarla en la caja, me subió algo por aquí dentro, algo de castellano viejo, y les dije en voz baja a los guardias: «dejadme que lo haga yo», y vaya si me entendieron los yugoslavos. (*Mirando los telegramas y las postales*). ¡Vaya, cuántas cartas y cuántos regalos! (*Enigmático*). Entre nosotros, Rafael, ¿tú te explicas por qué me quieren tanto los españoles?

RAFAEL: ¡Hombre, porque eres su Presidente!

SUÁREZ: Te equivocas. Aquí a los jefes no se les quiere.

RAFAEL: Bueno, y sobre todo porque nos has traído la democracia.

SUÁREZ: Hoy no das una en el clavo. El pueblo me adora porque salgo todos los días en televisión. La gente desea lo que ve por la tele. ¡Ah, la televisión! Todo el entierro de Tito fue grabado por la televisión. Creo que me sacaron unas cuantas veces. Vi cómo me enfocaban.

RAFAEL: Te vas a hacer popular hasta en Yugoslavia, Presidente.

SUÁREZ: Ahora no te burles. Hagamos una prueba... Si te digo la palabra televisión, ¿qué es lo primero que se te viene a la cabeza?

RAFAEL: ¡Los Roper!

SUÁREZ: Pues la democracia española tiene que ser como Los Roper.

RAFAEL: ¿Por entregas?

SUÁREZ: No, por televisión. Las cosas ahora son para que se vean. La gente cree más en lo que ve en la tele que en lo que ve en la calle, así que tenemos que construir una democracia de televisión más que de ninguna otra clase. Si no, no se la va a creer nadie.

RAFAEL: Un espectáculo para el gran público.

SUÁREZ: ¡Exactamente! ¡Para la gran familia! ¡Que guste a todos! ¡Que sea un éxito en todas las casas! ¡Como el *Un, dos, tres...*, o como *El Hombre y la Tierra*! ¡Que nadie se la quiera perder mientras se emite! Rafael, ¿recuerdas el mensaje que dio Arias Navarro?

RAFAEL: ¡Qué lástima de hombre! Hasta a los de Alianza Popular les da apuro ahora tenerle en sus filas. ¿Tú crees que alguna vez nos quedaremos nosotros así de obsoletos?

SUÁREZ (*calla un instante y hace su habitual gesto de meterse la lengua en el labio inferior antes de hablar*): Pues ahí donde le ves, se ha convertido en un personaje histórico gracias a la televisión. La gente se va a acordar más de la imagen de Arias llorando que del propio Franco.

RAFAEL: El Caudillo..., aún lo estoy viendo de cuerpo presente.

SUÁREZ: Sí, siempre le gustó estar presente. Pero con un golpe de pantalla se llega más lejos que con un golpe de Estado. En diez minutos de televisión puedes cambiar el destino de todo un país. Piensa, Rafael... ¡el Rey! Su Majestad el Rey no fue realmente príncipe de España hasta que no empecé yo, el director del Ente, a sacarle todos los días por la tele, en inauguraciones, viajes, entierros, bodas, bautizos, comuniones... ¡si me dejan hasta lo saco en la llegada a la luna!

RAFAEL: Ya, pero en aquellos días eran muy pocas las casas que tenían un aparato.

SUÁREZ: ¿Y eso qué más da? ¿Tú sabes lo que se hablaba de la televisión? Todo el mundo quería verla. Todos querían tener al Príncipe con ellos, sobre el mueble del comedor con la sopa de ave con fideos. Era su príncipe íntimo. Carne fresca en un plato rancio. Cuando Carrero Blanco me pidió que en televisión le explicáramos el Fuero de los Españoles a la gente, ¿qué hice? Le dije a Antonio Mercero: oye, Antonio, vamos a grabar una serie que se llame *Crónicas de un pueblo*. Cada capítulo dramatizará un artículo del Fuero. Otra vez nos propusieron que reflejásemos la vida de una familia media española. Hicimos *La casa de los Martínez*. Claro, lo de la clase media aquí no existe. Somos cuatro gatos. Llevamos décadas sin clase media, así que tuvimos que poner dos criadas para que la gente se identificara con la serie. ¡Y qué servicio de lujo: Rafaela Aparicio y Florinda Chico! ¡Además, para mí fue la ocasión de oro para devolverle a la provincia de Ávila todo lo que me ha dado! A los Martínez les mandamos a veranear a Pedro Bernardo, que es un pueblecito con mucho *charme*, en el Valle del Tiétar, y ahora en ese pueblo le han puesto a una calle el nombre de la serie. Calle de La casa de los Martínez. Tal como lo oyes, Rafael. ¿Lo ves? La televisión es como Fontibre.

RAFAEL: Provincia de Santander y fuente en la que nace el río Ebro.

SUÁREZ: Pues en la televisión es donde nace la realidad. Igual que hice con el Rey, ahora vamos a fabricar la democracia desde la televisión. Ese será el modelo español de transición. Nos lo quitarán de las manos.

RAFAEL: ¡Vamos, que si ahora salgo al jardín me encuentro con el perro de Flandes!

SUÁREZ: Hemos venido para cambiar el poder, Rafael; pero no por ideología. ¡Caramba, aquí hace un frío que pela! Hemos llegado al Gobierno por una razón todavía más poderosa que la ideología: por pura juventud... ¡Qué desordenado

está este despacho! ¿Todavía no han acabado el traslado?

Asoma el Carpintero por la ventana con un serrucho y saluda al Presidente con un gesto reverencial.

CARPINTERO: ¡Atiza, el Presidente! Buenos días, don Adolfo.

SUÁREZ (*seco, pero sonriente*): Buenos días...

CARPINTERO: ¡Le he reconocido enseguida, Presidente! ¿Sabe usted que es como de la familia? Le vemos todos los días por la tele.

SUÁREZ: Ah, pues véanla ustedes mucho. Ver la televisión es lo mejor que puede hacer un español. (*A Rafael, e ignorando ya al Carpintero*). Qué ventanas tan grandes, sí señor. ¡Luz exterior! ¡Eso es lo que me hace falta! ¡Mucha luz de afuera! En el antiguo despacho me estaba quedando ciego. Cada vez más voy necesitando las gafas para leer.

Rafael y Suárez se apartan para mirar por una ventana. Al mismo tiempo entra el Carpintero. Se queda el escenario oscuro excepto un foco que le ilumina. Toca Home, Sweet Home con el serrucho y se va.

Escena 2

El caballete con una pizarra ahora dice: «Nueve meses después...».

El despacho está todavía más desordenado y más destartado por las obras. Por otro lado, todos los regalos y todas las cartas han desaparecido sin dejar ni rastro. Rafael y Suárez de nuevo en el centro de la escena junto a la silla de enea tumbada. Muy tristes.

SUÁREZ: ¿Es que no se va a acabar nunca este traslado? ¿Cuántos meses llevamos así? ¿Más de nueve? Mira cómo sigue el despacho. Cada vez está más destartado. Va a peor cada día que pasa.

RAFAEL (*quitándole importancia*): Se trata de una cosa transitoria.

SUÁREZ: Las transiciones..., qué miedo me dan. ¿Sabes qué es la mejoría de la muerte? Es cuando el enfermo muestra una mejoría transitoria justo antes de palmarla...

RAFAEL: ¡Pero vamos, vamos...! ¡Si este país tiene una salud de hierro! ¡Con todo lo que ha aguantado, y mira, ahí tienes: treinta y cinco millones de españoles... viendo anuncios en la televisión tan contentos!

SUÁREZ: No es el país, soy yo quien no aguanta más, Rafael. (*Agarra a Rafael por un brazo y se sincera*). Estoy muy harto y muy cansado. Y es recíproco. Creo que yo también empiezo a cansar al personal. Llevo semanas sin recibir una miserable postal. No te digo jamones... La clase política de este país ya no me tolera. No quiere que siga en el poder ni un segundo más. Y los poderes fácticos me están ganando la batalla.

RAFAEL (*sorprendido*): Me dejas perplejo, ¿por qué hablas últimamente de esta manera, Adolfo? ¿Por la moción de censura de los socialistas?

SUÁREZ: Es ahora, ¿no?

RAFAEL: Sí, estos días.

SUÁREZ: Bah, Felipe González me trae sin cuidado. Le llegará pronto su turno de mandar. Es de tu quinta. Pero de momento vais a tener que esperaros. Habrá para todo el mundo, esto nunca se acaba. No, lo que me preocupa es el verdadero poder.

RAFAEL: ¿Quieres decir el viejo poder?

SUÁREZ: Aquí aún mandan los de siempre. Ya han perdido la partida, pero las fichas siguen siendo tuyas. Ellos son los que mueven a los peones en las fábricas, a los obispos en las iglesias y en la enseñanza... Son tuyas todas las piezas: el caballo,

la torre... y el Rey.

RAFAEL: ¿Crees que no saldremos bien parados de la moción de censura?

SUÁREZ (*se hincha el labio inferior con la lengua*): ¿Sabes qué voy a hacer con la moción de censura de los socialistas?

RAFAEL: ¿Se puede parar?

SUÁREZ: ¿Pararla? Si no imaginas lo que voy a hacer es que ya no me conocerás nunca. Voy a hacer lo que mejor me sale. Retransmitirla por televisión. ¿Cuánto puede durar, con las intervenciones, las votaciones, todo...? ¿Tres días? Pues tres días sin parar, con la televisión retransmitiendo el acontecimiento en vivo y en directo. Será todo un novelón para modistillas, trabajadores y parados (valga la redundancia), periodistas e intelectuales (aquí no hay redundancia), criadas de pueblo, militares de carrera, monjas de clausura, pasotas de chaleco... ¿Caerá el presidente Adolfo Suárez en las garras de Felipe González? ¡Mañana más! Va a ser el primer acontecimiento político al que los españoles puedan asistir en directo. Una moción de censura, una sesión de investidura, un golpe de Estado, cualquier evento político..., todo..., todo se le puede ofrecer por la televisión a la gente.

RAFAEL: Y encima en color...

SUÁREZ: Móntame algo gordo. Un mundial de fútbol, y se venderán televisiones a color como churros. La moción de censura es un asunto muy grave, Rafael, pero no porque vaya a beneficiar a los socialistas sino porque favorece a nuestros enemigos internos. Los tenemos dentro de nuestra empresa. He perdido la credibilidad hasta entre los míos, nuestros propios compañeros.

RAFAEL: Sé a lo que te refieres, Adolfo. Pero, aunque no lo sepas ver, a muchos nos tienes de tu lado. Y a esos otros ¿aún les llamas compañeros...?

SUÁREZ: ¡No pretenderás que les llame amigos! Me estoy quedando solo. ¡Pero si hasta Abril Martorell me ha retirado su amistad!

RAFAEL: Ya lo dijo el poeta: nada quedó de abril.

SUÁREZ: ¡Fernando Abril y yo! ¡Que empezamos juntos en Segovia cuando nadie podía imaginar lo que iba a ocurrir después de Franco! ¡Todo este tiempo hemos sido igual que hermanos, veraneando juntos en Mallorca como reyes, celebrando en familia los cumpleaños de nuestros hijos! ¡Y nuestras mujeres, aún más inseparables que nosotros dos! ¡Pero si fui yo quien metió en política a Fernando cuando no era nadie!

Suárez vuelve a agarrar a Rafael por el brazo y tirando despacio de él lo hace sentarse a su lado en la silla tumbada, de manera que Suárez queda sentado sobre la parte de las patas y Rafael se sienta en precario sobre la parte del respaldo. Continúan hablando sin reparar en nada más que sus palabras.

RAFAEL: Tienes razón en que los nuestros son una jauría de chacales esperando a que

caigas herido.

SUÁREZ: Cada uno de los barones pretende defenestrarme por su cuenta. Desde los mediopensionistas de Ordóñez hasta el ala más reaccionaria. Bah, ninguno de ellos es verdaderamente de centro. ¿Sabes dónde está el centro, Rafael? Allí donde no hay nadie, allí está el centro. El centro soy yo, porque no pertenezco a nadie ni vengo de nadie. Siempre solos. Estamos solos contra todo y contra todos... Es que a mí estos que se dicen de los nuestros ya no me quieren escuchar. Se mueren por echarme de mi propio partido. Porque, oye, la UCD tiene que ser siempre un partido de verdad, aglutinante, y no un barullo de pequeñas taifas.

RAFAEL: Eso lo ves tú muy claro porque no vienes de ningún grupo político, pero explícaselo a los liberales, a los democristianos, a los populares... Aquí cada uno ha traído su partido. Explícaselo a Pío Cabanillas, al melifluo de Landelino, a Garrigues, menudo bicho; a Camuñas, a ese aventurero de Ordóñez, a ese maquinador de Martín Villa, a Areilza, a Alzaga, a Cervera, al desleal de Herrero de Miñón...

SUÁREZ: ¿Tantos opositores tengo en UCD?

RAFAEL: Y no me has dejado terminar.

SUÁREZ: Sin embargo, entre todos son incapaces de generar un nuevo líder, de poner a alguien que les aglutine o ponerse a sí mismos como me puse yo. ¿Y sabes por qué, Rafael? Porque a un líder no le pone nadie. Un líder se impone. Mientras ellos hacían partidos yo les hice un Gobierno. ¡La UCD primero formó Gobierno y luego se formó como partido!

RAFAEL: Adolfo, habría que haberte visto en Belgrado con los más grandes estadistas del mundo. ¡Eres uno de ellos!

SUÁREZ: Solo en un aspecto tienes razón, Rafael. Un estadista es quien funda un Estado y yo he fundado el que ahora tenemos. Pero ya no aguanto más. No pongas esa cara de consternación. Me están segando la hierba debajo de los pies. La mitad de mis diputados se emociona cuando habla Felipe González y la otra mitad lo hace cuando es Fraga quien habla. El presidente de Banesto les ha dicho a los americanos que se quiten de la cabeza la idea de invertir en España. Me quiere hundir. Los militares andan calentando al Rey para que me eche y ponerse ellos otra vez. Rafael, me están quitando la UCD de las manos delante de mis propias narices. Es insoportable.

Rafael le ofrece un cigarrillo a Suárez, pero no lo acepta.

SUÁREZ (*negando con la cabeza*): Tengo que dejar esto cuanto antes, no el tabaco, digo la UCD. Por decencia, por vergüenza torera, por salvar esta empresa, que ha sido el gran proyecto de mi vida. Porque si me quedo hasta el final, va a ser también el final de la UCD y no quiero arrastrarla en mi hundimiento ni que digan de mí que sobrevivo empeñado en aferrarme al poder. Bueno, dame uno. (*Pausa*

mientras enciende un cigarrillo. Da una calada profunda y se humedece la boca por dentro con la lengua). También tendría que dejar de fumar. Se me seca mucho la boca. Solo una cosa me preocupa de veras, Rafael: lo que piense el pueblo, los treinta y cinco millones que tú dices. *(Pausa y fuma profunda y largamente).* ¿Cómo entendería el pueblo mi posible dimisión? Los nuestros mismos van a tergiversar todo lo que yo diga. Los periodistas me van a mostrar como un incompetente, como un inútil, acaso hasta como un fracasado o como un traidor, y esto tenemos que evitarlo sí o sí. Si hay dimisión, Rafael, que la va a haber, porque voy a dimitir, el pueblo va a presenciarlo todo en directo por televisión. A la misma vez que mis ministros. Esa es la verdadera esencia de la democracia: que el tiempo sea el mismo para todos. El tiempo es lo único que nos iguala. Te voy a hacer un encargo..., pero que quede entre tú yo. Empieza a redactar el borrador de mi discurso de dimisión.

Suárez se levanta resuelto y la silla se vence por el lado de Rafael, que cae al suelo de manera cómica.

SUÁREZ *(ayudando a levantarse a Rafael):* ¡Pero Rafael, qué haces! ¡Si es a mí a quien quieren ver caer! Levántate, hombre. ¿Te has hecho daño? *(Ofreciéndole un Ducados Internacionales).* Toma, un cigarrillo para el susto. *(Le da fuego).* Ponte manos a la obra cuanto antes. Subo a avisar a Amparo de que hoy me quedo hasta tarde en el despacho, y enseguida bajo. Le diré a Pepe que me traiga aquí la cena. *(Suárez sale de escena gritando con educación).* ¡Pepeeee..., Pepeeee...! ¿De verdad se habrá ido este hombre al Uruguay? ¡Pepee...!

Mientras Rafael se sacude la ropa, entra el Carpintero en escena con un acordeón o un xilófono..., pone en pie la silla y se sienta. Rafael actúa sin embargo como si estuviera solo en escena. Se apagan todas las luces excepto un cañón que ilumina solo a Rafael. Al tiempo que el Carpintero toca música de carrusel, Rafael hace despreocupado un breve juego de manos con un cigarrillo, todo con un aire introvertido, como un hombre que se ha quedado solo pensando. No importa tanto el truco como su presencia ausente. Cuando se termina el juego de manos, Rafael y el Carpintero, que coge la silla, salen de la escena.

Escena 3

En el despacho. De noche. Luz interior, las cortinas cerradas.

Suárez, Pepe y Amparo Illana, que entrará la última. Amparo es la mujer de Suárez. Tiene cuarenta años. Es una señora mentalmente conservadora y externamente moderna. Viste jersey blanco de cuello cisne, pantalones jaspeados acampanados y siempre sostiene vertical el cigarrillo. Suárez está trabajando sentado a la mesa de su despacho. Lee en voz alta sus escritos, se detiene y cavila. Le acompaña un cigarrillo que humea en el cenicero lleno de colillas. Se ha puesto cómodo para trabajar. Viste cómodo, jersey marrón, pantalón de tergal. Entra Pepe en el despacho con un carrito donde lleva la bandeja del desayuno y un cartel que dice «Días después...». Pone el cartel en el caballete, aguarda un instante y se dirige hacia el Presidente.

SUÁREZ (*silba o tararea la música de carrusel que ha tocado el Carpintero, calla y se concentra en lo que está escribiendo. Se abulta el labio y lee lo escrito en voz alta*): Puedo prometer y prometo... ¿esto no estará ya muy oído?... Sí, sí, lo pongo, qué demonios. Para eso están los clásicos, para citarlos: puedo prometer y prometo... que hemos trabajado con honestidad..., que hemos jugado con limpieza... No, no, esto no es un juego; ¡que voy a presentar mi dimisión, caramba...!

PEPE: La cena, señor Presidente.

Suárez azorado porque le han pillado en sus cavilaciones tapa los papeles y Pepe deja la bandeja en la mesa.

SUÁREZ (*disimulando*): ¿La cena? ¡Qué bien! ¡Estupendo! ¡Déjala aquí mismo! La tortilla de un huevo, ¿verdad?

PEPE: Sí, de un solo huevo, igual que el Caudillo.

SUÁREZ: Bien aplastada y bien seca...

PEPE: En efecto, como doña Carmen.

SUÁREZ: Mmm... Se me ha despertado el apetito solo con olerla. El zumito de naranja... Valenciaaa, lalalala... (*Canturrea el pasodoble Valencia y se enciende un cigarrillo*). ¡Ay, Fernando Abril Martorell! ¡Valenciano tenía que ser! Pepe, zumo de naranja hoy no me apetece. Café, eso sí, mucho café...

PEPE: España es un país donde se ha dado mucho café porque corre mucha mala leche.

SUÁREZ: Café que no falte. ¡Hay que tener siempre los ojos bien abiertos! Como Antonio Garisa. ¡Qué papeles hace el tío! ¿Lo has visto en *El violinista en el tejado*? No retires el termo. Ah, y el plato reconstituyente. Un poquito de sopa de cocido y veinticinco garbanzos contados, ¿verdad, Pepe, uno a uno contados?

PEPE: Ni uno más ni uno menos: veinticinco, lo mismo que unas bodas de plata, señor Presidente. Con su permiso...

SUÁREZ: Sí, sí, puedes irte. Me temo que otra vez tengo trabajo hasta las cuatro de la madrugada o más. Oye, que no me entren ruidos de afuera.

Sale Pepe, que se lleva la bandeja con el zumo hacia el carrito. Entra Amparo, se cruzan y en unos movimientos de danza ella le coge al paso la bandeja de las manos para llevarla de nuevo a la mesa.

AMPARO (*bebiéndose el zumo*): ¡Vengo a tomarme un zumito con mi maridito antes de irme a dormir! (*Ya en su ausencia*). ¡Muchas gracias, Pepe! (*A Suárez*). ¿Sabes qué, Adolfo? ¡Me parece que yo también voy a pasar toda la noche despierta! ¡Cuando no estamos juntos, no puedo pegar ojo! Si es que solo pienso en ti.

SUÁREZ: ¡Eso es una canción de Víctor Manuel!

AMPARO: Pues, mira, ¿no tendrás un momento?, porque precisamente de ello quería que hablásemos.

SUÁREZ: ¿De Víctor Manuel?

AMPARO (*coge un cigarrillo de Suárez, lo enciende y habla sosteniéndolo verticalmente*): Sí, señor. Quiero que hablemos de Víctor Manuel. Pero no de él solo sino de Víctor Manuel y de Ana Belén.

SUÁREZ: ¿De ellos dos como dúo o como pareja?

AMPARO: Tú lo has dicho, de ellos dos como pareja. Y también de Sergio y de Estíbaliz.

SUÁREZ: ¿También como pareja?

AMPARO: Porsupuestísimo.

SUÁREZ: ¿En plan John Lennon y Yoko Ono?

AMPARO: Oh, no, exclusivamente de la pareja nacional.

SUÁREZ: Ah, como Juanito Valderrama y Dolores Abril.

AMPARO: Y como tú y yo, Adolfo, y como todas las parejas que en España han sido desde Isabel y Fernando.

SUÁREZ: ¡Arrea!

AMPARO: Sí, porque, por si no te habías dado cuenta, eso y no otra cosa es España. Un país de matrimonios.

SUÁREZ: ¡Claro, como Montaner y Simón, Convergencia y Unión y Mateu y Mateu, que han acabado presentando suspensión de pagos!

AMPARO: ¡Esos dos son hermanos!

SUÁREZ: Pero nacidos dentro del matrimonio.

AMPARO: Adolfo, cariño, ¿qué es eso que se dice por ahí de que vamos a legalizar el divorcio en España? ¿No te parece que estamos yendo demasiado lejos? La gente no va a querer casarse si no les aseguran un buen matrimonio. Es como si te compraras una casa y te dijeran que no va a durarte toda la vida. Una estafa. En España, el divorcio es un atraso para la mujer. ¿Es que no tenemos bastante con el plantel de viudas que hay que encima quieres llenar el país de divorciadas?

SUÁREZ (*cariñoso, romántico*): Tú y yo tendríamos que ir más al cine, Amparo. Así veríamos mundo... Si hay matrimonio tiene que haber divorcio igual que si hay sumas hay restas. Es una cosa lógica. Dumas joven llora sólo porque Dumas joven tiene lágrimas.

AMPARO: Pero quién llora de joven, ¿Dumas padre o Dumas hijo? ¿Lo ves, Adolfo?, no se puede obviar la familia. Si no, es un follón.

SUÁREZ: No puedo cerrar los ojos ante una ley de divorcio que todo el mundo reclama. La política tiene que asumir lo que en la calle es normal. De lo contrario el Gobierno obraría como el diccionario de la Real Academia aceptando las palabras cuando ya nadie las usa.

AMPARO: De acuerdo, divorcio, pero ¡a la española! Según nuestras costumbres. Pero tú no, vas y llamas a Fernández Ordóñez, que aspira a ser francés en la vida, para confiarle precisamente algo tan peliagudo como el divorcio. ¿Es que no lo estaba haciendo bien el bueno de Cavero?

SUÁREZ: Solo un maniobrero como Paco puede llevar a buen puerto una maniobra semejante. No te preocupes y confía en mí, que aunque se divorcien todos los españoles, tú y yo no nos vamos a separar nunca.

AMPARO: Cuánto te quiero, Adolfo. ¡Eres tan inteligente!

SUÁREZ: Oh, ¡vuelve a decirlo!

AMPARO: ¡Cuánto te quiero, Adolfo!

SUÁREZ: Eso no, ¡lo segundo!

AMPARO: Me da miedo que te enfrentes a los obispos, cariño.

SUÁREZ: Son ellos los que se enfrentan a mí. Yo estoy montando una democracia... Esos siempre se meten donde no les llaman. ¿Sabes una de las pocas satisfacciones que me ha traído el distanciamiento de Fernando Abril? Que a la vez tú también te has distanciado de su mujer y de las influencias del Opus.

AMPARO: ¿Por qué te metes ahora con Marisa? Por cierto, ¿para evitarnos un compromiso al final no iremos a la boda de su hermano?

SUÁREZ: ¿Del hermano de Fernando o de Marisa?

AMPARO: ¡De Joaquín!

SUÁREZ: ¿Quién es el hermano de Joaquín?

AMPARO: ¡Fernando!

SUÁREZ: ¡Entonces estamos hablando de Fernando!

AMPARO: ¡No! ¡Hablamos de Joaquín!

SUÁREZ: ¡O sea, del hermano de Fernando!

AMPARO: ¡Claro, del que se casa!

SUÁREZ: ¿Ah, se casa Fernando? ¿De qué Fernando hablamos?

AMPARO: ¡Pues de qué Fernando va a ser!

SUÁREZ: ¿Del Fernando de siempre?

AMPARO: ¿Es que hay otro Fernando?

SUÁREZ: Será por Fernandos.

AMPARO: Hombre, no va a ser Fernando.

SUÁREZ: ¿A qué Fernando te refieres ahora?

AMPARO: Al Fernando por antonomasia.

SUÁREZ: ¿Ah, Fernando Álvarez de Miranda?

AMPARO: Pero ¿cómo se te ocurre...? El Fernando por antonomasia es el Fernando de Isabel.

SUÁREZ: Pero ¿no hablábamos del Fernando de Marisa?

AMPARO: Por favor, Adolfo, no lées las cosas, que ahora estamos hablando de Isabel y Fernando, no vayas tú ahora a comparar Fernandos.

SUÁREZ: Eso sí que es cierto.

AMPARO: Entonces, ¿no iremos a su boda?

SUÁREZ: ¿A la del Fernando de Marisa? ¡Pero si ya están casados!

AMPARO (*cansina*): ¡A la de su hermano!

SUÁREZ: ¡La boda del hermano de Fernando!

AMPARO: ¡Sí, la boda de Joaquín con María Elena!

SUÁREZ: Pues a ese me refería yo.

AMPARO: Y yo también.

SUÁREZ: No podemos ir a esa boda, Amparo.

AMPARO: Por favor. Me dejas de piedra. No ir sería hacerle un feo muy gordo.

SUÁREZ: ¿Un feo a Fernando?

AMPARO: No, ¡a Joaquín, que es quien nos invita!

SUÁREZ: Imposible, y todo por culpa de Fernando. Nos excusaremos por teléfono. De viva voz, eso sí. Siempre en directo, que parece todo verdad. Llámale y diles que no podemos ir a la boda porque ese fin de semana tenemos un compromiso en Ávila. Y para no decir falsedades nos vamos a pasar unos días al palacete, junto a las murallas. ¡Mira qué plan!

AMPARO: ¿Que llame a quién, a Fernando?

SUÁREZ: ¿Pero qué pinta aquí Fernando? ¿El que se casa no es su hermano? A Fernando no hay nada que decirle. A Fernando ni agua.

AMPARO: Entonces, ¿definitivamente no iremos?

SUÁREZ: Pero Amparo, ¿cómo vamos a ir a la boda del hermano de Fernando si ya no tenemos trato con Fernando? Ni con Fernando ni con la familia. Pero si el otro día me dijiste que coincidisteis Marisa y tú en el Corte Inglés del Generalísimo...

AMPARO (*interrumpiendo*): ¡De la Castellana, Adolfo! ¡No hables como el populacho, que por algo eres el Presidente!

SUÁREZ: Lo cierto es que Marisa y tú coincidisteis de compras e hicisteis como si no os hubierais visto. ¡Si hasta entre los niños han dejado de juntarse!

AMPARO: Y no sabes qué disgusto les ha costado eso.

SUÁREZ: Más me disgustó a mí que, justo al día siguiente de presentarme por quinta vez su dimisión, Fernando no tuviese valor para llamarme y felicitarme en mi cumpleaños. Hasta entonces nunca había dejado pasar por alto ese detalle. Yo creo que me ha cogido envidia.

AMPARO: Él va diciendo que se ha pasado todo este tiempo cubriéndote la retaguardia, bailando siempre con los más feos para que pudieras trabajar tranquilo. Pero que ahora te has encerrado en ti mismo y que ya no atiendes a razones. Que no quieres escucharle, y que ya ni le tratas como amigo.

SUÁREZ: ¡Qué barbaridad! Fernando es especialista en soltar disparates. Pero si ha contado en los periódicos que desde que dejó el Gobierno está en la oposición porque para él la política es el poder. Y menudo bochorno que me hizo pasar cuando salió en las Cortes con aquel galimatías del diálogo Norte-Sur.

AMPARO: ¡Como en la guerra civil americana!

SUÁREZ: ¡Qué decepción la forma en que ha acabado todo con el soberbio de Abril! ¿Sabes de qué manera me iba criticando en los corrillos? ¿Y cómo insinuaba desde su despacho de Colón que el verdadero presidente de Gobierno era él?

AMPARO: ¡Es que si le das un despacho en Colón se lo pones a huevo...! Menudo era Colón con los huevos.

SUÁREZ: ¡Un usurpador! ¡Fernando es un usurpador! Cada vez que he delegado en él algún poder, se lo ha apropiado. Se lo ha quedado para siempre. Y encima cuando más le necesito ahora, va y dimite y me deja más solo que la una en medio de esta manada de hienas. Porque no te figuras en qué se ha convertido la empresa en estos meses. Estoy patidifuso. Yo me he sentido siempre preparado para enfrentarme con un Santiago Carrillo, con un Felipe González en defensa de UCD, pero no contra mis propios compañeros.

AMPARO: ¿Y afuera? ¿Por qué no buscas ayuda fuera del partido?

SUÁREZ: ¡Ese es el principal problema! Que los únicos que me la ofrecen son los de la minoría catalana. Yo hubiera pactado con ellos desde el primer momento, son gente seria como nosotros. Pero todo el rato tropezaba con el resentido de Fernando, que me decía: no, Adolfo, con esos no pactemos, que son de derechas y encima de pueblo. Pero tampoco quería Fernando que nos apoyáramos en el PSOE, ya que según él de mano de los socialistas no se llega a ninguna parte

porque son unos desclasados. Es decir, lo más parecido a él y a mí. Pero lo menos son más progresistas y además sus mujeres no están en manos del Opus, como las nuestras.

AMPARO: ¡Adolfo!

SUÁREZ: ¡No..., Fernando!

AMPARO: ¡No, no, Adolfo! ¡No te consiento que pienses eso de mí!

SUÁREZ: ¡Pero si es de Fernando de quien lo pienso!

AMPARO (*enciende un cigarrillo y lo deja con asco con el otro en el cenicero todavía humeante*): ¿Y ya sabes qué vas a hacer para poner orden en la UCD?

SUÁREZ (*casi murmurando, contradiciéndose*): Sí... No... No..., qué va... Me parece que los dejo solos. Sí, yo los dejo... Amparo..., ¿qué te parecería la noticia de mi dimisión?

AMPARO (*sonriente y enérgica*): Pues me parecería formidable si salieras dando palos a diestro y siniestro.

SUÁREZ: De sobra sabes que no es para repartir leña por lo que pienso en dimitir. No, al contrario. Es para que esos desgraciados no se maten entre ellos. Es para salvar a la empresa de la ruptura.

AMPARO: ¿Y te tiras por la borda como Jonás?

SUÁREZ: A Jonás lo tiraron los marineros. Aquí soy yo quien salta por su propio pie.

AMPARO: Decídelo en frío, Adolfo. No te precipites. Mira que ya lo dices tú siempre: mientras hay política hay esperanza.

SUÁREZ: Lo que hay ya no es política.

AMPARO: ¿Tan chasqueado estás? ¿Al fin te has cansado de acostarte siempre pasadas las cuatro de la mañana y levantarte a las nueve, de quedarte en el despacho por las noches con una pistola en el cajón por si vienen a secuestrarte, de esconder las cajas de puros que te mandan Fidel Castro y los de Panamá para que no te los sisen tus amigos que vienen a visitarte, de recortar los periódicos que entran en nuestra casa para que tus hijos no vean cómo te ponen cada día unos y otros?

SUÁREZ (*se toca un colmillo con la lengua*): Te equivocas, Amparo. Nunca me cansaré de mandar. Tengo esa pasión y ese destino. Estoy enamorado de ti y lo sabes, y por eso también sabes que estoy enamorado del pueblo español. Ahora mismo pagaría dinero por seguir en el poder.

AMPARO: Sin embargo...

SUÁREZ: Sí, así no hay manera de continuar. Es preciso meter un limpión y volver a empezar otra vez.

AMPARO: ¿Te refieres a fundar un nuevo partido?

SUÁREZ: No sé... Podría ser.

AMPARO: ¿Otra UCD?

SUÁREZ: Sí, algo parecido. El centro es mi sitio natural. Cuando no eres de nada eres

de centro. Y en España la mayoría de la gente no quiere ser de nada, está demasiado escarmentada.

AMPARO: ¿Y montarías ese partido con los mismos que ahora te barrenan tus propios cimientos?

SUÁREZ (*su sonrisa abierta*): No. Solo con los leales.

AMPARO (*imaginativa*): Otra Unión de Centro Democrático, pero que esta vez quedara bien claro que es tuya. En el nombre, en vez de llevar la U de una Unión que ha resultado falsa, tendría la S de Suárez... ¡Centro Democrático de Suárez! ¡CDS! ¡Uy! Pero se me está haciendo tarde. Me vuelvo arriba, que ya va a empezar *Su turno*... Adolfo, ¿no te has dado cuenta de lo que te pareces a Jesús Hermida?

SUÁREZ: ¿De verdad? Bah, exageras... Él es más joven.

AMPARO: Solo un poco; pero tenéis el mismo estilo. Es que representáis lo mismo: la actualidad. El hombre de acción, de traje, corbata y peinado con raya.

SUÁREZ: Dicho así parecemos el jefe de McCloud.

AMPARO: ¡Eso mismo! ¡El jefe moderno! Ay, Adolfo, no te quedes aquí toda la noche, ¿no te parece que últimamente vives demasiado encerrado en ti mismo?

Amparo sale de escena y Suárez se queda sentado a la mesa. Apaga las luces y enciende un flexo. Empieza a escribir. Muestra síntomas de fatiga. Mira el reloj de pulsera.

SUÁREZ: Puedo prometer y prometo... No, no... así no, con fórmulas esto no tiene fuerza. El discurso de dimisión hay que empezarlo por derecho. Con sinceridad... Claro, eligiendo bien palabras. Algo del tipo: Seré franco... No, quizá precisamente con estas palabras mejor que no... (*Mira otra vez el reloj de pulsera. Se levanta y pone un cartel en el caballete que dice: «Ya pasada la media noche...». Vuelve a su silla*). No hay manera, chico, llevo aquí la intemerata y no adelanto nada... A ver si se me ocurre algo escuchando un poco de música. ¿Funcionará este cacharro?

Se relaja. Toca los botones del hilo musical. Suena Serefe que es una versión turca del Bimbó grabada por Tanju Okan. Coge el boli como para ponerse a escribir. De repente se da cuenta de que su mano con el bolígrafo proyecta la sombra de un militar o un guardia civil. Juega con ella. Luego hace la sombra de un banquero con chistera. Sigue jugando ensimismado. Así mientras dura la canción hasta que irrumpe el sonido del timbre del teléfono rojo.

Escena 4

En el despacho está sonando el teléfono. Se enciende la luz general y se apaga la del flexo.

SUÁREZ: ¡¡El teléfono directo!! Pero... ¿quién diablos llamará a estas horas y a este número? ¿Le habrá ocurrido algo al Rey? ¿Se habrá resbalado esquiando? No, qué va, Su Majestad de noche da otros saltos... *(Hace el gesto de ir a coger el teléfono que vuelve a sonar pero aparta la mano)*. Seguro que es alguien que se ha equivocado al marcar. Seguro que es eso. *(Imitando acento baturro)*. Chufla, chufla, que como no te apartes tú... Ay, si me viera Antonio Garisa. *(Deja de sonar el teléfono)*. Qué gran actor dramático hubiera sido yo de no ser Presidente. *(El teléfono vuelve a sonar)*. Arrea, ¡vuelven a llamar! ¡Esto va a ir en serio! *(Descuelga el teléfono)*. ¡Diga!

VOZ TELEFÓNICA DE MUJER: ¡Ramón! ¿Eres tú, Ramón?

SUÁREZ: ¿Perdone?

VOZ TELEFÓNICA DE MUJER: ¿Está Ramón?

SUÁREZ: Lo siento, señora. Aquí no vive ningún Ramón. Debe de haberse equivocado al marcar.

VOZ TELEFÓNICA DE MUJER: ¡¿Ah, este no es el número trece?!

SUÁREZ: Sí, señora, está usted en lo cierto, el número es el que usted dice; pero le aseguro que en esta casa no vive nadie llamado Ramón. Acaso se trate del anterior titular de este teléfono.

VOZ TELEFÓNICA DE MUJER: Anda, ¿y quién es usted entonces? Pero qué amable. Hoy día resulta muy difícil encontrar a personas como usted. Pero ¿no le habré sacado de la cama? Le pido que me disculpe si ha sido así, no era mi intención.

SUÁREZ: No, no, de ningún modo, señora, no me ha molestado en absoluto. Estaba trabajando.

VOZ TELEFÓNICA DE MUJER: ¿Trabajando a las dos de la madrugada? Caramba, ¿usted a qué se dedica?

SUÁREZ *(muy sonriente pasándose la lengua por el colmillo)*: Pues mire usted, señora, yo soy Adolfo Suárez, el Presidente del Gobierno.

VOZ TELEFÓNICA DE MUJER: ¡Madre mía de mi corazón! ¡Así, con más razón todavía! ¿Por qué no se va usted a dormir, por el amor de Dios?

SUÁREZ: Uy, no puede usted hacerse una idea de cómo es esta vida. Siempre me quedo hasta muy tarde. La responsabilidad del cargo. Ya sabe: el máximo cargo,

la máxima responsabilidad. Pero no crea que eso me importa a mí. Uno está al servicio de los españoles y esto solo se puede hacer con ilusión. Mire, entro aquí en mi despacho, que es a donde usted me ha llamado, cada tarde, después de las reuniones y las visitas, y me quedo trabajando hasta eso de las diez de la noche, que es cuando subo a cenar con mi familia y a ver un rato el Telediario. Muchas de las cosas que dicen en las noticias las sé de antemano, y más de lo que cuentan, pero me preocupa sobre todo saber cómo se las explican al ciudadano. Luego, Amparo y yo acostamos a los chicos, y acostumbramos a ver una película de cualquier tema. El otro día dieron una muy buena, *La prueba del valor*, en que salía Charles Aznavour. Iba de los Juegos Olímpicos en Roma. ¿La vio usted? A mí, ver la película siempre me sirve para relajarme. Y ya descansado, al filo de la medianoche vuelvo a bajar al despacho, donde continúo trabajando hasta que me dan las cuatro o las cinco de la madrugada.

VOZ TELEFÓNICA DE MUJER: ¡Dios mío de mi vida! ¿Y esto podrá aguantarlo usted mucho tiempo?

SUÁREZ: Mientras crea que es útil para España, así lo haré, señora. Y si considera que yo puedo ayudarla en algo, aquí me tiene.

VOZ TELEFÓNICA DE MUJER: Siempre se necesita ayuda, Presidente. Y más una mujer en mis circunstancias. Permítame que me presente. Yo me llamo Gertrudis y soy viuda. Mi difunto esposo era coronel de Intendencia. Pero no hace mucho que me dejó sola en el mundo. *(Se deja de escuchar la voz telefónica de mujer y aparece en escena una enana que sale de debajo de la mesa del despacho y sigue hablando. Es la misma voz)*. ¡Murió el pobre de manera tan inopinada! El aparato reproductor...

SUÁREZ *(hablándole al auricular, estupefacto)*: Doña Gertrudis, ¿se me acaba de aparecer la minoría catalana!

LA ENANA *(hace un gesto de fastidio)*: ¡Qué catalana, si soy de Pontevedra!

SUÁREZ *(sosteniendo el aparato descolgado, ahora hablando a la Enana, cada vez más alucinado)*: Pero... ¿de dónde ha salido usted, así de repente? ¿No se tratará entonces de la etapa anterior?

LA ENANA *(enfadada)*: ¿Cómo, una etapa? ¿Va a confundirme ahora con la vuelta ciclista? Soy yo, ¡Gertrudis!

SUÁREZ *(mirando el auricular)*: Pero... si estábamos hablando por este teléfono hace un momento.

La Enana con un gesto de indolencia reanuda su historia como si no hubiera nada extraordinario que comentar. Suárez cuelga el auricular y escucha maravillado.

LA ENANA: ... Como le explicaba, Presidente, resulta que Prudencio, mi marido, murió aplastado por una fotocopidora. El aparato reproductor. Él siempre lo decía, que moriría por su culpa.

SUÁREZ: ¡Me deja patidifuso!

LA ENANA: Pues él se quedó patiabuerto. Resulta que un día que había ido al almacén de Tres Cantos para vigilar una entrega de fotocopadoras a unos despachos de Capitanía General, se puso a dar órdenes debajo de una plataforma elevadora con tan mala pata que en ese momento se le cayó una fotocopadora encima y lo espachurró.

SUÁREZ (*suspica*): ¿Y qué hacía un coronel en una nave de fotocopadoras?

LA ENANA: En el ejército se hacen muchas fotocopias. Aunque no lo parezca, hay mucho trabajo intelectual y por tanto mucha fotocopia. Mi Pruden tenía negocios con su hermano Ramón, que es registrador de la propiedad, y era a este Ramón a quien he llamado cuando se ha puesto usted al teléfono. Entre Pruden y Ramón montaron un negocio de venta y alquiler de fotocopadoras Xerox, pues Ramón había hecho amistad con la familia propietaria de la marca, ya que años atrás los conoció siendo él estudiante en la escuela de leyes de Connecticut, que dicen que es una de las escuelas de leyes más bonitas del mundo. A Pruden y a Ramón el negocio les iba a las mil maravillas. Imagínese que, sin ir más lejos, todas las fotocopadoras de todas las oficinas de la Primera Región Militar las suministraban ellos.

SUÁREZ (*con retranca*): ¡Ah, una empresa de servicios! ¡El Ejército español siempre dispuesto a servirse a sí mismo!

LA ENANA (*escurriendo el bulto*): Oh, pero no quiero distraerle más de sus asuntos. Mejor que le deje trabajando... Estaría usted tan concentrado hasta que le he interrumpido...

SUÁREZ: Qué va, todo lo contrario, Gertrudis. Aquí donde me ve tan de centro, no encontraba el modo de centrarme. Estaba intentando redactar un discurso muy importante, y no sé cómo empezar.

LA ENANA (*se saca del bolso un péndulo de hipnosis*): Mmm... Tal vez yo pueda serle útil para concentrarse. Antes de conocer a Pruden anduve muchos años por los circos practicando el mentalismo. Pero a mi marido no le gustaba que trabajase, y me obligó a quedarme en casa. Aunque yo jamás he dejado de practicar. ¿Sabe que soy capaz de detener una bala con los dientes? Con las vecinas de la calle Príncipe de Vergara he hecho mucho este juego. Como casi todas estábamos casadas con militares siempre disponíamos de algún arma. ¿No tendrá usted una pistola a mano?

SUÁREZ (*trascendental*): Lo que quería es escribir mi discurso de dimisión.

LA ENANA (*con el péndulo en la mano*): ¿No me diga que nos deja? ¡Ahora, que es cuando la gente como nosotros más le necesita! Ay, si viviera el pobre Prudencio. ¡Volvía a morirse del soponcio!

SUÁREZ: Caramba, doña Gertrudis, precisamente yo diría que el Ejército no me tiene ninguna estima.

LA ENANA: Ninguna, cierto, Presidente. Pero Pruden era fotocopista antes que soldado. No puede dimitir ahora, don Adolfo. Ya solo le tengo a usted. No puede dejarme abandonada con todo lo que está ocurriendo.

SUÁREZ: ¡Lo que yo dije! ¡Usted es la etapa anterior!

LA ENANA: Creo que todavía soy capaz de ayudarle...

SUÁREZ: ¿En qué?

LA ENANA (*moviendo el péndulo*): Pues en lo que necesita. ¡A centrarse! Mire fijamente el péndulo. No piense en nada y repita conmigo: Sin usted, yo no sería nada.

SUÁREZ: Sin usted, yo no sería nada. Nada. Nada...

LA ENANA: Imagine que está en el campo. En una pradera muy grande. Hay también una casa.

SUÁREZ: Lo estoy viendo. Estoy en la casa de la pradera.

LA ENANA: Pero se encuentra usted dentro de ella. Está completamente solo y le habla una voz.

SUÁREZ: ¡Sí, sí, oigo esa voz!

LA ENANA: ¿Qué le dice?

SUÁREZ: Me pide que cambie. Que asuma las críticas y corrija mis errores. Es la voz de mi partido.

LA ENANA: ¡No, es su voz interior!

SUÁREZ: Mi partido y yo somos la misma cosa. ¡Tengo que ganar tiempo!

LA ENANA: ¡Cuando se quiere ganar tiempo es porque se está perdiendo el tiempo!

SUÁREZ: ¡Pero lo puedo recuperar presentando mi dimisión para poner de nuevo el contador a cero!

Vuelve a sonar el teléfono rojo.

SUÁREZ: ¡Ahora, sí! ¡El Rey!

LA ENANA (*asustada*): ¡El Rey! ¡Si se entera de que estoy aquí peligra tu posición, Presidente! ¡Quizá, tu vida! ¡Ay, cualquiera le convence de que lo nuestro solo ha sido pasajero! ¡Tengo que desaparecer de este despacho! ¡Mátame, Adolfo!

SUÁREZ: ¡Pero cómo iba a hacer yo eso!

LA ENANA: ¿Guardas un arma en el cajón? Supongo que sí, todos los hombres lo hacen. Dispara contra mí, no tengas miedo. Es tu obligación. Has sido elegido para liquidarme.

SUÁREZ: Gertrudis, ¿te has vuelto loca?

LA ENANA: Dispara, Adolfo, no tengas miedo. Soy una profesional. Todo saldrá bien. ¡Lo he hecho ya tantas veces! (*Suena de nuevo el teléfono rojo*). Antes de coger ese teléfono, dispara contra mí.

Suárez dubitativo.

LA ENANA (autoritaria): Dispara, Adolfo. ¡Es una orden!

Se apagan las luces y quedan unos focos como en una actuación de vodevil. Suárez saca su pistola del cajón y se pone frente a la Enana. Ejecutan el número del mentalista que detiene las balas con los dientes. Suena un redoble de tambor. Suárez apunta a distancia, concentrado. La Enana no se inmuta. Suárez está paralizado y con gestos la Enana le conmina a disparar. Por fin dispara una vez y cae la Enana al suelo. Pero dispara otra. Y otra. Y otra. Cuatro veces, al final con ensañamiento. La Enana yace como muerta. Y Suárez se aproxima al cuerpo horrorizado. De un salto, ella se pone en pie sonriente y se saca una a una las cuatro balas de la boca con gesto de artista. Suena de nuevo la música del Serefe. Ella bailando le enseña sonriente las balas a Suárez y luego se asoma al proscenio para mostrárselas al público. Hace unas reverencias y sale de escena.

Mientras tanto, Suárez ha vuelto a su mesa. Se ha quitado el jersey y se ha puesto americana y corbata. Está sentado, bolígrafo en mano, ajeno a todo. En penumbra. Vuelve a sonar el teléfono rojo y hace el gesto de ir a cogerlo, pero enseguida hace otro despreciativo de no cogerlo. Oscuro.

Escena 5

Escenario iluminado de día. Suárez, de traje y corbata, trabajando en su mesa. Entra Pepe y pone un cartel en el caballete que dice: «Al día, siguiente». Se dirige al Presidente.

PEPE: Don Manolo ha venido a visitarle, Presidente.

SUÁREZ: ¿Don Manolo? ¡Ah, Manolo Santana! ¡Qué alegría! ¡Es verdad, que venía hoy! Hazle pasar... Oye una cosa, Pepe, ¿cómo se llaman tus hijas? ¿No tendrás alguna que se llame Gertrudis? La más pequeña, quizá...

PEPE: Oh, no. A nuestras tres hijas les hemos puesto nombres católicos. La mayor se llama Ana, la mediana María y la pequeña se llama Lote.

SUÁREZ: ¡Lote no es católico, es un nombre alemán! ¡Seguro que es protestante!

PEPE: Lote será muy alemán, pero también es muy católico.

SUÁREZ: ¿Cómo?

PEPE: Se dice en misa todos los domingos.

SUÁREZ: ¿Cuándo?

PEPE: Cuando dicen ¡Lote... nemos levantado hacia el Señor!

SUÁREZ: Pepe, haz entrar a don Manolo.

Al tiempo que sale Pepe, entra Manolo Santana vestido de tenista, con una raqueta en la mano. Le acompaña el Carpintero vestido de recogepelotas y va haciendo malabares con pelotas de tenis. El Carpintero cruza así el escenario de un extremo a otro y sale.

SUÁREZ (viendo irse al Carpintero): ¡Manolo, a mis brazos!

SANTANA: Adolfo, creí que no llegaba. Me he pasado seis horas colapsado en el aeropuerto del Prat.

SUÁREZ: Si no fuera por ti y por Pérez de Tudela, en este país no habría deporte de altura. ¿A que no sabes la última? Los de seguridad me han clausurado la pista de tenis, porque dicen que es un punto negro. Está demasiado cerca de la carretera.

SANTANA: Pues sí que tiene puntos negros La Moncloa.

SUÁREZ: ¿A qué te refieres?

SANTANA: A la piscina, que también la cerraron por la misma razón. Y a esa explanada que hay delante del pabellón de Semillas Selectas. ¿No te lanzaron el año pasado una granada ahí?

SUÁREZ: Sí, ahí mismo, en el helipuerto...

SANTANA: ¿Lo ves? ¡Otro punto negro!

SUÁREZ: Podríamos montar una tienda de calcetines y llamarla Punto Negro...

SANTANA: ¿Para hacer la competencia a los de Punto Blanco? Yo siempre de blanco y tú siempre de negro, vivimos en una época de extremos.

SUÁREZ: El tenis es como la política, consiste en devolverle al otro la pelota y que no la pille... Manolo, no sabes cómo te agradezco que hayas venido. Es muy importante para mí que te tomes tan en serio mi entrenamiento. Ay, qué buen tenista hubiese sido yo de no ser Presidente.

SANTANA (*se pone la raqueta en la barbilla y la sostiene en equilibrio*): ¿A que no sabes hacer esto?

Entra de nuevo Pepe.

PEPE: Señor Presidente, ha llegado un inventor que dice que estaba citado con usted y que es hermano de un ministr...

Irrumpe el Inventor. Santana sigue haciendo equilibrios.

INVENTOR (*abriendo los brazos de par en par*): ¡Adooolfo!

SUÁREZ (*sorprendido*): ¿Quién es usted?

INVENTOR: ¡Espléndido! ¡Adolfooo!

Pepe le tira de la americana para llevárselo, pero no consigue nada.

INVENTOR (*hace como que no se entera por lo de Pepe y le habla a Suárez en alusión a Santana*): ¡Espléndido! ¡Tú siempre haciendo equilibrios!

SUÁREZ: ¿Pero de dónde ha salido este hombre? Eso, Pepe, llévate.

INVENTOR: ¡Nooo! ¡Pepe, no me lleves, que soy hermano de un ministro!

SUÁREZ: Arrea, ¿de qué ministro es usted hermano?

INVENTOR: Me temo que del de Cultura.

SUÁREZ: No te lo lleves, Pepe. Acompaña a Manolo a la pista de tenis. (*Al Inventor*).
¿Con quién tengo el gusto?

Durante toda esta escena, mientras Suárez y el Inventor hablan, Pepe y Manolo Santana juegan al tenis desde los extremos del escenario, de manera que solo se ve pasar la pelota, y algunas veces asoman las raquetas.

INVENTOR: Soy inventor y me llamo Juan de la Cierva como mi tío, a quien el mundo debe la creación del autogiro (*Mueve las manos como las aspas de un helicóptero*).

SUÁREZ: Y por tanto, también inventor como su hermano Ricardo.

INVENTOR: ¡Espléndido! ¿Pues qué ha inventado mi hermano?

SUÁREZ: Se ha inventado toda la historia de España. Desde Adán y Eva hasta la actualidad.

La pelota de tenis se pierde del juego y queda botando por el escenario, el Inventor se vuelve hacia un lado y grita como un árbitro de tenis.

INVENTOR: ¡No!

Se reanuda el juego con una pelota nueva y el Inventor vuelve a la conversación con Suárez.

INVENTOR: ¡Espléndido! ¿Por eso han hecho ministro a mi hermano?

SUÁREZ: Cosa de Cabanillas.

INVENTOR: Ahhh, de eso no me había dicho ni pío.

SUÁREZ: ¿Quién, Cabanillas?

INVENTOR: No, mi hermano.

SUÁREZ: Usted dirá qué le trae por aquí.

INVENTOR (*enseñándole una estilográfica*): Traigo un invento sensacional.

SUÁREZ (*extrañado*): ¡Un bolígrafo! ¡Pero eso está muy visto! (*Se queda dubitativo*).

¿Desde cuándo se dedica usted a los inventos?

INVENTOR: Presidente, sepa que yo tengo muchos premios, incluido un Oscar de Hollywood.

SUÁREZ: ¿También es usted cineasta? ¿No habrá conocido a Ava Gardner?

INVENTOR: Soy tecnólogo.

SUÁREZ: Entonces no la conoció.

INVENTOR: El Oscar lo gané por idear un aparato que corrige el desenfoque de la cámara.

SUÁREZ: Yo también he trabajado en el cine. Hice de figurante en *Orgullo y Pasión*, con Cary Grant y Sophia Loren.

INVENTOR: ¡Espléndido! ¿Conoció usted a Sophia Loren?

SUÁREZ (*melancólico y resignado*): Tampoco. Yo salía en las murallas de Ávila.

INVENTOR: ¿Ha visto usted la película *Tora! Tora! Tora!*?

SUÁREZ: ¿La del bombardeo de Pearl Harbor?

INVENTOR: ¡Espléndido! Pues bien, las escenas aéreas de esa película se rodaron con el aparato de mi invención. ¡Pero lo que ahora yo le traigo a usted es esto! (*mostrándole de nuevo la estilográfica*).

SUÁREZ: ¡Espléndido! (*se queda extrañado al oírse pronunciar la exclamación*). ¿Un recuerdo del rodaje?

INVENTOR: ¡No! ¡Un transmisor! ¡Con este instrumento que aparenta ser una estilográfica se puede registrar disimuladamente cualquier conversación y enviar las ondas a un punto de escucha!

SUÁREZ: ¡Espléndido! (*de nuevo estupefacto, se le ha pegado la coletilla como la tiritita del capitán Haddock*).

INVENTOR (*molesto*): Oiga, ¿no sabe decir usted otra cosa? (*Poniéndole el boli ante la boca*). Hagamos una prueba. ¡Pronuncie unas palabras!

SUÁREZ (*se lo piensa y se hincha el labio con la lengua, y al final encogiéndose de hombros en señal de resignación*): Mmmm... ¡Espléndido!

INVENTOR (*suspica*): Está bien, está bien. (*Quitándole el capuchón a la estilográfica*). Ahora escuche...

PEPE (*que deja de jugar y asoma con las manos haciendo bocina*): ¡Espléndido!

Suárez mira hacia todas partes maravillado como si la voz viniera de la nada.

SUÁREZ (*le coge la pluma al Inventor y se la guarda en la americana*): Querido amigo, cuénteme más sobre este invento. No sabe usted cuánto me interesan las escuchas. ¡Soy todo oídos!

INVENTOR: ¡Espléndido!

Ahora son los dos los que se molestan ante la palabra.

SUÁREZ (*señalando al teléfono rojo*): Este teléfono mismo, por ejemplo. ¿Habría manera de grabar discretamente todo lo que se habla a través de él sin necesidad de intervenir la línea?

INVENTOR (*se acerca al aparato, lo mira suspicazmente*): Mmm... parece un aparato normal y corriente.

SUÁREZ: ¿Qué quiere decir?

INVENTOR: Que no es de adorno. Que es un teléfono real.

SUÁREZ: Tan realísimo como nuestra democracia.

INVENTOR: Pues entonces lo podrá grabar sin ningún tipo de problema.

SUÁREZ: ¡Espléndido!

VOZ FEMENINA (*fuera de escena*): ¡Espléndido!

SUÁREZ (*mirando a todas partes*): ¿Y esta voz? ¿De dónde sale?

INVENTOR (*atemorizado*): ¡Será un espíritu!

VOZ FEMENINA (*riendo*): ¡Síiii! ¡Soy el espíritu de la Transición!

SUÁREZ: ¡Ah, el espíritu de la Transición!

INVENTOR: ¡Manifiéstate si estás entre nosotros!

SUÁREZ: ¡Eso, si estás ahí, da un golpe!

VOZ FEMENINA: ¿También tú, Presidente, me pides que dé un golpe?

SUÁREZ: ¡No, no, yo no! ¡Ni se te ocurra!

INVENTOR (*maravillado, aparte*): ¡Espléndido!

SUÁREZ: ¡Si de verdad eres la Transición manifiéstate!

Irrumpe en el escenario una bailarina de burlesque. Va acompañada del Carpintero, que toca ahora una guitarra o un acordeón para que la bailarina cante el eslogan de la campaña electoral de la UCD: «Vota Centro, vota Suárez, vota libertad, la vía segura a la democracia».

Santana y Pepe entran corriendo a escena para admirarla.

SUÁREZ: ¡Ya no se hacen canciones así!

INVENTOR (*extendiendo hacia ella las manos palmas arriba*): ¡Qué Constitución que tieeenes, hija!

SANTANA (*tocándole el culo*): ¡Una señora Constitución!

SUÁREZ (*interponiéndose entre ellos y la bailarina*): ¡Sí, pero esta Constitución no es para que la toque todo el mundo! (*A la bailarina*). ¿Qué se te ofrece?

BAILARINA: Tú me has llamado.

SUÁREZ: ¿Adivinas el futuro?

BAILARINA (*picarona*): No, pero te puedo enseñar muchas cosas.

SUÁREZ: ¡Pues vamos a ello!

BAILARINA: ¡Espléndido!

Empieza a sonar la música del número de burlesque de la bailarina. Con la música se van todos, pero ella se queda sola en el escenario. Al final, en las pezoneras lleva borlas con los colores de la bandera española y un águila negra en el tanga. Acaba el número y a la par que sale entra Pepe para recoger las ropas.

Escena 6

PEPE (*hablando solo*): ¡No había visto una Transición así en mi vida!

Pepe con las ropas de la bailarina en la mano va a cambiar el cartel del caballete, pero como las tiene ocupadas se las compone primero sujetando las ropas bajo el brazo, sin embargo no puede con todo, de modo que al final se las reparte bajo cada brazo, excepto el sujetador, que lo sostiene con la boca y así cambia el rótulo del caballete. En el rótulo dice: «Al otro día». Entra Rafael con unos folios en la mano.

RAFAEL (*a Pepe, que sigue con el sujetador en la boca y las ropas en las manos*):
¿Qué ha pasado esta noche aquí, Pepe?

PEPE (*se guarda torpemente el sujetador en el bolsillo superior de la chaqueta, que sobresale*): ¡Buenos días, señor ministro de la Presidencia! ¡Se nos ha aparecido el espíritu de la Transición!

RAFAEL: ¿Ha dicho algo de interés?

PEPE: Quiénes somos, adónde vamos y de dónde venimos.

RAFAEL (*señalando a Pepe, pero también al sujetador*): Uy, eso que no salga de aquí.
(*Consultando el reloj de pulsera*). ¿No ha llegado aún el señor Presidente?

Pepe, confuso por lo que le ha dicho Rafael, se saca el sujetador del bolsillo y lo deja colgado del cartel. Entra Suárez encendiendo un pitillo.

SUÁREZ: ¡Hombre, Rafael! (*A Pepe*). ¡Pepe, qué haces con esa ropa! Mejor, no digas nada y desaparece con ella.

Se va Pepe en silencio.

SUÁREZ: ¿Has redactado ya el discurso de mi dimisión?

RAFAEL: Le he pedido ayuda a Melià.

SUÁREZ: Bien hecho. Es el mejor. Melià sabe emocionar cuando explica las cosas. Tiene estilo. Todos los mallorquines lo tienen. Yo también he pensado algo. Quiero que se instale un plató de televisión en este mismo despacho.

RAFAEL: ¿Vas a dimitir desde aquí en directo?

SUÁREZ: Lo grabaremos.

RAFAEL: ¿Y cuándo se pasará?

SUÁREZ: En el mismo día. En horario de máxima audiencia. Hay que actuar siempre

rápidamente. Un, dos, tres. (*Dice esto y chasquea los dedos como en la película de Billy Wilder*). Rafael, nunca les des tiempo a alcanzarte. Esto no es una carrera; es peor, es una cacería.

RAFAEL: ¿Lo van a saber los espectadores antes que el Consejo de Ministros?

SUÁREZ: Haré lo que vea en el momento.

RAFAEL: En política la improvisación sale cara.

SUÁREZ: Yo nunca improviso. Actúo rápido. Pero no se puede dar una respuesta antes de que se sepa la pregunta.

RAFAEL: Va a armarse una gorda si se entera la calle antes que el partido.

SUÁREZ: El pueblo llano está conmigo. Soy presidente con los votos de la calle, no con los de este grupo de conspiradores que me rodea. Estos..., estos están deseando defenestrarme. Les encantaría acabar conmigo igual que los suyos acabaron con Hanriot tirándolo por una ventana del ayuntamiento de París. ¿Y sabes por qué, Rafael? ¿Has leído cosas de la Revolución francesa?

RAFAEL: Tuvo lugar en Francia...

SUÁREZ: Bueno, pues Hanriot fue un gran general de la Revolución francesa. Fueron los suyos quienes le detuvieron. Y fue el propio juez quien le empujó por la ventana. Acusaban a Hanriot de ser un hombre inseguro y mentiroso. Pero ¿sabes por qué acabaron con él de verdad? Porque no podían soportar que fuese un hijo del pueblo quien pusiese orden en todo aquel desbarajuste. Hanriot, al igual que yo, era un muchacho salido de una familia modesta que llegó a lo más alto y puso orden en la calle aun teniendo que enfrentarse a todos. Hay una obra de teatro muy buena que cuenta esta historia. El papel de Hanriot lo hacía Louis de Funès. ¿Te gustan las películas de Louis de Funès, Rafael?

RAFAEL: ¿La que dices es la del gendarme?... Tienes razón, Adolfo, el pueblo te quiere a ti no a ellos... La gente de la calle no sabe ni quiénes son los ministros.

SUÁREZ: Mis barones urden sus confabulaciones desde los despachos de los ministerios que yo les he regalado. Cada día se trama una traición contra mí en el seno de mi propio Gobierno. Garrigues, Martín Villa, Ordóñez, Landelino... llaman desde teléfonos oficiales para conspirar contra mi cargo. Lo sé porque los escucho. Tengo todos los teléfonos pinchados.

RAFAEL: Ten cuidado con las escuchas. Por algo parecido se la pegó Nixon.

SUÁREZ: ¿Pegársela? No es posible ejercer el poder estando sordo y ciego. Entonces sí que te la pegas.

RAFAEL: Hay que andarse con cautela.

SUÁREZ: Todos, me han dejado solo todos. Me han traicionado hasta los más íntimos. Abril Martorell, en quien confié para tenerlos controlados, los ha puesto a todos en mi contra con sus modos cuarteleros. Y luego se ha pasado al bando de ellos. Recuerda, Rafael, la moción de censura de los socialistas...

RAFAEL (*interrumpiéndole*): Nos salvamos por los pelos.

SUÁREZ: Solo por catorce votos.

RAFAEL: Menos apóstoles tenía Cristo y fundó el cristianismo.

SUÁREZ: No digas herejías. ¿Sabes qué? Estoy convencido de que Abril Martorell estaba al corriente y no quiso avisarme de lo que los socialistas tramaban. Cuando nos reunimos todos en aquella finca de Obras Públicas, a orillas del embalse...

RAFAEL (*le vuelve a interrumpir*): ¡La casa de la pradera!

SUÁREZ: ¡Sí, allí! ¿Por qué la llamarían así?

RAFAEL: Pues porque estaba en el campo y había ovejas.

SUÁREZ: Los periodistas se pasan el día viendo la televisión. Fueron dos días horribles. Ahí me di cuenta de que yo ya no soy imprescindible.

RAFAEL: No digas locuras. Sin ti la UCD no vale nada.

SUÁREZ: Me quisieron tirar por la borda como a Jonás, para salvar el barco.

RAFAEL: Pero no fueron capaces.

SUÁREZ: Ninguno tuvo redaños. Al pobre Garrigues no le quedaban fuerzas, ya entonces estaba muy enfermo. Mi supuesto amigo Abril Martorell se portó como un tibio, no se quería mojar por mí, y yo afuera, en la sala de al lado, fumando. Les había dejado solos para que se decidieran entre todos a tomar una determinación sobre mi persona, y no tuvieron el valor de acabar conmigo.

RAFAEL: Garrigues dijo que te ibas de la sala para darles pena.

SUÁREZ: Ni siquiera les pedía lealtad personal. Pero sí de cara a la galería. Sí, lealtad institucional hacia la figura del presidente de Gobierno. Landelino, que podría haberlo ganado todo allí, que podría haberse hecho con la empresa para entregársela al búnker, a la derecha de siempre, la suya, nunca lo ha ocultado, se quedó entonces sin nada por mojigato. Por no saber imponerse en aquel momento.

RAFAEL: También podría haberlo ganado todo Paco Ordóñez. Quería lo mismo, pero al revés. Hacerse con el partido y llegar a un acuerdo con los socialistas, como en Portugal.

SUÁREZ: Bah, los socialdemócratas de Paco son como los rabanitos, rojos por fuera pero blancos por dentro y siempre al lado de la mantequilla. Socialdemócratas, Landelinos, Álvarez de Miranda, Cabanillas, Abriles Martoreles... Todos unos traidores, y todos unos cobardes. Con gente así no se puede ir a ninguna parte. Yo me voy. Los dejo solos.

RAFAEL: Pero Presidente, a pesar de la deslealtad de los barones, tú no estás solo en la UCD. Nos tienes a nosotros, Adolfo. A tus incondicionales. Y también están los chicos.

SUÁREZ: ¿Qué chicos?

RAFAEL: Los Jóvenes Turcos. Nuestros diputados jóvenes. Todos independientes, al margen de los barones, de los Landelinos, de los Garrigues, de los Ordóñez. Te aseguro que estos todavía no conocen barón.

SUÁREZ: Claro, como son tan jóvenes...

Suárez levanta con asco el cuadro de la muchacha con la manzana.

RAFAEL: Son la alternativa a tu encrucijada. Forman tu guardia pretoriana. Y son la mayoría.

SUÁREZ (*dejando el cuadro donde estaba*): Rafael, ¿no han llegado aún los clavelitos?

RAFAEL: ¿Te refieres a la tuna?

SUÁREZ (*sonriendo*): No, hombre, a la litografía de Clavé.

RAFAEL: Llevamos meses esperándola.

SUÁREZ: Qué traslado tan largo. No lo veré acabado. Porque yo los dejo solos. Yo me voy. ¿Sabes una cosa? Hay una leyenda en La Moncloa que dice que quien empieza obras no las ve acabadas. Eso es lo que me ha pasado a mí. Oye..., ¿qué dan esta noche en la tele?

RAFAEL (*alegrándose*): Una muy buena: *Cabaret*.

SUÁREZ: ¿La de Lizza Minnelli? ¿Y ha pasado censura?

RAFAEL: Sí, como solo va contra los nazis...

SUÁREZ: ¡Ah, la etapa anterior! ¡Siempre sobreviven las etapas anteriores!

De repente aparece un grupo de cinco jóvenes trajeados tocados todos con un fez. Son los Jóvenes Turcos. Entran a saco, con los brazos en alto y tarareando el Bimbó (la versión de Georgie Dann del Serefe del número de las sombras chinescas). Parecen por sus gestos una tribu en danza ritual. Cantan desmadejadamente, como un coro de borrachos en la medianoche que diría Tom Waits. Callan de repente y Rafael exclama.

RAFAEL (*pasmado*): ¡Los Jóvenes Turcos!

Todos a la vez, reanudan el Bimbó. Ahora Rafael y Suárez dan pasos de baile en torno a ellos. Un joven coge el sujetador del cartel y se lo ata a la cabeza. Toman a Suárez y lo suben a hombros como a un torero. Sin parar de dar vueltas por el escenario siguen tarareando la canción con los brazos en alto.

SUÁREZ (*satisfecho, a voces, con los brazos también en alto*): ¡He creado una generación de demócratas! ¡He dado a España la primera generación de demócratas de la historia moderna!

Los Jóvenes Turcos se emocionan y tararean más alto.

SUÁREZ: ¡Los jóvenes de hoy nos darán mañana todo el reconocimiento que nuestro tiempo nos niega! ¡Negármelo a mí, que de un día para otro he transformado en demócratas de toda la vida a un país de fascistas!

RAFAEL: ¡Y así te lo pagan!

SUÁREZ: ¡Desagradecidos! ¡Me corresponden con su traición, con su ingratitud, con su deslealtad, con su falsedad, con su complot, con sus maquinaciones!

Se oye la voz de Amparo desde fuera del escenario.

AMPARO: ¡Adolfo! ¡Qué es ese escándalo! ¿Ocurre algo?

SUÁREZ: ¡Cielos, mi mujer! ¡Escondeos!

Suárez se baja del grupo y los empuja a todos. Los oculta detrás de una cortina. La cortina no deja de moverse ni un instante. Entra en escena Amparo. Va en bata, recién levantada. Con un tazón de café en la mano y fumando con el cigarrillo vertical.

SUÁREZ (a los Jóvenes Turcos): ¡Rápido! ¡Salid de aquí, que no os vea ella! (Al del sujetador en la cabeza). ¡Tú, esconde eso!

En el desbarajuste, el sujetador se le cae al suelo y ahí se queda sin que nadie lo advierta.

AMPARO: ¡Ay, Adolfo, me he despertado asustada! ¡No sé si he oído unos gritos o los he soñado! ¡He temido que vinieran a secuestrarte!

SUÁREZ: ¿Secuestrarme? ¿Quién?

AMPARO: ¡Pues no sé...! Las Brigadas Rojas. Si tienes a todo el mundo en tu contra. Hasta podría tratarse de un golpe de Estado.

Los Jóvenes Turcos, al oír esto, empiezan a tararear detrás de la cortina Soldadito Español. La cortina se mueve ahora más. Rafael se apresura a decirles disimuladamente que se callen.

RAFAEL (chistando): Sssss... Silencio... (Persiste un murmullo general). ¡Callaos!

AMPARO (a Suárez): ¿Con quién habla Rafael? (Mirando al suelo, señala hacia el sujetador). ¿Y eso de ahí de quién es?

La cortina vuelve a agitarse y los Jóvenes Turcos empiezan a tararear a gritos el Bimbó. Rafael les vuelve a pedir silencio.

ADOLFO: ¡Ah, eso es la Transición!

AMPARO: Pues parece que se le cae la hoja.

RAFAEL (a la cortina): ¡Que os calléis, coño!

Suárez abraza a Amparo por un hombro y la aparta del lugar, como en la última foto

de Suárez y el Rey. Por señas le indica a Rafael que recoja el sujetador. Rafael lo coge y lo tira detrás de la cortina donde están los Jóvenes Turcos, que exclaman al unísono como en un espectáculo pirotécnico.

JÓVENES TURCOS: ¡Ohhh!

Suárez y Amparo al fondo del escenario de espaldas al público.

AMPARO (*temerosa*): ¿Por qué me coges ahora así, Adolfo, y no de la mano, como siempre?

ADOLFO: Es un gesto de superviviente.

Suárez y Amparo dan un paseo así y se sitúan en el proscenio de cara al público. Se separan.

ADOLFO (*extendiendo el brazo hacia el público*): Amparo, ¿ves todos esos votos?

AMPARO: ¡Oh, sí, qué bello es votar!

ADOLFO: Pues algún día todos esos votos serán tuyos.

JÓVENES TURCOS (*emocionados*): ¡Ohhh!

AMPARO (*señalando a la cortina*): Adolfo, ahí detrás hay alguien. Tú no me engañas.

La cortina vuelve a agitarse mucho y los Jóvenes Turcos elevan su exclamación a gritos.

JÓVENES TURCOS: ¡Nooo! ¡Nooo!

AMPARO: ¡Adolfo, dime qué está pasando detrás de esa cortina!

SUÁREZ (*dubitativo, improvisa*): ¡La casa de la pradera!

AMPARO: ¿Has escondido una televisión ahí detrás?

SUÁREZ: ¡No! ¡Me refiero a que tenemos otra reunión de la casa de la pradera!

Amparo va a la cortina y la descorre con energía. Ahora los Jóvenes Turcos en vez de fez llevan sombreros de hombre y gorritos de mujer como los de La Casa de la Pradera, excepto uno que lleva atado a la cabeza un cepillo con las cerdas hacia arriba. Además llevan algunos objetos. Pero en vez de cinco son siete, pues se han añadido la Enana y la Bailarina, que lleva abrigo largo de ministro y bufanda que le tapa la cara hasta los ojos y gorrito de campesina de la pradera. Salen todos de detrás de la cortina dando saltos con los brazos en alto, en plan tribu, igual que entraron. Tararean voz en alto la sintonía de la serie La Casa de la Pradera. Rafael se suma y salta y tararea como todos.

AMPARO: ¡Pero, Adolfo! ¿Quién es esta gente?

SUÁREZ: Ya te digo... (*Duda y se decide*). ¡Mis barones! Tenemos otra reunión como

la del embalse de Santillana.

A continuación se los presenta y los alinea uno por uno, que le hacen reverencias a Amparo a la manera de hombres o de mujeres, en función del gorro que lleven. Pero el primero es el del cepillo en la cabeza, que saluda versallescamente.

SUÁREZ: Mira, Amparo, a este creo que ya le conoces. Es casi de la familia.

AMPARO: Según...

SUÁREZ (*forzando el juego de palabras*): En efecto, Rodríguez Sahegún. (A *Rodríguez Sahagún*, señalando a su lado izquierdo). Agustín, tú quédate aquí, siempre a mi lado.

AMPARO (A SUÁREZ): ¿Por qué lleva un cepillo en la cabeza?

SUÁREZ (*mirando fijamente al cepillo*): ¿Qué cepillo?

Ahora le toca a uno ancho de huesos con gafas cuadradas, que lleva gorrito de mujer y tiene una veleta en la mano. Está buscando dónde ponerse junto al Presidente.

SUÁREZ: Este de la veleta es Rodolfo. Rodolfo Martín Villa... (A *Rodolfo*). Rodolfo, nunca sabes dónde ponerte, ¿verdad? Cualquier sitio te vale. Cualquiera que sea bueno, claro. Elige tú mismo.

RODOLFO: Presidente, sabes que he venido a darlo todo por la empresa.

Rodolfo orienta la veleta, pero como no hay viento, duda. Parece que se va a ir al extremo derecho hacia la Bailarina, pero al final se pone a la derecha de Suárez, junto a él, siempre sin dejar de mirar a todas partes.

SUÁREZ: Pero no te lo pienses tanto, hombre. ¡Aquí a mi derecha, como siempre!

AMPARO: Pobre Rodolfo. Tiene nombre de langostino y no parece muy simpático.

SUÁREZ: Pues lo es. Ahí te equivocas, Amparo. Lo es y mucho. Fíjate si es campechano, que en las elecciones generales del setenta y siete, estando él de ministro de Gobernación, se tardó dos meses en hacer el recuento de los votos y para que la cosa fuese más llevadera nos invitó a todos a puchero. (*Con complicidad*). Menudo pucherazo, ¿verdad, Rodolfo?

RODOLFO: En política se come de todo. La política es para animales omnívoros.

Ahora, otro con gafas, con sombrero de hombre, que está todo el rato poniéndose delante de Suárez de manera que lo tapa a la vista de los espectadores.

SUÁREZ: Este otro que quiere estar siempre el primero es Joaquín Garrigues Walker. Siempre el primero en todo. Y todo el rato cuestionándolo todo.

AMPARO (*a Garrigues*): Ah, ¿entonces forma parte usted de los críticos?

GARRIGUES (*espantado*): ¡De ningún modo! ¡Los críticos! ¡Acabáramos! ¡Yo nunca

estaría con los críticos en ninguna parte!

AMPARO (*a Garrigues*): ¿Y eso por qué?

GARRIGUES: ¡Porque los críticos siempre pierden en todas partes! No se puede ser crítico y estar en el poder. (*A Suárez*). ¿Dónde me pongo?

SUÁREZ (*imperativo, rozándose la lengua con el colmillo*): ¡Donde no se te vea! ¡Detrás de mí!

Ahora la Bailarina, con sombrero de mujer encasquetado, abrigo largo y bufanda.

AMPARO: ¿Y este tan tapado quién es?

SUÁREZ: ¡Arrea! ¡A ver! (*Le alza el gorro y le baja la bufanda. Se le ve la cara*). ¡Lo que me imaginaba! ¡No se lo digas a nadie, Amparo! ¡El tapado es Landelino Lavilla! (*Le vuelve a tapar la cara*). Tú a la derecha del todo. Lo más a la derecha posible. ¿Ves aquel que está allí todo el rato callado? (*señala a uno con sombrero de hombre, que dice hola infantilmente con la mano a Suárez*), pues a su derecha.

AMPARO (*refiriéndose al hombre que ha saludado*): ¿Y ese que saluda por qué no dice ni Pío?

SUÁREZ: Porque es tan discreto que no le gusta decir ni cómo se llama.

De pronto los barones empiezan a cantar en coro el estribillo de la Ronda del silbidito, de la tuna.

CORO DE BARONES: Pío, pío, pío pa pío pa... Pío, pío, pío pa pío pa...

AMPARO: ¡Ah! (*Y ahora a Pío Cabanillas, haciendo un aparte*). Amigo Cabanillas, tú que tienes fama de ser tan circunspecto, ¿crees que Adolfo saldrá bien parado de todo esto?

CABANILLAS (*enigmático, queriendo que no le oiga nadie*): ¡Ganaremos los nuestros, pero todavía no sabemos quiénes!

El último, con sombrero de hombre, que se va por la izquierda de Adolfo.

SUÁREZ: Pero ¡Pacooo! ¿Adónde vas por la izquierda? ¿No ves que te pasas de largo? (*A Amparo*). Y ese es Paco Fernández Ordóñez, que se me quiere ir con los socialistas para montarse un pacto de Estado, como ha hecho Sá Carneiro en Portugal.

PACO: No le des más vueltas, Presidente. Así es en toda Europa, no hay alternativa.

SUÁREZ: Siempre existe un tapado en el partido que te puede levantar la liebre, Paco.

PACO: ¿Ah, sí? ¡Que se destape ese tapado!

SUÁREZ (*imperativo*): Tú lo has querido, ¡que se destape!

Suárez toma de la mano a la Bailarina, la separa del grupo y caballerosamente le

quita el abrigo por la espalda y le recoge la bufanda. La Bailarina se contonea. El resto del grupo aplaude, la jalea y silba de excitación. Empiezan a cantar a coro «Landelino, Landelino, Landelino de mi corazón», con la música de Los Clavelitos. Fernández Ordóñez hace gestos de desesperación. La Enana va a consolarle.

AMPARO: Y esa enana que ha ido a consolar a Paco, ¿quién es?

SUÁREZ: Ah, ¡la etapa anterior!

AMPARO: ¡Dale una caja de cerillas y se convertirá en el grupo mixto!

Entra el Carpintero con un cuadro de Franco pintado a manera de los retratos de Marilyn que hizo Warhol.

SUÁREZ (*espantado*): ¿Adónde va usted con eso?

CARPINTERO: Vengo del Ministerio de Cultura. Don Ricardo de la Cierva me manda traer aquí esta pintura por si a usted le interesase para decorar el despacho.

SUÁREZ (*horrorizado, toma el cuadro y lo contempla*): ¿Pero cómo voy a tener yo esta mamarrachada en la Moncloa?

Suárez le pasa el cuadro al grupo con desdén, quitándoselo de encima. Todos se juntan en torno a la tela y la alzan para cantar. El Carpintero se suma al coro.

CORO (*balanceando el cuadro, cantan con la música de Los Clavelitos*): Andy Warhol, Andy Warhol, Andy Warhol de mi corazón...

Ahora entra Pepe Higuera volteando una tortilla en la sartén, y se planta ante Suárez. No presta atención a la multitud que hay en el escenario. Él a lo suyo, sin parar de voltear la tortilla.

PEPE: Señor Presidente, tiene usted una visita.

AMPARO: ¡Pero Pepe! ¿Cómo te presentas con una sartén en el despacho?

PEPE: Señora, ya es hora de darle la vuelta a la tortilla.

SUÁREZ: ¿Una visita? ¿Es que cabe alguien más en este despacho? Dime, Pepe, quién ha venido a verme.

Sin más, entra un hombre vestido de Curro Jiménez. El coro tararea a voces la música de la serie.

SUÁREZ (*muy contento*): ¡Amigo Félix!

CURRO (*mirando canalla a la Bailarina*): Pero, Adolfo, ¿por qué no me habías dicho que estabas reunido?

SUÁREZ: ¡Pepe, que salga de aquí toda esta gente!

Salen todos delante de Pepe, que les empuja con la sartén, excepto Amparo y Rafael, que van detrás. Pero Rafael deja sola a Amparo y se pone a la altura de la Bailarina. Ya solos en escena Suárez y Curro.

SUÁREZ: Bueno, bueno, bueno... No sabes qué alegría ver a un amigo de verdad en estos tiempos en que la amistad ya no es un valor en alza.

CURRO: Sí, desde ahí fuera se ve que no te van muy bien las cosas. Por eso he venido. Pensé que te vendría bien el abrazo de un amigo.

SUÁREZ: ¿Y a qué esperas?

Se abrazan dándose sonoros palmetazos en las espaldas.

CURRO: Ay, Adolfo, por lo menos yo puedo saber quiénes son mis amigos y quiénes no lo son.

SUÁREZ: ¿Dónde está el truco, Félix?

CURRO: Tú acabas de decirlo al llamarme por mi nombre de pila. Solo mis amigos de verdad saben que me llamo Félix. Para el resto de la gente soy Curro Jiménez. No se puede ser famoso sin perder la identidad. Y para la profesión, soy Sancho. Sancho Gracia.

SUÁREZ: Qué suerte. Yo no tengo escapatoria. En los ministerios me llama Adolfo todo el mundo, como si me conocieran de toda la vida.

CURRO: Es que llevas ahí toda la vida.

SUÁREZ: Para los periódicos soy Suárez.

CURRO: Es lo correcto. Tratar por el apellido.

SUÁREZ: Es por desprecio, por indiferencia.

CURRO: Aún te queda el segundo apellido.

SUÁREZ: Qué va, cuando llamen González al presidente yo estaré acabado.

CURRO: ¿Cuánto hace que nos conocemos?

SUÁREZ: Ya ha llovido mucho. Si fui tu padrino de bodas, y luego apadriné a vuestro hijo Rodolfo, y yo todavía ni era presidente ni era nada.

CURRO: Así me gusta, o César o nada.

SUÁREZ: El otro día, viendo tu serie... Me gusta mucho *Curro Jiménez*, ese papel te va muy bien... La transición ha sido eso, echarse al monte... ¿Qué te estaba diciendo? ¡Ah!, que el otro día viéndote en la tele comprendí que a ti y a mí nos une algo fundamental. Los dos representamos una época. Al igual que tú, en el fondo yo no me he limitado a ponerle la cara a un personaje, ni a un grupo o a una cuadrilla o a un partido, tú y yo estamos poniéndole la cara a toda una etapa de la historia.

CURRO: En eso consiste ser actor. No basta con encarnar un personaje, hay que

encarnar la obra entera.

SUÁREZ: Félix, querido, creo que yo soy ya un bien amortizado. Ahora mi situación pende de un hilo. La gente está empezando a mirarme como a un personaje histórico tipo Curro Jiménez. Alguien a olvidar, creo que no he sido más que un Presidente de transición.

CURRO: Así que la transición era eso.

SUÁREZ: Hazme este favor, Félix, ponme el hilo musical y corre las cortinas. Necesito centrarme. Quiero quedarme solo.

Curro hace lo que le pide Suárez, y desaparece utilizando la oscuridad del escenario. Un solo foco ilumina a Suárez, que baila por Bambino su tema Compasión, el cual ha empezado a oírse. A mitad de canción, entran Pío Cabanillas, Martín Villa (con una silla), Rodríguez Sahagún (con otra silla), Arias Salgado (con unos bongos), Paco Ordóñez (con una guitarra) y la Bailarina. Se disponen detrás de Suárez como en un cuadro flamenco. Rafael y Paco Ordóñez se sientan en las sillas que han traído los otros y tocan sus instrumentos. Cabanillas, Martín Villa y Sahagún hacen de palmeros. Suárez sigue bailando, hasta que entra a bailar la Bailarina y entonces aprovecha para desaparecer de escena. Se queda el grupo bailando y tocando las palmas hasta que termina la canción.

Escena 7

Al tiempo que se retira el cuadro flamenco, empieza a proyectarse en una pantalla de Cine Exín un corto del Gordo y el Flaco. Pepe hace de proyccionista, y Amparo y Suárez ríen con la película. Durante un momento se escucha únicamente el característico ruido del proyector. La película acaba enseguida, se suelta el rollo también con su habitual ruido y se encienden las luces. Están en el despacho.

AMPARO: ¡Qué risa, Adolfo! ¡Siempre que veo al Gordo y al Flaco me acuerdo de Fraga y Carrillo!

SUÁREZ: ¡Pero si no tienen nada que ver!

AMPARO: Son de la misma época.

PEPE: ¡Exacto! ¡De cuando no se podía hablar!

SUÁREZ (*a Pepe*): Pepe, para el domingo por la tarde prepáranos un pase de película en el salón. Pero no como esta. Profesional, con el proyector de treinta y cinco milímetros.

PEPE: ¿A la hora de la merienda?

SUÁREZ: Sí, para merendar.

PEPE: ¿Le parece bien que disponga entonces un bufet frío con *pizza*, quesos y pastas de té?

SUÁREZ: Sí, sí, como siempre. ¿Qué películas tenemos?

PEPE: Presidente, creo que la más indicada para estos días será *Julio César*.

SUÁREZ: ¿Con Marlon Brando y James Mason? ¡Qué buena! Cómo le traicionan todos los suyos al pobre César.

PEPE: Con la circunstancia de que los traidores son también hombres de honor.

SUÁREZ: No te fíes de las apariencias, Pepe. Hay más honor en un individuo que en un grupo, pues no existe grupo sin complot. Está basada en una obra de William Shakespeare, ¿verdad?

PEPE: Toda la vida moderna está basada en una obra de Shakespeare.

SUÁREZ (*como diciéndole: te has quedado a gusto*): Ahora sí que puedes retirarte, Pepe.

El Mayordomo sale de escena.

AMPARO: ¿Ya tienes listo el discurso?

SUÁREZ: Menos mal que me echan un cable, no te figuras lo que me costaría redactar

esto sin ayuda.

AMPARO: Te comprendo, Adolfo. Es tremendo que tengas que renunciar por culpa de otros a todo lo que has conseguido tú solo... Y encima con la obligación de dar explicaciones.

SUÁREZ: ¡Pero si no voy a renunciar a nada! ¡Eso es lo que van a creerse! Lo que pienso hacer es librarme de estos. Dejarles solos hasta que se saquen los ojos. Y cuando estén todos ciegos, volveré como regresó Edipo a Corinto.

AMPARO: Para sacarse los ojos él también y quedarse ciego.

SUÁREZ: ¡Qué mujer...!, siempre complicándolo todo.

AMPARO: Es que Edipo es muy complejo.

SUÁREZ: Bah, en el fondo la vida es bien sencilla. Un mero trámite entre una partida de nacimiento y otra de defunción.

AMPARO: Pues si todo es tan sencillo, ¿por qué te cuesta tanto escribir ese discurso?

SUÁREZ: ¡Algo tendré que decir! Mira, lo que yo quiero con este discurso es que la Transición se palpe.

Se asoma a escena la Bailarina.

AMPARO (*mirando furiosa hacia la Bailarina*): ¡Tú no palpas nada! ¡Eso sí que no!

La Bailarina sale de escena asustada. Entra Rafael agitando unos folios.

RAFAEL: ¡Adolfo! (*A Amparo*). ¡Ah, hola, Amparo! ¿Cómo estás? (*A Suárez*).
Presidente, te traigo el borrador del discurso.

SUÁREZ: ¿Lo ha escrito Melià?

RAFAEL: Esta noche, de un tirón.

SUÁREZ: ¿Lo has leído tú?

RAFAEL: Ahora mismo, de otro tirón.

AMPARO (*aparte*): ¡Da miedo salir de noche! ¡Se está llenando España de tironeros!

SUÁREZ: ¿Y qué te ha parecido el texto?

RAFAEL (*como en el sketch del Inventor*): ¡Espléndido!

SUÁREZ (*mirándole con desconfianza*): Repasémoslo aquí mismo.

Amparo hace amago de retirarse pero Suárez le indica con un gesto que se quede.

AMPARO: Os dejo a solas, muchachos.

SUÁREZ: No te vayas, Amparo. Sabes que tu opinión es muy importante para mí.

AMPARO: Si el escrito es de Melià, te garantizo que tarde o temprano va a salir la frase: «... hay momentos en la vida de un hombre...».

SUÁREZ: ¿Cómo puedes estar tan segura?

AMPARO: Siempre que habla la dice.

SUÁREZ (*a Rafael*): Pásame esos papeles, por favor. (*Se concentra, carraspea y empieza a leer*). Hay momentos en la vida de todo hombre...

Suárez detiene la lectura y mira asombrado a Amparo, que sonríe satisfecha.

SUÁREZ: Pues a mí me gusta mucho cómo empieza. Es muy humano y lo humano da muy bien en la televisión. ¿Has oído hablar de la empatía? Es una mezcla de simpatía y telepatía. (*Vuelve a leer desde el principio, y Amparo y Rafael escuchan asintiendo*). Hay momentos en la vida de todo hombre en los que se asume un especial sentido de la responsabilidad. Yo creo haberla sabido asumir dignamente durante los casi cinco años que he sido Presidente del Gobierno. Hoy, sin embargo, sintiendo un agradecimiento infinito...

AMPARO (*interrumpiendo*): ¡Qué exageración!

SUÁREZ: ¿A qué te refieres?

AMPARO (*le quita esa hoja de las manos y la golpetea mientras habla*): A lo de «agradecimiento infinito». Decir que algo es infinito es un acto impío. Solo Dios es infinito.

SUÁREZ: Me dejas ojiplático.

AMPARO (*a Rafael, dándole el papel y señalando el texto con un dedo*): ¿Es que acaso estoy equivocada?

RAFAEL (*ecuaníme*): A veces las palabras se pueden utilizar en sentido figurado. También se dice del mar que es infinito.

SUÁREZ (*le toma la hoja a Rafael para juntarla al resto*): Pero para mí no tiene ningún sentido figurado. Melià lo ha dicho muy bien. Todo este calvario se me está haciendo infinito.

AMPARO: Si fuese infinito no acabaría nunca. Y mira, ni siquiera el Caudillo, que en gloria esté, con todo lo que duró fue infinito. Y no vas tú ahora a querer durar más que el Caudillo.

SUÁREZ (*con falsa modestia*): No, eso no. Dios no lo quiera.

RAFAEL: El cielo es otra cosa que parece infinita y no lo...

AMPARO (*sin dejar terminar a Rafael*): Por eso está en el cielo, porque es infinito.

Hablan a la vez Suárez y Rafael, atropellándose.

RAFAEL (*perplejo*): ¿El Caudillo es infinito?

SUÁREZ (*más perplejo*): ¿Y por eso está en el cielo?

AMPARO: ¿Quién ha estado siempre en el cielo, almas de cántaro? ¡El Señor! Bueno, y espero que el Caudillo ahora también, pero acaba de llegar como quien dice. (*Le vuelve a tomar la hoja a Suárez y señala el papel con la mano*). Todo esto es muy

complicado, Adolfo... La gente no te va a entender.

SUÁREZ (*tomándole la hoja a Amparo y pasándosela a Rafael*): Sí, ¿tú opinas igual, Rafael?

RAFAEL (*se concentra pensativo en la hoja, duda y tímidamente se decide a hablar*): Podríamos sustituir el término «infinito».

AMPARO: ¡Sería lo más acertado! Si es un término no es infinito.

RAFAEL (*muy melancólico*): La verdad es que esa palabra no me trae buenos recuerdos. Un amigo de nuestra familia, que fue ministro de Franco con mi padre, se murió delante de todos nosotros después de decirla. Sucedió durante el almuerzo, un Domingo de Resurrección: la pronunció, se le bajó la cabeza y se cayó encima de los tallarines.

SUÁREZ: ¿Y por qué dijo infini...?

RAFAEL (*cortándole, muy nervioso*): No, por favor, ahora no la repitas.

AMPARO: ¡Igual fue un castigo divino! ¡Ay, Adolfo, que esa palabra tiene mal farío!

SUÁREZ (*a Rafael*): Pero ¿de qué estabais hablando en el almuerzo?

RAFAEL (*devolviéndole la hoja a Suárez, cada vez más triste*): Y otra vez, cuando hice las milicias, en Cerro Muriano, la pronunció un sargento...

SUÁREZ (*le interrumpe*): ¿Qué tipo de sargento?

RAFAEL: ¡Un sargento chusquero, como Dios manda!

SUÁREZ (*con aprensión*): Yo también soy un chusquero de la política. He empezado desde el escalafón más bajo y el camino se me está haciendo infini...

RAFAEL: ¡No, no la digas, Adolfo, que mira lo que pasa!

AMPARO: ¡Dios mío! ¡En qué lío nos hemos metido!

SUÁREZ (*a Rafael, con más aprensión*): Acaba de explicar lo que le ocurrió a tu sargento.

RAFAEL: Sí. Resulta que una tarde, allí en Córdoba, estaba nuestro sargento dándonos una arenga, con un sol que caía del demonio, y va y pronuncia la palabra nefasta. No la dijo, la gritó. Ya sabéis qué palabra. Dijo que a la patria hay que tenerle un amor... Pues bien, aquella misma noche se metió en la cama con calambres, y a los tres días pasó a mejor vida.

AMPARO: ¿Le licenciaron?

Suárez empieza a mirar la hoja con miedo.

RAFAEL (*con un hálito de esperanza*): Pero supongo que no todo el mundo que la haya dicho habrá caído fulminado.

AMPARO: Señal de que Dios es bueno en su naturaleza.

SUÁREZ (*a Rafael*): Habría que hacer una prueba.

RAFAEL: Sí, seguro que muchos de los que la han dicho se han salvado. En cierta ocasión, se la oí decir a una criada y solo la dejó el novio, embarazada, pero viva.

AMPARO: ¿Cómo se llamaba la sirvienta?

RAFAEL: Esperanza, ¿por qué?

AMPARO: Me lo imaginaba. Mientras hay vida hay esperanza.

Entra en escena el Carpintero con una caja de herramientas.

CARPINTERO: ¿Molesto? Vengo a preparar las ventanas si no hay inconveniente.

Pronto van a poner los nuevos cristales, así que tengo que dejar listas unas cosillas ahí afuera. Tendré que salir por aquí (*señalando al hueco de la ventana*).

Suárez mira automáticamente la hoja e ipso facto dirige una mirada maquiavélica al Carpintero. A continuación, con un gesto de inteligencia llama la atención de Amparo y Rafael, que asienten.

SUÁREZ (*tocándose el colmillo con la lengua*): Por supuesto. Trabaje a sus anchas.

Pero..., espere un minuto, don... ¡Arrea!, acabo de darme cuenta de que no conozco su nombre. Qué barbaridad, viéndonos a diario y nunca le he preguntado cómo se llama. Son tantas mis obligaciones, don...

CARPINTERO: Me llamo Venceslao, pero todo el mundo me dice Vences. Y no me molesta. Es mejor que te digan Vences a que te digan Pierdes, ¿no le parece?

SUÁREZ: ¡A mí me lo va a decir! Ni punto de comparación. Amigo Vences (*dándole la hoja y repasando la línea con el dedo*), ¿podría usted leer de corrido esta frase?

CARPINTERO (*lleva la vista repetidamente de la hoja a Suárez, hasta que se le queda mirando con desconfianza*): ¿En voz alta?

SUÁREZ: Sí, sí. Se lo ruego, en voz alta.

RAFAEL: ¡Bien alta y bien clara!

Suárez lanza una mirada de advertencia a Rafael para que no meta baza.

CARPINTERO (*hablando ahora en tono amenazador y mirando fijamente al papel*): No sé si yo tendría que arriesgarme a leer papeles en voz alta en una oficina.

SUÁREZ: Es un mero...

El Carpintero levanta bruscamente la cabeza.

CARPINTERO: ¿Quién, yo?

SUÁREZ: Quiero decir que es un mero trámite. Nada tiene que temer, don Vences.

CARPINTERO: No sé... Nunca jamás nadie de mi familia ha leído ningún papel en voz alta en ninguna oficina, y nunca hemos tenido problemas.

SUÁREZ (*guiñándole el ojo a Amparo y a Rafael y cruzando los dedos de una mano por la espalda. Levanta la otra como para jurar*): Le aseguro que esto no le va a

ocasionar ningún contratiempo. Palabra de Presidente.

CARPINTERO: Compréndalo, don Adolfo, yo pertenezco al pueblo llano. La gente como yo no va leyendo papeles en voz alta por los despachos. Como mucho, lee en silencio el periódico en el váter (*mirando ahora a Amparo*), con perdón.

SUÁREZ (*abultando el labio inferior*): ¿Y si le pidiera que lo leyera, el papel, pongamos... en voz no muy alta?

CARPINTERO: Hombre, así la cosa cambia.

Se hace un silencio. Suárez y el Carpintero se observan. El Carpintero también observa a ráfagas la hoja que sostiene.

CARPINTERO: En voz no muy alta, ¿quiere decir baja?

SUÁREZ: Moderadamente baja.

CARPINTERO (*en tono calculador*): ¿Cuánto de baja?

SUÁREZ: Lo dejo a su criterio. Pero que sea lo bastante moderadamente baja como para que le oigamos todos.

CARPINTERO (*asustado*): ¿Quiénes son todos?

SUÁREZ: Nosotros. Los tres que usted ve aquí.

CARPINTERO: ¿Y qué tengo que leer exactamente?

SUÁREZ (*recorriéndola con el dedo*): Esta frase de aquí.

CARPINTERO (*recorriéndola también con el dedo*): Ajá, esta frase de aquí.

SUÁREZ: En efecto, esta frase de aquí.

CARPINTERO: ¿Y por qué habría yo de leer esta frase de aquí en voz moderadamente baja?

AMPARO (*interviene decidida*): Ha de pronunciarla el Presidente en su próximo discurso y nos gustaría comprobar cómo resulta.

CARPINTERO: ¿Solo esta frase?

SUÁREZ: Únicamente esta frase.

CARPINTERO (*recorriéndola con el dedo*): ¿Esta frase de aquí?

Suárez, Amparo y Rafael asienten a la vez.

CARPINTERO: ¿Lo bastante baja para que ustedes puedan comprobar cómo resulta?

Suárez, Amparo y Rafael vuelven a asentir a la vez. El Carpintero se concentra en el papel, está un rato en silencio y alza la cabeza.

CARPINTERO: ¿Y por qué únicamente quieren comprobar esta frase de aquí? ¿Qué pasa con el resto de las frases? ¿Es que no van en el discurso?

SUÁREZ: El resto de las frases ya lo hemos comprobado.

CARPINTERO: ¡Así que se trata de una frase nueva!

SUÁREZ: ¡En efecto!

CARPINTERO: No sé..., ¡no me gustan nada las frases nuevas! ¡No conozco a nadie de mi familia que haya dicho una frase nueva!

RAFAEL: Ya, pero en política a cada momento hay que decir algo nuevo. Si no la gente se aburre y vota a los otros. ¡Hágase cargo, Vences!

CARPINTERO (*a Suárez por Rafael*): ¿Quién es este hombre que va con usted? Últimamente le veo yo andando mucho por su despacho.

SUÁREZ: ¡Es el ministro de la Presidencia! ¡Un cargo muy importante!

CARPINTERO: ¿Y si es tan importante por qué habla tanto?

SUÁREZ: Le aseguro que no volverá a abrir la boca.

CARPINTERO (*mirando de reojo a Rafael*): Hay gente que se cree muy importante por decir frases nuevas. Esto antes no pasaba. Antes, al que decía una frase nueva se le caía el pelo.

SUÁREZ: Ahora son otros tiempos.

CARPINTERO (*a Rafael y señalando a Suárez*): ¿Lo ve como no hace falta decir frases nuevas para entenderse?

AMPARO (*ocurrente*): Pues léanos ya la frase, que seguro que se habrá hecho vieja en todo este tiempo.

CARPINTERO: Visto así...

El Carpintero vuelve a concentrarse en la hoja y al poco arranca a leer muy rápido y tan bajito que no se oye nada.

CARPINTERO (*murmillos*): Bzzz... ¡Ya está!

SUÁREZ: ¡Pero si no se ha entendido nada, don Vences!

AMPARO: ¡Tendría que leer la frase un poco más alto!

RAFAEL: ¡Lo suficiente como para...!

El Carpintero mira con manía a Rafael. Suárez le da un codazo para que se calle.

CARPINTERO: ¿La vuelvo a leer más alto entonces?

SUÁREZ: ¡Sería lo ideal!

CARPINTERO: Pero no mucho más alto, ¿de acuerdo?

SUÁREZ: Lo indispensable.

CARPINTERO: ¿Qué se entiende aquí por lo indispensable?

Suárez mira al Carpintero severamente.

CARPINTERO: No me gusta que me mire de ese modo.

Suárez gira la cabeza para mirar a otra parte.

CARPINTERO: Ahora está mejor. *(Lee muy bajito, pero llega al espectador)*. «Yo creo haberla sabido asumir dignamente durante los casi cinco años que he sido Presidente del Gobierno». ¡Ya está!

El Carpintero concluye con aplomo y hace el gesto de devolverle la hoja a Suárez, pero este gesticula negativamente y no la coge.

SUÁREZ: No, no. Esa frase no, ¡es la siguiente! ¡Continúe, siga leyendo!

CARPINTERO *(desconfiado)*: Caramba, ahora resulta que se trata de la siguiente. ¿No será una trampa para que lea la hoja entera?

SUÁREZ: ¡Por el amor de Dios, cuánta desconfianza! Le aseguro que es la siguiente. Se ha confundido al leer.

CARPINTERO: ¿Y por qué no se ha confundido usted al señalar?

SUÁREZ: Asumo que también puede que haya ocurrido eso; pero le garantizo que se trata solo de la frase siguiente.

CARPINTERO: ¿Y de ninguna otra más?

SUÁREZ: Confíe usted en mí, que soy el Presidente del Gobierno.

CARPINTERO: En la etapa anterior todo el mundo sabía dónde ponía el dedo. ¿Tan rápido se han olvidado?

SUÁREZ *(implorando)*: Solo se trata de la frase siguiente.

CARPINTERO *(se concentra de nuevo en la hoja y lee de corrido, alto y claro)*: Está bien. La frase siguiente. Mmmm: «Hoy, sin embargo, sintiendo un agradecimiento infinito...».

SUÁREZ *(interrumpiéndole)*: ¡Estupendo, ya es suficiente! Prosiga ahora con su trabajo. Puede salir a su ventana...

CARPINTERO *(desconfiado le da la hoja a Suárez, que la coge aprensivo)*: Sí, tengo que descolgarme ahí afuera un momento.

RAFAEL *(insistiendo y empujándole)*: Pues proceda, proceda... ¡Y que vaya muy bien!

El Carpintero sale por la ventana y se le ve todo el rato haciendo equilibrios en un andamio. Suárez, Amparo y Rafael se juntan para cuchichear.

SUÁREZ: Lo ha dicho. Lo ha dicho bien claro.

RAFAEL: Ha pronunciado esa palabra.

AMPARO *(mirando a la ventana)*: ¡Ay, qué inquietud! *(A Suárez y a Rafael)*. ¿Creéis que de verdad traerá cenizo la palabra?

SUÁREZ: Enseguida lo comprobaremos. *(Grave y rotundo)*. Jalea acta est.

RAFAEL *(con aplomo)*: ¡La jalea está hecha!

Entra en escena el Mayordomo.

PEPE: Presidente, ha llegado el técnico de Prado del Rey que mandó avisar.

AMPARO (a Suárez): ¿Se nos ha estropeado el televisor, Adolfo? Pero si hace nada que lo compramos en Aurrerá.

SUÁREZ: Debe ser el encargado de montar el plató en el despacho para grabar mi discurso de dimisión. (A Pepe). Hazle entrar, Pepe. Un momento, no te vayas aún. (Malicioso). ¿Cómo dirías tú que el mar es muy grande?

PEPE (después de meditarlo): Creo que lo diría en español.

SUÁREZ: Estupendo, pero me refiero a decirlo de una forma poética. Por ejemplo el mar es..., el mar es in...

Se oye el grito del Carpintero, que ha estado a punto de caerse. Todos se vuelven hacia la ventana.

SUÁREZ: ¿Don Vences? ¿Está bien? ¿Le ha ocurrido algo?

CARPINTERO: No, no, no se preocupen. Casi me mato, pero no ha sido nada.

AMPARO: Pues tenga más cuidado, hombre de Dios. ¿Le queda mucho ahí afuera?

CARPINTERO: Estaré en un periquete. Enseguida acabo.

Suárez toma al mayordomo del brazo y lo aparta de la ventana para hablarle confidencialmente. Se sitúan ambos en el proscenio. A medida que va avanzando la conversación, Rafael se va acercando disimuladamente para escuchar.

SUÁREZ: Mejor que no molestemos a la gente que está aquí trabajando. A ver, Pepe. ¿Cómo dirías que es el mar de grande? ¿Acaso no dirías que es in...?

PEPE (buscando la palabra mientras Suárez asiente): In..., in..., in... ¡inmenso!

SUÁREZ: Está bien, el mar es inmenso. ¿Y el cielo? El cielo es más grande que el mar, ¿no te parece?

PEPE: Dónde va a parar. El cielo no se acaba nunca.

SUÁREZ (muy contento): Y por tanto, dirías que el cielo es in...

PEPE: No, no, inmenso no es. Es mucho mayor que el mar, ya lo hemos dicho.

SUÁREZ: Por eso entonces diríamos que el cielo es innn...

PEPE: ¿In... conmensurable?

SUÁREZ: ¡Aún mayor! Como si fuese eterno: innn...

PEPE: ¿Inmortal? El cielo está lleno de santos. Eso le hace inmortal.

SUÁREZ: No, como si nunca tuviese fin: innn...

PEPE: ¡Ah, que empiece por in!, ¿verdad?

SUÁREZ: Va, que tienes la palabra en la punta de la lengua. In...

RAFAEL (grita impaciente): ¡Infinito!

Rafael se da cuenta de que la ha pronunciado y se lleva las manos a la boca. Al mismo tiempo, vuelve a oírse gritar al Carpintero en la ventana.

CARPINTERO: ¡Aaaaah!

Acuden todos corriendo hacia la ventana.

AMPARO: ¡Ay, que se nos ha caído el obrero!

RAFAEL (*aparte*): ¡Lo sabía! ¡Igual que el sargento!

AMPARO (*a Rafael*): ¡Igual que el ministro de los tallarines!

SUÁREZ (*a voces*): ¡Amigo Vences! ¿Está usted bien?

Todos callan y el Carpintero no responde. Hay un instante de silencio. Suárez impaciente le da los papeles al mayordomo y se asoma a la ventana, pero en ese mismo momento aparece Vences por el hueco. Todos le ayudan a entrar tirándole de los brazos y cogiéndole por el cuerpo y por la cabeza.

CARPINTERO (*entrando en la casa*): ¡Para haberme matado! ¡Ha ido de un pelo! ¡Me he distraído y me he resbalado en el andamio! ¡Es que he mirado abajo, al jardín de los árboles, y me ha parecido ver pasar a una enana con la bandera nacional!

SUÁREZ (*meditabundo*): Sería la etapa anterior.

CARPINTERO (*asombrado*): ¿Y la tienen ustedes paseando por aquí, en la Moncloa?

SUÁREZ (*a Pepe*): Tú, no te quedes ahí como un pasmarote y tráele al señor una copa de coñac para que se reponga. (*Al Carpintero*). ¡Nos has dado un susto, Vences...!

CARPINTERO: Dos.

SUÁREZ: Sí, es verdad que antes nos has dado otro.

CARPINTERO: No, dos copas de coñac, que con una rueda no anda un carro.

SUÁREZ (*a Pepe*): ¿A qué esperas? (*Le arranca los folios de las manos*). Pero ¿qué haces con mi discurso? (*Apartando la primera hoja*). ¡Ni se te ocurra leerlo! (*Al grupo*). ¡Y vosotros, asomados a la ventana a este pobre hombre para que le dé el aire! Pero con cuidado, ¿eh?

PEPE (*antes de irse*): Presidente, ¿hago pasar al técnico de Prado del Rey? Se está comiendo un bocadillo en la puerta de la sala.

SUÁREZ: ¡Ah, la televisión! Sí, Pepe, que entre de una vez. Pobre hombre, le estamos haciendo esperar innecesariamente.

PEPE: Todo lo relativo a la televisión es innecesario.

Pepe sale de escena al tiempo que la enana Gertrudis entra con una bandera española preconstitucional. El mayordomo va a interceptarle el paso pero Suárez le hace gestos para que la deje pasar y se vaya.

GERTRUDIS (*enseñándole la bandera*): ¡Mire lo que he encontrado entre los trapos sucios! ¡Qué impresión me ha dado, don Adolfo! ¡Me he dicho *ipso facto*: esta bandera se la tengo que enseñar al Presidente! ¡Es igual que la que tenía mi difunto Pruden! ¡Con el pajarito! ¿Le he contado que Pruden murió por culpa del aparato reproductor? Los pajaritos ponen huevos y por eso vuelan; porque no los llevan colgando. Pero toque, toque, vea qué tela.

SUÁREZ (*haciendo todo lo posible por no tocarla*): Sí, menuda tela.

GERTRUDIS: ¡Ya no se hacen cosas así!

Entra el Técnico de Prado del Rey. Es un joven con barba, melena, camisa de cuadros, corbata de punto y traje de pana. Está todo el rato buscando encuadres con una mano mientras va mordiendo un bocadillo. Encuadra a la Enana y se dirige a Suárez, pero este habla primero.

SUÁREZ: Lamento que le hayamos hecho esperar un poco.

RAFAEL (*al Técnico, juntando las manos para pedir excusas*): Le rogamos disculpe esta interrupción. (A Suárez). A la gente de televisión hay que hablarle así.

TÉCNICO: Excuse que me presente con esto (*le muestra el bocadillo*). En televisión no nos dan tiempo ni para comer, como todo pasa siempre en tiempo real... (*Con la boca llena y señalando a la Enana*). ¿Es aquí donde vamos a instalar el plató?

SUÁREZ: Sí, será ahí mismo. ¿Habrá espacio suficiente?

TÉCNICO (*profesional*): Creo que sí. Bastan un par de cámaras y un monitor.

SUÁREZ: ¿Quién va a realizar el programa? Que no sea Gustavo. No quiero hacerle pasar ese mal trago.

RAFAEL: Pero, Presidente, piensa en su historial. Gustavo Pérez Puig es de largo el mejor realizador de la casa.

SUÁREZ: Lo sé, lo sé. Pero si le obligo a retransmitir mi dimisión le da algo. Han sido muchos años juntos. (A la Enana). Gertrudis, ¿usted se acuerda de Estudio Uno, de *Doce hombres sin piedad*?

GERTRUDIS: ¿Doce hombres sin piedad? Pero don Adolfo, ¿cuándo ha visto usted un solo hombre con piedad?

AMPARO (*a Gertrudis*): ¡Qué bien lo sabe! ¡Son todos unos impíos!

RAFAEL: Entonces podríamos encargárselo al rumano yeyé...

SUÁREZ: Lazarov solo realiza musicales.

RAFAEL: Te equivocas, Presidente, le hizo la campaña del 77 a Alianza Popular.

SUÁREZ: Y casi desaparecen del mapa. (A Gertrudis). Disculpe una curiosidad, Gertrudis...

GERTRUDIS (*insinuante*): Soy toda suya, Presidente.

SUÁREZ (*dándole el papel a la Enana*): ¿Recuerda si su difunto marido era de los que decían mucho esta palabra de aquí?

GERTRUDIS (*medita y responde en voz alta*): Estando junto a mí, nunca dijo nada parecido a infinito.

El Carpintero lanza otro grito y Amparo y Rafael le apartan de la ventana.

CARPINTERO: ¡Ahhh! ¡Ahora casi me caigo de cabeza! Otra vez he estado a punto de matarme. Hoy no es mi día. Yo me voy a mi casa.

AMPARO (*a la Enana*): ¿No tendrá usted un abanico para hacerle aire a este hombre?

GERTRUDIS: Pero usted quién se ha pensado que soy, ¿la maja desnuda? (*Ofreciéndole la hoja a Amparo*). Como no le sirva este papel...

AMPARO (*nerviosa*): Deme, deme...

Amparo va a abanicar al Carpintero con el papel, pero se da cuenta de que lo ha encarado por la cara escrita. Mira la hoja horrorizada, la gira y le abanica por el lado en blanco. Entra Pepe con dos copas de coñac. El Técnico se guarda automáticamente el bocadillo en un bolsillo de la americana y coge una copa. Rafael, que lo ve, coge la otra.

TÉCNICO (*probándola, a Pepe*): Mmm... Buena bodega. ¿Qué marca es?

PEPE (*como en el gag del Inventor*): ¡Espléndido! (*Ahora en tono normal*). ¡Espléndido Garvey!

Suspicientes, Suárez y Rafael clavan la vista en el Mayordomo.

TÉCNICO: Siendo Garvey es exquisito. (*A Suárez*). Presidente, para el discurso, ¿quiere que sea todo un primer plano?

SUÁREZ: De ningún modo. Hay que ser más humilde. Hay que ir siempre con la humildad por delante.

RAFAEL: ¿No se dice con la verdad por delante?

SUÁREZ: En política antes se sale con los pies por delante que con la verdad por delante. (*Al Técnico*). No, creo que no abusaremos del primer plano. El primer plano denota actualidad, y yo pretendo hacer historia, no actualidad.

TÉCNICO: Entonces recurriremos al plano medio.

SUÁREZ: ¡Ideal! ¡Eso es lo que necesito! ¡Nada mejor que el plano medio para representar a la clase media!

CARPINTERO (*buscando a Pepe*): ¿No me han traído mi coñac? ¡Me quiero ir a mi casa!

SUÁREZ (*a Rafael, tomándole la copa*): Ah, ¿lo tienes tú? ¡Muchas gracias, Rafael! No sé qué haría sin tu lealtad. (*Al Carpintero*). Aquí tiene, don Vences.

Suárez le quita la copa de coñac de la mano a Rafael y se la da al Carpintero. Este la

coge, pero cuando va a beber observa con aprensión la copa y a Rafael. Mientras tanto, Suárez ha cogido del brazo a Rafael y se lo ha llevado aparte. El Carpintero, aprensivo, sigue mirando la copa y le quita ahora a Amparo el papel con que lo ha abanicado, limpia con él el borde de la copa, lo arruga y se lo devuelve a Amparo. Se la bebe de un trago.

CARPINTERO (*dándole el papel arrugado a Amparo*): ¡La otra! ¡La otra!

Amparo coge con asco el papel.

AMPARO (*al Carpintero*): ¡Y aún tendrá el valor de pensar en queridas! (*A Gertrudis*).

¿Es cierto que es usted la etapa anterior?

GERTRUDIS: Eso empiezo a creer.

AMPARO: Entonces cierre los ojos y abra la boca.

GERTRUDIS: ¿Así es como se ha quedado la etapa anterior?

AMPARO: ¡Obedezca!

Gertrudis obedece y Amparo le mete la hoja en la boca y se aparta. Gertrudis se saca el papel de la boca y busca con la vista una papelería. Como no la encuentra se lo mete al Técnico en el bolsillo de la chaqueta de pana.

CARPINTERO (*señalando ahora a la copa del Técnico*): ¡La otra! ¡La otra!

Suárez le coge la copa al Técnico y se la da al Carpintero, que se la bebe de otro trago.

SUÁREZ (*al Técnico*): ¡Ah, la trae usted! ¡En televisión, siempre prestos para servir al pueblo! ¡Sí, señor! ¡La democracia será televisiva o no será! (*Al Carpintero*). A ver si con esto se le pasa ya el susto, don Vences.

Suárez repasa los folios que lleva en la mano y como no encuentra el primero, se dirige a voces a todos los que están junto a él.

SUÁREZ (*enfadado*): ¡El folio! ¡Me falta la primera hoja! ¡Esto es un sindió! ¡Ahora me falta la primera página de mi discurso! ¡Precisamente, la principal!

PEPE: ¡Nos ha jodido mayo con las redundancias! ¡Si es la primera es la principal!

El Técnico, absorto, se mete la mano en el bolsillo de la americana para coger el bocata, pero se lleva también la hoja y empieza a morderla. Se da cuenta y se la saca de la boca con asco. Suárez lo ve pasmado y le quita el folio de las manos.

SUÁREZ (*al Técnico*): Traiga, hombre, ¿pero qué hace con mi hoja?, ¿a esto le llaman

en televisión hacer pruebas?

Suárez aplana cuidadosamente el folio y lo junta al resto.

SUÁREZ (a voces): ¡Fuera todo el mundo de aquí! ¡Pepe, que salga todo el mundo del despacho! ¡Así no hay manera de trabajar!

Se colocan en fila: la Enana delante, luego no importa el orden, Amparo, el Técnico, Pepe y Rafael, pero el Carpintero se queda detrás, y se disponen a salir.

SUÁREZ (a Rafael): No, Rafael, tú te quedas. Me tienes que ayudar con el discurso. El resto ya puede irse de aquí. ¡Marchando!

Salen todos desfilando detrás de la Enana, que agita la bandera. El Carpintero se ha sacado una melódica y va tocando el pasodoble En er mundo mientras marchan. Se quedan a solas Suárez y Rafael.

SUÁREZ (triste y agitando los papeles): Mira qué contentos se van, Rafael... He perdido toda la credibilidad. He perdido la batalla en la calle, he perdido la batalla en la prensa, estoy perdiendo la batalla en mi partido y no sé si me falta perderla en mi círculo más privado.

Suárez calla, deja los papeles en la mesa y enciende un cigarrillo. Le ofrece uno a Rafael y acepta. Suárez le da fuego.

RAFAEL (pensativo): De día los cigarrillos hacen un olor más triste. Tienes que decidirte, Presidente. O centro de derechas o centro de izquierdas. Pero no se puede ser el centro de nada.

SUÁREZ: ¿Tú de cuál te harías?

RAFAEL: España ha sido siempre un país de derechas.

SUÁREZ: Como todo el mundo.

RAFAEL: Un país muy católico y muy de derechas. Y eso es lo que te piden desde dentro del partido.

SUÁREZ: No te confundas. Esas voces vienen del más allá.

RAFAEL: ¿A qué voces te refieres?

SUÁREZ: Es la voz de los supertacañones.

RAFAEL: ¿De los poderes fácticos? Los poderes fácticos son una ficción, una leyenda negra. Aquí, el poder real somos nosotros y el Rey.

SUÁREZ: No. En España, el poder fáctico es más importante que el poder real.

RAFAEL: Pero nosotros tenemos de nuestro lado a la democracia. La hemos traído nosotros y la gente nos lo reconoce. Dos veces hemos ganado las elecciones generales.

SUÁREZ: Los votos son la parte fácil de la democracia. Diez minutos de televisión son seis millones de votos. Así funciona.

RAFAEL: Y ni de esa manera podemos gobernar. No nos dejan. Estamos rodeados: el ejército, las clases dirigentes, la oposición y los nuestros.

SUÁREZ: Hacen falta nuevas elecciones.

RAFAEL: Sería el pretexto ideal para meter un limpión en el partido. Esta vez iríamos a por todas. A por la mayoría absoluta.

SUÁREZ: Ese es el plan, pero para la mayoría absoluta necesitamos también el voto de los trabajadores, y muchos les hacen más caso a los sindicatos que a la televisión.

RAFAEL: No te preocupes, sé cómo nos van a dar los votos. Nos traemos a la campaña a Lech Walesa, que para algo es del Opus, y nos los metemos a todos en el bolsillo... Comisiones y UGT no son capaces de responder a esto...

Rafael calla y se queda mirando fijamente a Suárez. Pero este permanece impertérrito y en silencio.

RAFAEL: Muy bien, Presidente, si tu dimisión es el plan me apunto. O a cualquier otro plan que se te ocurra. Pero tienes que hacer algo ya. Lo que no puede ser es que sigas encerrado en este despacho en obras las veinticuatro horas del día sin que nadie te vea por ninguna parte. Por la sede del partido ya dicen que te has vuelto autista.

SUÁREZ: Traidores, me he rodeado de traidores.

RAFAEL: La política es el arte de la traición.

SUÁREZ: Traicionado igual que Danton lo fue por Robespierre. ¿Conoces esa historia? Así me siento. Como Danton al regresar de su retiro en las afueras de París y encontrarse con que toda la Convención francesa, dirigida por Robespierre, se ha vuelto en contra de él. Se me ha llenado la UCD de Robespierres, de amigos íntimos deseando cortarme la cabeza. Cuando Danton se quedó viudo, fue a Robespierre al único amigo al que quiso recibir; con él compartió los momentos de mayor desesperación de su vida. Y luego, nada..., apenas unos meses después, el que parecía su gran confidente le manda a la guillotina. Con el beneplácito de todos. Esa misma Asamblea que envió a Danton a la guillotina, el día antes le había aplaudido enternecidamente en sus discursos.

RAFAEL: ¡Y esos eran de izquierdas!

SUÁREZ: La izquierda en política no existe, es el nombre que se le da a la derecha cuando está en la oposición.

RAFAEL: ¡A eso me refiero! ¡A la mayoría natural! Desde la UCD podemos absorber al grupo de Fraga, a toda la derecha parlamentaria para instaurar una mayoría natural.

SUÁREZ: Déjate de artimañas. Lo natural es que mande yo.

RAFAEL: Pero ahora vas a dimitir.

SUÁREZ: ¡Ahora, sí! Si quiero seguir mandando, tengo que dimitir cuanto antes.

RAFAEL: Y entretanto ¿qué hacemos?

SUÁREZ: De momento tengo que comunicárselo al Rey.

RAFAEL: ¿Aún no lo sabe?

SUÁREZ: No. No le he querido dar margen para que me borbonee.

RAFAEL: ¿El Rey te borbonea?

SUÁREZ: Lo lleva en la sangre.

RAFAEL: ¿Le pondrás al corriente de todo?

SUÁREZ: Solo de lo necesario. Le llevaré el discurso de dimisión para que se entretenga dándole vueltas y no piense en otras cosas.

RAFAEL: ¿Así es cómo se lo vas a contar?

SUÁREZ: Sí. Le diré que yo le hice Rey para que él me hiciera Presidente...

RAFAEL: ... pero que ahora lo dejas.

SUÁREZ: No. Que prefiero seguir de su lado.

Suárez se pone junto a la mesa y pulsa el dictáfono.

SUÁREZ: María Jesús, el coche. Voy a la Zarzuela.

RAFAEL: ¿Vas a ir en el coche presidencial?

Suárez se ríe a carcajadas.

RAFAEL (*extrañado*): ¿Qué te hace tanta gracia, Adolfo?

SUÁREZ: ¡Que tienes toda la razón del mundo!

RAFAEL: ¿A qué te refieres?

SUÁREZ: A lo del coche presidencial. ¡Es verdad! Vivimos en otra época. Hoy para que el Rey te reciba no puedes ir en coche.

RAFAEL: ¿Cómo vas a ir si no?

SUÁREZ: ¡En Carrillo!

Suárez vuelve a pulsar el dictáfono.

SUÁREZ: María Jesús, he cambiado de opinión. Iré en Carrillo.

Entra en escena alguien que le da un aire a Santiago Carrillo. Lleva una peluca. Se encorva para que Suárez se suba en él a caballo.

RAFAEL: ¡Ya está aquí el Carrillo!

SUÁREZ (*a lomos del Carrillo y levantando el brazo como si empuñara un sable*): ¡A la Zarzuela!

Se le cae la peluca. Suárez, como un jinete, le palmotea las ancas, alza el brazo y da la orden de salida. Salen los tres al trote pero enseguida Carrillo se detiene y se lleva la mano a la cabeza pues se ha dado cuenta de que no tiene puesta la peluca.

CARRILLO: ¡Anda, la peluca!

Rafael recoge la peluca del suelo y se la pone a Carrillo. Suárez de nuevo alza el brazo para dar la orden de salida, pero se da cuenta de que se ha dejado el discurso.

SUÁREZ (a lomos de Carrillo y levantando el brazo): ¡Anda, la cartera!

Rafael toma las hojas de la mesa y se las da a Suárez. Ahora, sí. Los tres salen de escena al trote.

Escena 8

Mientras salen de escena Suárez, Rafael y Carrillo, entra el Mayordomo para sustituir el cartel del caballete por uno que dice «En la Zarzuela». Por el otro extremo del escenario aparecen el Rey, la Bailarina y la Enana vestidos de chulapos. Empujan una bola del mundo muy grande con una corona que dejarán de atrezzo. Las dos mujeres y el Rey van cantando «Las coplas de don Hilarión» de La verbena de la Paloma.

REY, BAILARINA Y ENANA (*cantando*): Una morena y una rubia, hijas del pueblo de Madrid, me dan el opio con tal gracia que no las puedo resistir...

Entra en escena Suárez, con solo los papeles del discurso en la mano.

SUÁREZ (*muy contento*): ¡Cómo me gusta la Zarzuela!

ENANA (*a Suárez, de reojo, cantando ahora con la música de La del manojo de rosas*): Hace tiempo que vengo a UCD y no sé a qué vengo...

SUÁREZ (*al Rey, muy sorprendido*): ¡Pero si tiene Su Majestad tratos con la etapa anterior!

REY: ¿Ah, tú también la conoces? (*Riendo y apuntándole como con una escopeta*). ¡Te cacé, eh, Adolfo! ¡Pam, pam, te he cazado!

Atraviesa el escenario de un lado al otro un vendedor de periódicos. Es un militar viejo.

VENDEDOR (*gritando*): ¡El Alcázar! ¡Última edición! ¡Crisis de Gobierno! ¡UCD en busca de un general! ¡Lea *El Alcázar* para saber lo que pasa!

REY (*al Vendedor*): Ey, chico. Trae uno para aquí.

El Vendedor le da un ejemplar al Rey.

REY: ¿Cuánto es, muchacho?

VENDEDOR: La voluntad, señor. (*Y a la Bailarina, mirándola de arriba abajo*). ¡Qué Constitución!

REY (*al Vendedor en alusión a Suárez*): ¡Ah, la voluntad! Pues que te la dé este hombre, que tiene mucha.

SUÁREZ (*al Vendedor, haciéndose el remolón*): ¿Fumas? ¿O todavía no te dejan tus

padres?

VENDEDOR (*a Suárez*): Yo nunca hago nada sin permiso, señor.

Suárez se saca un paquete de Ducados y le da dos o tres cigarrillos al Vendedor.

REY (*a Suárez, campechano*): Pero dale más cigarros al chico, Adolfo; sin miedo, que conmigo nunca te van a faltar. ¡Pues no tengo yo aquí Ducados para repartir!

Suárez se lo piensa, y le da unos cuantos más al Vendedor, que los toma.

SUÁREZ (*al Vendedor*): Ya puedes salir de aquí, chico.

REY (*a la Bailarina y a la Enana*): Eh, vosotras dos, guiad al muchacho.

VENDEDOR (*al Rey*): ¡Un segundo! No puedo irme sin antes hacer una comprobación científica.

El Vendedor, la Bailarina y la Enana se reúnen como doctores que diagnostican un caso. Continuamente dirigen miradas al Rey y juntan sus cabezas. La Enana se saca un termómetro del refajo y el Vendedor la aúpa para que se lo ponga en la boca al Rey, que acepta no sin reparo. Enseguida se lo quitan y comprueban la temperatura. De nuevo le dirigen miradas intrigantes. Empiezan a cantar «El Coro de Doctores» de El rey que rabió.

VENDEDOR, BAILARINA Y ENANA (*a coro*): Juzgando por los síntomas que tiene el animal, bien puede estar demócrata, bien no lo puede estar...

Salen de escena la Bailarina, la Enana y el Vendedor.

REY: ¡Menos mal que se han ido esos pesados!

SUÁREZ: Majestad, tengo que hablarle de un asunto trascendental.

REY: Imagino que para quejarte otra vez.

SUÁREZ (*mostrándole las hojas*): Le traigo el discurso de mi dimisión.

REY: ¿Más papeles? (*Tomando el primero, que está totalmente arrugado*). ¿Qué has estado haciendo con ellos, envolverte el bocadillo?

El Rey le devuelve el papel con asco.

REY: Me ha llamado ese tan salado...

SUÁREZ (*intentando acertarlo*): Salado, salado, salado... Si es salado es que tiene sal... ¿No será Sal Mineo?

REY: No, ese no. El catalán.

SUÁREZ: ¿El catalán?

REY: Sí, el catalán.

SUÁREZ: A ver... Qué difícil, conozco a muchos catalanes. España está llena de catalanes.

REY: Pues el más salado de todos.

SUÁREZ: ¿Catalán y muy salado?

REY: Muchísimo.

SUÁREZ (*como cayendo en la cuenta*): ¡Ahhh!

REY: ¡Sí, ese mismo!

Suárez se queda un rato pensativo. Ahora parece perplejo.

SUÁREZ: ¿A quién se refiere?

REY: Muy bueno, Adolfo. ¡Querías despistarme!

SUÁREZ (*concentrándose de nuevo*): A ver: salado, salado, salado...

REY: Caliente, caliente, caliente, casi te frías...

SUÁREZ (*enfadado*): A ver si nos aclaramos: ¿frito o salado?

REY: ¡Las dos cosas a la vez!

SUÁREZ: ¡Ahhh, frito y salado! ¡Ferrer Salat!

REY: ¡Ese!

SUÁREZ: ¡Vaya, el jefe de la patronal! ¿Y para qué le ha llamado?

REY: ¡No lo sé! No me lo ha dicho.

SUÁREZ: Entonces, ¿no ha podido hablar con él?

REY: ¡Pues no, porque solo hablaba él! No ha habido manera de interrumpirle. ¡El tío parecía una metralleta! Te ha puesto de vuelta y media todo el rato. Todos los empresarios, todos los industriales, todos los banqueros..., nadie para de quejarse de ti, Adolfo. Creen que les tratas con desdén y que les tienes ojeriza. Resentimiento por ser tú de familia tan modesta y haber llegado tan solo al poder. ¿Qué pantalones llevas puestos? Espero que sean unos viejos, porque me parece que te van a echar de una patada en el culo.

SUÁREZ: Ahhh, qué listillo. Le ha llamado para indisponerme contra Su Majestad. (*Arremangándose la americana*). Este se va a enterar cuando me lo encuentre cara a cara. No pienso pedirles más dinero prestado a ninguno de ellos.

REY: ¡También me ha telefoneado el general Armada! A cobro revertido.

SUÁREZ: La cosa se está poniendo al rojo.

REY: Eso es lo que quieren impedir en los cuarteles. Que lo pongas todo más al rojo. Mis generales dicen que estás poniendo en peligro la democracia, que se la has entregado en bandeja a los comunistas.

SUÁREZ: ¡Ah, la bandeja! ¡Con que de eso se trata! Está todo previsto. Los comunistas se quedan con la bandeja y yo me quedo con la democracia.

REY: Entre todos me han convencido de que contigo esto se hunde, así que le he dicho a Armada: Alfonso...

SUÁREZ: ¡Un momento! Si le ha dicho Alfonso a Armada, quizá no le haya entendido.

A los militares no les gustan los cambios.

REY: Adolfo, cuando te subas los pantalones súbete también el sueldo para que te quede una buena pensión. Le he pedido a Armada que me libre de ti. Le he dicho exactamente: sacadme a este de encima porque con él vamos a la ruina.

ADOLFO: ¿Y si me voy yo a quién pondrán?

REY: Habrá un Gobierno de concentración presidido por un general.

ADOLFO: Eso es un trabajo inútil. Un Gobierno de concentración lo puedo formar yo mismo. Ese es el espíritu de mi partido (*haciendo el logo de UCD con las manos*): el Gobierno de concentración.

REY: Ahora mismo a ti te veo más cerca de un campo de concentración.

ADOLFO: Entonces, ¿está aceptando mi dimisión, Majestad?

REY: Demasiado has tardado en traerla. Fíjate en tu predecesor. Arias, el de las orejas gachas, fue todo un caballero. Me bastó con insinuarle su dimisión para que me la presentara en el acto.

ADOLFO: Muy propio de alguien con las orejas gachas.

REY: ¿Qué vas a decir en el discurso? A ver, trae aquí.

Le coge de nuevo los folios, y va leyendo en silencio. Alternando con la lectura, le observa con desaprobación.

REY: Muy mal, esto está muy mal... ¿Tienes un bolígrafo a mano?

SUÁREZ: ¿Rojo?

REY: ¿Lo ves como te la estás buscando? No digas más tonterías y dame una pluma.

Suárez le ofrece la pluma del Inventor. Cuando el Rey la destapa, se oye una voz grabada que dice «Espléndido». El Rey mira sorprendido a Suárez, que se hace el sueco. Sin quitarle ojo a Suárez, el Rey tacha una palabra del primer folio.

REY: Esta palabra de aquí no la pronuncies nunca, Adolfo. Trae mala suerte. Yo conozco a un jugador de balonmano que la dijo tres veces seguidas.

El Rey le devuelve las hojas y la pluma a Suárez y con aire distraído empieza a canturrear Amapola.

REY: Amapola, lindísima Amapola, será siempre mi alma tuya sola...

SUÁREZ: Majestad, confíe en mí. Tenemos a la Historia de nuestra parte.

El Rey canturrea más fuerte Amapola y simula que está absorto.

SUÁREZ: En serio. Conozco este país. Todo va a salir bien. Le puedo garantizar que en

el fondo soy un democristiano convencido.

REY (*muy serio*): ¿Y si la situación se sale de madre?

SUÁREZ: En ese caso le garantizo que también soy un socialdemócrata convencido.

REY (*intrigante*): Tú y yo siempre hemos ido a medias en todo esto, ¿verdad, Adolfo?

SUÁREZ: Así es.

REY: Desde el principio de todo, al cincuenta por ciento en todo.

SUÁREZ: Al cincuenta por ciento. Desde el origen de los tiempos.

REY: Podría decirse que todo el mérito mío es tuyo y todo el mérito tuyo es mío...

SUÁREZ (*con falsa modestia*): No exageremos. Más le debo yo a Su Majestad...

REY: Déjate de rollos. Siempre tú y yo al cincuenta por ciento, desde el principio...

Adolfo, ¿cuánto dinero llevas en la cartera?

SUÁREZ (*sorprendido*): ¿Ahora mismo?

REY: Sí, aquí y ahora. Vivimos al día, el dinero de ayer ya ha volado.

Suárez apurado se saca la cartera, toma todos los billetes que hay dentro y los cuenta.

SUÁREZ: Aquí mismo... Tengo una, dos, tres mil..., cuatro mil pesetas.

REY (*extendiendo la mano*): Pues, como vamos al cincuenta por ciento en todo, ¿no te importaría pasarme dos mil pesetas?

SUÁREZ (*haciéndose el generoso, se las da*): Faltaría más. Aquí tiene, Majestad: mil... y estas, que hacen dos mil.

REY: Muy bien, Adolfo. (*Tras guardarse el dinero*). Ah, si ves que se me pasa devolvértelas, no tengas apuro en recordarme que te debo estas mil pesetas.

SUÁREZ: Majestad, le he dado dos mil.

REY (*sorprendido*): Pero ¿no vamos al cincuenta por cien en todo? (*Se hace el despistado y sigue canturreando Amapola*).

SUÁREZ: Me voy antes de que este hombre me desplume.

REY: Aguarda un instante. Antes de que te marches para siempre, me gustaría hacerte un obsequio como recuerdo de todos estos años. Acompáñame a la bola del mundo.

Se dirigen los dos al globo terráqueo.

REY: Adolfo, ¿cómo estás de geografía?

SUÁREZ (*pletórico*): Estupendamente, Majestad. En el último viaje a Washington fui yo quien le hizo ver al presidente Jimmy Carter la relevancia del estrecho de Ormuz.

REY: Es que los americanos no saben lo que son las estrecheces.

Suárez gira el globo, hasta que localiza el estrecho y pone el dedo encima para señalarlo.

SUÁREZ: A ver, a ver... Mire, aquí lo tiene, Majestad. Por este estrecho pasa todo el petróleo del Golfo Pérsico.

REY (*ríe castizo*): Golfo, eso es lo que eres tú. ¡Un golfo! Mira lo que te voy a regalar de recuerdo. Ni te lo imaginas, pero es algo que te va a gustar mucho.

El Rey abre por la mitad el globo terráqueo y saca una calavera del interior.

REY (*ofreciéndosela a Suárez*): Toma, es para ti.

SUÁREZ (*no se atreve a cogerla*): ¡Una calavera humana!

REY (*insiste con gestos para que la coja*): Esta pieza tiene un enorme valor histórico y sentimental.

SUÁREZ (*sujeta con el brazo los folios y coge aprensivo la calavera*): ¿Son las reliquias de algún santo?

REY: A ver si nos fijamos más: ¿dónde le ves a este la aureola?

SUÁREZ: Entonces, ¿de qué calavera se trata?

REY: A que no lo adivinas.

SUÁREZ: ¡No será la de Goya!

REY: ¿El de las Meninas?

SUÁREZ: Majestad, querrá decir: el de las Majas.

REY (*suspica*): ¿Seguro que no eran las Meninas?

SUÁREZ: ¿Salen de pie o tumbadas?

REY: Una está más tumbada que la otra.

SUÁREZ: Entonces eran las Majas.

REY: ¡Es verdad! ¡Las Meninas son las que tienen un perro! Conozco muy bien este cuadro. Lo hice en un puzle.

SUÁREZ (*solemne*): ¿A quién pertenece esta calavera, Majestad?

REY (*triste de entierro, con una mano a la altura del corazón*): A Su Excelencia.

SUÁREZ: ¿El Ge..., Ge...?

REY (*no le deja seguir*): Como lo oyes, a Su Excelencia el Generalísimo.

SUÁREZ: ¡El Caudillo!

REY: ¡Él en persona! Quiero que te la lleves como símbolo de lo que es España.

SUÁREZ: ¿La calavera de un General?

REY: ¡Y tú la sostendrás como Jerónimo!

SUÁREZ: ¿El apache?

REY: No, el santo.

SUÁREZ: Pero yo no sé si voy a ser capaz de guardar esto en mi casa.

REY: ¿Te dan miedo los muertos? Sin ellos no estaríamos aquí.

SUÁREZ: ¿Qué va a decir la gente?

REY: Ay, cómo sufrís los que vivís del voto de los demás. Adolfo, me voy a dar un paseo en moto y te dejo a solas para que hagas examen de conciencia. ¿Quieres que te ponga la radio? La música acompaña mucho.

SUÁREZ: Se lo agradeceré, Majestad.

REY: Yo siempre tengo Radio Nacional en el canal de música clásica. Cuando hablan les bajo la voz, pero así actúa el poder con todo el mundo.

El Rey pone el hilo musical en la mesa, que es la misma de Suárez. Se escucha Brahms, el movimiento «Poco Allegretto» de la Sinfonía núm. 3 Op. 90 (en interpretación de alguna orquesta de la URSS, que le daba una solemnidad muy acertada). Se va el Rey y se oscurece el escenario para dejar a solas a Suárez junto al globo terráqueo y con la calavera en la mano. Los papeles de la dimisión los sigue llevando bajo el brazo. Los deja ahora sobre la mesa con aire de ausencia. Todo el rato concentrado en la calavera, que la sostiene como en el monólogo de Yorick. Pero no va a hablar. La calavera está sujeta por un hilo de seda y de repente se eleva y empieza a flotar siguiendo a la música. Suárez no se sorprende sino que inicia un número de prestidigitación con aparatos con la mayor naturalidad.

Primero se saca un pañuelo del bolsillo, lo estira, muestra que es un pañuelo, lo agita y, ¡magia!, se transforma en un bastón. Hace girar el bastón como un molinillo. Luego lo pasa por encima y por debajo de la calavera, que continúa bailando en el aire. Convierte el bastón en unas flores, que deja en la mesa. Saca otro pañuelo y lo extiende debajo de la calavera, que se desliza sobre él. Luego la cubre con el pañuelo y hace el número de la bola zombi (es ese en que la bola queda dentro del pañuelo y se mueve como un fantasma). Finalmente arruga el pañuelo, se lo mete en el puño y al abrir la mano el pañuelo ha cambiado de color. Ahora abre el globo terráqueo, deja dentro el pañuelo y saca dos semicírculos, uno naranja y otro verde que son el logo de la UCD. Hace pasar la calavera por ellos. Los une y quedan ensamblados, y la calavera vuelve a pasar por ellos mágicamente. Los mete en el globo y acto seguido saca unos aros chinos para ejecutar la típica rutina de los aros enlazados. Ahora saca un cartel grande donde pone la palabra «Pasar» y lo hace pasar por el aro. Le da la vuelta y se lee: «Por». Y también lo pasa. Repite el gesto con otro cartel, que lleva por una cara escrito la palabra «El», y por la otra «Aro». Ya para acabar del todo, mete los aros y los carteles en el globo. Enciende un cigarrillo, se pasa la lengua por el colmillo y le indica con autoridad a la calavera que también entre ella dentro. La calavera le obedece, entra en la bola del mundo (a la vez que acaba la música) e inmediatamente sale flotando de dentro un globo con los colores de la bandera republicana. Suárez lo hace explotar con la lumbre del cigarrillo. Se queda fumando sonriendo en silencio. Se va de escena empujando el globo terráqueo y llevándose las flores, al tiempo que en el otro extremo del escenario se enciende un

aparato de televisión.

Escena 9

La televisión está en alto, y frente a ella se encuentra Amparo en pie atenta a la emisión. Está empezando el discurso de dimisión de Suárez. Entra el Mayordomo, y deja un cartel en el caballete, que dice: «Día de la dimisión». Se queda junto a Amparo viendo también la tele.

APARATO DE TELEVISIÓN (*la cabecera de la emisión del discurso y a continuación plano de Suárez*): «Hay momentos en la vida de todo hombre en los que se asume un especial sentido de la responsabilidad. Yo creo haberla sabido asumir dignamente durante los casi cinco años que he sido presidente del Gobierno. Hoy, sin embargo, sintiendo un agradecimiento infinito...».

AMPARO (*quitándole apresuradamente la voz a la tele*): ¡Aggg! ¡Ha tenido que decirlo al final! ¡Menudo empecinamiento! ¡Qué ganas de buscarse líos! ¡Por el amor de Dios! ¡Una cosa es la voluntad y otra la cabezonería! ¡No saldremos bien parados de esta! ¡Ay, Pepe!

PEPE: Siempre se abandona dramáticamente el poder.

AMPARO: ¿No hay otra manera?

PEPE: Así ha sido desde el origen de los tiempos, señora. Así ocurrió con Julio César en los idus de marzo, apuñalado por sus propios senadores, su hijo Bruto entre ellos.

AMPARO: ¡Ah, ya me acuerdo! Vi la película, con Kirk Douglas y Burt Lancaster. ¿Cómo se titulaba? ¡Claro! ¡Los *Siete días de marzo*!

PEPE: No, no..., los siete días que usted dice fueron en mayo.

AMPARO: Ah, ¿y entonces no serían los *Siete días de enero*?

PEPE: Esa es otra película, señora. Más nuestra y más triste.

AMPARO: No comprendo por qué todo lo nuestro tiene que ser siempre tan triste. (*Encendiendo un cigarrillo*). Oye, ¿y la de Robert Redford con Faye Dunaway..., cómo se llamaba?

PEPE: ¿*Los tres días del cóndor*?

AMPARO: ¡Sí, esa misma! Entonces... esa sería un cortometraje.

PEPE: ¿Por qué lo dice?

AMPARO: Porque emplearon menos días. Qué lamentable todo lo que está ocurriendo con Adolfo, ¿verdad? Ya ni siquiera cuenta con el beneplácito de la calle. Él, que hasta ayer fue considerado el hombre más seductor de España.

PEPE: Señora, el populacho es veleidoso y tornadizo. Así ha sido siempre. Cuando, en

la Antigua Roma, anunciaron la muerte del emperador Tiberio, asfixiado con una almohada por el prefecto Macro, el mismo pueblo romano que le había aclamado fue en busca de su cadáver para arrojarlo a las aguas del Tíber. Iban gritando todos los romanos: ¡Tiberio al Tíber!, ¡Tiberio al Tíber! En el límite del poder siempre hay un precipicio. El sucesor de Tiberio, el emperador Calígula, se volvió loco por mirar al abismo desde el trono. Y ni de esa manera evitó morir también víctima de la daga. Le apuñalaron los suyos mientras hablaba con unos niños que ensayaban en un teatro. Y el sucesor de Calígula, Claudio, fue envenenado con setas tal como pudimos ver todos los españoles en la tele. Y el sucesor de Claudio, que fue Nerón, tuvo que salir de Roma amparándose en la noche. Se escapó descalzo, con solo un manto sobre la túnica y un pañuelo para ocultar su rostro. Durante su huida, la tierra tembló y el cielo se cubrió de relámpagos. A la mañana siguiente, en plena calzada romana se clavó una espada en la garganta ayudado por su secretario Epafrodito. Este Epafrodito tenía a su vez un esclavo griego que fue el filósofo Epicteto. Un estoico que decía que el deseo y la felicidad no pueden vivir juntos. Y así es, señora. El poder es un drama donde perecen todos los que lo representan. Cuando el sucesor de Nerón, el emperador Galba, cayó en descrédito, fue linchado y decapitado por sus propios legionarios con la corona puesta. Explican los anales que les mostró el cuello a sus asesinos y les dijo: «Acabad vuestra obra si así conviene al pueblo romano». Y el sucesor de Galba, el emperador Otón, se hincó una daga en el corazón después de llevar a su ejército al desastre. «Es más justo morir uno por todos que todos por uno». Esas fueron sus últimas palabras.

AMPARO: ¡Qué barbaridad! ¡Y cuánto mérito tuvo nuestro Caudillo, muriéndose tan pancho en la cama!

Entra Suárez en escena, también fumando. Se pone junto a Amparo y el Mayordomo.

SUÁREZ (*señalando a la televisión*): ¿La cama? Es verdad, ya va siendo hora de irse a la cama. Pero... ¿cómo?, ¿todavía no se ha terminado el discurso? ¿Lo habéis seguido? ¿Qué tal me ha quedado? Yo lo he visto empezar, pero luego he continuado trabajando. (*Riendo*). ¡Anda, pero si me habéis quitado la voz! Bien hecho... (*Apagando la televisión. A Amparo*). Ya verás como, en cuanto se enteren de mi dimisión, los mismos que han estado maquinando para que me largue se me presentan aquí con cara de afligidos. (*Al Mayordomo*). Pepe, ¿cuál de todos los Césares tuvo una vida más trágica?

PEPE: Sin lugar a dudas, Cesare Pavese.

Entran al instante cuatro ministros en bloque cantando Adiós con el corazón, de la tuna. Son Punset, Rodríguez Sahagún, Landelino Lavilla y Fernández Ordóñez. Le dan abrazos muy sentidos. Algunos lloran y se secan las lágrimas con un pañuelo.

SUÁREZ: ¡Qué tristes venís, canallas! ¡Pepe, dales unos caramelos a estos niños!

El Mayordomo saca un tarro de cristal lleno de caramelos Sugus y los irá repartiendo por doquier mientras dure la escena. Los ministros se los comen y le piden más. Fernández Ordóñez les quita el papel, los lanza al aire y los atrapa con la boca.

LOS MINISTROS (*a coro cantan la canción de caramelos Sugus*): Caramelos Sugus, caramelos Sugus, caramelos Sugus... Sugus de Suchard.

SUÁREZ (*a Punset, que está enfrascado aparatosamente en quitarle el papel a un caramelo*): ¡Hombre, Punset! ¡Tú por aquí! ¡Qué alegría! ¡Ya ni me acordaba de que te teníamos en la empresa!

PUNSET (*con el caramelo en la mano*): ¡Oh, Presidente! ¡Qué contrariedad! ¡Me acabo de enterar de tu dimisión porque me lo ha dicho el policía de la puerta! ¡Yo venía tan plácidamente al Consejo de Ministros...! ¡Pero esto se avisa antes! ¡Un asunto así!

RODRÍGUEZ SAHAGÚN: ¡Qué va a ser de este país sin ti! ¿En manos de quién va a quedar?

LANDELINO LAVILLA Y FERNÁNDEZ ORDÓÑEZ (*solapándose*): ¡En las mías, en las mías!

AMPARO (*a Suárez*): ¡Menudos amigos! ¡Adolfo, cojo mi coche y salimos de aquí pitando!

Irrumpe en escena Fernando Abril Martorell, que lleva una maleta de madera en la mano y una gabardina de viaje.

AMPARO (*muy alegre, a Suárez*): ¡Mira quién ha venido! ¡Es nuestro Fernando!

PUNSET: ¡Hombre, Fernando Abril Martorell! ¡Y son las diez y cuarto de la noche! ¡Qué hora tan original para llegar a una dimisión!

SUÁREZ (*irónico*): ¡Querido Fernando Abril! (*Aparte*). ¡Sabía que en cuanto se enterase, este se presentaba en un Abril y cerrar de ojos!

ABRIL (*abrazando a Suárez sonoramente*): ¡He venido corriendo desde Valencia!

SUÁREZ: Pues toma azúcar si mañana no quieres tener agujetas. ¿Quieres un caramelo? Estoy repartiendo caramelos. Pepe, dale uno al señor.

ABRIL (*se come uno, pero enseguida se mete los dedos en la boca dificultosamente para sacárselo, y sin saber qué hacer se lo da al Mayordomo*): ¡Son blandos! (*A Suárez*). ¡No puedo con los caramelos blandos! ¡Se me pegan en el cielo de la boca!

SUÁREZ: Tú siempre con aspiraciones de clase.

ABRIL (*emotivo*): ¡Ahora sí! ¡Adolfo, ahora podrás comprobar de una vez por todas que estoy contigo! ¡Ahora se sabrá quiénes somos tus verdaderos amigos en la

empresa! ¡Ahora que de verdad nos necesitas!

SUÁREZ (*a Abril*): ¡Necesitaros, necesitaros... os necesitaba antes! ¡Ahora, como no sea para jugar a las cartas, ya me dirás en qué me podéis ayudar!

ABRIL: ¡Pero si nos has ido echando a patadas de tu lado, a todos, uno por uno!

SUÁREZ: ¡Porque os volvisteis contra mí!

ABRIL (*triste*): ¡Aún con ese delirio! ¡Nunca más vas a ser el mismo!

SUÁREZ: ¿Y tú qué te crees, que tú sigues igual que en Segovia? ¿Dime, cómo podemos cambiarlo todo sin cambiar nosotros? Todos hemos cambiado, Fernando.

ABRIL: ¡Unos más y otros menos!

SUÁREZ: ¡Arrea! Eso dalo por descontado. Es directamente proporcional al cargo.

Suárez y Abril se quedan en silencio, mirándose con tensión.

AMPARO (*cogiendo a los dos de las manos*): ¡Uno de los dos tiene que dar el primer paso! ¿A qué esperáis?

Suárez mira fijamente a Abril, que ya no es capaz de sostenerle la mirada.

ABRIL (*echando el cuerpo hacia atrás y separando los brazos*): ¡Entonces, qué, Adolfo! ¡¿Amigos para siempre?!

SUÁREZ (*que retrasa el abrazo*): ¡Dame un cigarro, y déjate de niñerías! ¡Ya te contaré en cuanto salgamos! ¡Nos queda aún mucho por hacer!

Suárez y Abril Martorell se abrazan muy efusivamente.

SUÁREZ (*a Abril*): Oye, y ya que andas por aquí de nuevo, ¿por qué no me bajas las maletas mientras Amparo va a sacar el coche?

ABRIL (*con resentimiento*): ¡Encantado! ¡Como en los viejos tiempos!

Amparo y Abril Martorell salen de escena a la par que entra Rafael Arias Salgado acompañado del Carpintero, que trae un cuadro bajo el brazo. Landelino y Ordóñez siguen pidiéndole más caramelos al Mayordomo.

SUÁREZ (*por el Carpintero*): ¡Milagro! ¡Ha sobrevivido al discurso! (*Al Carpintero*). ¡Menudo peso me quitas de encima, Vences! Pero ¿qué te trae por aquí a estas horas?

CARPINTERO (*mostrándole el cuadro*): ¡Acaba de llegar la litografía de Clavé que tanto esperaban, señor Presidente!

Los Ministros se ponen a cantar a coro el estribillo de Los Clavelitos de la tuna.

CORO DE MINISTROS: Clavelitos, clavelitos, Clavelitos de mi corazón, hoy te traigo clavelitos, colorados igual que un fresón...

SUÁREZ: Ahora que me voy llega el cuadro. Lo mismo va a pasar con la democracia. (*Contemplando extrañado la litografía, le habla al Carpintero*). ¿Esto qué representa? ¿Un ojo? ¿Un cangrejo? ¿Una puesta de sol? Un país con tanto paro no está preparado para el arte abstracto. Vences, deja el cuadro donde no moleste y vete. Ya se encargará de colgarlo mi sucesor. Los sucesores siempre llegan para colgarte.

El Carpintero da vueltas por el escenario buscando un lugar donde dejar el cuadro. Pepe le da caramelos.

RAFAEL (*a Suárez*): ¿Te has visto por televisión, Presidente? ¡Ha sido un exitazo de audiencia! Has conmovido a todo el país. Todos los españoles están emocionados en sus casas. Si te presentaras ahora mismo a las elecciones, arrasábamos; pero de verdad.

Suárez, mientras le hablaba Arias Salgado, ha sacado la silla de la mesa y se sienta en ella cómodamente, en medio del escenario.

RAFAEL: Pero, Adolfo, ¿estás cansado? ¿Qué haces?

SUÁREZ: ¿No lo ves? Ejercer el poder.

RAFAEL: ¿Así, sentado?

SUÁREZ: El poder siempre está en la silla más que en la persona. El poder se ejerce sentado. Levántate, y perderás en el acto toda autoridad. ¿No has visto *Ironsides*? (*A Ordóñez y a Landelino*). Vosotros dos, buscavidas, ¿qué hacéis merodeando por mi silla? ¿No veis que aún no me he marchado? ¿Es que no podéis esperar a que desaparezca? Dejadme solo. Pepe, acompaña a los señores, y si te piden caramelos no les des ni uno más, que luego les duele la barriga.

Salen el Mayordomo, Ordóñez, Landelino y el Carpintero.

Escena 10

Mismo escenario. Están solos Adolfo Suárez en la silla y Rafael Arias Salgado de pie.

SUÁREZ (*levantándose de la silla*): Así que he quedado bien por la tele... Rafael, ¿a ti te gustan las cámaras?

RAFAEL: Sobre todo las cámaras de diputados.

SUÁREZ: Esas no son cámaras, son camarillas. ¡La ilusión de mi vida hubiera sido trabajar en *Curro Jiménez*! Tú, Rafael, harías del Estudiante, y Ordóñez del Algarrobo.

RAFAEL: ¿Por qué precisamente *Curro Jiménez*?

SUÁREZ: Porque siempre he creído en una sociedad más justa. (*Desafiante, no melancólico*). ¿Te acuerdas de todas las llamadas de agasajo, los obsequios, los jamoncitos de la pequeña y mediana empresa, los purazos que me enviaban Fidel Castro y Arístides Royo..., la cantidad de felicitaciones que recibía a diario de todo el mundo en los mejores momentos de mi presidencia?

RAFAEL: ¡Muy merecidas todas!

SUÁREZ: Merecidas o no, desaparecieron. Y ya verás como a partir de ahora voy a estar todavía más solo. En cuanto deje el cargo, todos los que decían seguirme van a huir de mí como de un apestado.

RAFAEL: ¡Qué va! ¡Al contrario! Lo que te espera a partir de ahora son los premios y los homenajes. El reconocimiento, Presidente, el reconocimiento al primer Presidente de la democracia española.

SUÁREZ (*abúllico*): En puridad, el primero fue Arias Navarro.

RAFAEL: En estado muy embrionario.

SUÁREZ: Para ser un embrión se le veía bastante mayor.

RAFAEL: Es a ti a quien debemos todo esto. ¡Contigo llegó el escándalo! (*Dibujando con las manos una silueta femenina*). ¡La Constitución! ¿Qué me dices de la Constitución? Nadie podrá negar que es una verdadera obra de arte.

Suárez se lleva a Rafael hacia donde el Carpintero ha dejado el cuadro de Clavé. Se lo muestra.

SUÁREZ: Mira esto, ¿qué te parece? Al final ha llegado ¿eh? ¿Quién lo iba a decir? (*Abultando el labio*). ¿Así que tú ves la Constitución como una verdadera obra de arte? Pues estamos arreglados... Y sin embargo no has podido encontrar una

comparación mejor. El arte es más hijo de su tiempo que de su creador. Y más este arte nuestro, que es un arte político, de circunstancias, efímero. A la que se le pasa el momento... Mira el cuadro de la mujer con la manzana en la mano... (*Lo busca entre los cuadros contra la pared, pero no lo coge*). De un día para otro, pierde valor, interés, deja de gustar... Y eso va a pasar con todo lo que hagamos.

RAFAEL: Siempre solos ante el peligro.

SUÁREZ: ¿Qué soledad? El poder no es soledad, es compañía. No hay otra más intensa, no hay ninguna compañía que satisfaga más que el ejercicio del poder. La soledad viene luego, cuando te falta el trono.

RAFAEL: No. Esto es solo la primera parte. Ahora nos toca jugar en la otra banda del campo; pero al final vamos a ganar como siempre, ya verás.

SUÁREZ (*sonriente*): Sí, tienes razón, Rafael. Aún falta la otra media parte.

Suárez saca un cigarrillo. Le ofrece a Rafael, pero no acepta. Habla todo el rato con el cigarro apagado en los dedos.

SUÁREZ (*con picardía*): Va a ser una espera... infinita.

RAFAEL (*que ríe y enseguida se pone grave*): La transición es esperar.

SUÁREZ: Rafael, ¿acaso te hubiese gustado protagonizar otra época?

RAFAEL: ¿Qué dices? ¡Si nos ha tocado una época histórica!

SUÁREZ: Pues vívela, porque tarde o temprano se nos pasará.

RAFAEL: ¿Cómo se sabe que acaba una época y empieza otra?

SUÁREZ: Te lo dice alguien. De repente suena un teléfono y te avisa.

Suárez enciende su cigarro y se quedan los dos en silencio. Suena el teléfono directo. Suárez y Arias Salgado se miran extrañados, pero lo dejan sonar sin cogerlo. Deja de sonar.

RAFAEL: ¡El teléfono!

Suárez sigue fumando sin inmutarse.

RAFAEL (*intimidado*): ¡No lo has cogido! ¡Era el teléfono de Su Majestad!

SUÁREZ (*con desdén*): No, no era él.

RAFAEL: ¡Pero es la línea directa!

SUÁREZ: No era él, tenlo por seguro. Lleva meses sin llamarme.

RAFAEL: ¿Entonces quién podría ser? ¿Alguien que se habrá equivocado?

SUÁREZ: En política no hay equivocaciones con los teléfonos.

RAFAEL: ¿Por qué no se lo has cogido?

SUÁREZ (*feliz, aliviado*): Le toca al siguiente.

Se oye el claxon de un coche y entra Amparo en escena, vestida como para ir de viaje, con un pañuelo para el pelo, unas gafas de sol sobre la frente y una bolsa de viaje.

AMPARO (*a Arias Salgado*): Hola, Rafael, ¿aún estáis liados? ¡Pero si ya se acabó todo! (*A Suárez, muy contenta e impaciente*). Vamos, Adolfo, ¡que te estamos esperando! Verás como en un plisplás nos plantamos delante de las murallas de Ávila. He mandado que nos preparen un cordero para la cena.

SUÁREZ (*se lleva la mano al estómago en señal de moderación*): Con una tortilla a la francesa será suficiente.

AMPARO (*más impaciente*): Adolfo, no te hagas el remolón, que tenemos prisa.

Suárez se queda contemplando el despacho melancólicamente.

AMPARO (*ahora muy cariñosa, deja la bolsa en el suelo, se dirige hacia Suárez y le coge del brazo*): Vamos, olvídale todo.

SUÁREZ: No, todavía no. Aún es pronto.

Van a salir pero de repente vuelve a sonar el teléfono directo. Los tres se detienen en seco. Amparo y Arias Salgado miran interrogantes a Suárez y este niega con la cabeza para que nadie lo descuelgue. Amparo coge a Suárez de la mano. Arias Salgado toma la bolsa y la sostiene. Los tres permanecen en silencio mientras el teléfono continúa sonando en el escenario.

TELÓN